BIBLIOTECA PARAGUAYA DEL CENTRO DE DERECHO
Vol. 9.

JUAN STEFANICH

AURORA

Novela premiada por
el Gimnasio Paraguayo

ASUNCION DEL PARAGUAY

LIBRERÍA LA MUNDIAL
ESTRELLA ESQ. MONTEVIDEO
1920

ÍNDICE

I PARTE

DOLOR DE MADRE

		PÁGS.
I.	El último baluarte	5
II.	El clarín de guerra	9
III.	La última palabra	13
IV.	La noche fatal	20
V.	El buque fantasma	27
VI.	El fantasma del buque	32
VII.	El conflicto de los espíritus	36
VIII.	La apoteósis	43
IX.	Llamas	47
X.	El salvador	52
XI.	Un carácter	55

II PARTE

AURORA

I.	Vacaciones	61
II.	Amores y amoríos	64
III.	Aurora	70
IV.	Celina	73
V.	Un veraneo afortunado	78
VI.	Lysis	79
VII.	El aguijón de una avispa	85
VIII.	Sueños	88
IX.	Felisa	91
X.	Las ventajas de conocer varios idiomas.	94
XI.	Fracasado pero no vencido	97

PÁGS.

XII. ¡El tiempo lo dirá!..... 100
XIII. El azar es cómplice de los que perseveran..... 103
XIV. Cenizas..... 107

III PARTE

DOLOR Y AMOR

I. Una catástrofe..... 111
II. Casa de Orates..... 113
III. La historia de un sombrero..... 115
IV. Un gran espíritu y un gran propósito.. 119
V. La melena de un poeta..... 125
VI. Presentimientos..... 127
VII. Una sesión en plena revolución..... 134
VIII. Humanidad y altruísmo..... 140
IX. Los héroes..... 143
X. La oportunidad hace al hombre..... 147
XI. Más vale maña que fuerza..... 155
XII. Botín de guerra..... 158
XIII. Ruinas..... 165
XIV. Una espada de honor se rompe pero no se mancha... 169
XV. Los cuadros de la tragedia..... 172
XVI. El medallón..... 174
XVII. Dianas..... 181
XVIII. Caer con honor es ascender..... 183
XIX. La voz de la patria: Paz y trabajo..... 186

IV PARTE

LA HISTORIA DE UN CORAZÓN

I. Neurastenia..... 195
II. Un rayo de luz».. 198
III. Bálsamo y mal 200

PÁGS.

IV. Noches plácidas 206
V. Nubes 211
VI. El áspid 215
VII. La influencia de un sueño 220
VIII. Indecisión 224
IX. La emigración y el destierro 226
X. Herida mortal 232
XI. Un contrato sin escribano 236
XII. Entre padre e hija 241
XIII. Revelación 243
XIV. Agonía 247
XV. Tinieblas 251
XVI. En el fondo del abismo 255
XVII. Desvaríos 263
XVIII. La última injusticia 268

EPÍLOGO

RESURREXIT

I. César y Bruto 275
II. El amor confina con el odio 278
III. El comienzo de un drama 283
IV. Una conspiración 289
V. Un antiguo amigo 293
VI. El Pabellón 300
VII. El atentado 306
VIII. Criminal y verdugo 310
IX. Los tiranos no perduran donde existe un pueblo que se estima 313
X. Mientras hayan apóstoles y mártires la causa de un pueblo no está perdida ... 315
XI. Una juventud que cumple su deber es un gran porvenir que se edifica 318
XII. Perseverar es triunfar 322
XIII. Resurrexit 327

PRIMERA PARTE

DOLOR DE MADRE

I

EL ÚLTIMO BALUARTE

Sobre la ciudad pesaba un trágico silencio.

Consternados los espíritus y los pechos oprimidos, se aguardaba el terrible desenlace. Había una paralización súbita en los seres y en las cosas, como si en aquellos momentos se hubiera extinguido la vida y hubieran dejado de latir los corazones.

En toda la población reinaba ese estupor callado ante lo que se presiente inexorable y fatal.

Un amplio semi-círculo de trincheras había convertido a la capital en el último baluarte de las fuerzas legales, que se batían, tras una serie de desastres, con el ímpetu desordenado que presta la desesperación.

Expuesta la población a los peligros del sitio y del asedio, medía en aquella hora de dolorosa expectativa, toda la magnitud de los desastres que la aguardaban.

Un clamor de protesta y de incredulidad a la vez, se había levantado al adivinarse en los preliminares de la defensa el intento de tan loca resis-

tencia. Un crímen más, y el más horrendo de todos, faltaba, pues, para consumarse la labor disolvente y suicida.

La lucha en plena ciudad, el hambre, la destrucción y el pillaje. Tal sería el epilogo de la sangrienta lidia.

Frente a frente se aprestaban los dos bandos adversarios, prevenidos a la defensa y resueltos al ataque. Hijos obcecados de la pasión y del odio, aquellos hombres ensoberbecidos los unos por sus triunfos, enloquecidos los otros por sus derrotas, olvidaban sus más altos, sus más caros intereses, sus afectos, sus hogares, y los exponían sin respetos, sin reparos, al incendio y a la matanza.

Allá detrás, en todo lo largo del territorio, quedaban los despojos lamentables de medio año de lucha.

La campaña despoblada, los campos yermos, perdidas las cosechas, el trabajo suspendido y las venganzas y las persecuciones en todas partes.

Mustias las praderas, los campos desolados, aldeas en ruinas y pueblos destruídos. Ciudades enlutadas y hogares arrasados; muertos y heridos, innumerables muertos.

En las selvas se guarecían los hombres como bestias emboscadas. Formaban gavillas y organizaban el terror en los contornos. Huyendo de la revolución abandonaban los villorrios, se internaban en los bosques y formaban bandas dispersas que vivían del pillaje.

Tal era el estado del país durante aquella guerra de exterminio, sin gloria, sin bienes y sin honra para nadie.

Hoy le tocaba el turno a la capital. También sería destruída.

La población asustada vivía un siglo de angustia en cada minuto. Detrás de cada puerta, junto a las celosías y a los cristales, en el fondo de todos los hogares, los rostros llorosos, los ojos suplicantes y los oídos dolorosamente atentos, interpretaban los más débiles rumores como la iniciación de la lucha implacable.

Las respiraciones contenidas y la muda interrogación de las miradas traducían la ansiedad de las almas.

En todas las casas reinaba aquel miedo extraño, el espanto ante la catástrofe que se avecina.

El estupor primero había paralizado toda manifestación de vida. Pero luego, como si los nervios se distendiesen repentinamente, parecía que una fiebre general hubiese hecho presa de la ciudad. Precipitación y tumulto, gentes que corrían de uno y otro lado, vaivén nervioso, agitación, aceleramiento de última hora.

Se buscaban refugios y asilos, se aseguraban puertas y ventanas, se huía de los sitios más expuestos a los riesgos.

Por las calles pasaban, azoradas y ligeras, criadas que iban a hacer provisiones, domésticos que corrían a cumplir un mandato, mujeres y chiquillos que tornaban con sus compras o sus menesteres.

* * *

La zozobra cundía.

Había agitación desordenada en los cuarteles. Se impartían órdenes precipitadamente, se distribuían armas, se organizaban cantones en toda la ciudad y se daban consignas decisivas.

Por los ministerios y las antesalas cazcaleaban gentes aturdidas. Los exaltados ostentaban divi-

sas. Algunos juraban sucumbir por la *patria*. Otros arengaban a los correligionarios incitándoles al cumplimiento del deber y otros, en fin, reclamaban para sí los puestos de mayor peligro.

Pero la causa del gobierno no recibía ya adhesiones tan espontáneas ni tan ruidosas como las de los primeros días. Por de pronto los prudentes, es decir, los que no se anticipan ni se retrasan demasiado para decidirse, ya no sonreían a la causa de la legalidad. Y este era síntoma grave.

Muchos correligionarios se sentían repentinamente enfermos y algunos habían desaparecido sin dejar rastros. Síntomas también graves.

Las fuerzas gubernistas, no obstante, intentarían un supremo y desesperado esfuerzo ante el avance victorioso y atrevido de las rebeldes.

La lucha sería recia. Se trabajaba sin tregua, de noche y de día, en la terminación del enorme cordón de trincheras que defendería a la ciudad.

Los arrabales se habían despoblado en toda la amplitud del vasto semicírculo de fosos, en espera de la lucha.

En las plazas y en las calles se adiestraban los nuevos soldados, las tropas bizoñas, mal armadas, improvisadas para la defensa.

El encuentro final sería sangriento. Todo lo presagiaba.

Una irritación sin disimulos dominaba a los partidarios del régimen legal.

La catástrofe inevitable producía exasperación en el ánimo oficial y se impartían órdenes terminantes para defender la plaza a sangre y fuego.

Las familias reputadas como adictas a la causa de la revolución sentían pesar sobre ellas siniestras amenazas y temían en aquellos momentos

de exacerbación un atentado, un golpe de mano, una venganza de la ira oficial.

Ya se hablaba, y no sin fundamentos, de asaltos nocturnos y violencias aisladas, cometidas por instrumentos de la situación.

La población desventurada se aprestaba con temor ante todos estos peligros.

II

EL CLARÍN DE GUERRA

Hacia el lado Este de la ciudad, alejada del centro, sobre una de las principales avenidas que salen hacia las afueras, se alza una hermosa casa-quinta, semi oculta entre la frondosidad de árboles enormes que de noche le dan un aspecto un tanto sombrío y casi fantástico.

Es una hermosa y admirable residencia. Los transeuntes suelen detenerse de paso a contemplarla, sorprendidos ante el exquisito esmero y el buen gusto que exhibe y ostenta en todos los detalles.

La habitan en esos momentos dos mujeres solas, madre e hija. Allí la inquietud es más viva y la zozobra mayor.

El único hombre de la familia — hijo de una, hermano de la otra — ocupa a esas horas un puesto de peligro en las filas atacantes.

Doña Emma Palacios de Latorre—la madre—es una de esas damas patricias de ilustre abolengo que han sobrevivido casi milagrosamente a todos los horrores y a todos los desastres de la guerra.

Su primera juventud, casi su infancia, presenció la tragedia. Sus ojos vieron de cerca el cata-

clismo. Su corazón sufrió lo indecible, y en el éxodo final su cuerpo de niña resistió a las penurias y a todos los azares.

Hermosa en su tiempo, conserva todavía, al declinar su existencia, la corrección de las facciones y la pureza de las líneas. Tiene el tipo aristocrático de las familias nobles.

Su cabellera sedosa, totalmente blanca, forma como un marco de magestad a su rostro. En su andar, en sus maneras y en su porte, conserva y exhibe aquella distinción natural que es prenda de espíritus selectos. Había guardado su viudez, dedicándose por entero, con amor y con ternura apasionada, a la educación de sus dos únicos hijos. Su hogar, tranquilo y respetado, se había visto turbado, de pronto, por toda clase de inquietudes.

Emilio Latorre — aquel hijo único idolatrado — temperamento ardoroso y espíritu caballeresco, arrastrado por sus impulsos generosos, ávido de redención para su tierra, había marchado al campamento rebelde para combatir con las armas a un régimen que no llenaba sus aspiraciones de patriota y ciudadano.

Ni las lágrimas de su madre amorosa, ni los ruegos de su hermana, lograron dominar sus impulsos.

Una noche las abrazó a ambas, no dijo una sola palabra pero en su gesto y en su actitud se adivinaban la decisión y el intento.

La podre madre se opuso suplicante y llorosa. El se acercó de nuevo, la abrazó una y otra vez, la besó en la frente, dos lágrimas le saltaron de los ojos sin poder dominarlas y salió huyendo...

Desde entonces no hubo ya tranquilidad para la noble mujer, que veía expuesta a un constante

peligro la vida de aquel hijo, que era su ídolo, su orgullo y la única esperanza de su vejez.

Emilio, su Emilio, era todo su culto. Sentía hacia él una especie de veneración. Todos sus cuidados y todos sus desvelos, habían sido siempre para él. Y aquel hijo bueno y atento, que supo en todo tiempo corresponder con creces al cariño de su madre, dedicado por entero a hacer la felicidad de sus últimos años, que nunca le causó una pena, que jamás desoyó sus pedidos y sus ruegos, la había abandonado para marcharse a la revolución, sin miramientos para sus lágrimas, sin consideraciones para su vejez.

El corazón de la noble mujer se vió desde entonces profundamente amargado, con una de esas amarguras incurables que dejan como huellas de su paso las grandes desilusiones. Ella aún no lo creía. ¡Su hijo huyendo de su lado, posponiendo su cariño!

¡Ah! ¡La guerra civil! ¡La guerra civil! Esa guerra inhumana se lo había arrebatado.

Por eso la pobre madre abandonada, en sus horas de desolación, levantaba los brazos maldiciendo esa lucha despiadada o demandando fuerzas para seguir resistiendo contra tanta desventura.

Contó los días, hora por hora, minuto por minuto a la espera de su hijo. Y como si no fueran suficientes sus penas, una inquietud más vino a aumentar la tristeza de su alma.

La casa del revolucionario Latorre, sindicada como sospechosa, fué señalada a la vigilancia por los elementos de la situación.

¡Como si la pobre madre pudiese tener algo más que sus lágrimas para intervenir en la solución de la contienda!

* * *

La noche es de zozobras. La población está cada vez más inquieta.

Los primeros contactos entre las fuerzas en lucha se inician por el lado Este. El día del combate decisivo ha llegado. Ya no son simples escaramuzas las que se anuncian.

La fusilería se oye primero a lo lejos como en un encuentro de avanzadas. Los disparos ralean al principio y suenan a intervalos cortos. El estruendo va creciendo, cunde a lo largo de las líneas, se debilita un tanto después, recrudece de nuevo y se acalla luego por completo.

Pasa un minuto largo. Profundo silencio.

Pareciera que las fuerzas se ocultasen unas de otras, tomando posiciones.

Los perros ladran.

Suenan nuevamente algunos disparos. Se oye en la avenida próxima el correr precipitado de un caballo.

La fusilería recomienza con más vigor. Corre de nuevo en toda la línea y el combate se generaliza.

El estruendo es infernal.

Los proyectiles silban en la noche. Las ametralladoras rompen el fuego y el desgranar de sus disparos infunde pavor al espíritu.

Doña Emma Palacios y su hija Felisa, amedrentadas en su soledad, imploran ante una imagen. La oración, incoherente y sin ilación, brota de sus almas como un grito de angustia. La madre afligida muestra un crucifijo en su mano temblorosa y con la diestra extendida, bendice con hondo fervor religioso hacia aquellos lugares de muerte, en donde su hijo juega su existencia en aquellos momentos.

En el patio, por entre los recodos y los árboles del jardín, junto a la verja que cae sobre la calle, el perro de la casa corre y ladra, sin interrupción. El bravo animal es el único guardián de la mansión desamparada. Sus ladridos aturden y llenan el patio.

La fusilería no cesa un momento. Los cañones rompen el fuego y sus estampidos, roncos e intermitentes, se mezclan en el horrendo concierto.

La cristalería entera de la casa cruje.

Felisa y su madre, cada vez más penetradas de su desamparo, y cada vez más temerosas ante la permanencia de las descargas y el vigor de la lucha, prosiguen sus oraciones, con fervor creciente. Las palabras brotan atropelladas de sus labios. Rezan con desesperación.

En las líneas de combate se pelea cada vez con más encarnizamiento.

La pobre madre levanta el crucifijo una y otra vez, continúa su plegaria en voz alta y bendice, bendice a todos los lados, a todas partes, como si quisiese conjurar de la muerte a la tierra entera.

III

LA ÚLTIMA PALABRA

El duelo, mortal y decisivo, aumenta su furia. La noche ampara con sus sombras la terrible contienda. Los adversarios no se ven, combaten a la ventura. Los soldados disparan sus armas al azar, lidiando al parecer con enemigos ilusorios. Pero los fuegos que se cruzan, el agudo silbido de las balas, los hombres que caen, muertos o heridos, los árboles desgajados, la tierra y los guijarros

que salpican, denuncian la proximidad real del peligro.

En todo el vasto semicírculo de defensa de la ciudad la escena es la misma. Una obscuridad profunda, el crepitar constante de la fusilería y la ignorancia del enemigo.

Un milagro de disciplina mantiene en ese estado de incertidumbre y ansiedad a aquellas muchedumbres invisibles, frente a frente, pero esta inmovilidad es peligrosa para ambos bandos, particularmente para los defensores, menos aguerridos que sus adversarios. Un avance o un ataque enardecen a las tropas, pero una pelea incierta y larga como aquella, en tinieblas, a larga distancia, con enemigos ignorados, sin ver los efectos del esfuerzo propio, sin adivinar sus resultados y expuesto a un súbito ataque de sorpresa, son desalentadores por fuerza.

Así quizás lo prevén los jefes de las fuerzas legales y, anticipándose al avance de las rebeldes, la voz de mando corre a lo largo de las líneas de defensa, entre el fragor del combate:

—¡Salto adelante y fuego a discreción!

Un estremecimiento nervioso sacude a las tropas casi adormecidas ya en las trincheras. Y en lo hondo de la noche, en la confusión tremenda, mientras los fogonazos se suceden y las armas brillan con siniestros resplandores, la orden se repite en todas las compañías y los soldados saltan de las trincheras, trepan por sobre el muro de defensa y se lanzan decididos contra el enemigo.

—¡Adelante! ¡Adelante!—es la consigna.

Y la ola de fuego y acero avanza con ímpetu salvaje.

El enemigo se apercibe del movimiento y arrecia el fuego. La fusilería aturde, las ametralladoras precipitan sus disparos con loco furor y los cañones arrasan el frente. En las calles caen muertos y heridos. Los atacantes avanzan guareciéndose junto a los obstáculos que encuentran a su paso, troncos, árboles y casas.

Un rato después se oye el mandato inexorable: y la corneta de muerte vibra a la distancia.

— ¡Asalto a la bayoneta! — prorrumpen a una las voces de mando en toda la línea.

— ¡Viva la patria! — gritan los jefes.

Y un hurra estruendoso y largo, un alarido de alegría salvaje responde en toda la línea, y la tropa se estrella contra el enemigo.

Cesa entonces la fusilería y comienza en medio de la noche aquel choque inhumano al arma blanca, donde los adversarios descargan toda su crueldad y su saña en nombre de la *patria*, según rezan proclamas y arengas.

* * *

Los soldados marchan en aquel horroroso tumulto en que se prodiga y se espera la muerte por momentos. Algunos caen como si tropezasen de repente, vuelven a levantarse sangrientos y avanzan enardecidos por la lucha, ciegos de rabia y de furor. Otros se tienden para no levantarse. Algunas sombras pasan, se ocultan, se guarecen donde pueden y siguen, siguen, fieros, irreductibles, buscando al enemigo, brillante y siniestro el acero. Los proyectiles llueven de todas partes, por todos los agujeros y los intersticios. Vuelan hojas, ramas y gajos de árboles.

El enemigo ha comenzado a retroceder parcialmente. Es el momento peligroso de los encuentros individuales. Las fuerzas enemigas se han mezclado. Adelante se han precipitado las primeras secciones del ejército gubernista persiguiendo a sus adversarios, mientras quedan atrás, diseminadas y cortadas, fracciones enteras de fuerzas revolucionarias, heridos abandonados y emboscados que acechan el paso de algún enemigo. Estas fuerzas organizan resistencias parciales y combates aislados. Y en aquellos encuentros infernales y mortíferos los soldados disparan sus armas, se hieren los unos a los otros, matan a amigos o enemigos, sin atinar a quien.

A retaguardia avanzan soldados gubernistas rezagados en apoyo de las primeras líneas.

Oficiales y jefes, mezclados con sus tropas, acompañan a éstas en sus avances o siguen de cerca sus pasos.

Junto a un rancho derruído, vigilando en la sombra, se detienen dos hombres. Ambos guardan silencio. El uno empuña una pistola, el otro un máuser con bayoneta calada.

— Nuestro triunfo ya es seguro — observa este último—¡Se han pegado una corrida!...

El otro continúa callado observando en la obscuridad.

Como cinco minutos permanecen guarecidos detrás de aquellas paredes ruinosas. Luego se oye un estampido próximo dominando el estruendo general y al mismo tiempo vuela la mitad del rancho. Uno de los hombres, el que había hablado, es arrojado a cierta distancia; el otro recibe en el rostro una lluvia de tierra. Repuesto éste último de la primera sorpresa, y no habiendo sufrido daño

de consideración, dirígese hacia su compañero, preguntándole con afectuoso cuidado:

— ¿Estás herido, Mingo?

— Todavía no, mi comandante. Un porrazo, nada más — contesta el interrogado presentándose y sacudiéndose las ropas.

Las proximidades del lugar en donde están hasta entonces son sitios poblados de árboles por los que habían pasado momentos antes las tropas en su marcha de ataque. Los primeros encuentros se habían producido en las cercanías. Reina allí la más completa obscuridad.

El combate continúa en los alrededores. Los estruendos se alejan a ratos, pero de súbito suenan descargas cercanas como en un encuentro repentino o disparos sueltos que pasan silbando cerca de los oídos.

Ambos personajes, el comandante y el soldado, siguen con cautela hacia los árboles más próximos. Llegan ya cerca de los más corpulentos y frondosos, cuando el soldado se arroja violentamente sobre su jefe, exclamando:

—¡Échese, mi comandante!

Tiéndese éste en tierra al mismo tiempo que una detonación suena a dos pasos y una bala pasa silbando junto a ellos.

—¡Déjelo por mi cuenta!—grita Mingo al mismo tiempo que da un salto precipitándose contra el artero enemigo.

Trábase en la obscuridad una breve lucha, óyese luego un grito apagado y un cuerpo cae en tierra.

—¡Máteme, cobarde!—clama con dificultad la voz del herido.

Y Mingo levanta el arma para sepultarla en el pecho de su adversario, cuando una mano vigorosa, aferrándose a su brazo, le detiene.

—¡Alto, Mingo! ¡No lo mates!—dice la voz con imperio.

—¿Pero... por qué mi comandante—protesta aquel—si por poco le mata?

—Es inútil, amigo—prorrumpe con voz difícil el herido—déjelo que me mate, así descansaré mas pronto...

—No, usted no morirá—interrúmpele el comandante.

—No hay salvación para mí—articula con dificultad aquel—déjelo que me mate, tengo varias heridas que me hacen sufrir horriblemente.

—En mi presencia mis soldados no han de ultimar a nadie.

—¡Gracias!—murmura el desconocido.

—Un herido es sagrado. Usted morirá, si muere, pero no morirá sin los cuidados que pueda prestarle un adversario noble.

E inclínase hacia el moribundo para prestarle ayuda.

—¡Gracias! ¡Gracias!—murmura de nuevo éste haciendo un visible esfuerzo para hablar. Hace con dificultad un movimiento como buscando algo en sus ropas y luego agrega entregando un objeto a su interlocutor.

—Aquí tiene esta prenda. Guárdela como un recuerdo mío, yo se lo ruego... A mi madre, si la ve un día, restitúyala esa fotografía... y dígale que mi última palabra es para ella...

Quiere continuar pero no puede. Una convulsión le sacude y su voz se apaga por completo.

—¡Ha muerto!—exclama con acento velado por la pena el comandante, observando aquella prenda que el moribundo depositara en sus manos. Era un precioso reloj de oro.

—Lástima que no hayamos podido reconocerlo—advierte Mingo.

El combate continúa. El enemigo reacciona en toda la línea y ataca con vigor. La fusilería se oye cada vez más cerca. Y las fuerzas legales empiezan a retroceder visiblemente desmoralizadas.

El comandante se lanza entre sus soldados animándolos con la palabra y el ejemplo. Es inútil. La ola retrocede y no hay potencia humana capaz de detenerla. La artillería enemiga aumenta su actividad y se aproxima a su vez. Los estruendos se oyen cada vez más cercanos.

El comandante, arrastrado por su propia gente, se ve obligado a retroceder, seguido de su fiel compañero.

Las fuerzas gubernistas tornan a ocupar sus antiguas líneas con lo que vuelven a adquirir algún aliento para detener momentáneamente a los atacantes.

Ratos después, ya inevitable la derrota, se ordena la concentración del ejército legal en el centro de la ciudad, dejándose en las trincheras tropas que protegerían la retirada y que luego retrocederían a su vez.

El comandante Gonzalvez, al par que los otros jefes, ejecuta el movimiento ordenado, retirándose con su gente hacia el centro de la ciudad. El retroceso se hace con algún cuidado y con cierto orden. Por las calles, sumidas en completa obscuridad, junto a las aceras, en los caminos, ocultándose algunas veces en los huecos, exponiéndose las más, pasan con cautela las sombras. A ratos se detienen, observan con atención, hacen una descarga y siguen retrocediendo.

El comandante Gonzalvez acompaña y guía a sus gentes. Le sigue su inseparable Mingo.

De pronto aquel se detiene y escucha.

—¿Oyes, Mingo? — pregunta — Parece un grito.

El soldado presta atención.

—Es el cañón, mi comandante — observa éste mientras un estampido sacude la tierra.

Y siguen retrocediendo.

IV

LA NOCHE FATAL

Han pasado tres, cuatro horas. La intensidad del combate ha disminuído un tanto.

Doña Emma y su hija, una frente a la otra, guardan un silencio temeroso. Agobiadas y vencidas por tantas inquietudes escuchan y esperan el desenlace de la terrible lucha.

A lo lejos los disparos de fusilería se suceden. Los cañones no descansan en su obra de destrucción y de exterminio.

Aquella pelea en lo hondo de la noche, en medio de la obscuridad más profunda, despierta en el espíritu horribles conjeturas.

¡Cuántos muertos, cuántos heridos, cuántos desgraciados sin auxilio!

La anciana y su hija continúan inmóviles, cavilando sobre las más crueles suposiciones.

De pronto, un súbito golpe de viento, abre de par en par una de las ventanas del dormitorio.

Las dos mujeres se estremecen. Felisa corre a cerrarla.

La noche está impenetrable. En el patio el perro ladra con insistencia.

Felisa, amilanada, aguza el oído y escruta la obscuridad por entre la ventana entornada.

El perro insiste. Sus ladridos se oyen hacia un ángulo del jardín y su tenacidad se reconcentra al parecer allí.

Nada se ve en aquellas profundas tinieblas. El viento agita la negra copa de los árboles. Y esa especie de susurro del follaje que se mueve, presta no se qué de sombrío y medroso al paisaje.

El perro ladra con furor. A veces parece como que retrocediese un tanto, para avanzar de nuevo sin dejar de ladrar.

Su extraña tenacidad inspira una súbita sospecha a Felisa.

—¡Mamá!—clama afligida, mientras un escalofrío recorre todo su ser—¡Mamá, parece que alguien ha entrado en el patio!....

Las dos mujeres se miran afligidas. Se recojen una contra otra y observan en la sombra. Felisa retrocede, oprime el botón de la luz y quedan en la más completa obscuridad.

El bravo animal sigue en su empeño. Ladra, ladra con una especie de desesperación.

No hay duda, aquel animal sostiene una lucha. Alguien le acomete y le acosa. Su obstinación persiste hacia aquel ángulo del jardín.

Ambas mujeres siguen con el aliento contenido el curso de la lucha ignorada.

Parece como que el perro arremetiese contra su desconocido agresor, que retrocediese a veces, que saltase de uno a otro lado, que avanzase, se desviase y atacase con furia rara.

Felisa y su madre tiemblan. Aquella lucha que se presiente y se adivina, pero no se ve, produce en el ánimo de las dos mujeres una impresión cercana al pavor.

Solas, aisladas, sin servidumbre, desamparadas en la enorme residencia, sin recursos a que echar

mano, sin un alma a quien pedir protección y ayuda en tan críticos momentos, madre e hija, transidas de miedo, mudas e inmóviles, tratan de penetrar y descifrar aquel misterio.

El noble animal, como si tuviese conciencia de su misión, no desmaya. Sigue ladrando y arremetiendo a su contendiente. La lucha es desesperada.

—¡Mamá!—exclama despavorida Felisa—¡he visto brillar algo en la sombra! ¡Allá, en el fondo, parece que se mueven!....

Y sobrecojida y helada de espanto se abraza a su madre.

—¡Son ladrones!—piensan con terror—¡Son asesinos! ¡Serán agentes gubernistas!....

—¡Sí!—dice la madre iluminada ante esa idea. —Serán agentes gubernistas, enemigos de Emilio.

Los segundos transcurren. La angustia es mortal. El perro ha dejado oir un agudo grito, pero sigue ladrando. La lucha continúa.

Transcurre un minuto.

Felisa, súbitamente inspirada, corre al interior de las piezas, llega al gabinete de su hermano y allí recoge una pistola. No tiene más que dos proyectiles, pero ella confía en intimidar con ellos a los asaltantes.

Regresa junto a su madre que sigue como petrificada en la pieza sin luz.

El perro sigue ladrando. Felisa observa cuidadosamente. Trata de penetrar con la mirada en la sombra. Empuña la pistola confiada y resuelta. Y, de pronto, un formidable estampido suena en la pieza... Un fulgor instantáneo ilumina aquel cuadro de desesperación y los oídos quedan asordados.

El perro lanza un grito. Ambas mujeres se estremecen.

Pasan dos, tres, cuatro segundos. El noble animal no ha vuelto a ladrar.

—¡Mamá!—clama desesperada Felisa, arrojando el arma—¡he matado el perro!

Se precipita luego y cierra con estrépito la ventana, corre los pasadores y queda blanca, suspensa, inmóvil, sin acertar a tomar una medida más.

El silencio es completo, angustioso, mortal. La ansiedad indescriptible.

Pasa un rato, nada se oye. Las dos mujeres imploran misericordia ante el crucifijo.

—¡Habrán huído! — murmura con confianza la madre.

Hacia el fondo de la casa se oye ruídos, pisadas y sordo rumor de voces.

—¡Son ellos! ¡Han dado la vuelta! — murmura desolada Felisa corriendo a asegurar las entradas.

En una de las puertas que cae hacia el patio se reproducen los ruídos. El intento es indudable. Quieren penetrar a viva fuerza.

El disparo no les ha amedrentado en lo más mínimo. Acaso no ignoran que en la casa están las dos mujeres solas. La confiada tranquilidad con que proceden parece revelar que nada temen.

La puerta ha sufrido varios recios empujones, pero es sólida y resiste.

Los empujones se repiten. La puerta no ofrece trazas de ceder. Un golpe más recio, dado con instrumento de hierro, acaba de sonar. Otros golpes, secos y seguidos, se suceden. La puerta empieza a crujir.

Felisa y su madre como petrificadas de espanto, no aciertan a tomar una medida salvadora.

La desesperación de las pobres mujeres es infinita.

Irremisiblemente perdidas, no saben qué hacer ni qué resolución tomar.

Salir al patio, escaparse, ganar la calle, no es posible. El patio está en poder de los asaltantes y la casa está totalmente aislada. Los más próximos vecinos están a media cuadra. Y ¿quién se aventuraría a acudir a un llamado en tales momentos?

Un golpe más recio que los precedentes ha hecho crujir dolorosamente el maderamen. La puerta comienza a vacilar.

Felisa dirije miradas angustiadas a todas partes. Recuerda la pistola arrojada en el suelo. Una súbita idea la inspira y corre a recogerla.

Los golpes prosiguen más fuertes. Felisa retorna junto a la puerta, mide la altura y el lugar de los golpes y, empuñando el arma con mano poco firme, anhelante y ansiosa, la dispara contra la puerta.

Una imprecación responde afuera. Sucede como un movimiento de sorpresa y suspensión momentánea. Pero solo dura algunos segundos. Los golpes, más fuertes, dados con rabia, se repiten enseguida.

Felisa se abraza desesperada a su madre y la arrastra hacia el dormitorio.

La puerta ya cede. Una hoja se ha roto en parte y una exclamación de júbilo se oye en la sombra.

El golpe fatal persiste. Otro golpe más y la puerta se ha hecho astillas.

Un grito de triunfo se oye de nuevo y varias sombras humanas invaden la pieza.

Felisa prorrumpe en un alarido y se arroja sobre la puerta del dormitorio, logrando echar la cerradura y aislar de nuevo a los asaltantes.

Una voz interpela groseramente, en la pieza inmediata.

Felisa se precipita hacia la ventana, la abre despavorida y lanza un grito desgarrador.

—¡Socorro!

Aquel grito, que conmueve y sacude todas las fibras del ser, repercute en la noche desolada y trágica, como una invocación de súplica y angustia.

Felisa no lo ha percibido pero en las calles próximas hay tumulto, hay siluetas y sombras que retroceden con cautela, hay disparos sueltos y aislados de fusilería.

—¡Socorro! ¡Socorro!—vuelve a prorrumpir Felisa, con todas las fuerzas que le presta su desesperación.

Los asaltantes se detienen suspensos. Pero enseguida recomienzan la tarea. La puerta del dormitorio no resistiría. La débil hoja de madera apenas podría retardar unos segundos la perdición de las dos mujeres.

—¡Socorro!—repite Felisa, una vez más, casi sin sentido, ante la inminencia cada vez mayor del peligro.

—¡Viva el ejército legal de la nación! — grita una voz enérgica en la calle vecina, como una respuesta a aquel llamado desesperado.

—¡Viva!—prorrumpen otras voces, mientras diez, veinte formas humanas asaltan las verjas e invaden el patio.

—¡Dios mio! ¡Perdidas, perdidas! ¡Mi Dios! ¡Socorro, socorro¡—exclama Felisa al caer desplomada en el suelo.

—¡Salvadas, señora! ¡Salvadas!—contesta en la sombra una voz varonil, que ya no ha oído Felisa.

Uno, dos, tres disparos de arma de fuego se producen casi simultáneamente en el patio.

Entretanto los bandidos han hecho saltar la cerradura, la puerta se ha hecho astillas y las dos mujeres sin sentido, están a merced de ellos tendidas sobre el pavimento. Felizmente las ampara la obscuridad en que está sumida la pieza.

—¡Rodeen la casa! ¡Que nadie se escape!—ordena la misma voz anterior con imperio.

Otros disparos se oyen enseguida.

Entre los asaltantes se ha producido una desmoralización repentina. Un azoramiento súbito primero y un tumulto indescriptible después y tras un tropel como de fuga desordenada, queda desierta la pieza.

Sucede a aquel atolondramiento un profundo silencio.

En el patio se oyen claramente ruídos de sable y rumor de pisadas que se aproximan.

La misma voz, salvadora y varonil, interroga con inquietud en la sombra.

—¿Donde, señora?

Y la gallarda silueta de un oficial, empuñando un revolver, avanza con cautela en la pieza desierta. Tras una rápida ojeada se detiene cuidadoso junto a la puerta, examinando con atención el cuarto.

Detrás, jadeante, entra un soldado.

—¡Han huído, mi commandante, han huído por el fondo!—informa.

Y se detiene en el umbral, lista el arma, para proteger a su superior en caso necesario.

El oficial enciende un fósforo y, a la luz imprecisa de la cerilla, observa la estancia. Felisa, vuelta de su desmayo, levantaba en aquel instante la cabeza.

V

EL BUQUE FANTASMA

Hacía seis meses, en una noche obscura, navegaba junto a las costas del continente sur-americano un buque carbonero con el pabellón de Holanda. Se dirigía hacia el sur, pero nadie, incluso el personal de a bordo, habría podido determinar el rumbo exacto que seguía ni su destino fijo.

La tripulación había sido contratada en Marsella para conducir mercaderías a un puerto centro americano. El buque tenía entonces colmada ya la bodega de popa y la gente contratada se limitó a cargar grandes cantidades de artículos de consumo en la de proa.

Repleto de carga había abandonado Marsella, lanzándose a través del Mediterráneo en busca del estrecho de Gibraltar para precipitarse en el Atlántico.

Aquel buque carbonero que no conducía carbón sino mercaderías diversas, había provocado sospechas e inspirado cuidados a varios gobiernos americanos y a algunos europeos.

Al pasar frente a las costas de Portugal, dos cruceros de la marina de este país se habían lanzado en su persecución, sin lograr darle caza, y en la prensa de varios países americanos se publicaron telegramas que anunciaban una próxima revolución preparada por los monarquistas portugueses.

El buque había desaparecido. No se volvió a hablar de él y la alarma cesó.

En tanto el barco, después de burlar la persecución de los cruceros portugueses forzando la marcha y cambiando de rumbo repetidas veces, se dirigía resueltamente hacia el sur.

La tripulación, que no estaba al cabo del verdadero objetivo de este viaje, empezó a concebir recelos y sospechas. Después de pasar Gibraltar habíase ordenado el completo cambio de la pintura del barco. El personal experimentado notó luego aquel repentino y continuo cambio de rutas. Después se observó una mañana que el buque enarbolaba el pabellón dinamarqués. Se había lanzado al mar con el de Bélgica. Además todo era extraño en aquel viaje. El cargamento de popa era un misterio. Ya en alta mar habíase apostado guardias y prohibídose transitar por los departamentos de popa. Había allí grandes y sólidos cajones cuyo peso era suficiente para inspirar dudas sobre su contenido. Las bodegas estaban repletas de mercaderías parecidas. Y la gente de a bordo se vió asaltada por uno de aquellos temores mortales que nacen del instinto de conservación, tanto mayores cuanto mayor es el desconocimiento del peligro que amenaza.

En el puente de mando viajaban invariablemente tres personas que no cesaban de dialogar con algún secreto. Estas personas eran el capitán, el piloto, y un tercero que no desempeñaba función alguna a bordo, pero que parecía ser el verdadero jefe de la expedición. Este último era un hombre alto, rubio y fornido, con cierto aire de mando y de resolución, bastantes para asegurarle con su presencia un ascendiente sobre los demás.

Cerca de veinte días hacía ya que vagaban sin rumbo en alta mar, y los tripulantes no veían el término de aquel malhadado viaje. Previa una larga deliberación resolvieron presentarse al capitán imponiéndole condiciones para proseguir la navegación, y en caso de no ser ellas aceptadas abandonar el barco en el primer puerto.

Al caer la noche, los tres personajes referidos se hallaban como de ordinario en el puente.

— Se me ocurre — decía el personaje rubio — que hemos errado al enarbolar hoy el pabellón de Holanda.

— ¿Por qué? — preguntó el capitán.

—Porque estamos en aguas americanas y puede ser altamente sospechosa...

—No entiendo porqué puede ser más que cualquiera otra.

—Pues...porqué tiene tres colores. Colorado, blanco y azul.

—¿Y eso qué implica?

—Implica que son los mismos colores...

—De Francia—interrumpió el capitán.

—...del Paraguay—concluyó el otro bajando la voz.

—¡Ah!—terminó aquél.

Un hombre del personal de a bordo se acercó en ese momento al capitán pidiéndole permiso para hablarle. Este se retiró con él a un lado.

—La tripulación desea hacerle una manifestación, señor capitán—expresó el recién llegado.

—¿Todos?

—Todos.

—Que se reunan en el comedor.

El tripulante se retiró, mientras el capitán dirigióse a su compañero diciéndole:

—Hay alarma. ¿Qué hacemos?

—Tranquilizarlos...o intimidarlos...o ambos a la vez.

—¿Y cómo? ¿Descubrirles la verdad?...

—Nada menos que eso. Vamos, yo le acompaño. Pero provéase antes de un arma.

Y se encaminaron hacia el comedor. Cuando llegaron los tripulantes hallábanse ya allí reunidos en actitud de parlamentarios de un motín.

El capitán y su acompañante se detuvieron frente a ellos y permanecieron de pie guardando con la espalda la salida. El más decidido tomó la palabra en nombre de todos y dijo:

--Hemos resuelto, señor capitán, solicitar una explicación en vista de ciertas irregularidades que hemos notado en el viaje. Fuimos contratados para conducir el barco a un puerto centro-americano...

—Es exacto--interrumpió el personaje rubio—pero el capitán ha recibido orden de dirigirse a otro puerto y esto no debe alarmarles.

—Además, el buque no sigue ningún rumbo fijo...

—¡Quién le ha dicho eso!—exclamó con violencia el mismo que había hablado anteriormente. —¡Allí está el piloto y quien se atreva a disputarle su puesto que lo diga!...

Los tripulantes se sintieron intimidados ante la fiera actitud que había asumido repentinamente el desconocido.

—Manifestamos nuestro parecer, señor...Además se ha cambiado varias veces la pintura del barco, se ha puesto guardias a popa...y cada día se enarbola un pabellón distinto...

—Esas son cosas que no le incumben a ustedes—dijo con firmeza el misterioso personaje.

—Pero tenemos el derecho de abandonar el buque en el primer puerto...Y eso venimos a manifestárselo a usted, señor capitán.

—El barco no hará escala en ningún puerto... y quien quiera abandonarlo lo hará...pero en el mar—replicó agresivamente el desconocido.

Y sus ojos brillaron fieros y amenazadores. Luego continuó:

—Ustedes tienen el derecho de bajar a tierra y nosotros tenemos el derecho de encerrarles en la bodega. Nadie desembarcará antes de que el barco llegue a su destino. ¡Quien no esté conforme que lo digal—concluyó con decisión. Y aguardó.

Los tripulantes callaron. Reinó un largo y glacial silencio. El personaje rubio prosiguió entonces.

—Yo les prometo bajo mi palabra de honor que antes de diez días estarán libres y a buen puerto. Y entre tanto cada uno de ustedes tiene doble paga y una gratificación de quinientos francos...

Aquellos hombres revivieron. Una imperceptible sonrisa iluminó los rostros duros e hirsutos, acostumbrados a desafiar las furias del mar, aunque no las de un semejante, pero continuaron callados. Después de un instante aventuró uno:

—Es que no queremos comprometernos en ningún peligro.

—Yo les respondo que no habrá para ustedes peligro de ningún género.

Siguió una nueva pausa al cabo de la cual preguntó el desconocido clavando los ojos en todos:

—¿Están conformes?

Los tripulantes se miraron unos a otros como consultándose.

—¿Y quién nos asegura que se cumplirá lo que usted promete? —repuso uno tímidamente.

—¡Yo! —contestó el interrogado irguiéndose. Y llevó la mano al interior del saco, extrajo la cartera y abriéndola ante los ojos codiciosos de sus interlocutores exhibió un nutrido fajo de billetes.

Algunas sonrisas aparecieron a la vista del talismán.

El personaje rubio contó el número de hombres reunidos ante él, hizo varios paquetes de quinientos francos y cuando los tuvo listos, dirigióse sucesivamente a cada uno de ellos.

—Esto usted, esto usted .: usted, usted..

Y repartió los billetes entre los presentes.

— ¿Están conformes? — preguntó.

— Sí, señor, — contestó ruidosamente el coro.

— ¿Conformes en conducir el barco hasta el término del viaje?

— Conformes.

— ¿Sin chistar?

— Sin chistar.

Y el buque fantasma, salvado de un motín en alta mar, misterioso y obscuro como su destino, siguió su marcha con rumbo al sur.

Y diez días más tarde entraba pacíficamente en la rada de Buenos Aires aquel barco afortunado que traía dentro de sus flancos de hierro, armas, proyectiles, provisiones de boca y de guerra, dos millones de pesos oro y veinte millones de curso legal, en deudas, daños y perjuicios y medio año de la más sangrienta y terrible guerra civil que haya asolado al Paraguay.

VI

EL FANTASMA DEL BUQUE

El gobierno del Paraguay presintió que el peligro era mortal, y se apresuró a adoptar urgentes medidas de defensa.

Reclamó de la buena amistad de los gobiernos vecinos la detención de aquel barco insolente,

adquirido y tripulado por cuenta de una grande y poderosa empresa constituída para fomentar la revolución en el país.

Hubo movimiento, activas gestiones, cambio de notas y buenos oficios. Pero mientras se cambiaban frases amables y cordiales notas, el buque se había escabullido desapareciendo entre las brumas. Días después, como un terrible espantajo, navegaba perezosamente en las pacíficas aguas paraguayas, produciendo una consternación y un pavor como no existía recuerdo de otros.

El gobierno adoptó nuevas medidas.

Se ordenó el reclutamiento general en la república, y la adquisición de material bélico en cualquier parte, de cualquier clase y a cualquier precio.

Se organizó un atropello armado. Albergues, cuchitriles, patios, casas, todo lugar donde podía existir un hombre en estado de tomar las armas, se vió sitiado y asaltado.

Así se logró formar un ejército numeroso cuyo mando se confió a diversos jefes militares de filiación política distinta, con lo que se complicó extraordinariamente la situación, pues cada uno de ellos, una vez en posesión de sus fuerzas, obraron independientemente y el país se vió inopinadamente en presencia de cuatro ejércitos enemigos o de cuatro revoluciones a la vez.

El gobierno había adoptado otras medidas trascendentales. Se trataba de salvar la *patria* y las instituciones legales y no había que vacilar en razones de más o de menos. En primer lugar obtener un préstamo de quinientos mil pesos oro para la adquisición de un poderoso buque en los puertos del plata con el fin de batir a los insurrectos por retaguardia. Luego adquisición de otros barcos en los puertos de la capital para dirigirse contra

el fantasma que asolaba el litoral, el cual sería así sorprendido entre dos fuegos. A este efecto el Poder Ejecutivo solicitó una emisión. Las cámaras se reunieron ante la espectativa general y la emisión fue votada entre aclamaciones.

Un emisario de toda confianza del gobierno marchó al exterior con los quinientos mil oro, con el fin ya indicado. Otro gran buque era adquirido al mismo tiempo en el puerto de la capital. El público murmuró que el gobierno anda muy suelto de manos, pues que la embarcación no valía la mitad de lo que se había pagado por ella.

Entre tanto tomaba cuerpo la revolución y los desastres y las defecciones se sucedían hasta llegar el momento crítico en que fué necesario transformar la capital en el último baluarte gubernista.

Los difíciles momentos que atravesaba la república sirvieron para poner de manifiesto las simpatías y la buena amistad de los gobiernos vecinos. Tres buques de guerra argentinos y cinco brasileros se habían estacionado en el puerto de la capital, resueltos a defender los intereses comprometidos de sus connacionales, aunque sospechábase que los únicos intereses que resultaban realmente comprometidos eran los del Paraguay.

El país debía estar agradecido. Fué tan efectiva y tan real esa buena amistad que, mientras los unos prestaban eficaz apoyo y protección al gobierno, los otros, no queriendo ni pudiendo ser menos, se los prestaban con igual eficacia a los insurrectos, de donde resultaban ambos bandos fuerte y generosamente protegidos, todo ello en beneficio de la prolongación de la guerra civil.

Anduvieron tanto y con tanto celo en esta carrera de recíproca emulación nuestros correctos y amables visitantes, que alguna vez se estorbaron

y hubieron de irse a las manos, sin gran sorpresa de nadie al parecer.

Por entoces habían llegado los días negros de la situación imperante y como todo era dificultades desde algún tiempo a esa parte, se enredó a última hora en una telaraña bastante gruesa y complicada. El almirante argentino perdió la paciencia no se sabe por efecto de que respetables causas y amenazó al gobierno con hacer uso de sus poderosos elementos de guerra contra la capital, pero el ultimátum no pasó de ser una broma de amigo porque la sangre no llegó a la bahía y no es de presumirse que se haya renunciado a esta benéfica y amable deferencia prometida a la ciudad, por temor a las fuerzas nacionales de mar y tierra, ni menos que tan arrogante marino se haya asustado de algún negro espantajo que acaso creyó ver tras el esqueleto del régimen moribundo.

Murmuróse en aquellos mismos días que una noche, a altas horas, la oficialidad de los buques brasileros surtos en el puerto sorprendió a la tripulación, rebelada y en el momento en que pretendía limpiar de edificios la Asunción con un bombardeo a boca de jarro. Averiguada la causa díjose lo siguiente: Parte de la tripulación que no estaba de servicio había bajado a tierra y esparcídose por los suburbios en busca de jaranas y fiestas. Uno de estos grupos, compuesto de diez o doce marinos, había librado una batalla campal con algunos paisanos, resultando de la refriega, muerto uno de los brasileros y parece ser que no hubo armisticio para los demás. Esta baja produjo tal indignación entre los compañeros de la víctima que a la noche siguiente resolvieron vengarla no dejando piedra sobre piedra en la capital paraguaya.

En resumen, la situación era la siguiente: En las puertas de la ciudad, amenazador y triunfante, el numeroso ejército rebelde; en el puerto, como prenda de seguridad y buena amistad, ocho barcos de guerra amigos; dentro de la ciudad un intrépido gobierno mas preocupado de los billetes cuyas firmas marchaban harto despacio que del enemigo que le amenazaba. ¡Ah! Y camino al exterior, con quinientos mil pesos oro en el bolsillo, un héroe cuyo nombre conservará el país en letras de la misma moneda, en busca de un acorazado salvador que haría trizas de la revolución.

VII

EL CONFLICTO DE LOS ESPÍRITUS

La refriega había cesado y el ejército revolucionario victorioso se aprestaba a entrar en la capital.

Con la primera luz de la mañana corrió la feliz noticia. Y la población, ávida de contemplar el espectáculo se había estacionado a lo largo de las calles. La avenida España, designada para la entrada, se veía cuajada de una muchedumbre desbordante, ruidosa y contenta. Las familias llenaban aceras, balcones y azoteas.

Arrastrados por la curiosidad pública buscábamos, a nuestra vez, sitio cómodo para ver. Juan Manuel Ovando, uno de nuestros compañeros de colegio, vivía en la avenida España y su casa era una de las más cómodas y apropiadas para contemplar el interesante espectáculo del desfile. Cuando llegamos, sin embargo, estaba ya llena de familias y apenas restaba para nosotros sitio en la azotea.

Las horas largas de la espera trascurrían sin que se iniciase la aguardada entrada y el público empezaba a fastidiarse y a murmurar. Dos horas habían corrido y no había esperanzas de que la impaciencia se calmase, pues el extremo de la calle continuaba desierto y ni el menor movimiento no denunciaba que las tropas hubiesen empezado a aproximarse.

Las numerosas familias que llenaban los balcones de la casa de Ovando, cansadas igualmente de esperar, se reunieron en la sala y repartidas en los asientos entablaban conversaciones cuyo tema obligado era la revolución.

Los diálogos se animaban a ratos, decaían luego, seguía después un silencio y a veces se suspendía súbitamente la conversación y se corría a las puertas y a los balcones con la esperanza de ver aparecer la cabeza del desfile. Y frustrado el deseo se tornaba nuevamente a la sala, reanudándose la suspendida charla.

Doña Josefina Recalde de González, dama muy considerada en la sociedad asuncena y muy conocida por la exaltación de sus ideas a favor de la revolución, en cuyas filas tenía tres hijos, ocupaba un asiento en la sala. Le acompañaban sus dos hijas, vivarachas y gentiles.

Mas allá, casi en frente a ella, se hallaba sentada doña Manuela Viera de Carreras, también distinguida matrona de la sociedad, esposa de un senador de la nación, partidario del régimen caído. La presencia de esta señora había molestado a todas aquellas personas cuyas opiniones eran favorables a la revolución, es decir a la mayoría de las presentes allí. Doña Manuela era tan exaltada como doña Josefina o acaso más que ella, y nunca disimuló la aversión que le inspiraban los enemigos

de su esposo. Su presencia en ese lugar y en ese momento se interpretaba como un desafío y las miradas se fijaban en ella con cierta provocativa curiosidad. Este escozor que producía doña Manuela no era, sin embargo, del todo infundado. Su esposo había marchado al destierro y no tenía hijos ni parientes en las filas rebeldes a quienes aguardar. Por consiguiente su único objeto era mostrarse tranquila y sonriente en aquel medio hostil como si nada hubiese pasado, desafiar con su indiferencia o su desdén a las gentes engreídas con el triunfo y lanzar algunas cositas que le vibraban a flor de labio. No quería más. Su propósito era mortificar un poco, turbar la alegría demasiado ruidosa de sus amigas.

Isolina, una de las niñas de doña Josefina, lanzó la chispa con toda inocencia y estalló el incendio. Se hallaba observando la multitud heterogénea de la calle cuando de súbito abandonó su observatorio y llegó corriendo a la sala, gozosa y radiante exclamando:

—¿Sabes mamá, lo que vamos a hacer cuando lleguen los muchachos?..... Una gran recibo en casa festejando el triunfo....

Doña Manuela pensó, sin razón, que aquella era una agresión directa contra ella y, volviéndose a mirarla con altivo desdén, dijo:

—Pues....si a esto llaman ustedes triunfo...

—¿Y qué es esto?—intercaló con punzante ironía doña Josefina—¿por ventura es una corrida como la de los gubernistas?...

—No es una corrida pero es una vergüenza. Si estos señores de la revolución tuvieran un poco de sangre en el rostro no debieran ufanarse de esta vergonzosa campaña....

—¿Vergonzosa? ¿Vergonzosa? Me causa gracia. ¿Y porqué?

—Porque quien triunfó aquí para desgracia del país no son ellos.... Es una empresa extranjera, con capital extranjero que tendrá que pagar el país, un ejército de mercenarios reclutados en los territorios vecinos bajo la complicidad de gobiernos extraños...

—Usted habla por despecho, señora. Ahí están mis tres hijos que son buenos paraguayos, ahí está la mejor gente, la mejor juventud del país...

—¡Si, la mejor juventud del país! ¡La juventud extraviada y ciega que ha ido a sacrificarse por cuatro traficantes que le han engañado hablándole de libertad y regeneración. ¡Valiente juventud esa!

—Pero usted no va a negar, señora, que este es el triunfo de la gente decente, de la gente ilustrada, de los mejores hombres del país contra la chusma...

—Yo no sé quienes son mejores o peores.

—No hay comparación posible, doña Manuela, usted delira...El partido de su esposo no ha hecho más que hundir al país durante treinta años de mal gobierno...

—¡Y vender tierras públicas y saquear el tesoro!—agregó mezclándose una tercera señora que se mantenía callada hasta entonces por un prodigio de voluntad.

—¡Y asesinar a los presos en las cárceles!—añadió otra.

—¡El gobierno de los gauchos!—dijo una quinta en tono despectivo, tapándose la cara con horror.

Doña Manuela, como una fiera sitiada, se revolvió sobre sí misma y poniéndose de pie, con las miradas fulgurantes de indignación, replicó:

—¡El gobierno de los gauchos! ¡Las tierras públicas! ¡El asesinato en las cárceles! ¡La eterna cantilena!...Y vamos a ver. Hace doce años ha subido al poder el partido de la gente ilustrada ¿y qué ha hecho en este tiempo? Primeramente se han peleado por el hueso, la voracidad los ha perdido. El gran partido de los regeneradores se ha fraccionado en tres pedazos...Ha ofrecido al país cuatro sangrientas revoluciones, ha despoblado la república con el destierro, ha mantenido al país en estado de sitio permanente, tiene en su haber la odiosa tragedia de Fortín Galpón, el asesinato de obscuros sargentos en los cuarteles y no ha vendido tierra pero en cambio ha hipotecado los destinos del país con un decreto clandestino que imponía a la república una deuda de un millón setecientos mil pesos oro...

Y dicho todo esto arrebatadamente y con singular vehemencia doña Manuela se detuvo a esperar una nueva andanada de toda aquella multitud hostil que a duras penas se había contenido escuchándola.

Veinte voces le saltaron al encuentro.

—Lo que usted debiera hacer, señora—dijo una—es vestirse de luto porque lo que es el gobierno de la horda ya no volverá jamás. Los buenos tiempos de su esposo ya pasaron...

—Todo lo que se ha hecho, dicho y gastado en estos tiempos para salvar el país de esa turba de malhechores aún es poco y lo que debieran hacer de una vez por todas es fusilarlos en conjunto—dijo una segunda.

—Usted, doña Manuela, parece un poco trastornada—dijo doña Josefina con tono hiriente y agresivo levantándose a su turno—porque no recuerda ni ve nada ni es capaz de convencerse ante

la realidad de las cosas. No recuerda como se vivía en aquellos desgraciados tiempos en manos de malhechores e ignorantes, con el país desquiciado, sin orden, sin organización y con la peor gente llenando los más altos cargos públicos. No recuerda el terror en la campaña, el dominio de los bandoleros y los gauchos, la aflicción de las familias, el atraso de las costumbres, la rutina del hábito. Usted no recuerda como estaba la policía, el ejército...

—Estaban mejor que ahora—saltó doña Manuela sin poderse ya contener—porque entonces existían hombres leales, no habían traidores ni vendidos....

—Es que entonces había la complicidad del crímen, la solidaridad del delito que hoy no existe..»

—¡Por favor, mi Dios! ¡Por favor! Que se acabe esta discusión—esclamó con voz desconsolada doña Emilia Rivarola de Vargas, respetable anciana de aspecto distinguido y de maneras nobles y delicadas, que se había contenido hasta entonces escuchado el airado debate que iba agriándose cada vez más—¡Por favor mis hijas, no discutan más!...

—Es que usted, doña Emilia, no puede sentir como nosotras, usted es indiferente y no tiene un esposo en el destierro—replicó doña Manuela.

—¡Ah, mi hija! Si usted pudiera medir la magnitud de mis dolores. Si hubiera presenciado mis angustias, mis zozobras y mis lágrimas.... No tengo un esposo en el destierro pero soy más desdichada que ustedes. Nunca he tenido un momento de dicha, nunca mi gozo ha sido completo. Tengo un hijo entre los gubernistas, que anoche ha llegado entre las sombras a despedirse y a estas horas está en camino al extranjero, y tengo otros dos hijos en la revolución a quienes espero en este

momento. No puedo ser indiferente, veo las cosas como son y las sufro con paciencia. Los quiero igualmente a mis hijos y ninguno de ellos tienen para mí razón contra los otros...

Todas callaron ante el noble estoicismo de aquel espíritu que soportaba con tan sereno valor su difícil situación y contemplaron con respeto a la anciana, como si en su persona vislumbrasen por primera vez toda la amarga realidad que no comprendieran hasta entonces.

—Yo no ambiciono el triunfo de los unos ni de los otros—prosiguió luego—porque todos son iguales ante mi corazón. Mi única ambición es la paz, la paz que cura todas las heridas y los males, la paz que apaga los resentimientos y los odios. El triunfo del uno es para mí el destierro del otro y no puedo felicitarme de un hecho que si por un lado me restituye un hijo por el otro me priva de dos. La única verdad indiscutible en esta vida cruel que sufrimos es el dolor, el dolor que producen estas guerras, martirizándonos sin piedad y matándonos hora por hora. Por eso al escuchar esta discusión es como si los oyese a mis propios hijos disputando. No, el tiempo lo ha demostrado con fatal precisión. Ninguno tiene razones inconmovibles contra el otro. Todos han cometido errores, todos tienen sus defectos. Pero ambos, en medio de sus errores, de sus faltas y de sus defectos han cumplido una misión. Aquellos primeros hombres, a quienes se apellida despectivamente «los gauchos», han tomado los destinos del país en horas bien amargas, después de una guerra devastadora y criminal. No eran hombres ilustrados, eran hombres modestos, soldados curtidos en la terrible campaña de seis años, pero aquellos hombres rehicieron la nacionalidad con esfuerzo y perseverancia, la

levantaron sobre las cenizas y las ruinas y, sobre todo, tuvieron el mérito de fundar colegios, universidades y escuelas en donde se ha formado esa clase ilustrada que un día daría en tierra con los viejos fundadores...

Una especie de callado estupor producían aquellas palabras impregnadas de una verdad profunda y justiciera y, aunque aquellas exaltadas señoras tenían sus «razones» en contra, nadie interrumpió a la anciana. Después de un breve silencio continuó:

— Llegó, no obstante, un día en que aquel régimen, ya caduco y anacrónico para los tiempos que corrían, no podía subsistir y debía caer. Su misión estaba cumplida y el país reclamaba y exigía una renovación espiritual, un cambio y nuevas instituciones, y aquellos hombres debían ceder su puesto a las nuevas generaciones. Estalló la revolución, la única real, verdadera e indiscutiblemente útil y necesaria. Pero la codicia de los hombres y sus ambiciones desmedidas malograron los frutos de aquella campaña feliz. Desde entonces se han perdido la razón y la lógica, desde aquella hora fatal y triste datan las grandes desgracias de la República, y desde entonces lloramos las madres los errores y los extravíos de los hombres y la sangre vertida en los campos de batalla...

— ¡Mamá! ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! — gritó en ese momento Isolina.

Y la multitud se precipitó a los balcones.

VIII

LA APOTEÓSIS

El vencedor adelanta.

Por las calles pasan, rechinando y crugiendo sus carros de hierro y sus monstruos de bronce.

Entre picas y lanzas y aceros desnudos, a paso de gloria, sus legiones desfilan.

Es la apoteósis.

El nuevo César pide incienso y reclama laureles, y la ciudad, enlutada y doliente, se ha vestido de fiesta y se los brinda al pasar. Pero parece la infortunada metrópoli, con sus galas artificiales y su aderezo forzado, una de esas enfermas, ajadas y descoloridas, que quieren mostrarse propicias y ensayan una sonrisa y un gesto amable para halagar al triunfador.

En las calles hay tumulto y ruído, voces clamorosas y gritos de adhesión. Rompen el aire los acordes guerreros y las músicas marciales. Sobre el pavimento de piedra suenan las pisadas con trágico rumor.

Pasan primero las legiones victoriosas del Norte, siguen luego las tropas vencedoras del Sur. Desfilan artillería, infantería, marinos, caballería. Un ejército numeroso. Pero aquella muchedumbre guerrera no trae la entusiasta arrogancia de los triunfadores ni el porte airoso de quien se siente orgulloso y ufano de sus hazañas. Todo tiene un aspecto de cansancio y abatimiento que oprime el corazón.

No obstante, la muchedumbre callejera que colma las calles, acometida de un exaltado delirio, aplaude y aclama sin cesar. Entre el polvo que ciega y aturde los brazos se agitan, las manos saludan y las gargantas ya roncas profieren gritos sin descanso.

* * *

Ya las tropas pasaron camino a los cuarteles. Aún flota en el ambiente el polvo de las calles y aún se oye el eco de los vítores finales.

Los hijos ausentes retornan a los hogares. Las madres acojen con un largo abrazo, mezcla de júbilo y de lágrimas, la vuelta de los desterrados. En cada casa y en cada familia hay una fiesta íntima de ternuras y cariños.

Los padres que vuelven, los hermanos y los hijos que traen la paz a los hogares, los amigos recordados, todos tienen en torno un coro animado y bullicioso, miradas ávidas que interrogan, rostros sonrientes que dan la bienvenida, palabras afectuosas que informan e ilustran y acosan a preguntas.

Todos están contentos tras la angustia sufrida. Nadie recuerda dolores ni excesos. Ha vuelto la calma a los espíritus y la paz a las familias.

¡Ah! ¡Pero mirad en el fondo de los hogares! ¡Cuántos están desolados y vacíos! ¡Cuántos hijos faltan, cuántos padres no han vuelto, cuántas madres condenadas a aguardar indefinidamente!

Ved allá, apostada al borde del camino una imagen dolorosa, con los ojos angustiados que investigaron inútilmente el paso de los regimientos.

¿Quién es aquella mujer, visión, espectro, sombra, petrificada junto a la vía, que tiene la muerte en las miradas, la muerte en el rostro y la muerte en el alma?

Hace rato las tropas están en los cuarteles, hace rato han dejado de pasar. Pero aquellos ojos extraviados y sin vida, siguen clavados y fijos en el camino, siguen buscando, siguen aguardando a quien acaso ya no volverá jamás...

En vano indagó, preguntó con afán. Nadie pudo o nadie quiso darle la noticia fatal.

* * *

El hogar está desierto. Emilio Latorre no ha retornado junto a su anciana madre.

Acaso ha perecido oscuramente en un ignorado entrevero. ¡Quién lo sabrá, quién lo recordará siquiera!

Brindó su juventud magnífica en holocausto a una causa que creyó santa, ofrendó su vida en aras de la redención de su tierra...Pero su tierra seguirá tan desgraciada como antes ¡como siempre! y los hombres culpables de su muerte reirán sobre las pobres tumbas olvidadas, tan irredentos hoy como ayer.

Ved a la madre en la soledad del hogar. Han pasado días. ¡Cuánto cambio! Ya no es la misma su mirada, su rostro tampoco es el de antes. Su plácida sonrisa ha muerto y en su frente venerable un pliegue profundo ha marcado la amargura suprema de su alma. Las ojeras violáceas han ensombrecido su semblante y desde la comisura extrema de sus labios han caído dos arrugas hondas, como dos surcos del dolor.

¡Pobre madre! ¡Su hijo no ha vuelto! ¡Para qué sirvió su ternura, para qué sus cariños, para qué sus plegarias, si no supieron preservarle de la muerte

El hijo esperado no ha vuelto. Pero allí, en el hogar desierto, junto a la madre abandonada, perdura viviente su recuerdo, flota su alma y vibra el eco de su acento familiar.

La madre lo adivina y lo siente en el viento que pasa, en el mueble que cruje, en los pasos que suenan a lo largo de las galerías.

Es su silueta la que vaga en la casa, es el eco de su, voz el que se oye en el viejo gabinete de estudio.

En las noches largas, cuando cesan los rumores cuando calla el viento, en la profunda quietud de esa calma extraña, pasea su sombra en silencio.

Es la madre quien la percibe. Ella es la que confidencia con el muerto.

En esas noches infinitas, cuando el sueño huye de sus párpados, cansados y marchitos, cuando invoca en vano la tranquilidad perdida, el recuerdo de su hijo muerto, le tortura, le atormenta y le persigue sin cesar.

Entonces renuncia al reposo buscado, abandona el lecho y camina y anda y huye, como un duende, a lo largo de los corredores silenciosos. Y en sus desvaríos, en su alucinación extraña, la sombra de su muerto surge de nuevo ante su vista como entre nieblas lejanas, toma cuerpo, cobra forma, y le mira tan hondo, desde tan lejos y con una mirada tan profundamente triste....

¡Cuánto tiempo ha pasado! ¡Cuántas noches sin dormir! ¡Cuántos días de dolor!

¡Pobre madre!

IX

LLAMAS

— ¿Recuerdas, Mingo, aquel asesinato, el último que cometimos en la defensa de la ciudad?...

— ¿Asesinato llama usted a eso, mi comandante? — replicó en tono de reproche el soldado. — Desde luego ya estaba herido cuando tuvo la desdichada ocurrencia de hacernos aquel disparo. Le matamos en buena ley, defendiéndonos; no puede quejarse. Allí no hubo asesinato...

— Asesinatos llamo yo a todas esas matanzas sin razón de ser. ¿Y recuerdas a aquella familia a quien salvamos tan providencialmente?

— Como no, mi comandante. Si soy capaz de hacer el retrato de aquella señorita.. ¡Qué ojos y qué rostro!...

— Pues ya lo ves, yo no me había fijado en tal cosa...

— En quien usted no se fijó fué en la vieja, mi comandante, que a no ser por Mingo se quedaba en tierra hasta hoy — replicó el antiguo soldado sonriendo un poco.

— ¿Y sabes a quién matamos y a quién salvamos esa noche? Mira este retrato y dime a quién se parece...

Y diciendo esto, el comandante Gonzálvez puso de manifiesto ante los ojos del soldado un precioso reloj de oro en cuya tapa posterior se veía una fotografía.

— ¡Si es la misma cara de la señora!... — exclamó el muchacho. — La anciana a quien salvamos...

— Y la madre de aquel joven a quien asesinamos — agregó el comandante.

— ¡Es posible! ¡Qué coincidencia! — exclamó el asistente sorprendido.

— Aquí están sus iniciales: «E. L.» entrelazadas, Se llamaba Emilio Latorre.

— ¡Qué noticia para su pobre familia!

Hubo una pausa entre ambos. Luego agregó el antiguo soldado:

—Si usted quiere, mi comandante, yo llegaría un rato hasta allá para llevarle noticias suyas y entregarle la fotografía como se lo pidió aquel herido.

— ¿Y no tienes miedo de que te apresen?

— A mí no me conocen y no me harán caso; en cambio si usted sale le tomarían. Tres meses son suficientes para olvidar a un asistente pero no a un jefe como usted.

— Y a fe que no sería malo — concluyó reflexionando el comandante, y sentándose junto a su

mesa escritorio, empezó a borronear algunas cuartillas.

Pero, descontento al parecer de lo que escribía, arrancó el papel, lo estrujó con la mano, lo arrojó al canasto y empezó a escribir otro. Un momento después volvía a arrancar la hoja, la estrujaba de nuevo y le daba el mismo destino que el anterior.

Mingo observaba y sonreía.

— Me parece, mi comandante, que sería mejor que le escribiese a la anciana como se lo encargó el moribundo — observó de pronto tímidamente, aunque con cierta picardía.

— ¿Y quién te dice pillo que yo escribo a la hija?

— Es que... usted suele escribir las cartas de una tirada...

Gonzálvez sonrió un poco ante la perspicacia de su asistente, y considerando que, en efecto, era más propio dirigir aquella comunicación a la madre, y no a la hija como pensaba hacerlo, empezó a escribir de nuevo.

Un rato después, Mingo partía en cumplimiento de la difícil misión. Nunca había recibido como entonces tantas recomendaciones para conducirse correctamente.

Aquel muchacho que desempeñaba el papel de asistente del comandante Gonzálvez aún fuera del cuartel, como lo hacía ahora, y a quien éste permitía ciertas libertades y hasta cierta familiaridad casi excesiva, era un huérfano recogido de niño por él y a quien educó con cariño. Adicto a aquel a quien consideraba como su verdadero padre, Mingo o Domingo como se llamaba, le seguía a todas partes. En el cuartel era su asistente, fuera de allí su servidor y en todas partes un valiente muchacho dispuesto a dar su vida por Marcial Gonzálvez.

* * *

Cuando salió Mingo, Marcial Gonzálvez quedó pensativo.

Conservaba de la noche aquella un recuerdo imborrable. Mezclado en la formidable lucha, comandando una sección del ejército gubernista, sostuvo su posición con tenacidad admirable. Cerca de cinco horas de combate en la obscuridad había producido la desmoralización de las fuerzas legales.

Tropas bizoñas, mal armadas y con escasa oficialidad, no estaban preparadas para resistir al empuje de un ejército victorioso como el atacante.

Con la primera desmoralización de los batallones defensores se dió la orden de abandonar las líneas de trincheras, replegándose hacia el centro de la ciudad.

Las tropas iniciaron aquel movimiento de retroceso en presencia del enemigo, adoptando precauciones, dejando batallones encargados de proteger la retirada y aprovechando los momentos en que el vigor de la lucha decrecía considerablemente.

Marcial Gonzálvez, después de hacer un magnífico, aunque inútil esfuerzo de valor y de audacia, introduciendo la confusión en las líneas enemigas también retrocedió con su gente.

Fué entonces cuando, en lo hondo de la noche, oyó aquel grito de horror y de angustia que estremeciera todo su ser.

Anhelante, suspendida la respiración, sin vacilar un segundo, trató de orientarse, aguzando el oído para acudir a aquel llamado desesperado.

Un segundo grito, indicándole el sitio preciso, acabó por desconcertarle. No dudó de que se trataba de un crimen. Los instrumentos de la situación tenían sobrados motivos de odio sontra la familia de un revolucionario tan prestigioso como Emilio Latorre.

Ágil y ligero había traspuesto la verja con algunos soldados y lanzádose a la ventura, dispuesto a salvar vidas, fuesen quienes fuesen los victimarios.

Todos aquellos incidentes de la noche fatal perduraban en su recuerdo.

Su intervención inesperada, casi providencial en el drama, en los precisos momentos para evitar el crimen. Sus dudas primeras, cuando se detuvo sorprendido y perplejo, en la puerta del dormitorio, y contempló los cuerpos exánimes de las dos mujeres tendidas en el suelo. Su desaliento momentáneo al creerlas muertas y su exclamación de hondo desfallecimiento ante lo que creía el crimen consumado. Y luego el grito de alegría de su fiel Mingo.

—¡Si están vivas, mi comandante!

¡Ah! Y su satisfacción infinita, indescriptible, cuando las dos formas inanimadas, comenzaron a moverse y a incorporarse después. Su sorpresa, grata y honda, ante la belleza de un rostro que le miraba con reconocimiento enternecido hasta las lágrimas.

Desde entonces, y con alguna frecuencia, volvía a su memoria el recuerdo de las miradas que tan expresivamente supieron traducirle un cúmulo de sentimientos en aquel mudo lenguaje del alma más elocuente que todos los lenguajes.

La imagen de Felisa Latorre, tal como se le apareció en la noche trágica, con la expresión indefinible de su semblante, mezcla de júbilo, de gozo, de horror, de gratitud y de miedo, si no turbaba la tranquilidad de su espíritu, por lo menos hacía sus momentos mas dulces y amables.

Esos ojos expresivos, profundamente negros, esa belleza tropical de mujer apasionada y ardiente, produjeron duradera impresión en su ánimo.

El los recordaba a menudo.

En sus largas horas de obligado encierro en su casa, reproducía toda la escena, con sus incidentes y sus episodios varios y la hermosa visión, embellecida aún más por el misterio, por el drama y por su reclusión actual, persistía en su recuerdo obstinadamente.

X

EL SALVADOR

Felisa Latorre, a su vez, no olvidó ninguno de los episodios de la noche fatal.

Sus impresiones fueron más profundas como mas bruscas. Sometido su espíritu a tantas y a tan encontradas sensaciones, pasó sin transición alguna, del terror a las lágrimas y del espanto a la ternura mas viva.

Las mujeres no olvidan nunca el tipo de los héroes que las ha seducido con un gesto o con un rasgo. Y Felisa Latorre conservó en su alma el recuerdo de aquel hombre noble y joven, de rostro moreno y de facciones correctas, que en la hora mortal de la angustia, apareció como un salvador providencial en la misma puerta por donde esperaba la entrada de sus victimarios.

Esa impresión fué instantánea y decisiva.

El eco de la voz extraña y amable quedó vibrando en sus oídos con rara intensidad. La afectuosa solicitud del salvador inesperado en el difícil trance, su conducta caballeresca, su juventud, su arrogancia, todo había conmovido e impresionado fuertemente su espíritu.

Supo después, con grata sorpresa, que aquel militar de la infausta noche era Marcial Gonzálvez.

Le conocía como el prototipo de la nobleza, de la generosidad y del valor. Y su agradecimiento hacia él era incomensurable.

Terminada la lucha Marcial Gonzálvez había desaparecido. Nada se sabía de él. Y una viva inquietud torturaba el alma de Felisa. Algunas versiones le daban por muerto, versiones de cuya falsedad no dudaba ella, aún cuando no tuviese para apoyar su creencia más que aquella adivinación instintiva que poseen las mujeres con respecto a las personas que interesan a su corazón. Otras versiones le suponían en el exterior y otras, las menos acreditadas, le consideraban oculto en su casa.

Sabemos ya que estas últimas eran las únicas fundadas y que Marcial vivía encerrado en su propio domicilio.

Durante los días largos y penosos que siguieron al duelo de la desgraciada familia, algunos «compañeros de causa» de Emilio habían llegado a expresar sus condolencias. Pero este número se reducía día a día. Solo alguno que otro suelto en los periódicos aludían al valiente y prestigioso amigo «arrebatado prematuramente a la causa de su partido y de su patria».

Sus antiguos jefes y camaradas, victoriosos en la hora actual, estaban demasiado ocupados en salvar al país, «desquiciado por las administraciones anteriores», para poder distraer sus preciosos momentos recordando a los muertos.

* * *

Tres meses largos de dolor, de llanto y de soledad habían transcurrido desde el día aquel en que la pobre madre, ante la fatal evidencia, se convenció de la muerte de su hijo. Tres meses

largos de desesperación y de lágrimas, de abandono sin consuelo y sin remedio.

Los pocos amigos que, de tarde en tarde, llegaban en los primeros tiempos hasta la casa sin ventura a formular una expresión de cumplido, ya no retornaban. ¡Cuán cierto es que el sufrimiento y el pesar aíslan y que las amistades solo florecen en el terreno propicio de la prosperidad!

Quedaban definitivamente solas y desamparadas. Un signo de vida no había vuelto a notarse en aquella residencia. Un silencio de muerte pesaba sobre ella.

Fué en uno de esos días cuando se presentó un mensajero de aquel aguardado amigo cuyo nombre era recordado con tierna gratitud, trayendo a la pobre madre el testimonio del cariño de su hijo, que había muerto pronunciando su nombre

El llanto renovóse como el primer día. La desventurada madre volvió a recorrer el camino de la amargura, y sus lágrimas no se agotaron en aquel último tormento, porque aquella anciana debía conservar lágrimas para verterlas durante el resto de su vida.

Días más tarde llegaba Marcial juntó a ellas. ¡Que gozo íntimo, inexpresable, saludó su aparición!

—¡No ha vuelto mi Emilio!—prorrumpió la anciana precipitándose a abrazarle—¡Me ha dejado sola en el mundo! ¡Usted le ha visto siquiera al morir!

Los sollozos le cortaron el habla.

Felisa no acertó a pronunciar una sola palabra. Se limitó a romper en un llanto convulsivo sin que sus labios hubiesen logrado modular una frase. Nunca sus lágrimas habían corrido tan consoladoras como entonces, nunca tan espontáneas

y tan abundantes, como si estas quisiesen arrastrar en aquella hora todo el dolor acumulado por la desgracia en lo hondo de su alma.

Cuando se llora junto a un pecho amigo o cuando se confía la pena a un corazón hermano, el llanto tiene las virtudes del riego: calma y vivifica.

Marcial retuvo a la desdichada madre sobre su pecho largo rato, prodigándole palabras de consuelo y fortaleza. Y, accesible también a la emoción, sintió que sus ojos se humedecían y se nublaban sus miradas.

Desde ese día no las abandonó un momento. Fué el amigo inseparable y solícito que velaba en todo instante por ellas. En la tristeza de las tardes, en las horas de la siesta, al caer la noche, cuando llegaba a visitarlas, a menudo las sorprendía a ambas, madre e hija, postradas y deshechas en llanto.

En aquellos días de luto y de pena, en que el alma está más abierta a la gratitud y tienen un manantial inagotable de ternuras y de lágrimas, fué Marcial el único que llegaba invariablemente a traerles una palabra afectuosa que animaba y consolaba a la vez.

Era Marcial quien las alentaba, el único que sabía hacerlas olvidar cuán solas quedaban en el mundo. Y con el correr del tiempo, aquella madre ávida de llenar el desolado vacío de su corazón, puso todo su afecto y toda su ternura en aquel hijo adoptivo, amable, atento y cariñoso, que la colmaba de atenciones y solicitudes.

XI

UN CARÁCTER

Era el comandante Marcial Gonzálvez uno de los primeros y más prestigiosos miembros del ejército.

Joven todavía, egresado de escuelas militares europeas, a donde fuera enviado por el gobierno a cursar sus estudios, supo atesorar conocimientos para aprovecharlos al servicio de su país y honrar a su patria con su talento.

Pundonoroso y noble, valiente y decidido, temerario y audaz cuando las circunstancias lo requerían, laborioso y dedicado a sus funciones, era de los pocos, casi de los únicos oficiales que conservaron incorruptible el honor de la institución militar y sin mengua y sin desdoro su carrera, en medio de nuestras tumultuosas disensiones civiles.

Sirvió en el ejército sin preocuparse de las opiniones de los partidos. Sin dejar de tener profundas convicciones, hizo honor a su carrera, sacrificando su libertad personal a las inflexibilidades de la disciplina militar.

Pero cuando llegó un momento en que la opinión pública entera se alzó contra una autocracia que hollaba los derechos fundamentales y desconocía las más preciosas prerrogativas del hombre, Marcial Gonzálvez — disciplinado pero no incondicional — retiró su apoyo al déspota y solicitó su retiro del ejército.

Su espada estaba al servicio de la legalidad, no del abuso, del orden, no de la opresión.

Los gobiernos le respetaron en grados diversos. Algunos le otorgaron premios, otros le retiraron su confianza. Nadie se atrevió a desterrarle.

Su integridad y su carácter le granjearon el respeto de todos.

A pesar de las vicisitudes políticas, Marcial Gonzálvez permaneció siempre fiel a su norma, y consiguió hacerse superior al medio en que actuaba. Un sólo desliz no manchaba su brillante foja de servicios.

Naturalmente — y como ocurre siempre — en torno suyo se formó en el ejército un coro de envidiosos de su prestigio.

Algunos tacharon de petulancia su altivez, otros de cobardía su abstención. No faltó quien le motejase de afeminado por su corrección, ni quien le acusase de intransigente por su carácter.

Pero por sobre toda esa murmuración de la maledicencia humillada, el nombre de Marcial González se elevaba cada vez más alto, cada vez más respetado.

Muchos de sus antiguos compañeros de armas, premiados por el favoritismo, alcanzaron honores y grados más elevados. Pero nadie gozaba de tan sólido prestigio y de tan generales simpatías como él.

En medio de la desconfianza general, de la incertidumbre y de la duda, solo su nombre era pronunciado como prenda de seguridad y de confianza en el ejército.

Talento bien cultivado, compenetrado de la verdadera esencia de su carrera, era un soldado de la democracia, sin «preocupaciones de figuración política o de riqueza».

Educador por la enseñanza y por el ejemplo, jamás prostituyó su misión «en las luchas secundarias por el predominio político o la acumulación de bienes materiales».

Soldado de la paz, su espada y sus servicios estaban consagrados al sostenimiento de la paz.

Respetuoso del derecho y de las leyes, era un ciudadano armado al servicio del derecho.

No tenía el alma deformada por la educación militar, ni abrigaba en su espíritu, como la generalidad de los militares, ese peligroso culto a la

fuerza que todo lo deja librado a la brutal decisión de las armas.

Tampoco era de esos militares infatuados y soberbios, que alardean de una desdeñosa irreverencia ante el orden civil y pretenden privilegios de casta pura la clase a que pertenecen.

Respetaba el orden civil y el político, como órdenes superiores a los que está subordinado el orden militar, que ha sido elevado a la categoría de institución legal para asegurar y sostener a aquellos.

Pensaba que la guerra y la fuerza solo se legitiman por la justicia que defienden, por la libertad, la independencia o la paz que aseguran.

El comandante Marcial Gonzálvez tenía esta convicción y jamás alimentó aspiraciones extrañas a su carrera.

Todo su afán consistía en mantenerse íntegro y puro, alejado de ese ambiente caldeado y corrompido, sirviendo a su patria, no a los partidos, fiel a las leyes, no a las facciones.

Tenía un culto, eso sí. Patriota idólatra de su tierra, soñaba la grandeza de su patria y pensaba que esa grandeza no reposaba ni podía reposar, sino en la paz y en el trabajo.

El pasado guerrero de su patria le apasionaba. Era su religión.

Cuando hablaba de la guerra heróica y fabulosa su rostro se transfiguraba. Sus ojos brillaban con fiereza extraña. Sus palabras adquirían vibraciones desconocidas y su voz se tornaba nerviosa, cálida, vibrante, impetuosa.

Cuando se hablaba del glorioso patriota genial, cuando se evocaba la figura tempestuosa y magnífica del Mariscal Solano López en esas controversias maldicientes y hostiles en que se calumnian sus

propósitos, se ultraja su memoria y se escarnece su nombre; cuando la torpe obcecación de los ignorantes acumulaba sombras sobre la figura del glorioso guerrero y pretendía empequeñecerlo mezclándolo a las rastreras polémicas diarias, él se limitaba a guardar un altivo y desdeñoso silencio. No discutía, porque la gloria del Mariscal era indiscutible. No le defendía, porque aquel magnífico y alto reo no necesitaba defensa. Defenderle era hacerle agravio, era creer que las acusaciones podrían menoscabar su prestigio.

Él callaba, callaba con altivez. Dejaba que la necedad y la ignorancia opinasen y condenasen a su sabor. Luego se concretaba a sonreir, pero con una sonrisa tan punzante y desdeñosa, tan hiriente y tan mordaz, que el contendiente la sentía como un latigazo que le cruzaba el rostro.

Tal era el comandante Marcial Gonzálvez.

Terminada la última revolución con el derrocamiento del gobierno a cuyo servicio estaba, permaneció alejado del servicio activo.

Cuando más tarde se inició la reorganización del ejército y se reabrió la escuela militar, fué llamado a dirijir la institución. Allí se consagró de lleno a formar la juventud que se iniciaba en la carrera de las armas, instruyéndola en los dictados más puros del patriotismo y del honor militar.

Posteriormente se le confió nuevamente el comando de un cuerpo de línea. Aquello era el mejor homenaje rendido a su integridad y a su carácter.

Allí prestaba actualmente sus servicios.

SEGUNDA PARTE

AURORA

I

VACACIONES

Mis exámenes habían terminado. Tras la fatiga de cuatro meses de penoso encierro estaba dispuesto a hacer locuras, festejando la libertad recuperada y el curso aprobado.

Con esta disposición de ánimo vacilaba aquella tarde, muy preocupado en la confección de un programa de vacaciones para resarcirme de todas las privaciones pasadas, cuando se abrió, de súbito, la puerta y entró Miguel Angel, como un ventarrón en mi pieza.

—*¿Salvaste?*—le pregunté.

—¡Vaya si *salvé!* ¡Y admirablemente!—respondió con desdén.

Aquel año se introdujeron en el Colegio los exámenes por escrito. La novedad produjo cierto alboroto entre la suspicacia estudiantil, pero pronto se vió que los pavorosos exámenes no eran más que una facilidad más concedida a los alumnos.

Arte, estratejia, habilidad y maña todo lo salvaban.

¡Y quién no era estratega en el Colegio!

Miguel Angel, explicándose, continuó:

—En el gabinete de Historia Natural hay un enorme oso blanco.

—Cierto—contesté.

—Este oso tiene abierta una enorme boca.

—También cierto.

—Junto al oso están los asientos.

—Exacto. ¿Pero qué tienen que ver los exámenes con el oso y el oso con los asientos...?

—Ya lo verás. En la boca del oso cabe un buen bocado de papeles o en otros términos la mitad de un texto cualquiera.

—¡Acabáramos!...

—Los examinadores son unos imbéciles.

—Algunos...

—Pues, yo me senté al lado del oso.

—¿Y?

—Nada. Que, dados los temas, me puse a pensar seriamente...

—...En que no sabías nada.

—Me puse a pensar cómo podría sacar aquel libro maltrecho alojado en la boca amenazadora del oso.

—Pues con meter la mano...

—Justo. Me levanté en mi asiento y pregunté en nombre de la clase a los señores examinadores si era indispensable desarrollar todos los temas, si habría algún inconveniente en alterar el orden de los mismos, si el término fijado no podía prolongarse, si el reglamento decía esto o aquello. Y mientras el profesor se encaraba conmigo y suministraba datos, informes y detalles, una mano ágil y ligera se había introducido clandestinamente en la boca salvadora del oso y repartía profusamente hojas sueltas a todos los interesados por debajo de los bancos.

—¿Total?

—Total ni un reprobado.

—¿Y tú?

—Sobresaliente y felicitado.

—Admirable. ¿Es la única novedad?

—Anoche hubo tertulia en lo de Báez, el domingo habrá un paseo a Puerto Elsa y esta noche hay baile en San Lorenzo...Allá están todos los muchachos, Claudio, Aristóbulo, Marrero.... Esta tarde irán otros muchos y nosotros nos *fletaremos* al grueso. ¿Te parece?...

—Me parece... aunque en San Lorenzo hay pocas niñas para tantos.

—Ignorante, atrasado, allá hay como sesenta y cinco disponibles y si sabes arreglarte pueden tocarte de diez a doce... ¿quieres más?

—Yo me conformo con una.

—Siempre atrasado...

—¿Y qué hacen esas sesenta y cinco niñas en San Lorenzo?

—Esperan...

—¿Qué cosa?

—Que pase el verano...puesto que están veraneando... Las calles están llenas, aquello es el paraíso. Yo me vuelvo loco...

—Siempre lo has sido.

Aquel año San Lorenzo estaba de fiesta. Numerosas familias, huyendo de los calores de la ciudad se habían establecido en él por la temporada de verano. Las calles, habitualmente silenciosas y tristes, se vieron pobladas por un enjambre pintoresco y alegre que le daba extraordinaria animación.

Miguel Angel era por sí solo una agencia de informaciones. Nada ignoraba, siempre estaba al día en materia de novedades. Rico en percances y aventuras, era inagotable su buen humor y exube-

rante su charla. Provisto de una actividad de ardilla, siempre que no hubiese estudios de por medio, tenía el raro don de la ubicuidad, para estar al mismo tiempo en todas partes. Diestro en cuestión de crónicas era una especie de caricaturista hábil, que en cuatro pinceladas reseñaba todo un conjunto.

San Lorenzo era el objeto actual de sus predilecciones. Mientras comenzaba a vestirme me hacía crónica completa de las tardes sanlorenzanas.

—Vieras tú la estación—me decía, tomando la pieza por su cuenta.—Vieras tú la llegada del trencito al caer la noche... Un mundo de familias, un mundo de caritas...¡y hay una!—agregó con intención—ya le he pedido un beso...Tiene unos labios tentadores y ¡unos ojos! Pero la madre, vieja harpía, me tiene una rabia...¡ya daré cuenta de ella!—concluyó con tono amenazador.

—¿Eres capaz de matarla?

—¡La domaré como una fiera!

II

AMORES Y AMORÍOS

A las cinco estábamos en viaje. El eléctrico nos llevaba por la amplia Avenida Colombia.

Miguel Angel exhibía con ostentación una rosa punzó en el ojal.

—Para ella — articuló contestando a una insinuación maliciosa de mis ojos.

—¿Para la vieja?

—Estricnina le daría yo a la vieja. Para su hija que es un primor y que me quiere con delirio y a quien...

— Adiós, Miguel Angel — exclamó en aquel momento una vocesita cristalina desde la acera

inmediata, mientras una linda mano blanca se agitaba saludándole alegremente.

— Adiós — contestó Miguel Angel, gozoso y radiante, arrojándole por la ventanilla su hermosa rosa punzó.

— ¡Así! — me dijo volviéndose risueño, cerrado el puño y moviéndolo con movimiento enérgico, como indicando que andaba bien y con el prestigio inconmovible.

— ¿La de San Lorenzo? — preguntéle socarronamente.

— ¡Que San Lorenzo! El diablo se la lleve.

— Pues... como la rosa era para ella. ¿Y ésta?

— Es Lola.

— ¿Quién es Lola?

— Una titulada.

— ¿Titulada?

— Titulada la mujer más encantadora del mundo.

— Si no tiene más título que ese...

— Es diplomada en la escuela de obstetricia.

— ¡Partera!

— ¡Si señor, partera! ¡Y de buena familia!...

— ¡Dios te acompañe!

Miguel Angel sonrió picaresca y triunfalmente.

— No tienen rival estas gentes — concluyó.

Aquella tarde la gente de la ciudad parecía haberse dado cita en los alrededores.

Era sábado y la temperatura agradable y propicia convidaba a los paseos. Los tranvías pasaban repletos. Los automóviles deslizábanse ligeros a lo largo de la avenida. De cuando en cuando un tronco magnífico que corría briosamente arrastrando su carga gentil se anunciaba con su cascabeleo triunfante.

En todo lo largo de la avenida se veía afluencia de gentes.

A ambos lados, en el rápido desfile, los *chalets* y las casas-quintas semi ocultas exhibían sus jardines admirables con la variedad suntuosa de hermosas especies vegetales.

Las flores trepadoras que habían escalado los aleros y las verjas y asomaban en lo alto o caían sobre las aceras con gracia y donaire, se columpiaban graciosamente al soplo de los vientos ligeros.

Los árboles, enormes, gigantescos y robustos, de copa poblada y tupido follaje, prestaban a la avenida el aspecto de un bosque admirable.

Allá, a lo lejos, por entre el encaje enmarañado y tupido que tejían los jazmines y las madreselvas, se entrevería un cuadro simpático de niñas que jugaban sobre la esmeralda inmaculada de la gramilla un partido de *croquet*.

A lo largo de la vereda dos chiquillos patinaban persiguiéndose ruidosamente.

Se pasaba después frente a la Recoleta, la vasta ciudad del reposo, y la vista se detenía involuntariamente en los fúnebres ornamentos, mientras se acariciaba con la memoria el recuerdo de una persona desaparecida.

Luego desfilaban más quintas. En Villa Morra substituía al eléctrico el trencito a vapor, y la marcha se hacía más ruidosa, con la trepidación característica de las locomotoras. Los pequeños vagones crujían en la marcha rápida. La corriente de aire agitaba y abatía las ramas y las hojas. Los árboles se alborotaban como asustados, al paso de aquel mecanismo nervioso.

Una larga pitada ensordecía, de pronto, y retumbaba en el monte, a lo lejos, como estremeciendo el espeso corazón del bosque.

Seguía una senda encajonada y estrecha, sinuosa y curvada a veces, entre la frondosidad

pomposa y exuberante que ostentaba riquezas y exhibía matices con profusión.

Cerca de una hora de viaje. Estábamos próximos a San Lorenzo. El trencito descendía con violencia una cuesta, pasaba frente a un estanque, junto a un pequeño arroyo, y un momento más tarde llegaba a la estación.

* * *

—¡Mi suegra! ¡El infierno!—exclamó con pavor Miguel Angel al descender del coche.

Pero en seguida continuó sonriendo:

—¡Ah! Y su hija, el cielo... ¿Ves? Aquella de falda rosa, esa es.

—¡Qué cielo más raquítico!

—Atrasado. Las delgadas están de moda si quieres saber.

—Pues por mí, que me quedaría con las de la estación pasada.

Un mundo de niñas llenaba los alrededores de la estación. Numerosos jóvenes de la capital hacían parejas con ellas. La vista se recreaba en aquel admirable conjunto de juventud y de belleza.

Allí estaba la «cofradía» casi entera. Aristóbulo Carreras, que hablaba por cuatro, Claudio Rivera, nuestro romántico poeta, Eduardo del Valle, Ricardo Marrero...

—Yo siento, señorita—decía Aristóbulo—que por aquí arde más el sol que en la ciudad.

—Es extraño—replicó ella—Nosotras nos refugiamos aquí precisamente por creer lo contrario.

—Con decirle que corro el riesgo de arder.

—¿Usted?

—Yo. Y sospecho la causa...

—¿Se puede saber?

—Un accidente astronómico...

—Pues, no he oído hablar de tal cosa.

—El sol se ha acercado a la tierra—dijo Aristóbulo mirando fijamente y con intención los bellos ojos de su compañera—o mejor dicho la tierra se ha acercado al sol.... y el peligro es inminente.

—¿Teme usted el choque?

—No lo temo, estoy tranquilo. Pueden chocar dos fuerzas contrarias...pero como la tierra está decidida a seguir al sol el choque no es posible.

—Pero puede haber eclipse—dijo ella riendo.

—En cuyo caso habrá perecido la tierra y no quedará polvo de ella...ni de su amigo Aristóbulo—concluyó éste con tono firme y decidido.

Claudio hablaba confidencialmente con una simpática niña de grandes ojos claros.

—Una mano piadosa que calme mi mal, un alma buena que me consuele en mis penas y unos ojos claros que me muestren el cielo—decía—tal es mi sueño, señorita y... después morir. ¡A qué la vida con tantos sinsabores!. .

—¿Por qué habla de morir usted que es tan joven y que sabe imaginar y escribir tan bellas cosas? ... ¿Recuerda aquello de las «Rimas Cristalinas»?

—¿Las conoce usted?—exclamó radiante Claudio.

—Recítela ¿Quiere?

¡Ah, pobre niña incauta! No sabía lo que la aguardaba.

Claudio empezó a recitar allí y en ese momento y no la abandonó a su desdichada e imprudente compañera hasta dejarla en su casa, rendida y postrada, con los versos....hasta la coronilla.

Miguel Angel estaba azorado. Al acercarse a su festejada, la de la falda rosa, ésta le había acojido con una frase que le tenía sobresaltado.

—Tengo una cosa que contarle—fué el saludo de ella.

—¿Buena o mala?—preguntó Miguel Angel.

—Mala.

—¿Mala?

—Muy mala. Mamá no quiere más que usted se me acerque...

—¿Y por qué?

—...Ni que me acompañe...

—¿Pero por qué?

—...Ni que baile conmigo.

—¿Pero qué hay? ¿Qué le han dicho?

—Una cosa grave.

—¿Cree que soy indigno de acompañarle?

—No, no es eso.

—¿Piensa que soy un aventurero?

—Tampoco. No se enoje.

—¿O cree que porque soy joven todavía no puedo alimentar ideas...

—Concluya, concluya—dijo ella precipitadamente.

— ..Pues, ideas...elevadas?

—Han dicho de usted una cosa—continuó ella descorazonada.

—¿Y qué cosa es esa?

—Una cosa muy fea que usted ha dicho.

—¿Pero no es posible saberlo de una vez?—exclamó impaciente Miguel Angel.

—Dicen que usted es enemigo...

—¿Enemigo? ¿Y de quién?

—...del matrimonio.

—¿Yo?

—Usted. Así han dicho.

—¿Y quién es el miserable?

—Y dicen otra cosa peor.

—¿Todavía?

—Dicen que usted es partidario del amor libre...

—¡Santo Dios! ¿Y quién?...¿y quién...no lo es, señorita?...

—¡Jesús! ¡Que horror!—exclamó la niña escandalizada—¡Usted, Miguel Angel! ¡El amor libre! ¡Cállese, que no le oiga mi mamá!

—Pero, déjeme acabar, señorita. Usted se precipita mucho ¿Quién no es partidario del amor libre ..antes de conocerla a usted?...

—¡Ah!—terminó la niña satisfecha—Antes.... es claro... y ahora ya no... ¿Y eso se lo dirá a mi mamá, verdad? Porque está muy irritada.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que me de el beso que le pedí.

III

AURORA

El salón resplandecía de luz y de bellezas.

En el vestíbulo las planteras exhibían los grandes abanicos caprichosos de las palmas.

Una galería anterior se había transformado en un verdadero jardín donde competían en donaire y lozanía las más hermosas flores. Las entradas se veían como custodiadas por la gracia gentil de variadas especies.

Una araña central vertía con prodigalidad suntuosa sobre el admirable concierto de flores y de sedas la lluvia de sus rayos de oro. La luz, profusa y magnífica, y los objetos reflejados en los espejos, producían la ilusión de una admirable sucesión de salones. Las imágenes repetidas y multi-

pilcadas daban la impresión de un mundo de hermosas apariciones.

Había derroche de luz y de flores y ostentación de preciosos trajes. Las fisonomías se mostraban radiantes y bellas.

Halagada la vista, examinaba yo en silencio aquel mundo galante. Las parejas desfilaban lentamente, unas tras otras, con pasos maquinales. Y allí menudeaban risas y charlas, exclamaciones y bromas, miradas graciosas y gestos amables.

La orquesta ejecutaba un vals, uno de esos vals lentos, intensos, casi magestuosos, ricos en modulaciones graves, profundas y acariciadoras.

Se oye, a veces, en el torbellino de esas fiestas bulliciosas y alegres, una pieza o un aire musical que despierta en el alma un mundo íntimo de cosas adorables, un enjambre de lindas mariposas, en que van mezclados recuerdos y añoranzas, esperanzas, vagos anhelos y sueños de ventura. El espíritu se siente mecido en una onda suave de dulces emociones y una viva ternura invade el corazón.

Así aquella noche. Extraño en un medio nuevo para mí, al preludiar la orquesta las primeras notas de aquel vals, sentí como si una mano cariñosa y amiga removiera dulcemente lo más íntimo, lo más recóndito de mi alma.

En el centro de la sala, sobre la púrpura del blando entapizado, las parejas danzaban al ritmo de esa música sutil y tierna, que envolvía amorosamente a las parejas en una onda de voluptuosidad y de dicha, empujándolas con suavidades insinuantes, en un vaivén delicioso como en un columpio sobre olas y espumas.

¡Cuántas veces el gemido de unas notas ha inflamado un corazón sensible, inspirándole un

afecto dichoso, una pasión desgraciada o un amor imposible!

Las parejas seguían danzando.

De pronto, en el vestíbulo, entre las plantas, las hojas y las flores que engalanaban la entrada, la concurrencia se abrió paso en un movimiento de curiosidad y de homenaje.

Las miradas se volvieron todas a un tiempo. Y aquel oleaje humano se agitó un breve rato.

En la puerta, bañada en plena luz, sobre un fondo de flores, airosa, triunfal y dominadora se mostró una hermosa aparición.

Rubia, esbelta y elegante adelantóse una bella mujer. Una leve sonrisa apuntaba con gracia en sus labios.

Tal escenario y tal momento para tal imagen. No pudo haberse escogido un instante más propicio, ni una música más evocadora, ni un sitio mejor.

La expresión admirada y sorprendida de la concurrencia acababa de consagrarla la reina victoriosa de la fiesta.

Sobre la placa impresionable de mi espíritu se grabaron para siempre, aquel decorado de flores, aquella música arrobadora y aquel hermoso rostro de mujer.

* * *

Un precioso contingente había entrado en el salón con Aurora Gonzálvez. Seguíanla sus dos hermanas, María Luísa y Celina y su hermano Marcial, que acompañaba a doña Emma Palacios de Latorre, precedidos de Felisa.

Aurora, segura de sí misma y satisfecha de la impresión que producía su entrada, cruzó el salón con singular donaire, repartiendo algunos leves saludos.

Rubia y hermosa, Aurora Gonzálvez es una de aquellas mujeres que cruzan en la vida entre halagos y sonrisas y cuyo rostro es difícil olvidar en mucho tiempo.

Joven, airosa, de movimientos desenvueltos, es uno de esos temperamentos ardientes de mujer, que inspiran pasión, no cariño; arrebato, no amor.

Su tipo no es el rubio tierno de los países fríos. Su cutis no ofrece aquella blancura de nácar y de leche que transparenta la sinuosidad azulada de las venas; es una tez tropical y asoleada que ostenta bajo una capa tostada la rosa encendida de sus mejillas.

Sus ojos eran grandes, expresivos y bellos: sus miradas seductoras e insinuantes parecían hablar un lenguaje de infinita dulzura.

Sus labios, como una pincelada de gracia, estaban con natural coquetería, siempre húmedos, siempre frescos, siempre rojos.

Elegante en su porte, desenvuelta en el andar, graciosa en sus movimientos, era a la vez dominadora y en cierto modo imperiosa en sus maneras.

La seducción que inspiraba, el donaire y la gracia de toda su persona, hacían de Aurora el objeto de todas las atenciones y de todas las miradas en los bailes.

No bien llegaba cuando ya la rodeaba un mundo galante de solicitadores que la cumplimentaban y la cortejaban.

IV

CELINA

En el salón de baile reinaba extraordinaria animación.

A medida que transcurrían las horas crecía el entusiasmo como si el espectáculo de la fiesta enardeciera los ánimos.

La orquesta desgranaba la armonía de sus notas. Tras el vals aristocrático, el tango arrabalero, tras la polka ligera, el *two-step* revolucionario. Y de tarde en tarde, como una nota pintoresca y alegre, un aire nacional, que rompía como un clarín o como una diana, haciendo vibrar los corazones y los cuerpos como en un día de victoria.

Las parejas danzaban.

Encerrado en el círculo de mis propias indecisiones, permanecía yo a la distancia observando.

Aurora me había seducido desde el primer momento. Su belleza me tenía deslumbrado. Pero la veía tan festejada que por fuerza tuve que limitarme a una admiración pasiva.

Si hubiera estado a mi alcance escojer aquella noche una compañera no habría vacilado en mi elección.

Resentido contra mí mismo, observaba el triunfo de los demás y contemplaba aquella franca audacia de los que con tanta desenvoltura se posesionaban de los salones.

Algunas amigas tenía yo en el baile, entre ellas Felisa Latorre. La había conocido hacía algún tiempo y conservaba de ella un agradable recuerdo. Su afabilidad sencilla me había encantado.

Vacilaba todavía en mi elección para mezclarme en el animado tumulto, cuando oí que me llamaban por mi nombre.

Era ella, Felisa. Estaba acompañada de Marcial.

—Yo deseo presentarle a una amiga—me dijo con tono jovial.

—Y no sabe usted cuanto le quedaré agradecido por tan señalada bondad—contestéle.

—Veremos eso después, si usted es agradecido o no.

—Tan agradecido que estoy por llamarla mi libertadora.

—¿Libertadora? ¿Y porqué?

—Porque estaba hasta este momento encadenado en este sitio por mis propias vacilaciones.

—Ahora faltaría saber si es libertad lo que yo le ofrezco—contestóme riendo.

Y me presentó a Celina.

Solicité de ella, en el acto, una pieza, solicitud a la que accedió con benevolencia.

Ratos después discurríamos, a nuestra vez, por los salones.

Celina no era hermosa. Carecía de esa belleza física que se abre paso y triunfa en el mundo. Otros acaso dirían que era fea. Para mí no lo era. Se descubría tanta nobleza y tanta delicadeza en ella, a elevación de sentimientos y amabilidad tan espontánea y afectuosa, que era difícil no quedar prendado de sus bellas cualidades. Una atrayente simpatía emanaba de ella.

Una bondad natural y sencilla se revelaba en toda su persona. Sus maneras eran discretas, su expresión llena de tolerancia. Sus miradas eran tan suaves que, cuando levantaba sus ojos entornados, parecía elevar una súplica o implorar una gracia.

Aparte de esos ojos profundos y negros que brillaban como dos raras estrellas de amor y de modestia, Celina no tenía más belleza que la de su alma.

Poseía dicción clara y fácil y cierta verbosidad exuberante que hacía su conversación animada y agradable.

Al principio me sentía ante ella un tanto reservado. Pero supo alentarme de tal modo con su natural benevolencia para disipar mis reservas, que media hora más tarde, charlábamos como dos viejos amigos.

No pensé esa noche en las cualidades que adornaban a Celina. Encontré en ella una compañera afable que me atendía con bondad. Y eso me bastó.

Las horas transcurrieron agradables para mí, notándolas apenas. Y así, con propia sorpresa mía, resultó que al terminar el baile, casi todo el tiempo lo había yo consagrado a Celina, lo cual, sin embargo, no me pesaba, pues, merced a ella la fiesta me había producido muy lisonjeras impresiones.

Salí del baile satisfecho y contento. Pero ya en la puerta la ví de nuevo a Aurora, cortejada y asediada siempre y pensé un poco pesaroso, cuanto me hubiera agradado pasarlo con ella.

Sentí que había sufrido un fracaso al no haber obtenido de ella una pieza siquiera.

Ya de vuelta esa noche a nuestra morada accidental, apagadas las luces y aprestándonos a dormir, cavilaba aún sobre lo mismo, prometiéndome tener más audacia y desición otra vez.

—*Audaces fortuna juvat*—díjeme en conclusión en el silencio de la pieza, recordando un latinajo de colegio.

—¿Qué hay?—me interpeló Miguel Angel desde la cama.

—La fortuna favorece a los audaces.

—¿Qué?

—Digo que hay que tener cara dura como tú.

—¿Me dices por lo de la vieja?

—¿Qué vieja?

—Mi suegra.

—Pues, no la he visto.

—¡La hubieras visto!

—¿Qué hubo?

—Ataques, desmayos, dolores y gritos.

—¿A la vieja?

—A la vieja. Le dió un cólico número uno.

—¿Dónde?

—En el baile.

—¡En el baile!

—Sí, señor, en el baile. Y la encerramos en una pieza. Allí estuvo pataleando la harpía.

—¿Y qué actitud asumiste?

—La más conveniente. Me afligí un poco, pero me tranquilicé enseguida para consolar a su hija. La condujimos a su casa cuando se sintió algo mejor. Yo me mostraba más solícito que un camarero que aguarda propina. La vieras ahora a la vieja. La fiera está domada. Además, como ya sabe que soy partidario del matrimonio...

—¿Tú?

—Yo.

—Allá se las haya la desdichada... ¿De modo que hiciste toda la noche de enfermero?

—De enfermero. Y de enfermero que no pierde el tiempo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Mientras la vieja se hacía fricciones y lanzaba unos alaridos infernales, nosotros preparábamos los remedios.

—¿Con ella?

—Con ella. Y me zampaba unos...

—¿Chocolates?

—Unos besos, unos besos frescos como para quedar paralítico por toda la vida.

—Ya lo veo. Con la parálisis que te apura en la lengua esta noche es cuestión de *llamar al médico*.

—¡Y tienen una sirvienta! ¡Qué admirable criatura! ¡Una morena!...

—¡Charlatán! ¡Irreverente! ¡Ni la vieja se va a librar de tí!

V

UN VERANEO AFORTUNADO

San Lorenzo se nos había revelado lleno de seducciones. *Estábamos encantados.*

Desde el día del baile nos hicimos habituales de la pequeña población. Se improvisaban paseos, excursiones, bailes, juegos y *reuniones diversas*.

La placita del pueblo, la estación, los corredores amplios de las casas, se llenaban de niñas en las tardes. Era una continua romería, una perpetua alegría.

Las familias veraneantes *aumentaban de día* en día con el prestigio de las crónicas de los diarios de la capital.

En los sitios veraniegos, como en los barcos en viaje, los días valen por meses. Se vive en cierta comunidad estrecha que precipita las cosas. Las amistades se hacen en una tarde, la confianza queda sentada en un día, y los noviazgos, plantados en una semana, se resuelven frecuentemente al fin de la temporada.

En las tardes, al declinar el Sol, a la hora de la llegada del tren, la estación se veía poblada de figuras gentiles y graciosas, que llenaban aquel sitio con el rumor de sus charlas y el cristal de sus risas.

A veces, en numerosa caravana, se corría a lo largo de la vía hasta el puente, junto al cual enseñaba sus aguas claras un hermoso arroyuelo.

Se formaban parejas, se anotaban predilecciones, se *flirteaba* y se adivinaban noviazgos y casorios próximos.

Unas tras otras las parejas, dispersas en aquel sendero, ponían una nota mundana en la belleza de aquellos lugares.

Algunas corrían haciendo equilibrio sobre los rieles, con un abanico de por medio, tomado de los extremos para apoyarse y sostenerse mútuamente.

¡Que deliciosa alegría, casi infantil, la de esas tardes!

Llegados hasta el puente aguardábamos el trencito que recogía allí agua de un tanque. A su paso, la simpática caravana ruidosa y alegre, se abalanzaba a los estribos de los coches, tomaba los asientos por asalto y regresaba al pueblo entre risas y algazaras.

En las noches de retreta llegábamos a la placita y repartidos por las pequeñas callejuelas o sentados en los bancos, disfrutábamos de la belleza de la noche y del encanto de la música.

A veces, callados, dejando vagar el pensamiento o abandonados en una inmóvil lasitud, observábamos ese cielo claro y profundo, donde iba describiendo su amplio semicírculo de luz sobre la tierra, una luna magnífica que doraba la cúpula de la iglesia vecina y nimbaba de oro las aristas lejanas.

VI

LYSIS

Claudio Alejandrino Rivera o C. Alejandrino Rivera o Claudio Rivera, más sencillamente, era

uno de los tipos salientes de la *pandilla* que había hecho irrupción en el pacífico pueblo veraniego.

Soñador impenitente, romántico incurable, poeta incorrejible, mal estudiante, aficionado a la pintura, muy dado a la caza y con ciertos ribetes de conquistador, eso era Rivera.

Ojos adormilados y saltones, una melena inaudita, un siniestro sombrero de enormes alas y unos bigotes que hubieran hecho enrojecer a otro. Tal era este poeta, a quien Miguel Angel llamaba familiarmente *Lysis*.

A veces, como para hacer notar sus originalidades, mientras sus compañeros se preparaban a asistir a una fiesta, él conseguía una escopeta de caza, un centenar de cartuchos, o bien un retazo de tela, pinceles y pintura y sin decir palabra a nadie desaparecía del pueblo.

Se internaba en los bosques de los alrededores y, perdido por allí, horas, mañanas o tardes enteras, en persecución de algo que cazar o pintar, reaparecía, por fin, con todo un sangriento botín de guerra o con un apacible cuadro esbozado que nunca terminaba.

Como a dos kilómetros del pueblo existía una admirable posesión, perteneciente á un rico señor extranjero, denominada la «Cabaña Adelina».

Los lugares circundantes eran los mejores de toda aquella región.

Hermosísimos bosques, verdaderas selvas, a cuya sombra fresca y aromada, corrían arroyuelos de aguas cristalinas.

Había sitios en donde se formaban oquedales preciosos. Arboles gigantescos que, uniendo sus copas no dejaban en lo alto un claro para divisar el cielo, ofrecían en lo bajo, un sitio limpio de ma-

lezas y breñas, donde la vista se extendía divisando corpulentos troncos y robustos cimientos.

Claudio Rivera andaba de caza por aquellos contornos.

Para pintar, a menudo escogía los oquedales, para cazar se internaba con preferencia en lo más tupido y enmarañado del bosque.

Aquella mañana había disparado infructuosamente tres cartuchos y marchaba descontento de sí mismo atisbando alguna nueva pieza.

Un ruidito peculiar en lo alto le detuvo. Preparó el arma y examinó atentamente las ramas elevadas. Una interesante presa, una garza de albo plumaje, se ofreció a su vista. Levantó la escopeta, apuntó e hizo fuego.

Un grito se oyó allí cerca, a su lado. Era uno de esos gritos peculiares de mujer.

Rivera se volvió sorprendido, saliendo de entre las marañas, encontrándose frente a una preciosa niña. Tenía ésta delante un diminuto caballete, tela, pinceles y pinturas y, muy asustada, había suspendido su labor y se disponía a abandonarlo todo.

Claudio la observó con amable curiosidad. Era bonita y tendría esa edad en que la niña comienza a transformarse en mujer. El capullo abriéndose para convertirse en rosa. A fé que Claudio nunca había visto más precioso capullo.

Estaba muy enfadada. Sus grandes y hermosos ojos claros tenían la expresión del más vivo enojo.

—La he asustado sin querer, le pido perdones, señorita—articuló con amabilidad Rivera.

La aludida se limitó a hacer un desdeñoso mohín, sin dignarse responder a Rivera. Al mismo tiem-

po se volvió repentinamente a recojer sus instrumentos abandonados.

Guardó precipitadamente los pinceles y sus pequeños enseres en una caja, cerró ésta con prisa y estrépito, recojió en una mano el cuadrito a medio comenzar y el pequeño caballete que le servía de soporte y echó a correr, sin volverse a mirar al sorprendido cazador que no esperaba semejante acogida.

Al huir la preciosa aparición desprendiósele algo que cayó en el suelo, sin que ella lo apercibiera.

—Vaya con la *miss* ésta—exclamó Claudio un poco decepcionado, aproximándose a recojer el objeto que había visto caer. Era un rico trofeo para un cazador. Una cintita rosa y un lindo medallón con algunas iniciales que Rivera se apresuró a descifrar.

«A. V. 7-5-1895»—leyó pensativo nuestro poeta.

La graciosa figurita había desaparecido a la distancia, en la espesura del bosque. Claudio intentó perseguirla para restituirle aquella reliquia, que sería, sin duda, de gran valor para ella, pero sus pesquizas en su busca fueron vanas.

Retrocedió, por fin, guardándose el medallón y exclamando para sí.

—Puede ser que alguna vez me sirva de él para reclamar los gastos de depósito.

* * *

Aquella misma mañana, a la hora de comer, reunidos en el hotel, en torno a la mesa, se planteaba un grave problema lingüístico a toda la «familia».

Claudio Rivera preguntó con visible interés:

—¿Cómo se dice: yo te amo o yo amo a usted?...

—Me extraña la pregunta en los labios de un don Juan de... aldea—saltó Miguel Angel.—Se dice en cualquier forma, con los ojos, con la boca, con las manos, con los pies bajo la mesa...

—¡Señor atolondrado! Déjame concluir—prosiguió Claudio.—¿Cómo se dice yo amo a usted en inglés?

—¡Que conteste Miguel Angel! ¡Que conteste Miguel Angel!—prorrumpió el coro.

—El inglés es lengua imperialista. Desde que aplastaron a los boers no la hablo...—contestó Miguel Angel.

—Cierto. Porque antes la hablabas correctamente.

—Insisto—continuó Claudio—cómo se dice: yo amo a usted en inglés.

—¿Pero tratas de conquistar a alguna inglesa? —interrogáronle varias voces.—Mira que son muy frías y no gustan de americanos... y menos de los que comen suspiros y desayunan esperanzas.

—*Y love you*, es la frase—informó Ricardo Marrero.

—Escríbemela sin errores y con ortografía auténtica—pidió Rivera.

Marrero se la escribió.

—Ahora—continuó Claudio—cómo se dice lo mismo en francés.

—¡Escandaloso!—vociferaron algunos.

—El francés no es lengua odiosa y por consiguiente Miguel Angel podría informarnos...

—¡No señor!—gritó indignado Miguel Angel.—Aquí se pone en duda mis conocimientos y eso es cosa que yo no toleraré jamás!

—Pero en fin, la frase, la frase, ¿cómo es?

—*Je vous aime*—informó alguien que no fué Miguel Angel.

—¿Y en alemán, cómo se dice?—siguió preguntando imperturbable Rivera.

—¡Oh! Pero esto es el colmo.

—Una ofensa a la sociedad.

—Una indecencia.

—Una inmoralidad inaudita.

—Yo lo diría—interrumpió Miguel Angel.

—*Ich liebe sie*—informó Aristóbulo y escribió a su vez la frase.

—Pero bueno, ¿piensas hacerte de un harem o se trata de una inglesa, de una francesa o de una alemana?...

—Eso es lo que vamos a ver.

—A aclarar el misterio, a aclarar el misterio—pidió el coro.

Claudio informó a la impaciente mesa, en tono confidencial y con el más grande misterio:

—Me he encontrado con una preciosa incógnita cuya solución trato de hallar. No se quién es, ni cómo se llama, pero estoy convencido que es una joyita. Le diré en cuatro idiomas que la amo, y como es principio universal en esta materia que el amor elige invariablemente la lengua nativa para expresarse, ella me contestará en la suya propia, y como la contestación traerá una firmita... sabré a qué atenerme.

—¡Afortunado conquistador!

—¡Dichosos los poetas!

—¡De los poetas es el reino de los cielos!—exclamaron tres voces envidiosas.

Claudio sonreía levemente, gozando por anticipado de su triunfo.

VII

EL AGUIJÓN DE UNA AVISPA

Desde la noche del baile las bromas no cesaban para Celina y para mí.

Yo sonreía sin protestar, la acompañaba a menudo en las excursiones y los paseos, aún cuando no entraba en mis propósitos el festejarla.

Me agradaba su compañía y la sencillez afable de sus maneras. Como ninguna me inspiraba ella confianza. Y sin meditarlo me había hecho su compañero obligado en todas partes.

Días antes había sido objeto de una broma que me mortificó profundamente.

En uno de esos alborotados corros femeninos, donde se habla de todo y de todos, me ví sometido a una minuciosa inquisición. Celina no estaba.

Se pasaba revista a todos los *flirts*, sin perdonar a nadie. Cada cual se defendía de las arremetidas como mejor podía. Y como era de esperarse y me lo esperaba yo, me tocó el turno.

—En cuanto a César Miranda es el más entusiasmado—informó alguien.—Se entiende admirablemente con Celina...

—Tal para cual. Son dos caracteres gemelos—siguió otra—Ya los veo en camino al presbiterio.

Protesté contra semejante afirmación, diciendo que Celina no aceptaría nunca mis demostraciones y que era yo un buen amigo, nada más.

Alguien salió tomando mi defensa generosamente.

—Es cierto, Miranda no la festeja a Celina. Yo lo sé bien, hasta hoy no le ha dicho una sola palabra...—afirmó no sé con que refinada y maligna

intención una vocesita que me hirió como el aguijón de una avispa.

—¡Es posible! — exclamaron dos o tres voces juntas.

—¡No haberle dicho ni una palabra en tanto tiempo!

Habilmente dirigida la saeta me sentí un tanto turbado, sin encontrar una frase con que salir del paso.

Callé y me guardé aquel escozor, profundamente resentido con Celina.

* * *

Aquella tarde Celina se mostraba contenta como nunca. Hacía broma de todo y reía de cualquier minucia. Hablaba con animación y con cierta graciosa espontaneidad.

Yo iba a su lado, convencido de que me había hecho objeto de una jugarreta, con el recuerdo vivo de la herida que me infligiera, según mi juicio, por intermedio de aquella amiga. Mi vanidad resentida, armada de cierto valor, se permitía un tono ligeramente irónico.

Celina parecía no apercibirse de ello y se mostraba afable, más afable que nunca.

Era de oir su risa franca cuando yo aventuraba una ironía mal velada por mi resentimiento.

Diríase que era una esgrimista que jugaba con su arma, gozosa de su arte y de la debilidad de su adversario.

Aquella risa concluyó con mi serenidad. Celina se chanceaba conmigo.

Me hice este convencimiento y me puse serio.

Ella seguía riéndose, con una risa natural y franca que le brotaba sin esfuerzo alguno. Parecía complacerse en mortificarme con sus picaduras.

Yo me ponía cada vez más serio. Una enorme arruga me surcaba ya la frente de arriba abajo, como indignada señal de protesta.

Al fin Celina pareció o fingió notar mi enojo. Cambió de tono y se volvió diciéndome amablemente:

—Parece usted enfadado. ¿Le han hecho algo? ¿Le han molestado?

—No, usted se engaña. No estoy enfadado—le respondí agresivamente.

—Pero debe convenir en que ese entrecejo fruncido debe significar algo muy grave, alguna tormenta, por ejemplo—continuó con cierta gazmoñería visible.

—No, no hay nada de eso, no existe tal cosa, usted se equivoca—repliqué todavía, a pesar de que mi rostro denunciaba a las claras mi contrariedad.

—Sin embargo, usted apenas ha hablado en toda la tarde...

—Eso no debe extrañarle. Yo nunca he pecado por exceso en el hablar.

—Usted suele ser muy comunicativo siempre.

—Pero nunca le he dicho una palabra, algo que pueda tomarse en cuenta.

—¿Cómo? ¿Y por qué habla usted así? ¿Se queja acaso de mí?

—No, no me quejo. Porque si nada le he dicho mal podía usted decir a sus amigas otra cosa.

—¿A mis amigas? ¿Y quien le dijo eso?

—Todo lo que he dicho y hecho hasta hoy nada valen ante usted.

—Pero ¿por qué está así? ¿por qué me habla de ese modo? Está muy malo esta tarde... usted que suele ser tan bueno.

Y sus ojos negros y profundos se clavaron en los míos largamente, con una expresión de tan

infinita dulzura, que bastó para desarmarme. Cuando, más tarde, regresábamos, había desaparecido la última sombra de mi resentimiento y no quedaba recuerdo del agravio.

VIII

SUEÑOS

En la placita había retreta.

Espléndida y tranquila estaba la noche. El cielo estrellado y la luna admirable vertían sobre la tierra una intensa claridad. La noche de los trópicos suele revestirse a menudo de este fausto extraordinario y de esta pompa sin igual.

El cielo profundo, sereno y tranquilo, cubierto materialmente en toda su inmensa amplitud, de brillantes estrellas, ofrecía a la vista un espectáculo maravilloso. La luna magnífica, dominadora y soberana, subía describiendo magestuosamente su larga trayectoria luminosa.

No se concebía ni cielo más hermoso ni noche más tranquila.

El espíritu, penetrado de la magnificencia de la bóveda celeste, se sentía pleno de inmensidad.

Como otras veces la placita estaba poblada de parejas y de grupos de niñas y jóvenes que paseaban por las pequeñas callejuelas. Aquí y allá, diseminados en los asientos, otros grupos y otras parejas disfrutaban de la música y de la belleza de la noche.

En un extremo de la plaza, en un sitio apartado donde apenas llegaba el rumor de las charlas un poco vivas de los grupos, una pareja ocupaba un banco.

Ella sentada negligentemente, él hablando con ese acento de dulce intimidad, propio de las horas en que las almas se confían y se entregan unas a otras.

Ajenos a todo cuanto ocurría en torno no vivían sino para ellos mismos.

Hablaban en voz baja, con abandono, en íntima confianza; luego permanecían largos instantes callados, embebecidos en esa contemplación arrobadora en que caen sin esfuerzo las almas abrazadas de amor.

—No, no te creo—decía ella quejosa—tu ya has querido a otras...

—Te juro, mi reina—replicaba él—te juro que nunca he querido a nadie. Tu eres mi primero y mi único amor en la vida.

—No, no estoy convencida. No es posible. Un hombre, más aún un militar, no puede llegar a tu edad sin amar y sin haberse hecho amar muchísimas veces.

—Ya ves que es posible. Y la causa es muy sencilla.

—¿La causa? ¿Y cuál es esa causa?

—No haber encontrado nunca en mi vida unos ojos tan negros, tan preciosos y tan expresivos como los tuyos, que supieron mostrarme la belleza de un corazón desde el primer momento...

—¡Lisonjero! Nada más. Pura lisonja.

—...No haber encontrado una mujer superior, un espíritu selecto como el tuyo, capaz no solo de amarme sino de comprenderme y de comprender y amar las cosas que yo amo...

—Siempre lisonja—interrumpióle ella, aunque visiblemente halagada.

Él continuó:

—No haber encontrado nunca una mujer inteligente, de talento como tu, con quien poder hablar de otra cosa que de figurines y de bailes. No haber hallado una mujer capaz de amarme como yo quiero, con el corazón y con el pensamiento. ¿Quieres más? Todavía hay razones...

—En verdad que has desplegado con arte maestro toda una línea de batalla y... casi me has vencido, pero... yo se que has querido o otra...

—Te engañas. Yo te quiero a tí sola, con el cariño más grande y más puro que puede imaginarse.

Y callaron como embriagándose con el encanto de aquellas palabras.

Después de un rato ella repitió la deliciosa pregunta:

—¿Me quieres de veras, Marcial?

—Te adoro. mi amor—respondió él apasionadamente.—Te quiero con cariño grande y único. No vivo sino por tu amor ni pienso en otra cosa más que en tí...

—¿Y me querrás siempre así?

—Moriré queriéndote como hoy.

Y permanecieron de nuevo en silencio.

—¿Sabes, mi reina,—dijo de pronto él—sabes que ando imaginando un bello nido para nuestro amor? En un rinconcito apartado, lejos de las miradas profanas, crearemos un hermoso jardincito, lo poblaremos de las más preciosas flores y lo llenaremos de pequeños senderos perfumados. En las mañanas pasearemos entre las rosas, juntos vertiremos agua sobre las plantas y juntos nos sentaremos a soñar bajo los árboles...

Ella le contemplaba como enajenada, escuchando aquellas palabras que la hacían feliz.

Marcial seguía:

—Allí viviremos el uno para el otro, yo consagrando mi vida a hacer tu felicidad, tu dedicada a llevar la dicha a mi corazón. ¿No es verdad mi amor, no es verdad que nos querremos siempre y que seremos felices, viviendo juntos en ese nido lleno de encantos tejido por los dos?

Callóse y oprimió dulcemente la mano abandonada entre las suyas.

Un divino éxtasis flotaba en ambos rostros.

En los ojos profundos y hermosos de aquella mujer brillaba un destello de dicha infinita, de inmensa felicidad. Sus labios estaban entreabiertos y su rostro animado y encendido por la pasión.

Él la contempló un rato, la miró con amor. Estaba hermosa, seductora, enamorada. Y antes que pudiese evitarlo inclinóse hacia ella estampando un largo beso apasionado en aquella mejilla encendida y ardiente.

—¡Marcial!—exclamó ella alejándole dulcemente con la mano.

—¡Mi Felisa! ¡Mi reina! ¡Te quiero tanto!—replicó él como única defensa de su acción.

Y quedaron mirándose con honda ternura.

La luna, en tanto, iba dibujando por el cielo su enorme semicírculo de plata y por las callejuelas de la plaçita paseaban las parejas.

IX

FELISA

Era Felisa Latorre una mujer hermosa, pero no era la suya la belleza llamativa de Aurora.

Tipo moreno, negra cabellera, ojos más negros aún, grandes y expresivos. Frente noble y

despejada, graciosa sonrisa y una expresión siempre benévola y amable.

Tenía Felisa en su porte, en sus maneras y en la entonación afectuosa, particular de su voz, toda la característica de esas mujeres maternales, cariñosas y enamoradas, que arrullan con sus palabras y acarician con sus miradas.

Aquellos ojos profundamente negros, vivos, investigadores y penetrantes unas veces, amorosos y acariciadores otras, sabían expresar con habilidad y con gracia, todos los matices de sus estados de alma.

Una desconfianza leve o un disgusto simulado; un enfado pasajero o un brillo de inteligencia; un reproche amable o una alegría íntima y secreta, todo tenía su expresión y su lenguaje especial en aquellos ojos admirables.

Se encendían en una sorpresa con brillo particular, se volvían airados o se mostraban amables a su sabor. Preguntaban inquisidores unas veces, reprochaban otras y premiaban benévolos alguna vez.

Unía Felisa a un talento natural, profundo, una espiritualidad exquisita. Inteligencia despejada y feliz, tenía comprensión amplia y exacta de las cosas.

Tenía una amistad que era más que amistad, debilidad en ella. Una afección fraternal por Celina.

La cuidaba y la mimaba como a una hermana menor.

Marcial Gonzálvez, no obstante su excepticismo en materia de amores, quedó prendado desde el primer momento de aquel espíritu selecto y noble y, con el correr del tiempo, lleno el corazón de una ternura que él creía dormida para siempre, cono-

ció que, si bien raras, existían mujeres superiores capaces de idealizar por el cariño la existencia.

Marcial Gonzálvez estaba en esa edad en que las pasiones se calman y los impulsos se serenan y en que para amar se necesita el contacto de un ser realmente superior.

De joven había tenido caprichos y amores lijeros. No conocía la pasión por una mujer, en su verdadero sentido y no esperaba conocerla, cuando un acontecimiento accidental le arrojó frente a aquella mujer, en una hora trágica y difícil.

Su encierro posterior fué un incentivo más para animar la lumbre que empezó a arder en su corazón en la noche fatal y recordada.

Felisa no tuvo necesidad de hacer esfuerzos para conquistar aquel corazón. No hizo más que dejarse llevar de sus propios sentimientos y mostrarse tal cual era, para atraerlo cada día más.

Sintió Marcial, recién entonces, cuánto tesoro y cuánta dicha puede encerrar para el hombre el corazón de una mujer.

Comprendió que su existencia se iluminaba en aquel punto y que toda su vida anterior no era más que un inmenso vacío.

Antes amaba la vida por deber, hoy la amaba porque la sentía bella.

A sus ojos se animaron y embellecieron todas las cosas.

Con aquel espíritu a su lado, con aquel espíritu tan amplio y tan comprensivo, que amaba sus predilecciones, que comprendía sus luchas mentales, que amaba sus esperanzas y se interesaba por todos los accidentes y todos los episodios de su vida, sintió que se fortalecían sus ideales y se hacían menos estrictos hasta los mismos

deberes que se había impuesto como norma invariable en su carrera.

Aquellos dos corazones habían llegado a compenetrarse de tal modo que se comprendían y se adivinaban antes de hablarse.

Eran dos almas gemelas, iguales en la nobleza de sus sentimientos, semejantes en la bondad inagotable, idénticas en la amplia y trascendente comprensión de las cosas.

Raro encuentro de dos espíritus que se complementan el uno al otro. La vida suele ofrecer pocas veces estas coincidencias afortunadas de dos seres que, marchando al acaso, se encuentran en una encrucijada del camino, para sellar allí mismo, en la lumbre de la primer mirada, un pacto de alianza que solo será capaz de desatar la muerte.

X

LAS VENTAJAS DE CONOCER VARIOS IDIOMAS

—Se dice que Ricardo Marrero ha emprendido una fuerte ofensiva—informó uno de los ruidosos comensales, en torno a la gran mesa que ocupábamos en el hotel.

—Y se agrega que vuelve atrás por falta de empuje—añadió otro.

—Aristóbulo Carreras se ha dado a la más vergonzosa de las retiradas, abandonando armas y bagajes.

—¡Falso!—gritó Aristóbulo—me retiro con todos los honores del vencedor.

—Del Valle sigue fluctuando.

—Miranda es hombre al agua.

—Miguel Angel. ¡He ahí el hombre! Ese es el único que dejará bien sentado su prestigio.

—¿Se casa?

—Se casa.

—Pues el gran canalla me ha dicho que ya estaba fastidiado de la hija y de la vieja.

—Ha dado palabra de matrimonio.

—¿Y le han creído?—preguntó escandalizado alguien.

—¿Se casará pronto?

—En breve—afirmó el informante.

—¿Ha dado plazo?

—Sí, enseguida que termine sus estudios...

—Pues entonces... es cosa hecha—añadió Marrero, mientras una carcajada general resonaba en torno a la mesa.—Podemos comenzar a prepararnos.

La charla fue interrumpida en lo más animado con la repentina aparición de Miguel Angel.

—¡Misterio! ¡Misterio!—exclamó saliendo precipitadamente de una de las piezas interiores del hotel, exhibiendo en lo alto una diminuta hoja de papel.

Nos volvimos todos sorprendidos.

—¡Un secreto del poeta!—continuó Miguel Angel—Acabo de sorprender un secreto de Lysis.

—¡Miente! ¡Miente!—gritó Claudio, apareciendo a su vez en persecución de aquel.

—¡Cómo miente! Aquí está un misterioso papelito que huele a aventura galante. Lo someto al examen de un tribunal compuesto de personas honorables. La letra es de mujer, sin duda de ningún género, la calidad del papel también lo es, perfume no tiene, pero esto no obsta a que lo sea.

—¿Qué dice? ¿Que dice la esquela?—preguntamos ávidos todos.

—Es lo que vamos a descubrir—contestó el imprudente Miguel Angel, desdoblando el papel, a pesar de la viva oposición de Rivera.

—¡Oh!—exclamó luego Miguel Angel con la expresión del más profundo desencanto—¡Caracteres hebreos! ¡Literatura sanscrita! ¡Completamente en ayunas!

—¿Qué hay? ¿Qué dice?

—¡Geroglífico comprimido!

—¡Lee!—ordenaron varias voces.

—No entiendo ni medio.

Y pasó la esquela a Ricardo Marrero, autoridad indiscutida en materia de idiomas, para que la descifrase.

—¡Que literatura hebrea ni que papel pintado! Aquí hay cuatro frases en cuatro lenguas distintas.

—¡Lenguas muertas, lo juro!—observó Miguel Angel.

—Lenguas vivas por las que te reprobaron en el colegio más de una vez.

—¿Qué dicen? ¿Qué dicen?—interrogamos curiosos.

—Pues, nada. Dicen la misma cosa en cuatro idiomas. El papel no es malo, la caligrafía preciosa, pero el contenido...

—No leas, no leas—suplicó Claudio.

—No, señor, nada de misterio. ¡Que se lea!

—Primero dice «estúpido» en alemán, luego dice «estúpido» en inglés, después dice «estúpido» en francés y por último dice claramente «estúpido» en español.

—A' buen entendedor—terminó uno.

—¡La incógnita descubierta!—prorrumpió triunfalmente otro.

—¡Bienaventurados los tenorios! ¿Y esta es la última conquista, amigo poeta?—exclamó Miguel Angel.

—¡El amor expresándose en la lengua natival—apuntó un cuarto.—¡Y con qué dulzura!

—¡Qué les parece la joyita! No se expresa mal que digamos.

—¡Y de temperamento apasionado! ¡Completamente enamorada!—agregó todavía sin misericordia otro.

El pobre Rivera calló, agobiado por aquel diluvio que caía sin piedad sobre su prestigio de conquistador.

La incógnita permanecía, pues, en el misterio. ¿Era inglesa, alemana o francesa?

El galante ardid de Claudio había producido el más lamentable de los resultados, originando uno de los más ruidosos chascos sufridos por el poeta hasta entonces.

Lysis dobló la cabeza, sometido mal de su grado.

Miguel Angel, con toda crueldad, le castigó todavía con una carcajada final.

XI

FRACASADO PERO NO VENCIDO

Claudio Rivera, tan comunicativo antes, se había vuelto de pronto impenetrable. Ya no hacía a ninguno de sus compañeros aquellas largas confidencias tan peculiares en él. En cambio su afición por la caza se había convertido en una verdadera pasión. Ya no se contaba con él para otra cosa. Su desaparición era más frecuente que antes.

A menudo se le buscaba para los paseos y los bailes, sin conseguirse dar con su paradero.

Salía los domingos de mañana y tornaba a la hora del almuerzo sin más botín de guerra que su escopeta y sus cartuchos. De siesta salía nuevamente para volver al obscurecer en la misma forma.

A las burlas de sus compañeros, que no le dejaban respirar en paz, se limitaba a contestar con un gesto de abandono y resignación.

—El poeta guarda silencio. Malo, malo—observaban algunos.—Algo grave pasa, algo medita y prepara.

En efecto, Claudio andaba preocupado y algo meditaba en silencio. La caza no era más que un pretexto. Su propósito era otro muy distinto. La escopeta y los cartuchos le servían para disimular su objeto.

Con una tenacidad y una paciencia admirables se había dedicado a perseguir a su interesante y linda aparecida.

Si bien al principio le guiaba sólo el amor propio resentido, no podía, ocultarse a sí mismo que aquella preciosa figurita le tenía en cierto modo cautivado.

La acogida poco galante que le tocara en suerte, si bien le había mortificado, no tuvo la virtud de amilanarle.

Sabía ya al menos que trataba con una de esas caprichosillas originales que hieren y maltratan con una encantadora desconsideración.

Sabía también que su graciosa perseguida dedicaba los domingos de mañana a copiar paisajes del natural y que, a menudo, salía de tarde a dar un paseo por los alrededores en un cochecito diminuto que guiaba ella misma. Siempre iba sola, pero no se alejaba mucho de esos lugares.

Buen cuidado tenía Claudio de no hacer notar su presencia. Su desdichada declaración primera le imponía una conducta muy discreta.

Vagaba por los montes, junto a los caminos, aguardando su paso. Llevado de sus propósitos y de su creciente curiosidad, aventuróse un día a seguirla de cerca.

El pequeño vehículo había pasado ya, de vuelta de sus correrías por los alrededores. Claudio se lanzó en su seguimiento, teniendo siempre el cuidado de no dejarse ver.

Su bella fugitiva se detuvo frente a la «Cabaña Adelina», saltó a tierra, abrió ella misma el pesado portón de hierro.—tarea en la que con gusto le hubiese ayudado Claudio—y subiendo de nuevo en el coche, se internó en el patio de la amplia y hermosa posesión.

Claudio había hecho un notable progreso con aquel descubrimiento. Sacó del bolsillo el medallón que conservaba como un valioso trofeo y observó con atención las iniciales: «A. V.»

—La «Cabaña Adelina» es de don Hugo Vanderegen—masculló pensativo Claudio—Y esta deliciosa muñeca ... esta deliciosa figurita impertinente, designada con las iniciales A. V. no puede ser otra sino su hija... Adelina Vanderegen ..—concluyó triunfalmente y satisfecho del éxito de sus deducciones.

Luego, siguiendo el curso de sus ideas, calculó mentalmente.

—Por consiguiente no es inglesa, no es francesa, no es alemana...Sería belga, Don Hugo lo era...

Pero se detuvo pensando siempre.

—El medallón llevaba una fecha: «7 de Mayo de 1895». Y hacía mas de veinte años que don Hugo

estaba radicado en el país. Adelina distaba mucho de esa edad...Y por consiguiente...

—Es paraguaya...—exclamó en voz alta Rivera, sonriendo triunfalmente.—¡Ni que fuera un detective!...

Y contento de su expedición de aquel día, volvió sobre sus pasos, terciada la escopeta, y se dirigió hacia el pueblo, donde llegó silbando alegremente un aire nacional.

XII

¡EL TIEMPO LO DIRÁ¡

Era el mismo enjambre, pintoresco y alegre, que en las horas murientes del día decoraba aquellos caminos circundantes de color y de belleza. Una de esas tardes paraguayas del campo, frescas, perfumadas y agradables. De dos en dos y en grupos dispersos, marchábamos a lo largo de la vía, en aquel sendero encajonado y limpio, acariciados por un viento ligero que esparcía aromas agrestes.

Celina y yo íbamos adelante. Hablábamos cordialmente. Ella con su tono habitual, sentencioso, con ese vago trasunto de melancolía que tanto se avenía a sus maneras, iba impregnándome poco a poco de su estado de ánimo. La hora, el sitio, la conversación, todo predisponía a ese sentimentalismo dulce y tierno que constituye en ciertas horas la divina debilidad de los corazones.

Celina se quejaba de las injusticias del mundo. Con adorable romanticismo y con ingenuidad casi candorosa, dejaba brotar sus quejas. Hablaba de las injustas predilecciones sociales.

—El mundo--decía—rinde culto al fausto, al oropel y al ruído. Los hombres viven de las apariencias...

—Algunos hombres—interrumpí.

—...Nunca se detienen a mirar si allá en el fondo hay una pobre flor, delicada y tierna, acaso más bella que su ropaje y más pura que su corteza...

Era cierto. Allí estaba ella, pobrecita alma enferma de idealismo, que ocultaba su única belleza en los pliegues invisibles de su espíritu. ¡Quién se había detenido a aspirar o a recoger su perfume!...¡Quién se había acercado a pulsar aquella cuerda en que vibraba un exquisito sentimentalismo, espiritual y pródigo de ternura!... ¡Cuándo una mirada afectuosa había posado el mundo sobre el jardín encantado de su alma!

Ella tenía razón. El mundo era cruel.

—Sí—continuó después de un rato de silencio—el mundo es injusto con todo lo que no luce y con todo lo que es débil. Y los hombres no solo son injustos sino crueles y malos. Nunca perdonan lo que no brilla, lo que no seduce por su exterior. La bondad, la modestia, las bellas cualidades nada valen...Usted mismo que parece tan bueno...

—¿Y cree que no lo soy?

—...Usted que parece tan bueno obraría como todos los hombres...

—No, Celina—contesté yo, penetrado de la melancolía de sus ideas—usted exagera y me conoce mal...

—¿Pretenderá ser una excepción? Así hablan todos, pero luego...

—Luego usted se convencerá de su error. Acaso sea yo quien le demuestre alguna vez que

el mundo tiene ojos para todas las bellezas y cariño para todas esas flores que crecen en la sombra...aún cuando esas flores sean las de su propio corazón...

Y callé, embargado de una honda ternura.

Ella me miró en silencio. Sus ojos tenían una expresión inefable y dulce. Luego respondió sentenciosamente:

—Yo dudo mucho de los hombres. El tiempo me dirá si debo fiar en usted más que en los demás.

La tarde iba cayendo. Yo estaba penetrado de una afectuosidad tierna y sentía una satisfacción infinita y deliciosa al mirar a mi lado a aquella mujer, pensativa, silenciosa y en sus ojos un raro fulgor, acaso de ventura.

Llegamos al puente.

Cerca había un lago diminuto y una playa festoneada de hierba y de césped. Un árbol corpulento proyectaba su sombra en el cristal del agua. Allá, en el suelo, temblaban las sombras inciertas de las hojas.

Nos detuvimos, Celina y yo, cerca del árbol. Permanecíamos siempre en silencio. Inspirado súbitamente saqué un cortaplumas e interrogué con los ojos a Celina. Ella me miró, comprendió lo que pensaba hacer y me lo consintió con una sonrisa.

Estaba adorable.

Me acerqué más al tronco y en la parte más visible de él, logré grabar en gruesos caracteres las iniciales de Celina y las mías.

Cayó la tarde por completo. Y volvimos, pensativos y callados, caminando por el mismo sendero. Dejamos atrás el puente y la laguna. Y allá,

en el viejo tronco del árbol, recuerdo de la tarde, nuestros nombres enlazados...

—La corteza los borrará muy pronto—dijo Celina con cierta tristeza—y eso significa olvido o muerte de uno de los dos...

—Yo cuidaré del árbol como un viejo amigo—le repliqué sentenciosamente—y ni el olvido ni la muerte no se cobijarán bajo su sombra...

Celina clavó de nuevo en mí sus ojos negros y profundos.

—¡El tiempo lo dirá!...—exclamó con tono profético.

Y aquella noche, al separarnos, nos miramos largamente y nos estrechamos la mano con calor.

XIII

EL AZAR ES CÓMPLICE DE LOS QUE PERSEVERAN

Claudio estaba decidido a abordar a su gentil desconocida y meditaba todo un plan de campaña para salir con éxito en su empresa, sin ser desairado como la vez primera. Pero en vano torturaba su imaginación, no lograba idear un medio que le dejase satisfecho.

Una tarde, vagando por los lugares que no solía frecuentar, encontróse de improviso con su bella aparición. Intentó ocultarse pero ya había sido descubierto.

Se hallaba ella pintando un cuadrito al natural y tarareaba muy alegre una canción, cuando acaso el crujir de la hierba le llamó la atención y, callóse de pronto, volviendo la cabeza y descubriendo a su perseguidor.

Sonrió un poco y levantóse como el primer día, recogió sus utensilios, aunque con menos presteza que aquella vez y alejóse de allí.

Ya en marcha tornóse a mirar y al observar la actitud contemplativa y casi extática de Claudio, sonrió nuevamente con una sonrisa que traslucía cierta picardía burlona y apretando el paso se perdió entre los árboles.

Claudio, analizador fino y gran observador, no dejó de anotar todos aquellos detalles y enseguida hizo el balance.

—Ayer me acogió con un desdeñoso mohín, hoy ya es una sonrisa. Ayer fué una precipitada fuga y hoy una huída... al paso. La cervatilla se amansa...

* * *

Pasaron algunos días.

Claudio no había vuelto a verla, sin dejar por eso de rondar por aquellos contornos.

Una tarde presentóse de improviso la ocasión tan deseada por nuestro poeta.

Fatigado de una larga caminata se había tendido a descansar al borde del camino, bajo la sombra de un corpulento árbol.

Adormecióse nuestro infatigable poeta con la frescura del bosque, dejando vagar el pensamiento sobre mil imágenes risueñas.

Habría transcurrido un cuarto de hora cuando oyó a la distancia algo como el ruído producido por la carrera de un vehículo. No prestó atención al principio, pero como el rumor se aproximaba cada vez más y tenía todos los caracteres de una carrera precipitada, se levantó apresuradamente y se puso a observar.

Cual no fue su sorpresa y su cuidado, al reconocer a su linda perseguida, arrebatada en su coche en una peligrosa huída, por un caballo desbocado.

Por el camino real, lleno de hondonadas y obstáculos, huía la bestia a todo correr. El coche sufría violentos tumbos de uno y otro lado, al chocar contra las irregularidades del camino.

Todo el arreo venía ya en desorden, sueltas algunas cuerdas y correas y el jamelgo cada vez más espantado del estrépito de su propia carrera. El vehículo corría el riesgo de estrellarse contra cualquier obstáculo.

La serenidad de la niña era grande. Ni un solo grito había proferido y allí seguía, aferrada con mano firme a la rienda, tratando de sofrenar a la bestia.

En aquel momento se acercaba precisamente a un sitio en extremo peligroso por el desproporcionado declive del camino.

Claudio vió próximo el peligro y precipitóse al encuentro del coche, con el propósito de detenerlo antes de alcanzar aquel lugar. Pero era tarde. El vehículo sufrió dos violentos barquinazos, ladeóse a un lado, después al otro y se volcó luego por completo.

La niña fué arrojada a cierta distancia, al borde del camino.

Claudio llegaba en aquel instante deteniendo el caballo y evitando que destrozase el coche.

La niña levantóse enseguida sacudiéndose la ropa.

—No cuente nada—fue lo primero que dijo, todo azorada, dirigiéndose a Claudio.

—¿Se lastimó, señorita?—preguntó éste acercándose.

—No, no me pasó nada, gracias—contestó ella arreglándose precipitadamente el vestido.

—Usted se ha expuesto a un grave riesgo, señorita y debe renunciar a este caballo otra vez.

—No, si es mansito—dijo ella acercándose a acariciar con algunas palmadas a la bestia.—Es que se asustó del tren que pasaba.

—No cuente nada ¿quiere?—dijo de nuevo volviéndose hacia Claudio—que no lo sepa mi papá, porque no me dejará salir otra vez.

Rivera la ayudó muy solícito a arreglar los arreos y a ponerlo todo en orden. El vehículo no había sufrido ningún desperfecto y volvía a quedar en buen estado.

Cuando todo estuvo listo ayudóla Claudio a subir. Montó ella en el coche, con gracia y soltura, posesionóse de las riendas, y, saludando amablemente a Claudio, castigó al caballo y se alejó por el camino.

Ya a cierta distancia se volvió recomendando una vez más:

—No cuente nada, no se olvide.

—No, señorita, no tenga cuidado—respondió Claudio.

Y quedóse de pie, en medio del camino, mirándola hasta que se perdió de vista.

* * *

Cuentan los vecinos de aquellos lugares que desde entonces, y a menudo, se ha creído escuchar en los bosques de la cercanía, el rumor de interesantes conversaciones y que, a veces, se ha sorprendido a una joven pareja, entretenida en copiar paisajes del natural, jugando a quien pintaba menos y más despacio.

Un señor serio, que merece entera fe, agrega que una buena tarde, paseándose la pequeña rubia de la «Cabaña Adelina» en su cochecito, acercósele en plena carretera real, un joven extraño y singular, de gran melena y enorme sombrero y sin protesta de la niña y ante el asombro del espectador, montó en el coche, sentándose al lado de la niña, posesionóse de la rienda y, castigando alegremente a la bestia, se alejaron a lo largo del camino, muy ufanos y contentos.

Este señor, escandalizado y temeroso de las consecuencias, no había podido menos de exclamar esta frase que ha recogido la historia:

—¡Si lo supiera don Hugo! ¡Qué palizal

XIV

CENIZAS

El verano tocó a su término y con él se inició la dispersión. Las familias retornaron a la ciudad. San Lorenzo quedó, poco a poco, desierto.

Aquellas golondrinas ruidosas que llenaban las calles y las plazas, huían con el estío, dejando en cada sitio el amable recuerdo de un episodio de amor, de gracia o de ventura.

En los lugares antes frecuentados reinaba un extraño abandono. Todo estaba callado. Ya no se veían las siluetas gentiles ni se oía el rumor de las charlas. Todo había vuelto a morir y todo callaba de nuevo. Una invencible melancolía se apoderaba del espíritu al pasear ahora por aquellos lugares abandonados y tristes. En las puertas ya no asomaban esas miradas afectuosas, y en las aceras ya no se veían esos rostros joviales de otros días.

A cada paso, a la vista de un sitio, de una casa, de un banco de la plaza, tornaba a la memoria un momento vivido, una hora de pasada felicidad.

¡Tanto tiempo parecía haber pasado ya sobre las cosas!

Así transcurrió aquel período inolvidable. Las vacaciones habían llegado a su fin y, reanudados los cursos, en nuestras horas de labor, recordábamos a veces la ventura fugaz de aquellos días.

Pasó algún tiempo.

La capital, con su exigencia de urbe y con su vida un tanto complicada, había roto definitivamente el encanto que aquel breve y delicioso paréntesis abriera en nosotros.

Nuestras buenas amigas habían desaparecido. Apenas, de tarde en cuando, las veíamos al pasar. ¡Cuánto cambio! Ya no eran las mismas, ni era ya la acogida de antes. La mirada amable y el saludo cordial habían desaparecido. Aquella confianza de los días pasados moría, pues, sin remedio bajo la acción de la indiferencia y del tiempo.

De tarde en tarde, en ocasiones raras, las veíamos a nuestras antiguas amigas, al cruzar una calle. Apenas una ligera inclinación de cabeza, un mero y frío cumplido. Nada más.

Una pena vivísima me oprimía entonces. Yo me había acostumbrado tanto a aquella vida de constante relación y de intimidad, que no podía resignarme a tornar a mi soledad habitual. Parecíame extraño que todo terminase así, de manera tan inesperada.

A Aurora la ví una tarde. Venía hermosa y radiante y me produjo el efecto de un deslumbramiento. Hacía tanto ya que no la veía. Me detuve a mirarla y a esperar su saludo. Ella pasó a mi

lado, me miró de un modo... acaso no me vió, no se... la saludé apenas. Pero otra vez evité el hacerlo.

Solo Felisa no cambió conmigo. Era la misma, el mismo afecto, la misma bondad reflejada en su sonrisa y en el brillo de sus ojos.

El tiempo, en tanto, despiadado y cruel, fué acumulando polvo sobre aquellos recuerdos que tan honda huella tuvieran en mi alma.

Nuestras amigas nos olvidaron y nosotros, a nuestra vez, arrastrados en otros centros y en otros círculos de amistades las olvidamos poco a poco.

Nada quedaba de aquellos tiempos que fueron tan gratos...

TERCERA PARTE

DOLOR Y AMOR

La nube que empaña esa pálida frente, el blanco azahar que muere a sus pies y ese velo nupcial desgarrado, son trofeos que habéis ganado a la virgen y que debéis ostentar a la luz.

I

UNA CATÁSTROFE

Un acontecimiento inesperado y sensacional conmovió al grupo por entonces. Estábamos espantados.

Era aquello tan sorprendente, tan increíble, que nos quedamos todos estupefactos.

Claudio Alejandrino Rivera había sufrido un espantoso accidente.

Aristóbulo Carreras llegaba precipitadamente y, todo azorado, echándose aire en la cara con el sombrero, empezaba a contar atropelladamente.

—Le he visto a Claudio...

—Pues... no le veo la novedad...

—¡Qué cosa espantosa! ¡Qué miserables!—siguió Aristóbulo.

—¿Claudio?...

—Sí, Claudio...

—¿Claudio, miserable?

—¡No, hombre! ¡Espantoso! ¡Espantoso!...

—¿Pero qué hay? ¿Qué le pasó?

—¿Le han apaleado?

—Peor que eso...

—¿Le han herido?

—Peor...

—¿Esta enfermo? ¿Ha muerto?

—Peor todavía... ¡Qué barbaridad!

—¿Pero acabarás alguna vez?...

—Los bigotes de Claudio...

—¿Qué cosa? ¿Qué les pasó a los bigotes de Claudio?...

—...Ya no existen...

—¡Los bigotes!

—Si. Y el sombrero desaparecido...

—¡Desaparecido!

—Y la melena... ¡Ahí viene! ¡Véanlo al desdichado... sin bigotes, sin sombrero y sin melena...

Estábamos consternados.

Una cabeza pelada y luciente, un rostro rasurado de adolescente emancipado y un sombrero plebeyo, sin tradición y sin historia, tal era lo que restaba del pobre poeta y tal se nos presentó con aspecto compungido.

Difícil era imaginar que serie de calamidades habría arrastrado al exaltado y lírico amigo a aquel desgraciado y lamentable estado.

Ufano y orgulloso de sus bigotes, enamorado hasta la pasión de su melena, idólatra fanático de su sombrero, solo alguna conmoción pudo haberle despojado de cuanto más quería en su persona.

A su vista no supimos si reirnos o compadecerle. Al principio, no obstante, pensamos que se trataba de una de sus tantas originalidades, pero su aspecto revelaba un profundo abatimiento y

aquello distaba mucho de ser una broma o una humorada.

He aquí, sin más dilaciones, la historia verídica, mitad galante, mitad dramática, de lo ocurrido. Pero acerquémonos antes a una casa del barrio más popular de la ciudad y trabemos previo conocimiento con sus moradores.

II

CASA DE ORATES

En la calle Libertad, a la altura del quinientos, existía una casa que solía llamar la atención del barrio, por el alboroto contínuo que armaban sus moradores.

Aquella casa nunca estaba desierta, rara vez cerrada y jamás silenciosa.

A veces, los vecinos podían recoger alguna frase suelta, alguna palabra aislada, que les dejaba con cuidado. Y había momentos en que el tono de las discusiones se elevaba de tal modo, que el pacífico vecindario, alarmado, se disponía a tomar medidas en previsión de alguna catástrofe.

—La revolución es el acontecimiento más grandioso que han visto los siglos—clamaba una voz.

—Yo sostengo que fué incompleta—replicaba otra—porque dejó problemas en pie. La revolución debió terminar su obra y no la hizo. Fué cobarde en cierto modo.

Los vecinos oían a medias toda aquella batahola, sobre todo lo de revolución y no se sentían del todo tranquilos.

Luego continuaba la bulla. Los oídos alertas recogían frases y palabras como estas:

La guerra...el socialismo...la paz universal... el terrorismo...la creación...Dios...el Mariscal Solano López...la libertad...la imbecilidad de los anti-lopiztas...los cigarrillos 43...la brutalidad oficial y otras semejantes.

A ratos el giro de las controversias se tornaba más alarmante que de ordinario, por la proximidad de los peligros anunciados.

—La nueva revolución está próxima, yo la veo venir, yo la siento. Es la liberación del mundo. El socialismo, el pacifismo, el feminismo, la gran aurora—anunciaba una profética voz.

—Si señor—apoyaba otra con calor—la revolución es un hecho. Vivimos sobre un volcán.

Digamos de una vez que aquello no era más que un congreso de locos en sesión permanente o en otros términos, la casa de tres estudiantes, donde se reunían ciento, para discutir, para fumar y charlar, alguna vez para abrir un libro.

Aquel era el centro obligado donde se fraguaban motines estudiantiles, *meetings* de protesta y manifestaciones patrióticas.

Una mesa amplia, con cubierta verde, ocupaba el centro de la pieza. Alrededor de ella se agrupaban de quince a treinta personas.

Con las miradas ávidas y las pasiones prontas, allí se resolvían, entre el ardor comunicativo y el entusiasmo exitable, entre humos de cigarro y calor de charla, cuestiones de alta trascendencia estudiantil y se votaban y se adoptaban planes de campaña para una próxima asamblea y se distribuían estratégicamente papeles y posiciones.

Allí se reunía el cenáculo de los «trece», como núcleo central y director. En torno a la mesa tomaban asiento habitualmente: Claudio Alejandrino Rivera, Aristóbulo Carreras, Ricardo Marrero,

Eduardo del Valle, Maximiliano Casares, Reinerio Recalde, Carlos Olivera, Juan Manuel Ovando, Ernesto Melián, Armando de la Barra, Rafael García Carrasco, Miguel Angel Cardús y yo.

III

LA HISTORIA DE UN SOMBRERO

Una mañana, muy temprano, montamos a caballo Miguel Angel y yo. Ibamos a una excursión a tres leguas de la ciudad.

Salvadas ya las calles céntricas nos alejábamos por los alrededores. Miguel Angel, zumbón y alegre como siempre, me había prometido una clase de equitación. Y en cumplimiento de su promesa había empezado a loquear con su montado. Galopaba, trotaba, se detenía, volvía riendas, las acortaba bruscamente, marchaba al tranco y espoleaba al animal, aturdiéndolo en toda forma.

—Te enseñaré—decía—todas las tácticas que rigen actualmente en el mundo...

—Admiro tu sapiencia y de tu caballo la paciencia....

Adoptó Miguel Angel una actitud especial en la silla, estiró el cuello, se alzó en los estribos y, lanzando el montado al trote largo, informóme volviéndose.

—Esto se denomina en lenguaje técnico trotar a la inglesa. El ginete marcha en un continuo e inestable vaivén. Sistema inaceptable en el Paraguay porque aquí necesitamos alguna cosa estable.

Cambió luego de postura, adoptó un aire bizarro y enérgico, levantó el látigo a modo de espada, galopó un corto trecho, con la cabeza vuelta rígi-

damente a la derecha y, saludando marcialmente, informó:

—Paso de parada de caballería alemana frente al Kaiser. Sistema que no conviene al país en absoluto, no por el caballo ni la parada, sino por el Kaiser y el kaiserismo que son malas yerbas que arraigan fácilmente en nuestra tierra.

Volvióse nuevamente sobre la silla, montando al revés, cara al cuadril de la bestia, informando a la vez:

—Montado a lo «Cacaseno»—Es el sistema preferido en el Paraguay. Así cabalgan nuestros paisanos en la «llanura» como en las «alturas».

Enderezóse de nuevo, tomó la postura normal y levantó una de las piernas, apoyando la corva sobre la cabecera de la silla y adoptando la postura de las mujeres, se volvió diciendo con cómica coquetería:

—A lo fémina. Sistema digno de ser ensayado en la república en vista del vergonzoso fracaso de todos los sistemas masculinos...Ahora te enseñaré como se monta a lo «faraute»...

Acortó la rienda, espoleó reciamente al bruto, al mismo tiempo que le aplicaba violentos latigazos.

El animal, irritado y aturdido, se encabritó de pronto, corcobeó lanzando algunas coces y cuando menos se lo esperaba, el ginete fué despedido por el aire, los calcañares al viento, en busca de un punto de apoyo, que ya Arquímedes en vano intentó encontrar un día.

—Montado a lo «faraute»--exclamé riendo—Sistema complementario del anterior, utilizado exclusivamente por los gobiernos de nuestro país para evitarse la molestia de desmontar con decencia ¿verdad?

Maltrecho y molido se levantó el profesor de equitación, sucio de tierra y guijarros, sacudiéndose la ropa.

La saludable advertencia o el desquite del jamelgo, como podría titularse este episodio, tuvo la virtud de calmar los nervios de mi amigo. Quedó serio y callado con esa actitud de víctima expiatoria que suelen adoptar los «caídos» al día siguiente de la catástrofe.

Visto su obstinado silencio le pregunté después de un rato:

—¿Cuál es el sistema que aconsejas por fin para nuestro país?

—No agotar la paciencia del bruto—respondió sentenciosamente y calló.

* * *

—¡Mira!—me dijo Miguel Angel, de repente, señalando a la distancia.

—¡Claudio!—exclamé.

Era el propio Claudio. Venía sin sombrero y con una cara demacrada de amanecido.

—Oh, Lysis—le gritó Miguel Angel.

Nos armó un cuento. Venía de casa de un compañero de colegio. Lo habían pasado estudiando toda la noche y como no distaba lejos de allí había ido sin sombrero.

—¡Si vieran como leemos!—exclamó—Pensamos dar dos cursos a la vez...

Jamás el perillán había rendido dos asignaturas juntas, pero hablaba con tan pasmosa naturalidad y con tal tono de sinceridad que, creyéndole en vías de redención, le felicitamos calurosamente dando crédito a cuanto acababa de decirnos.

Dos días después todo estaba descubierto.

En la sección «Policiales» de los periódicos, tocando a alarma, se denunciaba con grandes títulos, la existencia de una peligrosa gavilla de bandoleros, llegada del exterior, según datos positivos que tenía la policía. Allí se detallaba un golpe dado por la banda durante la noche última. Una denuncia de don Nicanor Guerrero venía oportunamente a despertar a los sabuesos del Departamento.

«El señor Guerrero—decían los diarios—había notado que un sujeto de mala catadura y sospechoso en alto grado, rondaba su casa desde hacía algún tiempo, a eso del anochecer.

«Cuenta que en la noche última, a la una de la madrugada, oyó algún ruído en el patio al par que los furiosos ladridos del perro. Que, alarmado por ello, se levantó revólver en mano y decidido a todo salió afuera en momentos en que el perro acometía a los salteadores hacia los fondos. Que temeroso de ser víctima de una celada tornó a entrar en su pieza, siempre revólver en mano, y no pudiendo dormir durante toda la noche permaneció alerta hasta las seis de la mañana...Que su primer cuidado al día siguiente fué buscar los rastros de la temible banda y hacer el inventario de todo lo sustraído, pero que no habiendo podido comprobar la desaparición de ningún objeto teme que esta noche sea objeto de un nuevo asalto, a cuyo efecto la policía ha tomado ya sus oportunas medidas. Que luego hizo un descubrimiento encontrando un sombrero de enormes alas.

«Una coincidencia añade el señor Guerrero. Esa misma noche desapareció su criada Micaela Ferreira, de 16 años, lo cual hace sospechar al señor Guerrero que ésta obraba de acuerdo con los bandoleros.»

Los diarios agregaban algunas notas describiendo el sombrero y terminaban diciendo que estaba en exhibición en el Departamento de Policía, donde podía examinarlo el público.

Felicitaban, además, a la Policía de Investigación por la habilidad y celo con que había procedido.

Un mundo de curiosos se estacionó frente al Departamento haciendo comentarios espeluznantes sobre la pavorosa prenda encontrada.

Tal era la historia del sombrero desaparecido.

IV

UN GRAN ESPÍRITU Y UN GRAN PROPÓSITO

Rafael García Carrasco nos había invitado a una asamblea plena con recomendación especial de no faltar. Se proponía cambiar ideas al respecto de nuestra conducta futura.

García Carrasco, a quien todos apellidábamos el filósofo, por la seriedad de sus maneras y por la predilección de sus estudios, era uno de esos grandes temperamentos en quien se aunan excepcionalmente el carácter, el talento y el trabajo.

Cordura, sensatez, preparación sólida y firme, unidas a brillantes dotes de inteligencia, habíanle granjeado un merecido prestigio.

Representaba la voz autorizada entre nosotros.

Su carrera había comenzado en las aulas colegiales y en las asambleas estudiantiles, para continuar fuera de allí como un brillante exponente de altivez y patriotismo. Luchó algún tiempo en el periodismo, publicó dos libros, saludados y aplaudidos con entusiasmo por la crítica y tomó parte activa y principal en todos los actos de pro-

testa colectiva contra la gestión inmoral o el abuso de los gobernantes.

En poco tiempo se había labrado una personalidad descollante entre la intelectualidad joven y reveládose a la sociedad como una bella promesa para el porvenir.

Leader indiscutido de la actual generación, su nombre iba unido a toda iniciativa de trascendencia de la juventud.

Preocupado de los destinos de la sociedad en que vivía, maduraba sus ideas al respecto. En repetidas ocasiones, cuando en nuestras tertulias familiares meditábamos con pena sobre la situación del país y la inmoralidad ceeciente de los hombres, García Carrasco había expuesto a medias su proyecto. Todos estábamos ya al tanto de sus ideas pero nunca nos habíamos detenido a examinarlas y considerarlas con detención.

A este efecto nos habíamos congregado en el sitio de costumbre.

* * *

Cuando todos estuvimos reunidos en torno a la mesa de nuestras deliberaciones, García Carrasco planteó el problema y pidió que cada cual expusiese su manera de pensar.

Se trataba de resolver en que forma nos mezclaríamos en la vida pública.

No bien terminó García Carrasco de proponer la cuestión, algunas opiniones cayeron como una granizada de bombas. La indignidad creciente, la desvergüenza hecha carne en el ambiente nacional, sublevaba las fibras juveniles. Las proposiciones se sucedieron unas a otras.

—Ingresemos en conjunto en un partido y luchemos desde allí por el predominio de nuestros ideales—fue uno de los pareceres.

—Lo cual equivaldría—objetóse a éste—a decretar la disolución del grupo en tantas fracciones cuantos partidos haya.

—Fundemos un nuevo partido—fue la proposición de otro.

—Unámonos a los obreros—fue una tercera.

—¡No, señor!—clamó una voz airada dominando a todas las demás.—¡Proclamemos la revolución contra este gobierno abusivo y tiránico!

—¡Claudio, más calma!—le recomendó García Carrasco.

—¡Qué calma ni qué paños tibios!—vociferó Rivera arrojando chispas por los ojos.—Parecemos unos viejos decrépitos, llenos de repulgos, timideces y cobardías. Juventud significa entusiasmo, fuerza, acción. La juventud no piensa, siente, no razona, obra. Es ilógica, desordenada, inconsecuente si se quiere, pero generosa siempre. Nosotros no somos jóvenes, somos unos viejos púdicos que nos morimos en la ribera sin atrevernos a lanzarnos a la corriente. Yo he peleado en la última revolución. He expuesto mi vida para derrocar a un gobierno brutal. Hoy me sublevo contra mis antiguos aliados porque han mentido y han mistificado, porque son tan desvergonzados como los anteriores. La inacción en esta hora es un crimen. Hay que obrar, hay que hablar, hay que gritar contra los mercaderes que trafican con la suerte del país y lo oprimen y lo vejan en toda forma...

—¡Sí, señor! ¡Viva la revolución!—gritó Aristóbulo Carreras, no pudiendo dominarse por más tiempo.

—¡Silencio! Vamos por orden—impuso una voz.

—Mirad—siguió Rivera, braceando indignado—mirad arriba, abajo, a la derecha o a la izquierda y decidme si no sentís repugnancia ante toda esa inmensa podredumbre. Miseria, carroña, desperdicios sociales, cinismo y corrupción en todas partes. Jueces vendidos, criminales sueltos, hombres enriquecidos de la noche a la mañana, la crápula encumbrada por el favoritismo, analfabetos sin escrúpulos llenando las cámaras, universitarios y doctorcillos plebeyos vendidos sin condición al amo. Un gobierno torpe, abusivo, tiránico y ladrón, una policía brutal dirigida por un autócrata, un espionaje intolerable...

—¡Uf! Me ahogo—interrumpió Miguel Angel.

—¡Muy bien!—intercaló a la vez Aristóbulo, que se bañaba en agua de rosa.

—....Y el ciudadano sin libertad, sin garantías y sin derechos... Sin derechos, si señor, porque si recurrís a los tribunales a reclamarlos es para saber que allí se administra justicia según las «recomendaciones» y según el «color» del litigante...

—¡Hay que proclamar la revolución!—continuó Claudio.—Hay que pelear para encumbrar a los hombres capaces de hacer la felicidad de la república...

—Pero ¿en dónde están esos hombres?—preguntó uno.—¿En la oposición acaso, donde se agita una docena de locos furiosos? ¿Dónde están esos hombres?

—Yo no los conozco pero deben existir—continuó Claudio.—Y además lo urgente es derrocar el régimen actual, lo demás se verá luego...

—¡Iluso, lírico, ciego!... Si todos son iguales y si todos a su turno y sucesivamente han oprimido al pueblo y pisoteado las leyes y los intereses del

país... ¿a qué buscar cambios?... No hay un partido que no haya pasado por el gobierno ¿Cuál prefieres?...

—Ninguno. Todos son malos. Todos son detestables.

—Pues entonces, debes proclamar la revolución contra todos, lo cual equivale a decir que irás tu solo a estrellarte como un demente contra una montaña.

Rivera no contestó. Todos reconocíamos la amarga verdad que encerraba su exaltada peroración aún cuando no nos seducía el medio que proponía para resolver la situación.

* * *

García Carrasco comenzó con voz reposada y serena:

—Yo proclamaría la revolución si tuviese tan solo alguna lejana esperanza en nuestros hombres de la llanura, pero no teniéndola ninguna me excuso hablar de ella. Las revoluciones se han sucedido unas a otras, y es tiempo ya de buscar la solución de nuestros graves problemas fuera de los campos de batalla».

«Yo proclamaría también la disolución de los partidos actuales y la fundación de otros nuevos con programas definidos, pero esto no sólo sería utopía sino locura. Los partidos existentes tienen profundas raíces en el alma popular, y no será posible desalojarlos de allí».

«Pienso por eso que debemos perseguir no la disolución sino la regeneración de los partidos. A este efecto nuestro grupo sería acaso eficaz para imponer una reacción en el seno de cualquiera de ellos. Pero, bien lo sabéis, autorizar entre nosotros el ingreso a los partidos es autorizar la disper-

sión. Creer por otro lado, que con nuestro ingreso aislado, individual y desde distintos centros de acción conseguiremos esa anhelada evolución, es casi infantil. Terminaremos por ser absorvidos y asimilados; nuestros ideales habrán caído con nosotros, y una vez más doblaremos la cabeza ante un fracaso tanto más doloroso cuanto que será el nuestro».

«Yo me complazco en acariciar una idea que me seduce y me parece hermosa, factible y más eficaz que cualquiera otra».

«No tengo necesidad de hacer la apología de la prensa. ¡Qué no ha hecho una gran hoja diaria cuando se ha propuesto firmemente hacerlo!».

«Yo tengo inmensa fe en la prensa y en la virtud de su propaganda. La visión es magnífica y la imagen me seduce. Aislados sobre una roca, tanto como somos, unidos por el cariño, vinculados por el ideal y el común destino, a igual distancia de todos los partidos, sin pactos, sin alianzas, sin culpables transigencias, encastillados en nuestra obsesión de mejoramiento y redención, iniciemos por la prensa la campaña de la paz y el trabajo. Voluntad firme, ánimo, valor, perseverancia. Y cuando sea menester fustiguemos sin piedad, sin conmiseración culpable, a los partidos, a los hombres, a los gobiernos, a veces al pueblo, inspirados siempre en los más altos y sagrados principios de razón, de humanidad, de patria y de justicia».

«¿Creéis, por ventura, que al cabo de diez, de quince, de veinte años de prédica insistente y sana, no habremos logrado provocar en la opinión y en los partidos, nuevas corrientes de inspiración, dándose ideales, programas y aspiraciones que hoy no tienen?»

«Pero todo lo debemos hacer con moderación y con calma. Que cada uno lo piense y lo medite, y si alguien tiene la fortuna de encontrar una solución mejor, yo seré el primero en aceptarlo y prestigiarlo con entusiasmo».

García Carrasco calló, y un largo silencio siguió a sus palabras. Nadie se atrevía a rechazar las ideas expuestas, pero no eran proposiciones aquellas capaces de arrancar un estallido. Las fibras juveniles están más prestas al arrebato que a la meditación y las palabras de García Carrasco requerían lo último.

Callamos todos. Y esa noche nos retiramos prometiendo reflexionar sobre el programa esbozado.

V

LA MELENA DE UN POETA

Al dia siguiente Claudio Rivera fué llamado al departamento de policía.

Era jefe de esta institución un hombre con grandes dotes de organizador pero absolutista e implacable. Progresista, de provechosas iniciativas, amigo del orden, sin duda alguna, pero abusivo y tiránico. El orden en la capital era perfecto e irreprochable, había seguridad completa, los delitos habían disminuído notablemente, las contravenciones casi habían desaparecido, pero ¡cuantas lágrimas y cuantos dolores implicaba todo aquello! Nadie levantaba la voz, nadie se atrevía a ensayar un gesto que saliese de lo regular. Todo estaba medido, todo marchaba derecho, la vista al frente, forzado, violento, doloroso.... Todo funcionaba con la regularidad de una máquina perfecta.

Una numerosa corte de mercenarios brutales rodeaba al jefe de la institución policial. La población sentía un odio profundo contra aquellos elementos importados que la maltrataban y la vejaban sin piedad y la insultaban en lo que era más caro a sus sentimientos, la nacionalidad.

Rivera había concurrido a la policía como quien marcha resuelto al suplicio. Sabía que allí sería objeto de vejámenes e injurias de todo género, que sería interpelado y acaso insultado por aquellos bandoleros, reclutados en los estados vecinos para desempeñar funciones de seguridad en el país. Felizmente fué tratado con más consideración de lo que esperaba. El mismo jefe de policía iba a recibirle. Después de una espera de dos horas y media, fué llamado en presencia del alto y temible funcionario.

—Diga, amiguito—interpeló a nuestro poeta, midiéndole de pie a cabeza con una autoritaria mirada—¿quién le mete a usted a redentor?

—Mis convicciones, señor—respondió con energía Claudio, sin saber a punto fijo aunque sospechando de qué se trataba.

—¡Ah! ¡Y alzado el muchacho! Con que sus convicciones ¿eh?

—Si, señor, mis convicciones y mis estudios.

—¿Conque usted estudia? ¿Y dígame, sus estudios le han enseñado a faltar a las personas mayores? Mequetrefes engreídos, muchachuelos pretenciosos que con unos años de escuela se creen con derecho a murmurar de todo. ¿De cuando acá le falta a usted libertad y garantías? ¿Tiene usted algo que ocultar para quejarse de mis servicios de espionaje? Yo le cortaré las alas, ya los voy conociendo ¡cuidado conmigo!

—Vea—continuó después de un rato, leyendo un papel extendido sobre su mesa—eso que usted dice de los oposicionistas está muy bien. Son una docena de locos furiosos...

—Yo no he dicho tal cosa—interrumpióle Claudio—Lo ha dicho otro.

—Pues, ya ve, ese otro es un muchacho de cabeza. En cuanto a los gobiernos brutales y ladrones usted se referirá a los gobiernos pasados ¿no es así?

—Al presente me refería, señor...

—¡Ah! ¡Ah, amiguito insolente! Baje ese tono y no me venga aquí con bravatas....

Agitó con fuerza un timbre y apareció en el acto un ordenanza.

—Vea, que le afeiten la cabeza a este ciudadano y que le dejen luego en libertad.

—¡Jamás he de permitir que me toquen un cabello!—gritó Claudio indignado.

—Afeítenle, además, los bigotes—añadió el jefe sin ocuparse de él.

—¡Miserable!—prorrumpió de nuevo Rivera.

—Dénle cinco latigazos.

Y Claudio fue arrastrado de allí, cumpliéndose las órdenes del implacable amo de la institución policial.

He aquí por qué Claudio Rivera se presentaba ante nosotros sin melena, sin bigotes y sin sombrero.

VI

PRESENTIMIENTOS

La noche es obscura. Un profundo silencio pesa sobre la ciudad dormida. Ni un transeunte

se ve en las calles. Los focos vierten su luz blanquecina y nada turba la calma infinita.

Todo está desierto y callado. Un tranvía cruza, de pronto, a lo lejos, huyendo calle arriba como un somnoliento retrasado que apresurara la vuelta. En las aceras amplias de la avenida se muestran las negras siluetas de los árboles enormes. Un repentino parpadear de los focos hace estremecer y vacilar las sombras en el suelo.

Doce lentas campanadas acaban de sonar en el lejano campanario de la Catedral. Doce golpes acentuados, intensos, que vibran largo rato, sacudiendo las ondas calladas.

El acento de aquel bronce, que suena a la distancia, evoca algo de medroso en el alma.

Cesan los golpes y el eco final se pierde a lo lejos. Todo vuelve a quedar como antes. El silencio es completo. Hace rato los automóviles han dejado de cruzar la avenida. El sonar de sus bocinas ya no aturde en aquella vía obligada de todos los vehículos. Solo los árboles, enfilados a lo largo de ella, proyectan sus sombras fantásticas y muestran sus copas enormes.

Los vastos jardines que bordean la avenida están sumidos en la obscuridad. Las flores no exhiben sus colores y bellezas ni los árboles muestran sus especies.

Los edificios magníficos y los grandes *chalets* apenas se dejan adivinar por alguna arista iluminada en lo alto.

Un edificio sobre todo, una hermosa residencia, oculta sus detalles y aparece particularmente sombrío.

Ni un alma pasea en sus contornos, ni una planta hiere los menudos guijarros de las pequeñas sendas. Todo duerme en inmóvil lasitud.

Pero mirad más cerca y prestad más atento oído. Por entre las callejas tortuosas y diminutas del jardín, cruza intangible y ligera, una vaga silueta vaporosa. La hojarasca cruje, a veces, débilmente, como herida por unos pies menudos y medrosos. Y allá, bajo los jazmines, junto a los troncos corpulentos, entre las matas, las enredaderas y marañas, inquieta y febril, la incierta figura, temblorosa se detiene.

Acercaos más.

Una respiración débil, casi contenida, se percibe en la sombra. Un suspiro de ansiedad se escapa por entre las hojas y las flores. Y acaso si prestáis mas atento oído, sentiréis el palpitar acelerado de un corazón inquieto y amedrentado.

Por entre las ramas de los jazmines que entretejen el enrejado, brilla la impaciencia de dos ojos que investigan a lo largo de la calle solitaria.

A veces, las miradas se vuelven como azoradas hacia la casa próxima, para luego hundirse de nuevo en la sombra de la calle, interrogando con ansia y avidez.

De pronto, sobre el pavimento de la calle desierta, se oye el lejano galopar de un caballo.

La sombra tiembla y se agita. Y un nombre se escapa de sus labios, huyendo en alas de un suspiro que brota de lo más hondo del alma.

Transcurren algunos segundos. El resonar de los cascos se aproxima rápidamente. Se lo percibe cada vez mas claro y distintamente. Ya está cerca. Los golpes se van amortiguando. El galopar precipitado ha cesado y se siente ahora la marcha lenta, al paso, del caballo. Se ahoga, por fin, todo ruído y transcurre un instante de ansiedad.

En la sombra avanza una silueta de continente bizarro. Se siente la hojarasca herida por una planta vigorosa.

Y simultáneamente, como la explosión de dos almas, dos gritos de pasión se escapan entre las flores dormidas.

—¡Marcial!

—¡Felisa!

Y las dos formas se unen en un abrazo estrecho y prolongado y un beso de infinito amor, estalla en la noche, bajo la sombra de los jazmines.

—Mi reina, mi amor...¡Cómo tiemblas! ¿Qué te pasa?—murmura él con ternura.

—Me has olvidado esta noche...Tardaste tanto, que creí que no vendrías...

—Pero estás agitada, estás inquieta. ¿Qué te pasa, mi Felisa?

—Tengo miedo, Marcial. Ando tan preocupada.

—¿Por qué, mi reina?...

—...Y tan aprensiva.

—¿Aprensiva tú?

—Como nunca. Me asaltan unas ideas...Tengo miedo...

—¿No te quiere lo bastante tu Marcial? ¿Dudas de él?

—¿Dudar? No, nunca me has dado motivos. Pero me siento triste, no se por qué, me asaltan extraños temores, estoy inquieta, tengo el alma afligida. Pienso, a veces, que es porque no te tengo a mi lado, pero luego, cuando vienes, cuando llegas junto a mí, en vez de calmarme siento ansias de llorar. No quiero ya que me dejes, no quiero que me abandones, te quiero siempre a mi lado...Marcial ¿me quieres mucho?

—¿Y me lo preguntas? ¿Ignoras por ventura que nunca corazón alguno alimentó cariño más puro ni más grande que el mío? ¿Me lo preguntas tú?

—Es que cuando te veo partir me parece que te vas para no volver. Siento miedo, estoy inquieta.

Felisa se detiene un rato como meditando lo que va a decir y, luego, abrazándose a su amado, le dice con tono entre acariciador y suplicante:

—Dime una cosa Marcial, si yo te pidiese algo ¿serías capaz de complacerme?

—Sin vacilar.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¿No te arrepentirás de haberme dado tu palabra?

—Siempre que se trate de hacer tu felicidad nada puede pesarme.

—¿Aún cuando te pidiese un sacrificio?

—¿Sacrificio? Nunca lo será algo que haga para complacerte.

Felisa sonrió satisfecha y abrazándose a él más estrechamente, entre mimada y amorosa, prosigue:

—Recojo tu juramento, Marcial, me has dado tu palabra. Yo te pido en nombre de nuestro amor un sacrificio, te exijo una prueba...

—Dilo, nada temas.

Felisa vacila un rato más. Luego se aventura, resuelta y firmemente:

—Quiero que dejes el ejército, Marcial...

Y como asustada de lo que acaba de decir, queda suspensa, aguardando con ansiedad el resultado de su demanda.

Marcial permanece callado y meditabundo, sin responder.

—Ya lo ves—exclama Felisa aflijida—te arrepientes, no me contestas...Pero yo quiero, yo exijo que te retires, que abandones esa ingrata carrera... Si me quieres un poco, si deseas calmar mis inquietudes y mis zozobras, si quieres verme tranquila y feliz, te retirarás, te alejarás del ejército, Marcial...

Pero ante el persistente silencio de éste, prosigue Felisa con desconsuelo:

—Tú no me quieres, Marcial, tú no deseas mi felicidad. Y, sin embargo, sabes que paso mis días en esta constante tortura, que de noche no duermo pensando en tí, en los peligros que te rodean; sabes que la existencia no me es posible sin la tuya, sin que vea tu vida segura, exenta de peligros; sabes que me matan esas continuas alarmas, sabes todo eso y no tienes una sola palabra para calmar mi ansiedad....

—Tienes razón—responde Marcial, después de un rato—tienes razón, es una carrera ingrata.

—¿Saldrás?—pregunta con avidez Felisa, relampagueantes de júbilo los ojos, abrazándose a él más estrechamente.

Y sin esperar contestación a sus palabras, continúa con creciente ardor, hablándole con animación, llenándole de mimos y de mil caricias, tomándole el rostro amorosamente entre sus manos y prodigándole cuidados, diminutivos cariñosos y reproches infantiles.

—Yo se que saldrás, que te alejarás de allí, que vendrás a quedarte con tu Felisa ¿verdad? ¿verdad, mi Marcial? Tú eres bueno, tú deseas mi felicidad, tú no quieres que tu Felisa se muera de pena. Entretanto yo te daré una cosa para preservarte de todos los peligros....

Y diciendo esto, desprende de su cuello una medallita que llevaba desde niña y, con amoroso empeño, se la iba a prender en el de su adorado.

Un tiro de fusil suena en ese momento hacia el centro de la ciudad. Otro tiro después y luego otro y otro ...y las luces se apagan de súbito.

Marcial se desprende violentamente de los brazos de su amada y corre en busca de su montado.

—¡Por Dios, Marcial! ¡Marcial! ¡No te vayas. por Dios!—prorrumpe desolada Felisa, con la medalla que ha quedado en sus manos temblorosas.

Marcial no contesta, acaso no la ha oído ya.

El correr desenfrenado del caballo en las tinieblas, responde a la distancia a la súplica ansiosa de la amada.

Queda Felisa fría, suspensa, asaltada por mil temores. Escucha un rato aún, hasta que no oye nada más. Todo ruído ha cesado.

Medrosa, amilanada, vacilante, con la angustia en el alma, huye luego por entre las plantas, perdiéndose en la sombra.

La obscuridad es tenebrosa. Los disparos de fusil se reproducen enseguida. Uno, dos, tres tiros casi juntos. Luego una descarga cerrada. Un completo silencio después. Un silencio más temible que el crepitar de la fusilería.

El lúgubre aullido de un perro se deja oir a lo lejos como una nota fatídica que infunde tristes presagios.

De pronto, un cañonazo rompe el silencio de la noche, estremece a la ciudad enterà en un sacudimiento espantoso y traza su pavorosa trayectoria en la sombra como si desgarrara el espacio.

VII

UNA SESIÓN EN PLENA REVOLUCIÓN

La ciudad entera no durmió aquella noche fatal.

Las descargas de fusilería se repetían con regularidad, los cañonazos intermitentes no cesaron en toda la noche.

Amaneció en medio de aquella terrible ansiedad general. Una mañana pálida, casi lívida, con un sol amarillo y débil.

El tiroteo se generalizaba en toda la ciudad. El alboroto era infernal. No se sabía la dirección de los disparos; las balas se cruzaban. Las ametralladoras desgranaban el rosario de sus proyectiles, mezclándose al estruendo general.

Las balas silbaban a lo largo de las calles, algunas se incrustaban en las paredes, arrancaban un fragmento de cornisa, herían una columna, atravesaban un poste o volteaban un reboque o una moldura.

En las puertas y en las ventanas asomaban con precauciones, cabezas curiosas y ojos interrogantes.

Por las calles pasaban mujeres, sin prisa alguna, con esa indiferencia característica de la gente del pueblo, que desprecia la muerte a fuerza de ser fatalista.

Entretanto nadie sabía nada. Se ignoraba lo que ocurría. Todo era conjeturas, todo era decires más o menos aventurados.

Se combatía desde lo alto de la estación del Ferrocarril, desde la Iglesia de la Encarnación,

desde el Departamento de Policía y los distintos cuarteles.

Se hablaba de la Artillería y del 2.º de Infantería sublevados, de la Policía que resistía, de los cantones adictos o adversos a los sublevados.

* * *

El golpe cuartelero de esa noche no impidió que en las primeras horas de la mañana se encontrasen, como de costumbre, en ruidosa asamblea los asiduos concurrentes de la calle Libertad.

Allí estaban, en la pieza ya conocida de las deliberaciones, humeando más que nunca y más que nunca alborotados.

Tres, cuatro o más voces, se alzaban a la vez y era tarea harto dificultosa prestar atención a todas. La greguería era insoportable. Cualquiera, menos acostumbrado a aquella batahola, perdería allí de seguro la cabeza.

El combate continuaba violentamente. Los buques de la escuadrilla empezaban a bombardear el cuartel de artillería.

Estábamos alarmados e indecisos. Alguna actitud era indispensable adoptar en aquella emergencia.

Alguien formuló la pregunta y la cuestión quedó planteada.

—¿Qué haremos?

Claudio Rivera no dejó que terminase la pregunta. Habló arrojando chispas.

—Ya lo he dicho otra vez. Este gobierno abusivo y tiránico debe caer. Es deber nuestro correr a los cuarteles. Y sean quienes sean los autores del movimiento nunca serán peores que estos. ¡A los cuarteles todos los que tengan sangre en el rostro, en sus casas los cobardes!

Varios aprobaron la proposición, con ruidosas exclamaciones.

—¡Yo estoy con Rivera!—vociferó Aristóbulo.—El que tenga miedo que se quede. ¡Yo le acompañaré hasta morir!

—¿Al que se quede?

—No señor, a Rivera.

—Rivera tiene razón. Debe lavar con sangre la afrenta y vengar su pelada—observó Miguel Angel.

Juan Manuel Ovando reclamó silencio y habló:

—No son los más valientes los que corren a los cuarteles ni son los más cobardes los que en sus casas quedan. El que brinda su vida en aras de una causa obscura es un impulsivo y el que ofrenda su vida para que se consume un crimen, es un delincuente. Nada nos dice hasta este instante que el actual movimiento no sea uno de esos tantos crímenes colectivos que han ensangrentado los destinos del país. Y si ello es así—como yo no lo dudo—¿qué beneficios puede reportar este esteril derramamiento de sangre, si hemos de caer en las mismas o en peores manos? Pienso, por eso, que debemos permanecer a la distancia, estudiando en silencio, afirmándonos en nuestras convicciones y preparándonos para el futuro.

Esta proposición, sensata y cuerda, era demasiado prudente para arrancar un estallido en una asamblea semejante.

Algunos la aprobaron, sin embargo.

Miguel Angel terció en el debate, se puso grave y con tono doctoral, adoptando cierto aire parlamentario, expuso:

—Me seduce la primera parte de la brillante exposición pero disiento profundamente de la segunda.

—¡Macaneador!—le cortó una voz.

—...Permanezcamos a la distancia, magnífico. Pero de ahí a que cada uno se enfrasque en un texto y se ponga a estudiar...Entiendo que esto implica un atentado...

—¡Impertinente, charlatán!—le lapidaron en coro dos o tres voces.

García Carrasco habló:

—Estoy de acuerdo con la opinión de Ovando. No debemos malograr nuestra existencia en una lucha obscura, no debemos ayudar al crimen y debemos prepararnos para afrontar las responsabilidades del porvenir. Pero no hay que olvidar que, por sobre todos esos deberes, existe un deber más alto de humanidad que nos llama con imperio en este momento. No ayudaremos al crimen, bien. Pero esto no basta. Hay que mitigar sus efectos. Desventurados existen que claman en las calles. Abandonemos, momentáneamente, esos libros y corramos a alistarnos en un cuerpo de la Cruz Roja...

Varios aprobamos con entusiasmo la idea.

Rivera se levantó, nervioso y agitado. Una santa indignación relampagueaba en sus ojos.

García Carrasco le invitó, una vez más, tratando de convencerle.

Claudio le miró de reojo y replicóle de mala gana:

—¿A mí... con vendas y heridos?... Eso... a las mujeres...

Y salió sin volver la vista.

—Adelina morirá si te mueres, descorazonado y cruel—le gritó Miguel Angel.

Claudio no contestó.

Siguiéronle luego algunos de los que participaban de su manera de pensar. Quedamos en la

pieza Del Valle, Ovando, García Carrasco, Miguel Angel y yo.

Convinimos en dirigirnos al hospital de la Cruz Roja.

Miguel Angel se iba con nosotros, no por convicción—decía—sino por afección, quebrantando sus naturales inclinaciones de guerrero.

Nos aprestábamos a poner en práctica nuestro proyecto, cuando sonaron precipitados golpes en la puerta.

Nos miramos todos sorprendidos.

Del Valle hizo señas para que nos ocultásemos, mientras él iba a espiar por entre las celosías. Nos hicimos humo en el acto, quien en el fondo del patio, quien en una pieza, quien detrás de un ropero.

—Una esquela para César Miranda—gritó Del Valle en la puerta, después de un rato.

Corrí hacia él, sorprendido y curioso.

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó Miguel Angel, asomando la cabeza detrás de un lavatorio —*alguna damita* del barrio. ¡Misterio!

Miré la letra. De mujer, no cabía duda. Rompí el sobre. Sólo contenía la esquela algunas breves líneas, nerviosamente escritas.

«Por favor, mi buen amigo, trate de saber algo de mi Marcial. Me dicen que está mal herido, acaso muerto ¡mi Dios!

«Hágalo por mí, yo se lo ruego. ¡Sufro tanto!...

FELISA.»

No dudé, como no dudábamos ninguno, que el comandante Marcial Gonzálvez estaría herido o muerto. Las primeras noticias de la mañana así lo pregonaban.

El levantamiento se había iniciado en su propio cuartel, pero ninguna voz le hizo el agravio de creerle desleal. Era demasiado valiente para rendir su espada, asaz orgulloso para aceptar una intimación y harto pundonoroso para ser capaz de una traición.

Por eso no se dudaba de que hubiese sido la primera víctima de la rebelión.

¡Pobre Felisa! Pensé en aquella buena amiga y le agradecí de corazón el recuerdo que tuviera de mí en trance tan angustioso.

Pensé también en la desventurada familia del joven y noble militar. Aurora, aquella hermosa Aurora, María Luisa, la pobre Celina. ¡Su madre! . . .

Contesté a Felisa, tratando de tranquilizarla prometiéndole cumplir su pedido.

En la «Cruz Roja» lo sabríamos pronto.

Eran cerca de las nueve de la mañana. Hacia el centro se combatía con encarnizamiento loco. El agudo silbido de las balas hendían el aire en todas direcciones. El estampido de los cañones conmovía el suelo. Tras cada disparo una columna de humo subía a lo alto por sobre los tejados de las casas.

Salimos, uno por uno, tomando precauciones, resguardándonos junto a las paredes. Cuando arreciaban mucho los disparos nos ocultábamos en el hueco de las puertas. Esperábamos un rato y cuando calmaban un tanto proseguíamos la marcha.

Así conseguimos salir de los lugares y las calles donde el peligro era mayor. Emprendimos una larga vuelta por calles apartadas para dirigirnos al hospital sin riesgo alguno.

VIII

HUMANIDAD Y ALTRUÍSMO

La «Cruz Roja» se había instalado en el hospital militar.

Las ambulancias convergían hacia los sitios de mayor peligro. Se activaba febrilmente, aunque con escaso personal.

El director de la institución aceptó nuestra cooperación en los servicios del hospital, señalándonos funciones diversas a cada uno.

Del Valle y Ovando los prestarían en el mismo local del establecimiento. García Carrasco, Miguel Angel y yo nos haríamos cargo de una ambulancia para conducir heridos.

Obtuvimos las insignias respectivas que nos las fijamos muy ufanos en el brazo.

Ratos después Miguel Angel apareció triunfante, exhibiéndonos tres gorrras con las mismas insignias, por las que trocamos nuestros sombreros.

Inquirimos alguna noticia sobre la suerte del comandante Gonzálvez. La misma incertidumbre anterior. Nadie lo sabía de positivo, la misma voz corría sobre su fin.

Miguel Angel tenía cierta habilidad para dirigir vehículos y, ansioso de lucirla, había instado vivamente a García Carrasco para que obtuviésemos uno de los carros, como lo obtuvimos.

Listos, por fin, Miguel Angel saltó al pescante, posesionándose de las riendas. Subí yo a su lado, enarbolando un látigo y García Carrasco se acomodó sentado en lo alto y en la parte posterior del coche, ondeando en la mano una enorme bandera con la insignia del cuerpo de sanidad.

Partimos a escape.

Miguel Angel azuzaba a las bestias animándolas con silbidos y gritos, infundiéndonos animación a nosotros mismos con sus exclamaciones continuas.

Nos dirigimos hacia los lugares de lucha, sin saber a punto fijo adonde.

Nuestro vehículo rodaba ruidosamente sobre el empedrado, por las calles silenciosas y desiertas.

Las ventanas y las puertas se entreabrían medrosamente a nuestro paso y asomaban caras preguntonas. Algunas veces un amigo que nos festejaba jubilosamente, luego una desconocida gentil, después una linda amiga, sorprendida y curiosa, que hacía mil preguntas. Miguel Angel la tomaba por su cuenta, le suministraba noticias como para dejarla sin deseos de volver a averiguar otra cosa, y marchábamos luego, a todo escape, cuidándonos más de la que quedaba a nuestras espaldas que de los heridos que buscábamos.

Como penetrados de la trascendencia de nuestra misión, nos dábamos aires de importancia, afectando un absoluto desdén hacia el peligro.

El ruidoso correr de nuestro carro era poco tranquilizador para los espíritus amedrentados. Los cañones pasaban con el mismo alboroto. Por eso algunas puertas en vez de abrirse se cerraban al aproximarnos. Pero luego, desarmados de cuidados por la inofensiva y amistosa insignia que ostentábamos, iban apareciendo rostros, ya risueños, aunque con las huellas recientes del susto infundado.

Mientras pasábamos frente a unos balcones, las celosías se abrieron súbitamente y tres caritas gentiles asomaron juntas, ávidas y curiosas.

Miguel Angel, que las había presentido, las acogió con un ceremonioso y galante saludo. Vein-

te noticias, a cuales más disparatadas, había dado ya en menos de dos minutos y antes que nosotros pudiésemos articular palabra.

El presidente, decía Miguel Angel, estaba preso y herido, la estación del ferrocarril en escombros, el gerente de la empresa y toda su familia muertos, un tren con fuerzas que acudía en auxilio de la capital hundido al pasar un puente, el capitán fulano muerto de un cañonazo en la cabeza... y cosa original, mientras el cuerpo quedaba en pie, el cráneo había ido a parar a una cuadra justa de allí...

—¡Jesús! ¡Qué horror!—exclamaron a una las tres, cubriéndose los rostros, ante la macabra nueva.

—¿Hay muchos heridos?—interrogó una de ellas, repuesta ya de la anterior impresión.

—Por lo menos hay dos mil en el hospital—respondió el pavoroso informante.

—¿Y ustedes no tienen miedo?—articuló otra.

—Como no, señorita—se anticipó el impenitente Miguel Angel—cuando así contemplamos caritas tan hermosas y ojos tan seductores nos sentimos cobardes...

—Lisonjero...—le objetó la cuidadosa.

—No se expongan, no se apeligren tanto—recomendaron finalmente las tres.

Continuamos nuestra marcha a lo largo de las calles. Pretendíamos dar una vuelta para abordar sin peligro a los sitios de combate.

Al desembocar en una esquina por poco no chocamos con un carrito, habilitado de ambulancia, que se dirigía a toda prisa hacia los sitios de lucha.

Era un carrito de aquellos que se utilizan para a venta de verduras, tirado por una sola mula. Se

dirigía sin precaución alguna, hacia el Departamento de Policía y el cuartel de artillería.

Llegar en semejante forma y en tal momento a los sitios indicados era exponerse a una muerte segura.

Observamos con respetuosa curiosidad al extraño y valiente conductor de aquel vehículo, que no se cuidaba ni poco ni mucho de los silbidos que cruzaban el aire en torno suyo. Alto, sin sombrero, tenía la hermosa cabellera lacia desgreñada, sudoroso el rostro y la cara noble y pálida con ojos de soñador.

García Carrasco se irguió cuanto pudo en su asiento, levantó en lo alto agitando su bandera y, dirigiéndose a aquel desconocido, gritó con una especie de religioso respeto:

—¡Viva Rafael Barrett!

—¡Viva!—prorrumpimos a una, Miguel Angel y yo, agitando nuestras gorras, mientras el aclamado seguía su carrera, saludándonos con la mano.

Era Barret, el mismo Barret inolvidable, aquel genial y noble espíritu, malogrado en la plenitud de su existencia.

Desde las cinco de la mañana conducía heridos en su ambulancia improvisada.

¡Cuántos desgraciados debían la vida a su arrojo y a su valor!

IX

LOS HÉROES

Mientras avanzábamos por el centro de la calle agitando nuestra protectora enseña, notamos que desde lo alto de la Encarnación se nos hacía señales.

Una diminuta bandera blanca, un pañuelo según presumíamos, se agitaba en el aire, en dirección a nosotros.

Creímos, al principio, que se nos advertía de algún peligro o que se nos prohibía el paso y detuvimos el vehículo, pero ante la insistencia de aquellas señales comprendimos que se nos llamaba.

Apresuramos la marcha. Dimos un rodeo por calles poco frecuentadas alarmando al vecindario y llegamos a aquel lugar por la parte posterior del edificio.

Allí se había instalado un cantón de los rebeldes, batiendo con ventaja desde aquella eminencia las posiciones gubernistas.

El fuego era nutrido.

—¡Salud hermanas de la caridad!—nos gritó una voz desde lo alto.

Nos volvimos, sorprendidos, entre indignados y curiosos, ante tal impertinencia, buscando al que la profiriera y nos encontramos, frente a frente, ¡con quién! ¡con Claudio Rivera! Vestía blusa militar ajustada, altas polainas y un mal kepis que le entraba hasta el cogote.

—¡Salud, Napoleón de palomar!—le contestó Miguel Angel.

Había cinco muertos y dos heridos. Rivera nos explicó la causa de esta notable desproporción entre los heridos y los muertos. Casi todas las heridas eran mortales. Los soldados, alojados en las torres y en lo alto de todo el cuerpo del edificio, debían asomar necesariamente la cabeza en el hueco de las portadas para fijar la puntería y hacer los disparos, momento que a su vez aprovechaban los enemigos para hacer fuego. Así resultaban heridos casi todos en la masa encefálica,

contándose muy pocos sobrevivientes entre las víctimas.

—¿Y Aristóbulo?—preguntamos casi a un mismo tiempo Miguel Angel y yo—¿vive todavía?

—¿Por qué?

—¿No prometió morir a tu lado?

—Sí, pero no lleva trazas de morir de bala.

—¿Pelea bien?

—Tiene dolores muy fuertes.

—¿Dolores de qué?

—Ahí viene.

Aristóbulo salía en ese momento de un sitio bastante comprometedor para su intrepidez.

—Salud al impávido—le acogió Miguel Angel—¿Artillero, verdad?

Aristóbulo pareció no gustar de la broma Venía serio y estaba algo pálido.

Ante las pullas insistentes de Miguel Angel no pudo contenerse y prorrumpió indignado:

—Quien dude venga conmigo a la torre, gallinas.

Visto el mal cariz del asunto tratamos de tranquilizar al ofendido Carreras, dándole amplias satisfacciones, con lo que su fama de valiente quedó en pie, sin tacha y sin desmedro.

Cargamos los dos heridos, trofeo glorioso de nuestra primera salida, y nos aprestamos a retornar con ellos al hospital.

Nos despedimos de los dos héroes, deseándoles una tranquila muerte y prometiéndoles un buen entierro.

Ya desde lo alto, Carreras le gritó a Miguel Angel:

—No me olvidaré de darte el cargo de sepulturero cuando estemos en el poder.

—Y yo no me olvidaré de sepultarte como al más querido de mis perros cuando mueras—le replicó éste.

Salimos a toda prisa, muy satisfechos y contentos con nuestros dos interfectos.

Miguel Angel guiaba siempre el vehículo y lo dirigía a su antojo.

Sin explicarnos la causa, en vez de regresar al hospital, había tomado cuesta abajo y nos llevaba precipitadamente en dirección contraria. Cuando quisimos oponernos nuestra ambulancia desembocaba ruidosamente en la calle 25 de Diciembre.

—¡Adonde vamos animal!—le interpeló García Carrasco.

Los proyectiles silbaban a lo largo de la calle y nos exponíamos a ser blanco de alguno.

Miguel Angel nada oía, limitándose a castigar brutalmente a las bestias.

Una carita morena, asomada a las rejas de una ventana, respondía en ese momento, sorprendida y risueña, a un entusiasta saludo de Miguel Angel.

¡Lola! ¡La parterita de nariz respingada!

García Carrasco no pudo contener su indignación e increpóle duramente aquella temeraria jugarreta.

—¡Prestigio!—replicóle Miguel Angel, lanzando una carcajada—¡Hombre frío y descorazonado! Cuando flaquea el valor de tu fuerte brazo, busca inspiración en las miradas de tu dulcinea...

García Carrasco estaba furioso.

—Estas gentes no tienen rival—agregó todavía aquel.—Te recomiendo parteras amigo filósofo, para tus veladas de alta especulación científica.

Descubrirás los misterios del cielo y quizás los de la creación...

Doblamos, por fin, en una calle transversal próxima y volvimos hacia el hospital.

—Te las recomiendo—volvió a decir el impertinente Miguel Angel, ante la indignada seriedad de García Carrasco.—¡No tienen rival!...

X

LA OPORTUNIDAD HACE AL HOMBRE

El cantón revolucionario posesionado de los altos de la Encarnación contaba con cerca de ochenta hombres, casi todos civiles, y combatía desde allí con evidente ventaja, dominando las posiciones enemigas. Esta fuerza estaba al mando del teniente Gómez.

Tenía a su disposición dos piezas de artillería, apostadas, la una en la esquina de las calles 25 de Diciembre y Coronel Martínez y la otra en la de esta última y 14 de Mayo.

Sin duda alguna esta posición molestaba en extremo a las de los gubernistas y, al parecer, habían resuelto batirla con resolución.

Los proyectiles empezaron a caer sobre ella con inusitada violencia. Tres o cuatro soldados habían sido heridos casi simultáneamente, alarmando a la guarnición. Los proyectiles llovían de todas direcciones.

—Tenemos una nueva posición enemiga a la derecha, casi a retaguardia—observó el jefe del cantón, guareciéndose junto a un portal mientras caían cerca de él dos heridos más y pasaban silbando veinte proyectiles a su lado.

Dirigió atentamente los anteojos hacia la dirección indicada y después de una observación minuciosa ordenó:

—Treinta hombres para tomar aquella posición. Todos a una se ofrecieron, todos pretendían ser de la partida. El jefe tuvo que designar a los treinta hombres que debían ir. Cuando los tuvo dispuestos y listos los reunió en la plataforma inferior del edificio y les dió instrucciones.

—Usted, sargento Carreras, se encarga del mando de esta gente y me dará parte de su misión.

Aristóbulo sintióse halagado. Se cuadró militarmente con la rigidez y la prontitud que requerían su rápido ascenso y la importancia de la orden recibida y contestó:

—¡Cumpliré su orden, mi teniente! Antes de una hora recibirá el parte que desea.

Claudio Rivera, que no era de los designados para la expedición, y que presenciaba y oía todo, se sintió mortificado y, dirigiéndose a su jefe, dijo:

—Yo le pido permiso para acompañarles, mi teniente.

—No, señor. Usted quedará al mando de este cantón, durante mi ausencia.

Con esto las posiciones volvían a equilibrarse entre ambos amigos y Claudio se sintió satisfecho.

Entre los treinta hombres al mando del sargento Aristóbulo Carreras, iban seis o siete estudiantes, amigos de éste, aunque de cursos inferiores a él, quienes se prometieron tomar a broma la misión que se les confiaba y sobre todo la autoridad del sargento. Carreras lo notó y resolvió corregir a tiempo aquel comienzo de indisciplina que daría en tierra con su autoridad.

Al abandonar el local para dar cumplimiento a la orden recibida, Aristóbulo detuvo a sus hom-

bres, se enfrentó con ellos y en tono severo y enérgico, les dijo:

—Adviértoles que si entre ustedes hay quienes se creen amigos míos, olviden desde este momento que lo soy. No toleraré ninguna falta. Nadie hará nada mientras yo no lo ordene y sobre todo nadie disparará un solo tiro de su arma antes que yo lo haya dispuesto. Ahora síganme.

Todos callaron ante la inesperada energía del novel soldado.

Aristóbulo había observado previamente y con detención el lugar que ocupaba el cantón enemigo que tenía encargo de asaltar. Fácilmente pudo orientarse por la dirección de los disparos, calculó el sitio y la distancia y, una vez en posesión de estos datos, bosquejó mentalmente su plan de ataque, para cuyo efecto su jefe le había concedido plena libertad de acción.

El cantón enemigo parecía ocupar los altos de una casa de la calle Iturbe y Aquidabán.

Carreras desembocó con sus gentes en la calle Humaitá, y una vez allí se volvió de nuevo repitiendo:

—Nadie hará un solo disparo mientras yo no lo ordene.

La pequeña fuerza bajó por la calle nombrada, dobló a la izquierda por la de 14 de Mayo, caminó diez o doce cuadras, torció nuevamente a la misma mano recorriendo igual distancia y siguió finalmente siempre a la izquierda, aunque con visibles y mayores precauciones que hasta entonces, tres cuadras más, deteniéndose a observar. Habían trazado así en torno al adversario y sin que éste se apercibiese una quebrada estratégica que pretendía llegar a ser un cuadrilátero según los planes del jefe que comandaba la expedición. Los treinta

hombres se encontraban por consiguiente a retaguardia de los enemigos. No habían hecho un solo disparo y el sargento de la partida se limitaba a observar sin dar más órdenes, actitud que empezaba a molestar a los soldados que la atribuían a vacilación y cobardía. Todos habrían preferido asaltar la posición enemiga de frente y comenzaban ya a murmurar y a manifestar su descontento, cuando uno de ellos levantó el máuser y apuntó hacia aquella con el intento de hacer fuego. Carreras que lo vió, desnudó en el acto la bayoneta que llevaba prendida al cinto, y sin previa advertencia se precipitó hacia el que desobedecía sus órdenes aplicándole un recio golpe.

—¡He dicho que nadie debe hacer un sólo disparo mientras yo no lo ordene!—exclamó al mismo tiempo con cólera.

El soldado, sorprendido ante la actitud de su superior y por la rudeza del golpe recibido, bajó intimidado el arma y calló.

—¡Síganme!—ordenó el sargento.

Los soldados le siguieron.

Toda la cuadra estaba alarmada con la aparición de aquella fuerza, pues todo hacía presumir que se iba a librar un combate de un momento a otro. Aquella alarma podía perjudicar los planes de Carreras y éste resolvió apresurar las cosas. Caminó con su gente unos cincuenta metros en una calle transversal, y se detuvo frente a una casa de regular apariencia. Aristóbulo se acercó y dió tres golpes en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó una voz femenina desde adentro.

La voz de Carreras, tornándose dulce y suave, contestó:

—Soy yo, Cotí. Abre un momento.

—¡Aristóbulo!—exclamó la misma voz con sorprendido y jubiloso acento, mientras se oía el estrépito de una carrera en el cuarto, caían algunas sillas y se abría luego la puerta dejando ver un lindo rostro de mujer, animado por la más graciosa de las sonrisas. Pero, ya en la puerta, se detuvo asustada y perpleja ante los arreos marciales de Carreras y sus numerosos acompañantes.

—¡Aristóbulo, por Díos, que es esto!—exclamó retrocediendo.

—Nada, no te asustes. No es nada. Necesitamos pasar por tu casa para ocupar una posición.

—¡No, Aristóbulo! ¡Por favor! Vas a poner en peligro nuestra casa...

—Nada temas, no ocurrirá nada, yo te garantizo.

En ese instante asomáronse a la puerta cinco o seis rostros femeninos prorrumpiendo en un coro de exclamaciones y gritos. Todas estaban espantadísimas con la aparición de aquella fuerza.

—¡Caracoles!—exclamó Carreras—Razón de más para apoderarse de la plaza. ¿Como te va, Adela? ¡Hola! «Polaca», Adolfina...¡Toda la familia!... Aquí festejaremos la victoria de la revolución. ¿Y qué hacen ustedes en este santo lugar?

—Asiladas. Nos hemos refugiado aquí desde que comenzó la pelea—informó la «polaca».

—Pues hacen ustedes muy mal porque esta plaza, con semejante guarnición, puede provocar un ataque y aun varios ataques de parte de cualquiera de los bandos.. Pero bueno, llego a tiempo y les tomo bajo mi protección. No hay minuto que perder, retírense a la casa vecina mientras pasamos... ¡Rápido, rápido!...

Y aquella media docena de sospechosas nereidas, después de poner el grito en el cielo, de murmurar y protestar a su sabor, salió huyendo por los fondos a esparcir el pánico en la vecindad.

Cuando todas hubieron desaparecido el sargento Carreras se volvió a sus soldados que aguardaban impacientes afuera y ordenó:

—¡Adelante!

Y seguido de sus treinta hombres se internó en la pieza, llegó al patio, observó el tejado y las azoteas de las casas próximas y exclamó satisfecho:

—Sí, esa nos conviene. A subir todos por aquí... y con cuidado. ¡No se dejen ver!

Y dando el ejemplo, Aristóbulo trepó el primero.

Lo que durante este intervalo ocurría en las casas vecinas no es de contarse. Reinaba un azoramiento indescriptible. La gente se había lanzado a correr en todas direcciones y las que no podían hacerlo se ocultaban en cualquier sitio. Otras, más audaces, se detenían a contemplar aquellos preparativos de lucha desde un rincón de su patio, asomadas en las puertas o en un hueco cualquiera.

—¡Por favor, mi Dios! ¡Nos van a hacer matar... —gritaba una.

—¡Que locura! ¡Que locura, mi Dios!—clamaba otra oprimiéndose la cabeza.

—¡Pero qué se les ocurre a estas gentes! ¡Venir a pelear en nuestra casa! ¡Bárbaros!—prorrumpía una tercera.

Y las exclamaciones y los gritos se sucedían a la espera de los hechos.

Cuando Aristóbulo y sus hombres se desparramaron por los tejados y las azoteas vecinas, apenas quedaban personas visibles en las proximidades.

De pronto se oyó en lo alto esta fatídica palabra:

—¡Fuego!

Y una descarga cerrada sonó enseguida asordando los oídos.

—¡Fuego!—repitió la voz.

Y siguió una segunda descarga.

—¡Fuego!—se oyó por tercera vez y de nuevo la tropa descargó su arma en conjunto.

Enseguida siguieron disparos sueltos y sucesivos, casi sin intervalo, nutrido, continuo, sin tregua.

Diez minutos habrían transcurrido así manteniéndose el fuego vivo y graneado cuando los oídos temerosos de los vecinos percibieron gritos y exclamaciones arriba, al mismo tiempo que los soldados se lanzaban de los tejados, corrían por los patios en busca de salidas y se precipitaban huyendo a la calle.

—¡Huyen! ¡Se van!—fue el grito de horror que corrió en la vecindad—¡Van a atacar esta casa! ¡Estamos perdidas! ¡Misericordia!

Y siguió una confusión, un tumulto espantoso. Empezó una nueva corrida en todas direcciones, tropezando unos con otros, golpeándose, cruzándose, escalando murallas y paredes, llamándose, gritando, mezclándose llantos y voces que clamaban socorro, auxilio.

Aristóbulo, que bajaba a su vez en seguimiento de sus soldados, se encontró en medio de aquel tumulto, y asustado por los alaridos, intentaba averiguar la causa cuando se sintió abrazado y detenido en el camino por una de aquellas mujeres enloquecidas.

Carreras la conocía mucho. Era una solterona que vivía en la casa contigua, una de aquellas solteronas maldicientes y hostiles que odia a la mitad del género humano y rabia contra la otra mitad. Nunca dejaba en paz a nadie y se la suponía autora de todos los chismes y los anónimos que llegaban hasta las familias o las festejadas de los jóvenes que concurrían a las frecuentes aunque no muy honestas tertulias de la vecindad. Solía decir en voz alta y con desdén que despreciaba a los hombres, que nunca había querido a nadie, que había rechazado media docena de buenos partidos y que tenía el orgullo de decir que jamás se le había acercado un hombre más de lo regular...

Aristóbulo, al sentirse presa de aquellos dos brazos se detuvo asustado. La mujer, desesperada, le retenía exclamando:

—¡Señor Carreras! ¡Señor Carreras! ¡Usted que es nuestra única esperanza, usted también nos abandona! ¡Por favor, no se vaya usted! ¡Aquí nos van a matar! ¡Van a atropellar la casa ... y quien sabe cuantas cosas nos van a hacer!...

Y se mesaba los cabellos en actitud desolada y trágica.

—Pero, señorita, no se alarme—repuso Aristóbulo desasiéndose de ella para seguir a sus compañeros—no hay nada, volveremos enseguida, ahora vamos a tomar la casa...

Y se lanzó a la calle corriendo.

Al mismo tiempo diez mujeres se precipitaban hacia la que había hablado con Carreras, preguntándole ansiosas:

—¿Qué hay? ¿Qué dice?

La solterona desconsolada contestó:

—¡Dice que vuelven enseguida a tomar la casa!

Y rompió a llorar convulsivamente.

XI

MAS VALE MAÑA QUE FUERZA

El cantón enemigo había sido sorprendido por aquellas descargas mortales y terribles. La posición elegida por Aristóbulo quedaba a dos cuadras y media a retaguardia de la de los adversarios y la dominaba totalmente. Tan súbita había sido la acción y tan completa la sorpresa que los ocupantes de ella, ante las descargas sucesivas y el fuego graneado posterior, no vieron otro camino mas que la huída para salvarse. El pánico había hecho presa de aquellos hombres y no acertaron siquiera a ensayar una resistencia ni concibieron la posibilidad de ella. Todos se dieron a la mas precipitada y desordenada fuga, abandonando sus armas y proyectiles.

Aquel espectáculo había provocado un grito de júbilo entre la gente de Aristóbulo y éste había ordenado en el acto un asalto a la posición enemiga.

La tropa habíase lanzado atrevidamente a la calle y marchado en medio de clamores y hurras a la conquista del cantón adversario.

Cuando Carreras llegó, ya su gente se había posesionado de la casa sin encontrar resistencia. En lo alto del piso superior aparecía triunfante un grupo de sus soldados prorrumpiendo en gritos de victoria. Al verlo le aclamaron con entusiasmo.

—¡Viva el sargento Aristóbulo Carreras!

—¡Viva!—contestó el coro.

El propietario de la casa conquistada era un pacífico e inofensivo comerciante, padre de una numerosa familia que habitaba allí mismo y que, víctima esa mañana de la invasión de un grupo

de gentes armadas, no había podido ni tenido medios de resistir a la intimación de cederla para instalar en el piso alto un cantón. Los miembros de su familia habíanse dispersado en las casas vecinas y el pobre hombre, justamente temeroso de ser víctima de un total saqueo de su casa de negocio, que ocupaba el departamento inferior, se encerró allí, permaneciendo echado en tierra, pegado al suelo, entre cajones y bolsas, aterrorizado, lívido de espanto.

Cinco o seis veces en la mañana habían bajado a golpearle la puerta en demanda de bebidas y artículos de consumo. El desdichado nada podía negar y entregaba cuanto le pedían, con aquella obsequiosidad servil que produce el miedo. Arriba se comía y se bebía en abundancia y de lo mejor.

No había escapado al propietario la sorpresa de que eran víctimas los ocupantes de su casa, la huída que siguió y el asalto subsiguiente. Cada minuto transcurrido era un siglo de angustia. Temblaba esperando la muerte por instantes. Y por cada descarga y cada disparo que se repetían, se achataba y se adhería más y más al suelo, conteniendo la respiración, viviendo apenas.

Luego, tras la gritería cercana, oyó violentos golpes en la puerta.

—¡Ya llegó mi hora!—pensó con pavor el infeliz y cerró los ojos continuando adherido al piso, sin responder al llamado. Nuevos golpes y exclamaciones de impaciencia y enojo siguieron. Hizo un sobrehumano esfuerzo para dominarse y consiguió levantarse, acudiendo tembloroso a abrir la puerta. El aspecto de aquel desdichado causaba lástima.

—¡Miserable!—le gritaron aquellos hombres despiadados, amenazándole brutalmente con sus armas.

—¡Usted va a ser fusilado en el acto!

Y algunos hicieron amagos de castigarle.

—Señor!...—clamó con voz dolorida el comerciante—¡Yo soy un padre de familia!... ¡Han violentado mi casa... yo no tengo la culpa!...

La avalancha se precipitó en las piezas interiores, atropellando al pobre hombre, escudriñando los lugares y registrándolo todo.

Carreras llegaba en aquel momento. Sonrió halagado al oir las aclamaciones de sus soldados y al divisar al propietario en estado tan lamentable, se le acercó diciéndole con gravedad, aunque con cierto tono afable que el comerciante agradeció de corazón:

—Su situación está muy comprometida, señor. Yo podría y debría tomar medidas muy severas contra usted...

—¡Por favor, señor, no lo haga!... Usted sabe, yo soy un pobre comerciante...

Carreras le interrumpió.

—Su situación es grave... pero por especiales consideraciones yo no tomaré ninguna medida contra usted.

El comerciante se deshizo en agradecimientos de todo género.

—La tropa ocupará su casa—prosiguió Aristóbulo—porque esta medida es indispensable a nuestra seguridad, pero nada tema. Yo velaré por usted, nada le pasará.

—¡No sabré cómo pagarle esta deuda, señor! Disponga de mí como guste. Yo soy un padre de familia que nunca suelo mezclarme en estas cosas... usted lo ve... ¿Cómo es su gracia, señor oficial?...

—Capitán Carreras,—contestó irguiéndose el interrogado.

—Muy bien, capitán, muy bien. Yo le debo la vida, ordéneme lo que desee... ¿No gusta servirse algo?

—No, no, gracias—contestó Carreras y siguió adelante uniéndose a sus soldados.

En adelante Aristóbulo podía contar incondicionalmente con el propietario del conocido y bien surtido almacén y café del «Globo de Oro».

XII

BOTÍN DE GUERRA

La gente de Aristóbulo se había posesionado de la casa y el antiguo cantón gubernista habíase convertido en una fuerte y ventajosa posición de los rebeldes. Sus disparos se dirigían ahora contra el Departamento de Policía.

Pero Carreras no había terminado al parecer su campaña. Reunió a sus hombres, les ordenó militarmente numeración corrida y estos cumplieron la orden con la precisión de viejos veteranos. Eran treinta, nadie faltaba. No habían tenido, pues, ninguna baja.

Luego preguntó:

—¿No han quedado heridos enemigos?

—Todos han huído. Algunos se han refugiado en esa casa—dijo uno de los soldados señalando un edificio vecino.—Podemos sacarlo de allí si le parece, mi sargento.

Y sus ojos relampaguearon con fiera amenaza.

—No,—replicó Carreras—no hay que hacerles caso.

Después de un rato de reflexión recorrió la fila de sus soldados con la vista y dijo:

—Necesito siete hombres decididos para una comisión.

—Estamos a su orden—respondieron todos.

La autoridad del sargento se había impuesto con el doble prestigio de la energía oportuna y de la victoria fulminante, y sus soldados tenían plena confianza en él. Le hubieran acompañado al fin del mundo sin vacilar.

Aristóbulo hizo una señal de satisfecha complacencia ante la decisión de los suyos y luego señaló a siete de ellos.

—Ustedes formen fila aparte—dijo después.

Estos obedecieron. Eran los siete estudiantes de la expedición. Los favorecidos por la predilección del superior se miraron unos a otros contentos de la preferencia y de la confianza que merecían.

Después tornóse a los que iban a quedar y, dirigiéndose a uno de los que más se habían distinguido en el asalto de la posición, dijo:

—Queda a su cargo el mando de este cantón mientras dure mi ausencia. Si no volvemos ninguno de nosotros usted dará parte a nuestro jefe de que hemos cumplido nuestro deber.

Un estremecimiento sacudió a la fila heróica y todos miraron con cariño a su sargento. Nadie dudó que cumpliría su palabra y que saldría con éxito feliz de su peligrosa empresa.

Se dirigió luego hacia el comerciante que presenciaba todos aquellos preparativos y quien, antes que hablase Carreras, se anticipó a preguntarle:

—¿Usted se va, señor capitán?

—Sí—contestó éste—nos vamos pero la posición continúa bajo mi mando y he dado órdenes terminantes para que se respete su propiedad y su vida. El «Globo de Oro» queda bajo la protección de la junta revolucionaria.

—¡Gracias! ¡Gracias!—dijo el comerciante doblándose repetidas veces.

Aristóbulo se puso al frente de sus siete hombres y, con ademán resuelto, acento marcial y gesto enérgico, ordenó:

—¡Al hombro!... ¡Arl!... ¡De frente!... ¡Marr!...

Y poniéndose a la cabeza de su pelotón marchó con la reducida pero gloriosa falange calle arriba. Algunos ojos curiosos que espiaban por entre puertas y persianas presenciaron aquella silenciosa partida, y nadie imaginó cuántos laureles conquistaría la revolución con aquellos hombres.

Dos cuadras marcharon en la misma dirección, después torcieron a la izquierda en una calle trasversal y se perdieron de vista.

Los soldados que quedaban encargados de la antigua posición gubernista, al ver alejarse a sus compañeros gritaron una vez más:

—¡Viva el heróico sargento Carreras!

Este ni siquiera se volvió a mirar. Continuó derecho, erguido, la vista al frente, a la cabeza de su brava columna.

* * *

El pelotón solo marchó media cuadra más. El sargento ordenó que hiciese alto y así lo hizo. Se encontraba frente a la misma casa ocupada y abandonada momentos antes, ya conocida de los expedicionarios. Esta vez no fue necesario golpear la puerta, ni que Aristóbulo diese el santo y seña de su nombre para que se abriese de par en par, dejando ver aquellos siete u ocho rostros femeninos ya conocidos de los soldados, en los que resplandecía una curiosidad ávida no exenta de algún temor.

—¡Ya vuelven! ¡Ya vuelven!—fué la voz de alarma que cundió con la rapidez del relámpago en todo el vecindario, con lo cual comenzó la tercera huída de aquel día lleno de emociones y sobresaltos para la pacífica gente de aquellos alrededores. Oyóse el estrépito de puertas y ventanas que se cerraban, algunas caídas y un griterío infernal de chiquillos y mujeres.

Excepción hecha de aquellas siete u ocho damas sorprendidas en la primera pieza, no quedó alma viviente en las cercanías. Aristóbulo habíase acercado a una de ellas hablándole en voz baja y, como el deseo de saber era mayor que el miedo, todas se detuvieron a escuchar.

—Tenemos necesidad de ocupar nuevamente la casa. Nos es indispensable—dijo Carreras.

—¿Van a pelear otra vez?

—Puede ser...si nos atacan.

—¿Pero ustedes no van a atacar?

—A eso venimos...—contestó sonriendo maliciosamente Carreras.

—¡Por Dios, Aristóbulo! ¿Por qué no se van a otra parte? ¡Para' qué vienen aquí!—gimió la hermosa dueña de casa.

En este intervalo los soldados habían penetrado ya en la pieza y a una orden del sargento colocaban las armas en pabellón y se repartían por la casa.

El arribo del pelotón había provocado, según queda dicho, un espanto inenarrable. En la casa contigua se habían reunido todos los miembros de la familia implorando piedad ante una imagen. La solterona, más afligida que todos, habíase puesto de rodillas y con los brazos en cruz exclamaba a gritos, seguida por todos los demás:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Mil veces Jesús!

Y la letanía doliente y desesperada se prolongaba, repitiendo el coro:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Mil veces Jesús!

—¡Inspiradme, iluminadme, mi Dios!—gimió la solterona en actitud humilde y suplicante. Y clavó los ojos dolorosos en la sagrada imagen.

Existe en el corazón de la mujer una virtud más poderosa que el temor y el instinto de conservación: la curiosidad. Hay mujeres capaces de los mayores heroísmos por satisfacer su avidez de saber.

La solterona continuaba con los ojos en blanco esperando que la luz descendiese de lo alto, cuando de pronto se puso en pie, como movida por un resorte. Acababa de hablarle la curiosidad. Y en vez de huir del peligro marchó hacia él. Se lanzó corriendo a traves del patio.

Carreras, sus soldados y las mujeres continuaban en la misma pieza, cuando se abrió la puerta para dar paso a aquella personificación de la tragedia y del dolor. La Magdalena desolada se echó en medio del cuarto. Con una rápida mirada vió toda la escena, pero el más hábil observador habría sostenido que no vió más que a Aristóbulo.

—¡Misericordia, señor Carreras! — exclamó. — ¡Tenga piedad de nosotras!

—¡Dos muchachos resueltos!—llamó Aristóbulo en ese momento.—¡González y Quevedo!

—¡Dos muchachos resueltos! ¡Estoy perdida, mi Dios! ¡Desventurada de mí! ¡Qué me van a hacer! —clamó la solterona afligida.

Carreras se le acercó con amable deferencia, le tendió la mano y levantóla del suelo.

Los dos muchachos nombrados se habían cuadrado, allí en frente, y aguardaban las órdenes de su sargento.

—No se aflija, señorita, no le pasará nada, no existe ningún peligro, cálmese—díjole Aristóbulo.

—¿Y estos dos jóvenes?—preguntó todavía incrédula la solterona, mirándoles con atención.

—Estos dos jóvenes irán a cumplir una misión en beneficio de todos.

Luego, dirigiéndose a éstos, dijo:

—¿Tenemos proyectiles suficientes?

—Muy pocos—contestaron ambos.

—Está bien. Ustedes van a traerlos.

Y escribió una larga lista de cuanto creía indispensable para su gente. Después les dió algunas instrucciones en voz baja y los dos soldados partieron.

Las siete u ocho mujeres, incluso la solterona, se miraron sorprendidas y, azoradas, se acercaron a interpelar al jefe.

—¡Por favor, Aristóbulo! ¿Qué piensa usted para cometer esta barbaridad con nosotras?

—No, señoritas, nadie se alarme. Todavía no hay peligro de muerte inmediata.

Luego se dirigió a la solterona diciéndole con amable cortesanía:

—Sin embargo, es bueno que usted se encierre con su familia en su casa y no salga de allí hasta mañana....

—¿Van a pelear?—preguntó angustiada aquella.

—No digo que si ni que no, señorita. Lo único que puedo responderle con certeza es que en esta casa no correrá la sangre... a pesar de nuestros deseos...

—¡Van a pelear otra vez! ¡Y se van a matar!...

—...Pero es bueno que usted se encierre bien con toda su gente y no salga para nada durante la noche.

—¿Y estas señoritas?—interrogó la solterona.

—Estas señoritas pueden permanecer aquí porque están más habituadas a los peligros... pero también las vamos a encerrar para que no se les ocurra salir. Usted puede retirarse con la seguridad de que quedaremos velando por su suerte...

—¡Gracias, muchas gracias, señor Carreras! Yo siempre he dicho que usted es el más correcto caballero que conozco.

Aristóbulo se inclinó ante el cumplido, y la solterona, no del todo tranquila, se retiró. En seguida sonaron violentos golpes en la puerta. Las mujeres se volvieron todas asustadas, elevando suplicantes miradas a Carreras. Este dió un salto, arrebató un máuser de los más próximos y acudió a abrir la puerta, ordenando:

—¡Nadie se mueva de su lugar!

Una estrepitosa carcajada de Aristóbulo se oyó luego con sorpresa de todos, pero instantáneamente se contagió a cuantos estaban allí presentes y una risotada general estalló en la pieza, mientras la angustiada solterona iba a encerrarse a la espera de los terribles acontecimientos.

González y Quevedo aparecían en la puerta agobiados materialmente por un nutrido cargamento de proyectiles que no eran de guerra sino de boca. Y exquisitos.

Cerveza, vinos finos, conservas, pasteles, sanwichs, champagne, fiambres, cuanto era necesario para un copioso y rico festín.

Quevedo informó:

—Dice el propietario del «Globo de Oro» que si quiere otra cosa no tiene más que pedir, mi sargento...

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva el «Globo de Oro»—prorrumpió Aristóbulo—¡Y viva la mujer más encantadora que ha visto la creación!

Y se precipitó hacia la que llamaban «Cotí», aprisionándola por el gracioso talle, dándole un sonoro beso en la boca.

—¡Atrevido!—gritó ésta resistiendo, pero ya Aristóbulo la había enlazado fuertemente con sus brazos, tapándole la roja y húmeda boca con un segundo y un tercero y un cuarto beso, loco, ávido, furioso.

La disciplina había muerto. Los siete soldados se lanzaron al asalto, sin orden previa del sargento, a elegir sus parejas. Y aquello fué la Babilonia.

Los corchos volaron por el aire en legiones, los vinos y los licores corrieron a mares, bañando cosas y personas, las ricas conservas fueron despachadas sin reservas... Pero sobre lo que pasó después y durante el hondo misterio de la noche, la historia que no suele espiar por el ojo de la llave, tiende un piadoso velo y calla. No obstante, la solterona, que no tiene iguales razones ni parecidos escrúpulos, cuenta horrores...

Y su odio a los hombres aumentó considerablemente desde esa noche infausta.

XIII

RUINAS

Sería cerca de medio día aproximadamente cuando llegamos de vuelta al hospital con nuestros heridos.

Deseosos de conocer la hora exacta dirigimos la vista hacia la torre de la Catedral. El reloj marcaba las cinco y veinte y cinco. La esfera estaba acribillada de balazos. Los primeros disparos de la mañana habían sido para ella.

La intensidad de las descargas había disminuído. Uno que otro disparo aislado se oía en distintas direcciones. Los cañones callaban hacía rato.

El cuerpo diplomático estaba empeñado en gestiones de conciliación y así se había llegado a establecer tácitamente un armisticio entre los contendientes.

Este era, pues, el momento más oportuno para recoger heridos.

Después de tomar un mal refrigerio preparamos nuestra segunda salida.

García Carrasco quiso prescindir de Miguel Angel, pero éste se empeñó en no quedar y prometió y juró que no repetiría sus peligrosas bromas.

Le consentimos, por fin, y nos acomodamos nuevamente en nuestros primitivos puestos.

Dirigimos nuestro vehículo hacia el centro de la ciudad y apuramos cuanto daban las bestias.

Pretendíamos llegar al cuartel de artillería.

Desde allí contemplaríamos fácilmente todos los estragos de la lucha.

Con la cesación momentánea de las descargas, las gentes se aventuraban a abrir puertas y ventanas y a asomarse en los huecos o a agruparse en las aceras, inquiriendo noticias.

Numeroso gentío se divisaba en todas partes. Los ojos se clavaban con curiosidad en nosotros y, mientras pasábamos, se nos dirigía preguntas y se nos hacía recomendaciones. Una bala pasó silbando a lo largo de la calle. Se produjo un súbito tumulto, una huída general, se cerraron la puertas con estrépito y en menos de dos segundos la calle quedó desierta.

Pero allá, a media cuadra, se había producido un accidente. Se oyeron gritos de mujeres, voces

de angustia. Algunas personas de la vecindad acudían allí precipitadamente.

—Algún herido—exclamó García Carrasco.

Detuvimos nuestro vehículo y éste descendió yendo a enterarse de lo ocurrido y a ofrecer, en caso necesario, nuestros servicios.

Al rato volvióse. La bala había herido a una señorita fracturándole un hueso.

La atendía un médico, vecino de la casa, y no éramos por consiguiente indispensables.

Continuamos nuestro suspendido viaje, encaminándonos hacia nuestro primer destino, el cuartel de artillería.

* * *

Cuatro ambulancias, arrinconadas en un extremo de la cuadra, se aprestaban a retornar cuando llegamos.

El espectáculo que se ofreció a nuestra vista era desconsolador y horrible. Por allí pareció haber pasado un soplo de maldición y de exterminio. Nada igual se imaginaba antes de encontrarse en presencia de tales despojos. Aquello era inenarrable, espantoso. El alma se sentía horrorizada y no encontraba una palabra o un acento bastante enérgico para traducir su horror.

¡Todo destruído, todo en ruinas!

Apenas quedaban en pie, como grotescos esqueletos, fragmentos de paredes, restos de columnas y pilares. Repartidos por el suelo, acumulados en desorden, escombros, piedras, astillas de madera, ramas caídas, postes en pedazos.

La plaza de Armas ofrecía un aspecto lamentable. Nada quedaba intacto. La estatua de la Libertad decapitada, la columna maltrecha. Los árboles mutilados, desgajados. Troncos, ramas y

restos de follaje, esparcidos en tierra. Los hilos del teléfono interceptando el paso en las calles, los cables eléctricos desprendidos, los soportes de hierro agujereados o destruídos.

El Departamento de Policía estaba horriblemente descuajado. Era este el único baluarte gubernista y todo el fuego de los rebeldes se había concentrado allí. Dos ángulos enteros del edificio yacían en tierra. El frontis espantosa e increíblemente desfigurado. El parapeto deshecho, la galería en ruinas. Las paredes con enormes boquetes abiertos y acribilladas en todo el frente.

Ante el edificio, tendidos en la calle, se divisaban a la distancia algunos cadáveres. Caballos muertos, ya hinchados, con las patas estiradas, obstruían la vía.

La parte posterior del Teatro Nacional ardía en llamas. El cuartel de artillería como la policía, en ruinas.

¡Con qué rabia, con qué frenesí se había combatido en aquellas pocas horas!

* * *

El levantamiento se produjo simultáneamente en el cuartel de artillería y en el del 2 de infantería.

Una docena de civiles, en connivencia con otros tantos militares, repartidos en ambos cuerpos, prepararon la conjuración.

De una a dos de la mañana penetraron sigilosamente en los cuarteles al amparo de los comprometidos. Se repartieron silenciosamente en los distintos departamentos, armados de pistolas y puñales. Bien dispuestos ya y, allanadas algunas dificultades alarmantes y peligrosas, intimaron rendición a los oficiales sospechosos.

Mientras uno colocaba el caño de la pistola y la hoja del puñal junto al rostro del dormido, el otro procedía a despertarlo.

Un movimiento de sorpresa primero, de alarma y sobresalto después, seguían al súbito despertar. El intento de saltar de la cama para ensayar una defensa, se veía paralizado en el acto por la amenaza de la acerada hoja, próxima a la garganta y por el siniestro brillo que ofrecía la muerte al menor movimiento.

Así fueron vencidas todas las dificultades.

Las tropas se armaron silenciosamente. Los cañones fueron arrastrados cuidadosamente en la obscuridad, evitándose todo ruído. Se distribuyeron las distintas secciones, se ordenó la ocupación de algunas posiciones importantes y, cuando todo estuvo pronto, las armas rompieron el fuego contra el Departamento de Policía y el cuartel de Guardias Cárceles, adictos y leales al gobierno.

XIV

UNA ESPADA DE HONOR SE ROMPE PERO NO SE MANCHA

Junto a la portada principal del cuartel de artillería, a dos pasos de la galería del frente, yacía en tierra, cerca de un caballo muerto, el cadáver de un hombre con indumentaria de oficial. Lo observamos con atención. Y una súbita sospecha nos asaltó al instante. Temimos hacer la pregunta y nos detuvimos un rato aún contemplándolo a la distancia. Ya no nos cabía dudas, aquel montado era el suyo.

Preguntamos, sin embargo, con un resto de confianza, quien era el muerto.

—El comandante del cuartel — nos informó un herido, soldado del mismo cuerpo, a quien conducían para ser trasladado al hospital.

—¿El comandante Gonzálvez? — seguimos interrogándole.

—El comandante Gonzálvez — confirmó el soldado.

Ya no cabía dudas. El valiente militar había muerto. Pensé, recordando el ruego de mi amiga Felisa, que no debía dejar abandonado aquel cadáver y consulté a mis compañeros sobre lo que haríamos. Después de algunas vacilaciones y de un breve cambio de ideas, resolvimos cargarlo en nuestra ambulancia y conducirlo al hospital.

Los disparos habían cesado por completo.

Miguel Angel arrebató la enseña de la «Cruz Roja» y, enarbolándola en lo alto, se plantó con ella junto al cadáver.

El silbido de una bala saludó su aparición.

—¡Bárbaro!—gritó Miguel Angel, echándose en tierra.

Nos detuvimos suspensos creyéndole herido, pero vímosle incorporarse enseguida, agitando violentamente su insignia hacia los autores del disparo, como exigiéndoles una tregua. En vista de que no se repetían los disparos nos adelantamos, juntamente con dos ayudantes más, hacia el cadáver del infortunado militar.

Tenía el semblante muy desfigurado y nos fué difícil reconocerlo.

A la altura de la sien, casi sobre la ceja, mostraba una herida. La sangre coagulada sobre el rostro le daba un aspecto horrible. La chaquetilla estaba empapada en sangre. Las salpicaduras de la piedra y del reboque de las paredes, le cubrían la cara y casi todo el cuerpo. El kepís se hallaba en

tierra, a cierta distancia. Un revólver se veía allí a su lado y el sable continuaba prendido al cinto.

Su montado, un hermoso animal de raza, yacía junto a su cadáver.

Separamos rápidamente la arena y los fragmentos de piedra que lo cubrían y lo acomodamos luego en la camilla. Tuvimos el cuidado de recoger el revólver y el kepís.

Cargamos con el triste y fúnebre despojo, conduciéndolo hasta nuestra ambulancia, donde lo ubicamos con cuidado.

Antes de alejarnos inquirimos algunos detalles sobre la muerte del infortunado joven.

El comandante estaba ausente del cuartel al estallar el movimiento. Momentos después, y cuando se iniciaron los primeros disparos de fusilería, había llegado precipitadamente a las puertas del cuartel.... Cuatro voces le intimaron rendición en el acto, a las que, por toda contestación, respondió con algunos disparos de revólver.

Una descarga sonó adentro...Y el comandante Gonzálvez y su montado yacían en tierra desde entonces.....

Ubicados cada cual en nuestros asientos y, ya dispuestos a la vuelta, preguntó Miguel Angel a donde nos dirigiríamos.

En realidad no lo sabíamos. Natural nos pareció pensar en su familia. Pero llegar así, de improviso, sin más noticias, con aquel macabro despojo, desfigurado, descompuesto y horrible... no había que pensarlo.

Nos dirigimos al hospital. Allí no faltarían manos amigas que nos ayudaran en la piadosa tarea de preservar de la descomposición aquellos restos.

Nuestras esperanzas no fueron defraudadas. Algunos internos del hospital se encargaron de las operaciones preliminares y el cadáver quedó depositado en una de las salas del establecimiento.

XV

LOS CUADROS DE LA TRAGEDIA

El hospital está repleto. Sus enfermerías están llenas. Los corredores, habilitados para los heridos leves, no dan cabida para uno más. En el patio, bajo la sombra de los árboles, en todas partes, se ha hecho sitio para algunos.

El olor penetrante y particular del yodoformo todo lo llena.

Los médicos trabajan sin cesar, los ayudantes no descansan. Un vaivén precipitado, un entrar y salir continuo se observa en las piezas, en los laboratorios y en el patio.

El personal entero se dedica con afán a la labor humanitaria y salvadora. Apenas se practica la primera curación a uno cuando se pasa a otro que aguarda su turno. ¡Y hay tantos que no pueden aguardar!

Los heridos son innumerables. Allí donde se posa la mirada allí se observa un espectáculo que oprime el corazón. Hay muertos, moribundos y mutilados. Hay desgarradoras escenas de dolor y sufrimiento. La visión es horrible. Manchas de sangre en los pisos, en las paredes y en las camas; cabezas vendadas, brazos en cabestrillo y ropas ensangrentadas. Aquí rostros desencajados, ojos hundidos y semblantes cadavéricos, allá un infeliz que se queja, un desgraciado que se muere o un expirante que contiene la hemorragia de su herida.

Algún gemido doloroso se oye allí al lado. Es la horrible sonda que busca el proyectil. El infeliz se muerde los labios, se retuerce en el paroxismo del dolor, contiene el quejido, pero el implacable instrumento se hunde más y más en la carne abierta y le arranca a su pesar un grito, mientras una lágrima rebelde le corre sobre la faz seca y amarilla.

Más allá otro desgraciado agoniza. Violáceas las ojeras, desencajados los ojos, apretadas las mandíbulas y ensangrentada la cabeza, respira penosamente. En su desesperación, mientras la vida se le escapa por segundos, aguarda su turno.

Muchos ya han muerto en esa espera cruel y espantosa.

Junto a la entrada se queja una criatura, una niñita de diez a doce años, que ha recibido una herida cruzando el patio de su propia casa.

Una mujer ensangrentada acaban de traer. Está desmayada. La recogieron en la vía pública, cerca de los cuarteles. Allí peleaba su hijo, ella quería verle, saber si vivía, curarle si herido o recoger su cadáver si muerto. Y fue, dejó su casa, corrió por las calles sin cuidarse de los proyectiles que silbaban junto a ella. Se expuso cien veces, se la intimó que volviera, se la aconsejó que desistiera de su loca empresa, todo en vano. Siguió adelante, despreciando intimaciones, sin escuchar advertencias. Siguió... y allí la recogieron agonizante, sin haber llegado a su destino, sin ver a su hijo, sin recoger una noticia.

Al lado de cada moribundo, a la cabecera de cada lecho, se ve una figura humilde, recogida sobre sí misma, que sostiene con amor, con cariño infinito, la cabeza del desgraciado que se muere.

Es la mujer sin nombre, la madre anónima, el heroísmo sin premios, la virtud sin recompensas.

Cuando cesa la refriega, cuando callan los cañones y huyen los vencidos, cuando se llena el aire del acorde triunfal de las dianas, cuando el campo vasto se puebla de clamores y en el suelo quedan, tendidos y olvidados, los heridos y los muertos... allí cerca, junto al herido, junto al muerto, en el campo sangriento y desolado de la lucha, se la encuentra siempre, con su saya blanca que ondula al viento y su alma grande que destila amor.

¡Heroínas incomparables en la angustia, en el dolor y en el calvario. Son las mismas, las que no duermen cuando el hijo vela, las que guardan su sueño mientras él reposa, las que en las noches largas, cuando el hijo acecha en las tinieblas junto a los cuarteles, también atisban en la sombra y escuchan el rumor de los trágicos silencios!

XVI

EL MEDALLÓN

Don Hugo Vanderegen vivía a una cuadra de la Encarnación, en una casa de la calle Humaitá y 25 de Diciembre.

Era don Hugo uno de esos hombres sin dobleces, cuyo culto principal es el trabajo. Exacto, puntual y laborioso, hacía veinte años que tenía a su cargo la gerencia de un banco. Rígido e inflexible en el cumplimiento del deber, lo que éste le prescribía era la única norma para él.

Casado con una dama paraguaya, enviudó pronto, quedándole como único y precioso fruto de su matrimonio, su hija Adelina a quien idola-

traba. Don Hugo vivía dedicado por entero a su hija, lo cual no le impedía ser inexorable con ella en puntos que él conceptuaba un deber.

Adelina conocía bien a su padre y sabía perfectamente cuando debía insistir y cuando renunciar a sus caprichos o exigencias. La había hecho educar con esmero, inculcándole esas severas enseñanzas de los hogares europeos. Una institutriz, que en premio a sus servicios continuaba en la casa convertida en ama, había guiado sus primeros pasos instruyéndola en los conocimientos indispensables a una niña.

A pesar de la severa educación que recibía, Adelina era una de esas pequeñas soberanas, enamorada de sus caprichos, de espíritu rebelde y amante de la libertad como un pájaro.

Ya crecida, don Hugo la había internado de pupila en un colegio donde completó su educación. Tres años permaneció allí, al cabo de los cuales retornó cerca de su padre. Volvía algo cambiada, aunque en el fondo seguía siendo la pequeña soberana, voluntariosa y resuelta.

Conocía varios idiomas, pintaba con cierto arte, cantaba y ejecutaba correctamente en el piano.

Adelina iba haciéndose mujer. Don Hugo, como buen padre, se preocupaba del porvenir de su hija y tenía a este respecto madurado su proyecto. Viejo ya él, no viviría mucho tiempo y su hija necesitaba de alguien que le sirviese de apoyo a su lado. Hombre de otro ambiente, muy distinto al en que vivía, buscó un candidato para ella y a este efecto se fijó en uno de esos tipos de hombres de trabajo, aptos para ser un buen jefe de familia al par que un buen administrador capaz de acrecentar una fortuna. No le fué difícil hallar esta persona. Carlos Lemoine, su protegido, primer con-

tador del banco, manifestaba visibles inclinaciones hacia Adelina y reunía las condiciones de exactitud, seriedad y laboriosidad que él exigía.

No les fué difícil a ambos ponerse de acuerdo. Como buenos europeos, antes de dirigirse a la principal interesada y sin consultarla previamente, convinieron en que el matrimonio se celebraría tres años más tarde.

* * *

Junto a la casa de don Hugo los proyectiles se cruzaban en todas direcciones.

El terrible duelo se había renovado durante la tarde.

Las generosas tentativas de conciliación se estrellaron contra la intolerancia y las desmedidas pretensiones de los rebeldes, que ocupaban ventajosas posiciones y no se avenían a ningún convenio.

La lucha mortal recomenzó con creciente ardor. Los cañones continuaron su obra de terror y de exterminio.

Transcurrió la tarde en dolorosa tensión y cayó la noche sobre la ciudad desventurada. La población asustada, se recogió presa de pavor, aguardando por momentos, un asalto, un crimen, en la propia casa.

Ni una luz se veía en la ciudad. Todo estaba negro, fúnebre, tenebroso. Se sospechaba la existencia de emboscados en todas partes. Se temía de todo, de un rumor en el patio, de un ruído en la puerta, de un leve sacudimiento de los cristales o los muebles. Alerta el espíritu, concentrados todos los sentidos a la espera cruel de los acontecimientos que se desarrollaban, se contaban los minutos lentos y las horas largas. La imaginación construía

sus teorías y se lanzaba a la ventura, buscando penetrar el misterio de las sombras. Las conjeturas seguían a las conjeturas.

Don Hugo y su hija, refugiados en una de las piezas interiores, contaban a su vez las horas mortales que corrían.

Adelina, fatigada y con sueño, se había recostado en su lecho y dormitaba o estaba próxima a dormirse.

Don Hugo había asegurado las entradas y, provisto de una carabina cargada, permanecía sentado y silencioso con una taza de café humeando en frente, que tomaba, de rato en rato, a pequeños sorbos.

Sería media noche más o menos. Adelina había quedado dormida. Era la segunda noche que velaban.

La lucha proseguía tremenda y sin descanso. A dos cuadras de allí se hallaba apostada una pieza de artillería revolucionaria. Y sus intermitentes disparos sacudían la casa.

Don Hugo levantóse de pronto y prestó atención. Unos golpes acababan de sonar hacia el lado de la calle. Calló, sin embargo, creyendo haberse equivocado, pero los golpes sonaron de nuevo, fuertes y bien distintos en la puerta principal.

Un nervioso estremecimiento sacudió todo su ser. Levantó el arma y la dispuso como para hacer fuego en caso necesario. Quedó indeciso, vacilando entre contestar a aquel llamado o guardar silencio.

Miró hacia la cama. Su hija dormía y nada oía. Su primer impulso fué despertarla pero reflexionó y consideró prudente no asustarla.

Los golpes se reprodujeron en la puerta. Don Hugo preparó resueltamente el arma, dirigió una última mirada a su hija y viéndola tranquila, se dirigió decidido hacia la entrada.

—¡Quién es!—preguntó con tono firme.

—Un herido, señor, un herido que se muere y para quien le pedimos hospitalidad en su casa—contestó una voz clara de hombre con tono suplicante.

—Nada tema, señor—continuó enseguida la misma voz.—Nada tema, se trata de un compañero herido a quien no queremos abandonar. Háganos usted el favor de abrir.

Don Hugo, más tranquilo ya, pero siempre prevenido ante lo que pudiera acontecer, dió luz previamente al zaguán y abrió la puerta.

A su vista se presentó un impresionante espectáculo. Un hombre cubierto de sangre era sostenido trabajosamente por tres personas.

—¿Está muy mal herido?—preguntó el dueño de casa.

—Ha perdido mucha sangre y está muy debilitado.

El herido fué introducido penosamente adentro. Don Hugo corrió a proveerse de lo necesario para prepararle un lecho en la propia sala y, ayudado por los acompañantes de aquel, en un momento estuvo todo listo y quedó ubicado convenientemente.

Resolvieron luego que dos de ellos irían a buscar un médico mientras el tercero se quedaría en compañía del dueño de casa.

Don Hugo no trepidó en hacer algunas operaciones preliminares de cura, tales como algunos lavajes y un vendaje suficiente para evitar la hemorragia. Se internó en los aposentos interiores

en busca de los utensilios indispensables. De paso aproximóse a observar a su hija quien continuaba durmiendo. Tranquilizado con esto tornó junto al herido con todo lo necesario a su objeto.

Mientras el desconocido preparaba las vendas, Don Hugo acercóse al lecho y procedió a desabrochar la chaquetilla del herido, empapada en sangre. A duras penas y tras algunos gemidos de dolor, consiguió sacar aquella prenda sangrienta. La herida apareció bajo la clavícula derecha. Manaba de allí abundante sangre. Don Hugo arrojó la chaquetilla sobre una silla. Un sonido metálico de algo que caía en el suelo se oyó. Don Hugo lo percibió pero no hizo caso de él.

Procedieron a lavar con cuidado la herida y en esta operación estaban ocupados cuando tornaron los dos mensajeros con un médico y todos los elementos necesarios para la curación, milagro apenas creíble en tales circunstancias y a tales horas.

El médico afirmó que la herida no era de gravedad pero la abundancia de la hemorragia le inspiraba algún cuidado.

Entre tanto Don Hugo aproximóse a recoger aquel objeto que había sentido caer de la chaquetilla. Alzólo con indiferencia y ya lo iba a abandonar sobre la mesa, cuando sus ojos se fijaron en él con extraña atención y, como si tuviese alguna importancia extraordinaria, acercóse más a la luz, lo miró con sombría sorpresa, se puso pálido de pronto, demudósele el semblante, brillaron sus miradas con repentino fulgor y como acometido de un súbito ataque.

—¡Adelina!—gritó con voz ronca e internóse en las piezas interiores.

Ya en el cuarto de su hija se detuvo a contemplar con mayor detención aquel objeto. No cabía la menor duda. Era la medalla que cuando niña regaló a su hija y de cuya desaparición ésta nunca le había hablado. Un rayo caído a sus pies no le hubiera producido efecto mayor. ¿Quién era, pues, aquel desconocido, aquel moribundo llegado de tan curiosa manera a su casa? ¿Como se explicaba que aquella medalla estuviese en su poder? ¿Adelina le traicionaba, pues? ¿Adelina, su Adelina, mantenía relaciones con un desconocido?

Y en un arrebato de ira crispó los puños y precipitóse hacia el lecho donde seguía durmiendo Adelina, *decidido a despertarla violentamente* y arrojarla de allí. Pero se detuvo de nuevo, miró y remiró la medalla, la examinó una y otra vez con atención. Allí estaba la misma inscripción que él hiciera grabar y la fecha de su nacimiento: «A. V. 7-5-1895».

Una especie de ronquido se escapó de su pecho, oprimióse la cabeza con las manos y, como si un cambio repentino de ideas le sobreviniese, retrocedió alejándose unos pasos de la cama, se detuvo de nuevo, miró otra vez a su hija dormida, un gesto de invencible desdén se reflejó en su rostro y retiróse, por fin, sin despertarla.

Un odio inexorable y profundo sentía de pronto contra aquel desconocido a quien había dado hospitalidad en su casa. Tenía deseos de lanzarse a estrangularlo. ¡Cuánto daría por verlo muerto en el acto!

Y comenzó a pasearse, nervioso y agitado como una fiera enjaulada, de un extremo a otro del corredor, a pasos precipitados. A ratos se detenía en la puerta de la sala resuelto a arrojar de allí a aquel infame, acaso el seductor de su

hija, pero se contenía venciendo su profunda indignación y reanudaba sus paseos a grandes pasos.

Luego, como vencido por un repentino desfallecimiento, dejóse caer sobre una silla y con la cabeza entre las manos se abismó en un sombrío silencio.

XVII

DIANAS

Después de media noche había empezado a decaer el vigor de la lucha. Las descargas disminuían y los disparos raleaban. La intensidad del fuego decrecía cada vez más. Las ametralladoras ya no disparaban sus mortíferas descargas. Los cañones callaban. Y por último sucedió un silencio, un silencio absoluto, una calma total.

Hay silencios particulares que estremecen y que oprimen, hay soledades que tienen la frialdad de las mortajas.

El de aquella noche era de esos. Un silencio más angustioso para el alma que el tronar de los cañones.

El ladrido de los perros hacia todos los lados, en todos los extremos y en todas direcciones, hacía presumir no se qué de horrible y espantoso.

La noche ocultaba el vasto drama. Se adivinaba sangre y muerte en todas partes. Se pensaba en ese instante en oscuros obreros que trabajaban en la sombra, empeñados en macabras tareas, recogiendo cadáveres y apiñando muertos. Era la hora de los enterradores.

Mañana despertaría la población y no era conveniente exhibirle el precio de su redención y de su libertad en cifras tan pavorosas. Era necesario

recojer precipitadamente los cuerpos, reunirlos, juntarlos, cavar una gran fosa común y ocultarlos allí de los rayos del sol.

La primera luz del día no debía contemplar más que la magnífica y gallarda apostura de los vencedores y no debía escuchar más que el eco de las músicas triunfales.

Y allí en la fosa común acaso fueron arrojados en el entrevero espantoso, en la precipitación de la fúnebre faena, no solo los muertos ¡algún vivo quizás!

La tortura fué larga. El pensamiento se obstinaba en aquellas horribles visiones. Y la noche transcurrió en aquella mortal congoja. La mañana sorprendió con sus primeras claridades las pupilas aún insomnes.

Con el día esperado renació la confianza. El fuego no se había renovado. Un silencio espectante reinaba en la ciudad. Una ansiosa interrogación flotaba en el ambiente.

Las puertas se iban abriendo, en los balcones asomaban caras mal dormidas y en las aceras se formaban grupos, notándose avidez en los rostros.

Aún no se sabía, aunque se presumía, el resultado de la lucha.

Era uno de esos momentos de ansiedad en que se cree cualquier cosa, aún lo inverosímil.

A lo lejos, hacia el centro de la ciudad, en dirección a los cuarteles, se oyeron los alegres acordes de una diana militar.

Un sacudimiento corrió en todos los espíritus. Una sonrisa de indecible satisfacción saludó a aquel acorde marcial. Y un suspiro de alivio y de tranquilidad se escapó de los pechos oprimidos.

La lucha había terminado. Aquellas dianas pregonaban el triunfo de la rebelión.

XVIII

CAER CON HONOR ES ASCENDER

Los restos del comandante Marcial Gonzálvez yacen en una de las salas del hospital.

Su muerte, unánimemente sentida, ha arrancado un grito de dolor de todos los pechos.

Aquel joven, que reunía en sí todos los atributos del valor, de la hidalguía y la nobleza, restaba con su desaparición un elemento demasiado insustituíble para que su muerte dejase de arrancar acentos de indignación de todas las almas y lágrimas de todos los ojos.

Caballeresco, generoso y valiente, una aureola popular le había consagrado como un tipo representativo de la raza.

Muerto ya, corren de labio en labio anécdotas y episodios de su vida que magnifican su nombre y dan realce a su figura.

El pueblo, esa masa humilde y desheredada, que ama siempre lo bueno, lo heróico y lo noble, se inclina ante esa muerte sintiendo algo así como una cruel desgarradura en el propio corazón.

La sociedad entera, conmovida, llora aquella preciosa vida agostada en plena florescencia de juventud, como se llora la de un hijo mimado y predilecto.

El ejército acababa de perder con él al más pundonoroso de sus jefes y al primero de sus miembros.

En el centro de la sala permanece el féretro ante la muda contemplación de los espectadores. Las ofrendas llueven.

Nadie sabe quien ha traído esas flores que lo cubren. Se ignora quien ha prendido esos cirios que lo custodian como tristes guardianes silenciosos. No se conoce tampoco qué manos amortajaron el cadáver ni quienes cubrieron las paredes con esos fúnebres ornamentos. Manos anónimas condujeron hasta allí el hermoso ataúd en que reposan los restos; manos desconocidas también brindaron ese sinnúmero de ofrendas que completan la capilla ardiente.

Las flores siguen llegando. El féretro va desapareciendo bajo el mar movible de hojas y coronas.

Una precaución ha sido necesario adoptar ante la descomposición del cadáver... Se le ha amortajado convenientemente, cubriéndolo de pies a cabeza. Colocado en el ataúd se aguarda la llegada del fúnebre operario encargado de soldar la cubierta de zinc.

Su tardanza ya nos inspira alguna inquietud, pues pretendemos evitar a su familia la impresión ingrata que produce aquel descompuesto y horrible cadáver.

Los instantes siguen transcurriendo, no obstante, y el ataúd continúa abierto. Y el momento temido, la escena desgarradora que quisimos evitar, se produce a pesar nuestro.

Serían las ocho de la mañana. En grupo silencioso permanecemos en la sala mortuoria. Nadie habla, todos pensamos en el muerto.

Aquella madre infeliz, enflaquecida, ojerosa y pálida, vestida de negro, llega a la puerta. Detrás, como dos imágenes de la desesperación, se precipitan dos sombras, Felisa y Aurora.

Un triple grito de angustia, un alarido que desgarra el corazón, se oye en la pieza:

—¡Marcial! ¡Mi hijo!

—¡Marcial!

—¡Marcial!

Y las tres mujeres, enloquecidas en su dolor, se abalanzan sobre el féretro para descubrir aquel rostro querido y mirarlo por última vez.

Nos precipitamos todos para impedirlo. Aquella cara mutilada no era espectáculo para los ojos de una madre o de una amada. Pero solo logramos a medias nuestro intento. No evitamos que vieran la fúnebre envoltura que cubría el cuerpo.

Un nuevo grito, más espantoso que el primero, se escapa del pecho de aquella madre infortunada. Retrocede algunos pasos como atontada, tendidas las manos, los ojos desencajados, desmesuradamente abiertos, prorrumpiendo horrorizada:

—¡No tiene cabeza!

Un frío recorre todo nuestro ser ante tan horrible sospecha.

Aurora y Felisa quedan pálidas e inmóviles, como petrificadas-y luego se abalanzan también sobre el féretro.

Fue necesario hacerles palpar el cadáver.

Tarea penosa y difícil. Después de tentarle el rostro, la cabeza, el cuerpo, intentan arrancar la envoltura a todo trance, besar el cadáver, mirarle una vez más.

Conmovidos hasta las lágrimas, permanecemos mudos, participando de la terrible escena. Oprimido el corazón por una vivísima angustia, callamos y lloramos todos, sin podernos contener.

La pobre madre está desfigurada. Tanto es su desconsuelo, tanta su desesperación que llegamos a temer por su razón y su vida.

Felisa es la imagen del dolor. Sus sollozos desgarran el alma. Llama a su Marcial a gritos,

invoca a su muerto, al prometido cruel que la deja entregada para siempre a la soledad y al infortunio.

Levanta los brazos en ademán suplicante, pide misericordia al cielo, se mesa los cabellos, se arroja sobre el ataúd, lo vuelve a llamar, le pide la muerte para ella. Y, luego, vencida en su impotencia dolorosa, abandona los brazos en ademán de profundo desaliento y llora... llora, abatida y agobiada, sin consuelo, sin fe, sin esperanza ya en la vida.

Aurora también llora. Junto al ataúd vierte sus lágrimas amargas. También solloza. Su cuerpo se agita en convulsiones y llama también a su Marcial.

Su abatimiento es profundo, su desconsuelo sin medida.

Los circunstantes participan todos de aquellas lágrimas. Nadie contiene el llanto.

Gentes del pueblo, humildes mujeres, algunos soldados y heridos del hospital, permanecen en la sala mortuoria, contemplando el féretro y vierten silenciosas lágrimas. Tributo inapreciable que depositan las almas anónimas sobre la tumba del abnegado militar que ha cumplido su deber.

XIX

LA VOZ DE LA PATRIA: PAZ Y TRABAJO

El cortejo partió a media tarde.

Una enorme multitud, estacionada frente al hospital, aguardaba la salida del féretro.

Los restos del malogrado joven fueron depositados sobre una cureña y serían conducidos a tiro hasta el cementerio de la Recoleta.

No había tranvías. Los cables y los soportes estaban destruídos en diversos puntos y el servicio no podía reanudarse en muchos días.

Era tal el prestigio del joven extinto que los miembros del gobierno revolucionario no pudieron negarse a decretar que se le rindieran los honores adecuados a su rango.

Acaso el deseo de aparecer generoso ante la opinión influyese para la adopción de aquella medida, que en el fondo implicaba la condenación de la propia obra. Los mismos soldados rebeldes, causantes de su muerte, acompañaron sus restos, tributándose así el mejor de los homenajes al valor del joven militar que sucumbiera en el cumplimiento de su deber.

Un cuerpo de Boy-Scouts, del que fuera presidente honorario, después de haber hecho guardia de honor en la sala mortuoria, acompañaba el féretro. A ambos lados, en hilera silenciosa, marchaban aquellos niños educados en la intransigente observancia del deber, meditando acaso sobre el crimen de los hombres que no premian sino castigan la virtud.

La muchedumbre, callada, casi solemne, marchaba detrás al paso. Innumerables carruajes y automóviles, repletos y sobrecargados, seguían en larga procesión.

A la vista de los edificios en ruinas, de las plazas destruídas y de aquellos restos conducidos a la última morada, los espíritus sentían todo el horror de los desastres consumados. Una infinita amargura pesaba sobre las almas.

En todo lo largo del desfile se incorporaban nuevos contingentes. La multitud aumentaba por momentos y marchaba en el más completo silencio. Rostros compungidos, caras tristes y ojos llo-

rosos revelaban el hondo sacudimiento que agitaba a aquel conglomerado humano, en marcha, a paso lento, a través de esas calles que horas antes fueran teatro de la sangrienta tragedia. Las cabezas inclinadas, las miradas pensativas, la inmovilidad profunda, la marcha maquinal de aquel oleaje vivo, revelaban el sollozo interior y la opresión de las almas. Nadie hablaba, nadie osaba romper la fijeza del pensamiento. Paso a paso, lentamente, avanzaba la doliente muchedumbre silenciosa. Sobre aquellos restos amados se lloraba las desventuras de todo un pueblo.

* * *

Ya en la necrópolis, sobre la fosa abierta, se alzaron acentos amigos, rindiendo el homenaje de la palabra a las virtudes del caído.

Habló uno, luego otro y por fin se mostró un tercero. Faltaba la nota obligada, el viejo estribillo de la tierra, las estrofas del odio que modularía este orador. Como una burla al propio muerto, como un escarnio a la santidad del lugar y a la aflicción de las almas, aquel raro personaje habló, no del extinto, habló de venganzas, pidió más sangre, pidió la muerte, la revancha, el exterminio de sus adversarios.

El público se alejaba ya de su lado y le amenazaba el vacío, cuando, terminada su exaltada peroración, se alzó en su lugar un nuevo orador. Joven, con el prestigio de su juventud y de su talento, retuvo de nuevo a los circunstantes. Las miradas todas se detuvieron en él con atención. Los que ya se alejaban retornaron. El auditorio entero contempló al orador, que revelaba cierta pesadumbre en el rostro, y esperó sus palabras casi con avidez.

Aquel joven, de noble frente pensadora, penetrado de la trascendencia de su papel en ese momento, revelaba bajo la melancolía de sus miradas, fe, serenidad y seguridad.

El silencio se hizo. Y el orador habló:

«En un obscuro recodo de nuestro azaroso camino, hemos encontrado, por fin, algo que no nos divide, ni nos separa, algo que nos une y nos acerca, que nos aproxima y nos congrega.

«Fué necesario que nos torturasen en nuestros afectos más caros, que desgarrasen sin piedad nuestro propio corazón, para que, olvidando nuestras pasiones y nuestros odios, pudiésemos agruparnos un momento a pensar, a sentir y a llorar en común.

«Yo invoco la sombra del héroe sacrificado por la saña fratricida, para levantarme en esta hora de suprema amargura nacional, a reclamar un poco de amor y un poco de fraternidad a nuestros hombres.

* * *

«A esa noble juventud generosa de mi tierra que suele correr con tan peligrosa facilidad a empuñar un arma en las revoluciones, yo la detengo un momento en su carrera tumultuosa de virilidades cívicas, para decirle en fraternal consorcio, velando por su destino que es el mío: Conozco el secreto de esa luz que brilla tan fiera en tus ojos, conozco los designios que oculta esa nube que surca tu frente. Yo se que has puesto tus esperanzas en la voz de aquel clarín de guerra que conjura al odio y convoca a la matanza. Yo se que estás dispuesta a ofrecer el contingente biza-

rro de tu pecho, a vestirte de guerra, a matar y a morir, en busca de grandeza y libertad para tu patria.

«Magnífico gesto, caballeresco impulso, demasiado noble para que no sea de tí.

«¿Pero lo has pensado bien? ¿Es libertad lo que vas a conquistar para tu tierra con tu voluntario, con tu hermoso sacrificio?

¿Has pensado en tí misma, en esa luz que irradia de tu mente para gloria de tu raza y de tu tiempo?

«¿No has pensado en que puedes caer, en que puedes morir en el sombrío entrevero de esa lucha sin cuartel? ¿Y no has pensado en que será menor lo que ganará en libertad tu tierra que lo que puede perder si desapareces tú? ¿No has pensado en que será tu acción menos fecunda en la guerra que en la paz? ¿En que no es tu sangre, en que no es tu vida lo que tu patria exige, ni es tu sangre ni es tu vida, prodigadas al azar, las que han de conquistar grandeza y libertad para tu tierra y gloria para tí?

«Yermos quedarán los campos y estéril tornaráse el suelo, la sangre enrojecerá la tierra y el horizonte se vestirá de negro, pero la *Guerra Civil*, con su saña y sus horrores, no romperá tus cadenas ni te dará libertades.

Solo la *Paz* es fecunda en bienes, porque solo en la paz fructifica el *Trabajo*, porque solo el trabajo regenera y redime, edifica el *Progreso* y engrandece a los pueblos.

* * *

«Soldados de mi tierra, heróicos soldados que custodiáis el honor y la bandera de mi pueblo, soldados de mi patria ¿también vosotros? ¿Tam-

bién mostráis el ceño adusto y dispuesta en la empuñadura la airada mano, pronta a desnudar la espada?

«¿Acaso estáis cansados de recibir en la frente el viento de las cumbres y, fastidiados de glorias, queréis descender al llano a manchar con el barro vuestras magníficas preseas guerreras? ¿O, por ventura, tanto os ciega la pasión que queréis arrebatar a la patria el brillo de vuestros servicios y el honor de vuestras espadas?

«Soldados de mi patria, heróicos soldados paraguayos, creadores inmortales de una Ilíada romancesca en la historia americana, soldados invencibles en las trágicas jornadas, en las marchas fabulosas y en las épicas campañas, soldados de mi patria, ¿así deshonráis vuestro valor, así maltratáis a vuestra madre, así desconocéis vuestro blasón?

«Envainad las espadas, guerreros valientes. Que el óxido impuro de este aire terrífico y letal puede destruir el brillo diamantino de sus hojas, que el rumor de los estruendos y el fragor de las peleas puede eclipsar en el alma del mundo vuestra gloria magnífica de ayer.

«¿Que queréis asombrar con vuestras proezas y enseñar vuestro heroísmo? ¿Pero quién es tan osado en mancillar vuestro valor? ¿Quién ha puesto en duda vuestro arrojo temerario, vuestro empuje sin igual?

«Tenéis una patria y tenéis una bandera. Un vínculo sagrado os liga a la primera y os ata a la segunda. Habéis jurado defender la patria y morir por la bandera.

«Pero si os matáis vosotros en esas luchas obscuras y sin glorias, si os aniquiláis los unos a los otros sin piedad, si todos perecéis en la saña

fratricida, no podréis ni defender la patria ni morir por la bandera. Y cuando mañana, por una de aquellas incidencias inesperadas en la historia, se alce de nuevo algún peligro ignorado que amenace esas fronteras que con tanto valor defendieron nuestros padres, cuando un nuevo invasor intente acaso *libertarnos* de nuestros gobiernos o de nuestros tiranos, en vano tocarán a rebato las campanas y en vano la patria os llamará por vuestros nombres. ¡Solo el silencio de las tumbas responderá al acento afligido de la patria ante el peligro!

* * *

«Padres de mi patria:

«Soldado de la democracia, pero soldado obscuro, sin campañas y sin glorias, me acerco a vosotros, viejos luchadores, y con el más profundo respeto que me inspiran vuestras gloriosas heridas, levanto mi acento para formular, no un reproche, no una censura, una súplica y un ruego.

«Yo se que la injusticia y la ingratitud os han herido sin piedad, que la calumnia se enroscó sobre la pristina pureza de vuestros corazones y que en las noches largas, cuando meditábais en silencio soñando la grandeza de la patria, el odio fué a cebarse en vuestras intenciones y a malograr vuestros mejores ideales.

«Yo se que un día llegábais a la vida cargados de ensueños y quimeras, y que un día tuvísteis esperanzas tan bellas y tan puras como yo y que en la lucha cruenta fueron cayendo, como flores muertas, girones desgarrados de vuestro propio corazón.

«¡Pero qué! .. ¿Acaso habéis perdido por completo vuestras fuerzas? ¿Vosotros, los que nunca

sentistéis ni vértigos ni desmayos en la lucha tormentosa de esta democracia huracanada? ¿Vosotros, los que nunca vacilábais ante los temporales, los que marchábais a pie firme, azotados por todos los vientos y por las granizadas de los insultos?

«¡Ah! ¡Calláis, guardáis silencio! Vuestro resentimiento sella vuestros labios, vuestro espíritu se cierra inaccesible al perdón.

«Pero yo os pregunto, con todo el respeto que me inspira esa blanca aureola de vuestras canas, yo os pregunto, padres ¿es acaso mayor vuestro odio a los hombres que vuestro amor a la patria? ¿Es, pues, más débil el amor y más potente el odio en vuestros corazones?

«¿No tenéis, por ventura, en vuestras almas, una reserva de fuerzas para erguiros en este momento, para levantar vuestro espíritu a la altura de la necesidad de los tiempos, para desarmar vuestras pasiones y ahogar vuestros resentimientos, para vencer vuestros odios y tender vuestros brazos en un gesto de amor?

«Padres de mi patria: Mirad a vuestros hijos, miradnos a nosotros. Vuestras esperanzas primeras retoñan en nuestras almas y florecen con vigor. ¿Y permitiréis que no aprovechemos vuestros errores, lo que os dicta el patriotismo y os enseña la experiencia? ¿Nos dejaréis precipitarnos en la pendiente fatal, sin señalarnos el camino, sin decirnos vuestra palabra? ¿Dejaréis a vuestros hijos, nos legaréis a nosotros, herederos de vuestras virtudes y de vuestras pasiones, nada más que un sombrío mandato de odio y de exterminio?

«Si el tiempo fué injusto con vosotros y la época cruel, si la semilla de vuestros ideales no pudo germinar, confiadnos a nosotros la simiente que traíais al llegar, que nosotros sabremos luchar con

dignidad por ella y arrancaremos de esa tierra, abonada con vuestro dolor y vuestra sangre, esa anhelada flor de redención para la patria.

«Padres: Por el dolor de un pueblo y por la sangre hasta aquí vertida, por la paz de los hogares y por el llanto de las madres, por el porvenir de vuestra patria y el porvenir de vuestros hijos... vuestros hijos os lo piden: una palabra de amor, una palabra de generoso perdón, para levantar la patria, entre flores y laureles, grande y digna, respetada, regenerada y libre».

La muchedumbre había escuchado aquellas palabras en medio de un respetuoso y conmovido silencio. El joven orador, cuyos ojos estaban húmedos de lágrimas, acababa de hacer vibrar el alma nacional. Y la multitud lloraba con él.

Aquel joven era Rafael García Carrasco.

CUARTA PARTE

LA HISTORIA DE UN CORAZÓN

I

NEURASTENIA

Padecía yo una de esas enfermedades morales que ahondan todos los dolores y doran con una pincelada de amargura todos los sentimientos.

Enfermo de esa terrible enfermedad de los veinte años, sentía en torno mío el horrible vacío que suele anular tantas vidas y malograr tantas esperanzas.

Me sentía triste, con una tristeza mortal, incurable y extraña. Me complacía con mi soledad y mis penas y gozaba un peligroso deleite con mis dolores. Me torturaba yo mismo, exprimía mi corazón con amarga dulzura.

Aquella sensibilidad anormal, que respondía con una resonancia dolorosa al más leve choque, aquella hiperestesia peligrosa, me mataba lentamente.

Ni ideales, ni esperanzas, ni deseos, nada sobrevivía al naufragio de todos mis afanes.

Alegre, jovial un tiempo, con esa candorosa ignorancia de las cosas, siempre había encontrado un motivo de risa o de placer en todos los accidentes y en todos los incidentes de la vida.

¡Cuantas veces en aquellos tiempos había sonreído ante un imposible cualquiera! ¡Cuantas veces había sacado fuerzas de mis propias desventuras para reirme y burlarme de la vida!

Alegre, alegre siempre, jamás una idea penosa atormentó a mi espíritu. Jovial, expansivo, bromista, ocupado casi siempre en una travesura, nunca me impresionó el lado serio de la vida.

La fatalidad, en tanto, seguía horadando sin piedad, inexorablemente, el eje mismo de mi existencia.

Y llegó un día en que me encontré bruscamente frente a la vida y me detuve a contemplar mi pasado, a examinar mi presente y a mirar mi porvenir. Y me sentí débil, me sentí sólo y sin fuerzas para vencer la impiedad de mi destino.

Huérfano desde mi más tierna infancia, había crecido privado de ternuras, de amores y cariños.

Mi viejo padre, alejado siempre, retornaba hoy, tras una ruda labor de casi toda su vida, con la amargura del esfuerzo infructuoso, en busca de un poco de paz para su espíritu vencido y de algún reposo para su cuerpo fatigado y enfermo.

Sobre mis débiles hombros cayó aquella imposición de la vida, como una advertencia más para despertar a la realidad.

Nunca un rayo de sol había iluminado mi camino, nunca una aurora en mi cielo. Entre dolores había corrido mi larga horfandad, sin cariños, sin venturas. Pero jamás mis labios se habían entreabierto para murmurar una queja. Dotado de un espíritu invariablemente jovial, jamás me habían faltado fuerzas para sobrellevar todas las dificultades.

Animado al principio ante el tributo que se exijía a mi juventud, mis entusiasmos primeros

fueron enfriándose paulatinamente ante la persistencia de la adversidad que pesaba sobre mí. La jovialidad de mi espíritu iba desapareciendo a la vez.

Me alejé de mis amigos, abandoné mis estudios, me dediqué a una labor sobrehumana con el afán ilusorio de enternecer a la fatalidad y acaso conmover al destino.

Allá, en un lejano retiro, se había refugiado mi padre como el último resto de un doloroso naufragio.

Era yo su apoyo, la única esperanza de su vejez.

Cuando en las tardes, tras la faena ruda, me internaba hacia el lejano y olvidado retiro, cuando llegaba a la silenciosa vivienda y permanecía junto al lecho que guardaba aquel cuerpo enfermo y oía sus quejas, sus dolorosos gemidos, huía de su lado, salía afuera, me ocultaba para disimular mis lágrimas. Lloraba, lloraba mi impotencia, mi incapacidad para aliviar aquel continuo sufrir.

Aquella visión angustiada se fijó tan profundamente en mi espíritu, que me veía atormentado por ella sin cesar.

Me torné silencioso, reservado, impenetrable, casi sombrío. Huí de mis amigos y abandoné mis antiguos centros de camaradería estudiantil. No volví a acariciar ideales ni esperanzas. Todo había muerto en mí, menos el deseo de salvar y consolar aquel venerable despojo de nuestro antiguo hogar.

En lo hondo del alma sentía crecer el terrible mal. El vacío de mi vida, la orfandad irremediable, mi enfermedad mortal. Ni un alma, ni un corazón que me acogiesen con cariño, ni una mano amiga que se tendiese generosa para alentarme.

Exitable como un enfermo, débil como un niño, tenía necesidad de ternuras, de cariños, de un regazo maternal donde reclinar la atormentada cabeza.

El excepticismo primero, el pesimismo más sombrío después, llenaron mi espíritu y ensombrecieron mi vida.

II

UN RAYO DE LUZ

Una amistad, un afecto, vino a alumbrar entonces las brumas de mi alma.

Lo recordaba tan bien. Fué Felisa, la pobre Felisa inconsolable, quien me rogó que no las olvidara, cuando me despedí de ellas en la última noche en que las viera.

—¡Estamos tan solas!...—me dijo al estrecharme la mano.—No nos olvide, vuelva alguna vez.

Y yo había vuelto, de tarde en tarde, a aquella casa de dolor y de tristezas.

Todo en ella estaba igual desde la muerte de Marcial. Nada se movía de su sitio. Todas vestían invariablemente de negro. Y de una pieza a otra, del corredor al patio, de un sitio a otro sitio, vagaban en silencio aquellos duendes dolorosos, hablando solo para renovar el llanto.

A veces, agrupadas en torno a la mesa, callaban todas. Alguien ensayaba leer, abría las páginas de un libro, recorría con la vista hojas tras hojas, pero repentinamente, agobiada por la idea fija y torturante, arrojaba el libro, ocultaba el rostro entre las manos y rompían todas a llorar.

Felisa no había querido abandonar la casa donde cada objeto y cada lugar conservaba un

recuerdo de su querido muerto y donde podía llorarle mejor. Resistió a toda insinuación de alejamiento, a los ruegos de su madre y a las súplicas de algunas amigas. Vestía también riguroso luto.

Yo tornaba, de tarde en cuando, junto a ellas, un poco por egoísmo y otro poco en el deseo de serles útil.

Aquella familia, tan festejada antes, apenas era objeto ahora de alguna atención aislada. Cuando alguna vez llegaba un antiguo amigo o un viejo camarada de Marcial, se agrupaban todas, le acogían con lágrimas en los ojos y, al recuerdo reavivado, se renovaba el llanto como el primer día.

Insensiblemente fuí acostumbrándome a aquel ambiente y, a medida que pasaba el tiempo, atraído por las desventuras ajenas, quizás porque me hacían olvidar las mías, menudeaba cada vez más mis visitas.

Me sentía revivir entre ellas, me olvidaba de mis torturas y me complacía en sentirme útil junto a aquellas almas desoladas.

* * *

Pasaron algunos meses.

La tristeza persistía en el alma de mis amigas.

La memoria del muerto todo lo llenaba aún. Una conversación cualquiera, una alusión, un incidente, todo era motivo para traer a colación un recuerdo sobre él.

Todo estaba lleno de Marcial.

Yo me refugiaba entre ellas, tal como quien huye de sí mismo, deseoso de olvidar los infortunios propios. Y poco a poco tomé una afición y sentí un afecto extraños por aquella casa.

Las encontraba a mis amigas tan sinceras, tan sencillas y tan reales en las manifestaciones de su

dolor y me parecieron tan inmensamente desgraciadas que concluí por sentir hacia ellas un vivo cariño y por hacer míos todos sus pesares.

Mis visitas, raras al principio se hacían de día en día más frecuentes.

Todas las noches la conversación se detenía un rato sobre el extinto. Recordaban sus bondades, sus bellas cualidades, sus prendas personales. Me pedían detalles de su muerte, me interrogaban sobre los más nimios incidentes, la forma como encontramos el cadáver, el sitio, sus heridas, si había sufrido maltratos o mutilaciones después de muerto.

Yo respondía al cúmulo de preguntas adulterando a veces los hechos o inventando una piadosa mentira para consolarlas.

Y al recuerdo así reavivado las lágrimas asomaban de nuevo en aquellos ojos que tanto habían llorado ya.

Algunas veces parecían haber olvidado la desgracia, el dolor y el duelo y hablábamos con animación, pero de improviso un súbito silencio helaba la palabra en todos los labios, se miraban unas a otras y rompían a llorar como el primer día.

Yo quedaba entonces suspenso, entristecido, pugnando por consolarlas y por desviar la atención hacia otras cosas.

III

BÁLSAMO Y MAL

Cuanto más me sentía mortificado por mis sufrimientos íntimos, tanto más menudeaba mis visitas a aquella casa que se me tornaba indispensable. Allí encontraba, si no la felicidad, al menos un ol-

vido total de mí mismo, de mis sinsabores y de todas mis torturas morales.

Todo el afecto y la consideración solícita que soñaba y buscaba lo encontré allí. El afán casi enfermizo de cuidados y ternuras, que era y había sido siempre como una sed de mi espíritu, se vió colmado entre aquellas almas generosas, que llenaron con sus bondades el vacío de mi vida. Allí escuché palabras cuyo acento calmaba mis tristezas y encontré almas pródigas que se interesaron en los acontecimientos más nimios de mi vida ignorada y obscura.

Un afecto vivo y hondo, una gratitud profunda y un reconocimiento enternecido, adivinaba para mí en las atenciones que se me prodigaba y en la confiada familiaridad con que se me trataba y se me acogía. No olvidaban mi conducta en el doloroso trance pasado. Siempre la tenían presente y con frecuencia aludían a ella.

Halagado con esa amistad que se me brindaba con tanta espontaneidad, llegaba entre mis buenas amigas, noche tras noche y día tras día, encontrando cada vez más llevadera la vida ya que no menos penosa mi suerte.

Felisa, si bien iba con frecuencia a pasar algunos días al lado de su madre, no se resignaba aún a abandonar la casa que guardaba para ella tantos recuerdos y con la que había identificado su dolor.

A menudo confidenciaba yo con ella y muchas veces, en su desolación, en esos momentos de intimidad en que el espíritu siente una necesidad irresistible de confiarse a otro, ella no vacilaba en contarme algunos incidentes de su pobre amor, tan trágicamente malogrado.

Detalles, escenas y episodios, reveladores todos del profundo amor que tuviera al querido muerto.

Yo sentía predilección por Felisa y de ordinario buscaba su compañía para conversar con ella. Encontraba en sus sentimientos, en sus aficiones, en su manera de pensar y de juzgar, tanta similitud con mis propios sentimientos, con mis gustos y con mi modo de ver las cosas, que casi instintivamente la buscaba, ya para pedirle una opinión, ya para encontrar un apoyo a la mía.

Aurora, como siempre, me gustaba y me inspiraba una especie de respetuosa admiración. Sus hermosos ojos habían perdido algo de aquel brillo que parecía irradiar felicidad en torno. Secretamente, sin confesármelo francamente a mí mismo, abrigaba yo como el primer día, algún interés por Aurora, pero sin acariciar propósito definido alguno.

Me sentía feliz entre ellas y me dejaba llevar en aquella corriente de emociones sin alimentar ulteriores objetivos.

Celina, como la más sensible y delicada, era entre todas la más abatida. De temperamento asaz tierno el golpe rudo la había postrado en cama. Desde entonces todos los afanes y cuidados fueron para ella. Rodeada de cariños y atenciones se evitaba en todo momento renovar la herida ante Celina. La mimábamos y la halagábamos en toda forma, evitándole cualquier motivo de contrariedad o de pena.

Cuando, a veces, en la sala inmediata a la de Celina, rompían todas a llorar, yo señalaba el cuarto de la enferma en el deseo de que cesasen aquellas lágrimas y el llanto terminaba en el acto.

Celina fué mejorando lentamente. A pedido de ella entrábamos a hacerle compañía. La ro-

deábamos; tratando de distraerla, buscando temas y cosas que la tranquilizasen, ya una noticia agradable, ya una nota alegre, algo, en fin, que alejase de su mente ideas tristes y penosas.

Empeñado, a mi vez, en aquel intento le llevaba flores. Iba a buscar las más hermosas, juntaba un lindo ramillete con el que luego la obsequiaba.

—Me gustan más las violetas—decía ella—son mis flores predilectas.

Yo me proveía al día siguiente de un nutrido ramo de ellas para ofrecérselas esa tarde.

Ella sonreía agradecida al recibirlas.

Cuando ya fuera de todo cuidado pudo levantarse y concurrir a la sala, la festejamos ruidosamente. Ella se limitó como siempre a sonreir con gratitud, permaneciendo callada. Una nube turbaba al parecer la placidez de su alma y un velo de amargura flotaba en sus miradas.

Recordaba yo algunas veces, al mirarla, la historia de aquel amor trunco, del que no quedaba más huellas que las rugosas iniciales entrelazadas en el tronco del viejo árbol.

Hacía tanto tiempo de aquello. Yo apenas lo recordaba como un bello episodio olvidado y nunca había vuelto a hablar de ello a Celina.

* * *

Aurora me parecía otra mujer. El largo encierro, la soledad, el dolor sufrido, la tristeza invariable del ambiente en que vivía, contribuyeron, sin duda, a despojarle de aquel barniz de volubilidad adquirido en ese mundo ficticio y engañador que rodea a las mujeres de cierta belleza.

Hermosa como era, la serena melancolía de sus miradas no hizo más que acrecentar sus atractivos. La inflexión de su voz, con un vago trasunto

de las amarguras pasadas, la hacía más seductora que antes.

Cuando en una de esas noches bendecidas, sentado junto a ella, la escuchaba con arrobamiento, experimentaba yo una inexpresable satisfacción, al encontrarme solo, allí a su lado, acompañándola en la desgracia.

Y cuando, a veces, en el coloquio íntimo, hablaba con abandono y con esa vaga tristeza que perduraba en ella, y me miraba con sus ojos hermosos y grandes, parecíame que en su acento dulce y suave, vibraba algo muy tierno allá en lo mas recóndito de su corazón, para el amigo que tanto las quería y que no las abandonó, ni en los instantes más difíciles, ni en los trances más dolorosos.

Mi predilección, sin embargo, me arrastraba siempre al lado de Felisa. Ella era mi confidente habitual y con ella se expandía mi espíritu más fácilmente. Conversaba con Felisa con mayor libertad y con mayor confianza. No vacilaba en contarme muchas cosas íntimas, tiernas y adorables, de aquel bello poema de su vida, tan dolorosamente truncado.

Una noche, después de conversar largamente, me interrogó de súbito:

—Yo le he contado mi historia sin ocultarle nada. Usted debe referirme ahora la suya.

Ante un gesto mío que denotaba la poca importancia que tenía aquella historia, insistió Felisa:

—Todo tiene su valor en la vida. ¿No ha querido usted a alguien? ¿No le han querido quizás?...

Yo continué callado y pensativo, haciéndole comprender que con aquella alusión había removido algo que no quería recordar.

Felisa comprendió al instante lo que en mí pasaba y prosiguió:

—Yo insisto, quiero saber esa historia y sobre todo quiero conocer el tipo de la mujer que le ha seducido...

—La historia nada vale—respondí—es vulgar y es vieja, como la de todos los amores, pero con esta diferencia, sin embargo, que el mío mató en mi alma algo que desde entonces no ha vuelto a vibrar.

—¿Y ella cómo era?—interrumpióme curiosa.

Me pareció adivinar que en el fondo de la pregunta existía el secreto intento de saber si aquella mujer era Celina.

—Tenía unos ojos como los suyos—contesté—grandes, vivos y hermosos.

—¿Como los míos? ¿Y era muy linda?

—Era linda.

—¿No muy linda?

—Hermosa, extraña, caprichosa y sobre todo cruel...

—¿La conozco yo?

—No la conoce.

—¿Y hace tiempo de eso?

—Hace bastante.

—Es muy enigmática su historia y usted muy reservado. Yo querría conocer a esa mujer que ha sido tan cruel con mi amigo.

Y luego, cambiando de tono, siguió preguntando:

—¿Y ahora?... ¿Quiere usted a alguien?

—A nadie—contesté sin vacilar—a nadie... más que a ustedes.

—¿A nosotras?

—A ustedes.

—Eso será afecto, no amor.

—Afecto, sí, afecto profundo, tierno y agrade-

cido, como el que sentiría un náufrago hacia quienes le han salvado la vida.

—¿Y amor para nadie?

—Para nadie. En mi corazón hay un irremediable vacío...

—¡Qué entusiasmo!—interrumpiónos una voz en ese momento.

Nos volvimos ambos a una. Era María Luísa.

Sonreí levemente sin dar importancia a la exclamación.

—¿Ni un poco?—siguió preguntándome Felisa, con un acento que revelaba cierta extrañeza, sin atender tampoco a la brusca interrupción de que habíamos sido objeto.

—Ni un poco, es la verdad—contesté.—Pero la siento muy inquisidora esta noche a mi amiga...

—Es que su respuesta me parece extraña y hasta un poco grave.

—¿Grave?. .¿Y por qué?

—Porque...porque es raro que un joven a su edad no tenga amores.

Y dicho esto quedó callada y pensativa, cavilando al parecer sobre lo que acababa de oír.

IV

NOCHES PLÁCIDAS

La intensidad de la pena que enlutaba el corazón de mis amigas fué decreciendo con el tiempo. Aquel silencio súbito, aquellos paréntesis penosos que se intercalaban bruscamente en lo más animado de nuestras conversaciones, eran ya menos frecuentes. Algunas bromas matizaban nuestras charlas. Leíamos casi todas las noches y jugábamos a las cartas algunas veces. Escogía-

mos autores, cada una de ellas señalaba su predilección y, obtenida la obra, agrupados en torno a la mesa, actuábamos por turno de lector. Comentábamos lo leído, lo desmenuzábamos a nuestro sabor y proseguíamos luego la interrumpida lectura.

Cuando se trataba de una novela abundaban más los comentarios que otras veces. Cada una de ellas declaraba su simpatía por tal o cual personaje, adelantaba su opinión sobre el fin probable de una aventura o reprochaba al autor por haber maltratado a las mujeres.

Atacaban con frecuencia a los hombres, los censuraban, sobre todo por falta de sensibilidad. Pero, a veces, olvidándose de sus reproches, me preguntaban si los hombres sentían como las mujeres, si se enamoraban de veras y si eran capaces de amar hasta el heroísmo como ellas.

Sometido a aquella minuciosa inquisición, contestaba yo el cúmulo de preguntas, mitad en serio, mitad en chanza. Y mientras hablaba me atendían ávidas y curiosas, como bebiendo la verdad en mis palabras.

Almas candorosas, ignorantes de la vida real, creían ingenuamente en el romanticismo de las novelas, en ese idealismo sentimental que todo lo embellece y lo vuelve dulce, bueno, tierno y amable. Se dejaban arrastrar por los dictados de sus propios sentimientos y así se remontaban insensiblemente a un plano ideal donde vivían engañadas.

No habían sufrido aún los efectos rudos de esos golpes que suelen sorprender en el camino aún a las existencias mejor dotadas. Nada sabían de las emboscadas que la vida suele preparar con una especie de premeditación cruel a nuestra bondad y a nuestra inexperiencia primeras.

Románticas por temperamento, confundían fácilmente en su optimismo candoroso, sus propios sueños con la realidad.

La primera lágrima la habían vertido al borde de la tumba del hermano muerto. El primer dolor las había sorprendido tronchándoles aquel afecto. Pero así y todo, pasados los dolores más intensos y aún cuando sus miradas perdieran con la amargura el brillo radiante de los primeros días, fueron recuperando con el tiempo aquel mismo candor primitivo. El dolor sufrido no había tenido la virtud de matar en sus almas aquella ingenuidad soñadora y crédula que las hacía a mis ojos tan queridas.

¡Cuántas veces, en noches inolvidables, en torno a la mesa, entre risas y charlas, levantábamos magníficos alcázares y forjábamos proyectos y perseguíamos visiones!

¡Adorable infancia de las almas!

* * *

Una noticia nos sorprendió desagradablemente. Felisa cambiaba su residencia por algún tiempo a San Lorenzo. Su anciana madre, delicada de salud, tenía necesidad de salir al campo.

Toda aquella noche apenas hablamos. Yo me sentía triste. No me resignaba a la idea de no verla en adelante, en nuestras diarias reuniones, a la que siempre fuera mi buena y mi mejor amiga. Tan habituado estaba a su compañía y a sus largas y agradables confidencias, que la noticia me produjo la más viva pesadumbre.

La resolución era definitiva. No hubo medios de disuadirla a Felisa.

Le prometí que iría a visitarla y le rogué que no olvidara a su viejo amigo.

Algunos días más tarde Felisa estaba en su nueva residencia.

En los días siguientes a su partida nuestras habituales tertulias se resintieron de su ausencia. Faltaba allí la nota personal más animada y más vivaz, la que solía ofrecer Felisa, matizando aquellas dulces horas de vida espiritual.

Sentíame contrariado y menos expansivo que antes. Frecuentemente recordaba a mi amiga ausente, elogiaba sus bondades y sus bellas cualidades.

Una noche, como otras tantas veces, jugando a las cartas, me quedé pensativo sin causa aparente.

—No se apene—me dijo María Luisa—el Domingo irá a visitarla a su amiga...

María Luisa pronunció todo aquello, sin duda, con cierta intención, pues lo recalcó visiblemente y aquellas palabras quedaron vibrando en mis oídos.

Dejé pasar por alto, sin embargo, la exclamación, tan inconcebible me pareció la sospecha, temiendo haberla interpretado mal y días más tarde la había olvidado.

Ninguna alusión volvió a insinuar la sospecha y todo siguió su curso como antes. Ningún cambio tampoco advertí en mis amigas. Siempre buenas y afectuosas conmigo, nunca hallé el más leve motivo de reproche o de queja contra ellas.

Cuando en las tardes o en las noches llegaba junto a la verja familiar, se me acogía en la casa con un recibimiento tan cordial y una amabilidad tan franca y sincera, que me llenaban de una viva ternura agradecida.

Obsequiosas y amables, me esperaban cada una por su parte con una noticia o una novedad

cualquiera, anticipándose unas a otras para hacérmelas saber. Joviales y contentas me brindaban los decires diarios. Agrupadas en torno mío, me los referían ruidosamente, las expresiones benévolas y las sonrisas amables. Me reservaban libros, poesías, novelas, cuentos o discursos, para leerlos y comentarlos conmigo.

Conversábamos en confianza, departíamos horas enteras y cada vez me sentía más encantado de aquellas amigas providenciales que con una palabra o una sonrisa sabían disipar todas mis pesadumbres.

La profunda tristeza señoreada de mi alma desaparecía paulatinamente. Desde el fondo de mi espíritu volvía a surgir algo de mi antigua alegría de niño, en aquellas tardes y en aquellas noches bendecidas.

Cuando escuchaba alrededor mío aquellas voces y veía aquellos rostros bondadosos y joviales, me sentía contento, transfigurado y feliz. Me olvidaba de mis males, de mí mismo, de todo.

Y noche tras noche, tarde tras tarde, llegaba a aquella casa que se me hacía cada vez más necesaria. En ninguna parte más que en ella me sentía bien. Fuera de allí me imaginaba solo y me sentía extraño. En parte alguna no encontraba calma.

¡Con qué fuerza se aferraba mi espíritu a aquel afecto que me dominaba de modo tan absoluto!

Un niño enfermo cuya vida se escapa y que revive milagrosamente al calor de la ternura materna, tal era mi alma en este período de dulces emociones.

A veces, como esos enfermos aprensivos, me veía asaltado por quiméricos temores, temores in-

finitos de perder bruscamente todo aquello que constituía mi vida y mi ventura.

V

NUBES

Aurora había recuperado su belleza en todo su antiguo esplendor. El traje negro no hacía más que realzar su hermosura. Sus ojos encendidos y brillantes y sus mejillas sonrosadas hablaban un lenguaje de voluptuosidades que denunciaban un temperamento apasionado.

La gracia de su sonrisa, la arrogancia de sus movimientos, el donaire natural de sus maneras, todo volvía a revivir en Aurora. Su voz adquiría a ratos, una inflexión tan honda de sentimiento, tan acariciadora y tan dulce que parecía el arrullo de un alma enamorada. Sus miradas tenían una expresión insinuante y seductora. Todo en aquella mujer incitaba al amor.

Desde que faltaba Felisa, era Aurora mi compañera predilecta en las confidencias habituales. Me sentaba siempre a su lado y entablaba con ella esos largos diálogos en que el alma se abre y se da sin esfuerzo alguno. Tenía un modo particular de pronunciar mi nombre, me llamaba con un diminutivo cariñoso que me era en extremo halagador y grato.

Celina seguía siendo la sensitiva del primer día. Sus ojos parecían más negros y más profundos. Pero una nube de invencible tristeza vagaba en ellos.

Todas habían recuperado la sonrisa perdida, todas reían como antes, solo Celina estaba triste y no reía. La inflexión de su voz parecía denotar

una secreta pesadumbre. Abstraída, enagenada, como si en su alma monologase algún anhelo imposible, guardaba largos silencios.

Todos le reprochábamos sus reservas y tratábamos de animarla y alegrarla. Ella se limitaba a sonreir levemente ante nuestras insistencias y luego entornaba los párpados con expresión resignada.

A veces, no obstante, la vencíamos. El brillo de sus miradas parecía animarse. Un fulgor instantáneo cruzaba por sus ojos como un relámpago de dicha y reía con nosotros....Pero pronto, como presa de un pensamiento que le torturase o de un súbito desencanto, tornaba a su silencio primitivo.

Era aquel un corazón demasiado sensible para la vida. El mundo, con sus alternativas difíciles y sus rudos achaques, no era ambiente para esa alma. Flor enferma de idealismos, espíritu romántico en grado extremo, requería para sí un jardín apartado del bullicio, oculto a las miradas y a cubierto de la inclemencia de los vientos, para que pudiese brindar sus bellezas y derramar sus perfumes. Alma demasiado tierna, propia solo para vivir entre halagos y cariños, una contrariedad, la más nimia, bastaba para nublar por mucho tiempo la placidez de su cielo.

Preocupado por aquellos estados de ánimo que me parecían peligrosos para la débil constitución de Celina, yo le reprochaba afectuosamente su manera de ser, me quejaba de que ella no tuviese su parte en nuestras charlas ni compartiese nuestras alegrías. Ella reía entonces, con una risa al parecer espontánea, se animaba todo su rostro con un destello de viva complacencia y se defendía de mis cargos.

Una noche me pareció más abatida que de costumbre. Mientras María Luisa, Aurora y yo pasábamos revista a una colección de libros, Celina, a la distancia, sin mezclarse en nuestro bullicio, se entretenía en una labor de aguja. Ajena a lo que ocurría en torno suyo, concentrada en aquel trabajo, permanecía en silencio sin ocuparse de nosotros.

Varias veces la consultamos pidiéndole su opinión sobre un libro. Ella contestaba la pregunta y volvía a abismarse en su tarea.

Terminada nuestra excursión en busca de autores y obras y, mientras María Luisa y Aurora se divertían hojeando los libros escogidos, me acerqué a Celina y, sentándome a su lado, le rogué que me enseñase aquella labor en que estaba tan empeñada.

—Es un gorrito de lana—me dijo — que quiero concluir pronto.

—¿Un obsequio que prepara?—pregunté.

—Sí, un obsequio para un próximo huésped de esta casa...

Y sonrió, contenta de la sorpresa que me producía la noticia. Luego de un breve silencio continuó:

—Mingo nos ha referido que Marcial tenía un hijo y ayer, después de muchas pesquisas, consiguió dar con él. La madre ha venido a visitarnos y prometió traérnoslo en breve. Nos dicen que es el vivo retrato de Marcial. ¡Cuántos deseos tengo de verle! —concluyó radiante y gozosa.

Es necesario advertir que Mingo continuaba viviendo en la casa de su extinto protector. El antiguo soldado había llorado la muerte de su comandante como la de un padre. Durante los primeros meses no hubo consuelos para él; permanecía horas enteras abismado en una pena profunda y las

lágrimas inundaban sus ojos a menudo. Mingo, en sus ratos de más intenso dolor, había jurado odiar eternamente a los causantes y autores de la muerte de su protector.

Conocía una aventura amorosa que había tenido su comandante con una bella joven, de cuyas resultas había nacido un niño. Cuando murió refirió el hecho a su familia e, instado vivamente por ésta, había conseguido encontrar el paradero de la criatura.

Celina se manifestaba contenta con el hallazgo y sus ojos estaban animados por un destello de viva alegría. Me convencí entonces, una vez más, que Celina vivía refugiada en la memoria de su hermano muerto y que aquella era la única causa de sus tristezas. Me expliqué así sus largos mutismos, sus silencios y sus reservas.

—La felicito Celina por este hallazgo — le dije después de un rato. — En lo sucesivo tendrá usted un compañero que alegrará sus horas y disipará de su alma esas eternas brumas qus tanto daño le hacen.

—Algunas veces — proseguí tras una pausa — al verla a usted tan constantemente silenciosa y tan invariablemente triste, me he detenido a pensar que, como la fatalidad anda siempre de brazo conmigo y tengo la virtud de ensombrecer todas las cosas con mi presencia, era yo el obstinado causante de todas sus penas..

Ella interrumpió su labor, levantó los ojos, y mirándome largamente con expresión tierna, replicóme con cierta sorprendida tristeza:

—¡Como si usted no lo supiera!...

Había en su acento algo tan conmovedor y doliente y en lo hondo de su respuesta parecía vibrar

una queja tan suave, que no me atreví a levantar la vista, por temor a encontrarme con la infinita mansedumbre de aquellos ojos negros y profundos que me hacían daño.

VI

EL ÁSPID

Era domingo.

Bajo el tupido follaje de unos gigantescos árboles, nos detuvimos encantados del paisaje en nuestra excursión de aquel día. La tarde estaba apacible y serena. Era una de esas tardes tranquilas cuya contemplación suele despertar en el espíritu una emoción suave de paz y de dulzura.

María Luisa había propuesto el paseo, deseosa de romper el largo encierro impuéstoles por el duelo. Todos a una habíamos aplaudido con entusiasmo la idea.

El lugar escogido no podía ser mejor. Un hermoso parque en los alrededores de la ciudad, un bello refugio para los que, como nosotros, buscaban lugares solitarios y aislados.

Cerca había un hermoso lago de cristal inalterable, reflejando la policromía exuberante del follaje. Festoneado por los musgos y los helechos en toda su ribera, formaba un repliegue en uno de sus extremos y por sobre un muro artificial se despeñaban sus aguas en un chorro continuo, rompiéndose con ruído peculiar sobre un pavimento de piedra.

Junto al lago nos sentamos.

¡Qué tranquilidad la de esa tarde! ¡Qué suave emoción para el espíritu!

Callamos todos. Las aguas del lago corrían por sobre el muro con rapidez igual. La superficie inalterable se deslizaba lentamente arrastrando en su corriente restos de musgos y pequeñas plantas acuáticas. Los ojos seguían el viaje de aquellas menudas hierbecillas hasta que desaparecían precipitándose en la caída.

El pensamiento se dejaba mecer en una onda indefinible de ideas, saturándose de paz y tranquilidad. Y mientras observábamos la diminuta cascada y escuchábamos el rumor de las aguas despeñadas, allá a la distancia, aumentando la sensación de soledad que reinaba en torno, una tórtola empezó a desgranar la nota doliente de su canto

Todos nos sentíamos penetrados de ese sentimiento que suelen despertar en el alma los sitios agrestes y solitarios.

Celina estaba a mi lado, pensativa. Mas allá, Aurora, sentada con negligente abandono sobre el césped, deshojaba una flor silvestre. María Luisa, al lado de su madre, dejaba vagar sus miradas a lo lejos y, de tarde en tarde, las volvía fijándose en nosotros con atención.

En mi espíritu batallaba un secreto deseo. Aurora me atraía cada día más. Su belleza tentadora me seducía. Mis ojos estaban fijos en ella, contemplándola con admiración y observando sus menores movimientos. Ella parecía no sospecharlo siquiera. Deshojaba una flor, sin pensar quizás en ella, arrojaba los pétalos mutilados, cojía luego otra y seguía deshojándola con despreocupación.

Estaba hermosa y tentadora. Yo seguía mirándola con atención. Examinaba sus gestos, sus facciones, el rubio castaño de sus cabellos, sus mejillas encendidas y ardientes, sus ojos seductores y hermosos y sus labios siempre húmedos y rojos.

Mi pensamiento vagaba en torno a ella. Mis miradas la acariciaban, deteniéndose sobre aquellos rizos juguetones que caían sobre su frente con una gracia particular.

¡Ah! ¡Si pudiera descifrarse en ciertos momentos toda el ansia de una mirada o todo el afán de un pensamiento!

Yo la miraba y callaba. ¿Qué estaría pensando ella? Sus manos blancas seguían jugando con la flor silvestre con abandonada despreocupación.

Recordaba yo la noche del baile en que la conociera, cuando apareció, deslumbradora y bella, sobre un fondo de flores. Uno por uno, todos los detalles estaban frescos en mi mente.

Pensaba con cierta pena en los incidentes que me impidieron llegar esa noche hasta ella. Y ocurrióseme, de pronto, que en breve, al retornar tras el largo cautiverio á las reuniones sociales, tendría de nuevo en torno suyo aquella corte galante y que yo quedaría relegado y olvidado como la primera vez.

Una nube de pena pasó por mi alma.

Giré la vista como para libertarme de aquel pensamiento importuno y, al volverme de improviso, mis ojos se encontraron con los de Celina que me miraban atentamente.

Creo que me estremecí un tanto. No se que extraña impresión me causaron esas miradas profundas y tiernas y pensé que habían penetrado lo más recóndito de mi alma.

—¡Qué abstraído está!—me reprochó con acento suave, convenciéndome al instante de lo infundado de mis temores.

—Pensaba—le contesté—en la imperfección del alma, incapaz de interpretar y comprender el mundo y ansioso lenguaje de otra alma.....

Dije todo esto con sincera convicción, dominado por mis anteriores reflexiones, sin cuidarme de la interpretación que podría darle Celina. Noté que sus ojos se animaban con un brillo repentino, sonrió levemente y contestó:

—Nada, sin embargo, escapa a la penetración de algunos espíritus superiores....

No comprendí lo que acaso quiso significarme Celina, pero guardé silencio.

La tarde declinaba. Las sombras se alargaban proyectándose sobre el vasto tapiz esmeralda.

Celina se mostraba afectuosa conmigo. Me había obsequiado con un lindo ramillete de flores silvestres, que yo me puse en el ojal.

Estaba comunicativa, sonriente, hablaba con animación del sitio, del lago, de mil nimiedades.

Momentos después llegó Eduardo Del Valle. Su tardía aparición provocó un ruidoso murmullo. Le habían invitado para el paseo, en una visita que les hiciera dos días antes.

Del Valle era uno de los pocos amigos que nunca las olvidó por completo. De tarde en tarde llegaba a saludarlas. Amable y jovial, departía con ellas, bromeaba un rato, prometía nuevas y frecuentes visitas y se iba luego para no volver hasta pasado algún tiempo.

Eduardo demostraba en todas esas ocasiones una visible predilección por Aurora, predilección que nunca pasaba sin embargo, de galanterías y amabilidades un tanto exuberantes.

Del Valle era para mí uno de esos pocos amigos, raros en la vida, que aparecen en los momentos difíciles con una palabra consoladora que fortalece y anima. Era el bueno y noble amigo de todos los tiempos. Era mi buen amigo. Pero

aquella tarde su aparición me había contrariado. Su presencia me produjo una inquietud extraña.

Sonriente y alegre, llegó excusando su tardanza.

—Yo pido permiso para sentarme al lado de Aurora—dijo echándose sobre el césped.

Un momento después consultaba yo si no era conveniente iniciar el regreso. María Luisa me objetó sonriendo:

—Cualquiera diría que la llegada de Del Valle motiva su proposición.

—Y otros dirían de tí—dijo Eduardo dirigiéndoseme—que has visto la cara de un acreedor o que estás celoso....

Y con una risa franca subrayó la frase.

Mi confusión y mi contrariedad subieron de punto con aquellas bromas.

Eduardo, sentado en la gramilla cerca de Aurora, bromeaba con ella.

Pesaroso e íntimamente resentido, sin atreverme, no obstante, a confesar la causa de mi malestar, pensé sin razón alguna que Del Valle me hacía traición.

La noche caía cuando volvimos. Delante marchaban Aurora y Eduardo. Nosotros les seguíamos a cierta distancia. Celina iba a mi lado y apenas hablábamos. Ante mi insistente silencio ella había concluído por callar también y solo de cuando en cuando una frase indiferente rompía aquel pesado mutismo.

Ya tarde nos despedimos. Eduardo estaba visiblemente contento y prometió rehabilitarse del dictado de mal amigo con que le calificaron, visitándolas con más frecuencia.

Yo me retiraba íntimamente mortificado. Nos alejamos sin que del Valle pudiese explicarse mi

silencio y mi súbita pesadumbre. Cada una de sus palabras fueron otras tantas heridas que me infligía sin sospecharlo.

Ponderaba la belleza de Aurora, manifestaba su admiración hacia ella y se proponía festejarla.

Yo le escuchaba en silencio y me separé de él visiblemente disgustado.

VII

LA INFLUENCIA DE UN SUEÑO

La noche fue de dudas e inquietudes punzadoras. Una extraña mezcla de aflicción y de esperanza me agitaba.

Hasta entonces me había abandonado a la corriente de afectos que se me prodigaba con tanta bondad, sin detenerme a analizar la dulzura casi enfermiza que me producía. Aquello no podía ser y no era afecto simplemente. Yo vivía engañado respecto a mis propios sentimientos. La amistad desinteresada y franca no produce tan dulces y tan hondas emociones ni tan crueles y tan profundos pesares.

Bien lo sentía ahora. Era yo algo más que un amigo. Mi alma reclamaba mucho más que ese lenguaje tranquilo y sereno que caracteriza a la amistad.

Hasta el momento en que sentí esa tarde, a orillas del lago, la mordedura de la imprevista revelación, había vivido ajeno a la intensidad de mis propios sentimientos.

En la soledad de mi pieza lo sentía ahora con sorpresa y casi con temor.

Yo amaba a Aurora.

Y al revelármelo mentalmente me estremecí como ante un peligro.

Cómo empezó esa pasión, cuando nació, cual fué su germen, cual sería su resultado, cómo acabaría..... todo eso bullía en mi mente, atormentándome, mientras las horas corrían llevándome el sueño.

¿Cuál sería mi conducta en adelante? ¿Le diría a Aurora que la amaba? ¿Y me escucharía ella? ¿Consentiría en que la amase?

La posibilidad del desdén penetró en mi corazón como el frío de una dolorosa estocada.

La duda me dejó perplejo largo rato. Seguí cavilando, seguí pensando obstinadamente ¿Qué diría ella al conocer de improviso, después de tanto tiempo, que yo la quería? ¿Pero debía y podía yo confesar aquel amor? ¿Y por qué no? ¿Qué mal habría en que yo la quisiese con el cariño más grande y más puro que podría abrigar el corazón de un hombre? ¿Ella no era libre, quizás? El recuerdo de mi amigo Eduardo pasó, sin embargo, por mi mente como una sombra importuna, pero la desheché al instante. Tenía la plena seguridad de que Del Valle no persistiría en su propósito de festejarla.

Seguí pensando. Las horas corrían. Había perdido por completo la noción del tiempo. Dormitaba un rato, pero acosado por la idea fija, me despertaba casi enseguida sobresaltado.

En el silencio profundo de la noche tranquila se oyó a lo lejos el canto de un gallo. Una ráfaga de melancolía pasó por mi espíritu. Otro gallo cantó enseguida. Calló éste y volvió a cantar el primero. Un tercero batió sus alas ruidosamente y a su vez lanzó al viento su nota larga y doliente.

Mi espíritu se sentía acongojado. Desfilaban en mi memoria el recuerdo de los años lentos y crueles que pasaron sobre mi infancia. Ni un rayo de sol en mi camino, ni una mano cariñosa para mí. Ni afectos, ni venturas, nada...

La visión pasaba y pasaba y me sentía cada vez más dominado por ese convencimiento íntimo que acaba por penetrar en las almas que han sufrido mucho en la vida.

Una fatalidad pesaba sobre mí. No había sido feliz y no lo sería jamás. Ese amor sería desdichado, ella no me querría nunca.

Mis ideas fueron obscureciéndose lentamente y quedé dormido con esa pesadumbre.....

* * *

El sol estaba ya alto cuando me incorporé en la cama para levantarme.

Me sentía contento, una alegría inexplicable llenaba mi espíritu. Pensé y recapacité sobre lo ocurrido. Había soñado. El más hermoso de los sueños me había mecido entre flores durante la noche. Me sentía alegre, liviano, feliz.

Era una de aquellas mañanas afortunadas en que parece que todas las caras sonríen y todas las cosas se animan y se muestra más bella la luz del día y más generosa la luz de las miradas.

Fué como una respuesta a todas mis dudas e indecisiones de la noche. Nunca sueño alguno tan natural y tan conforme con la realidad de las cosas y del momento. Nada de esas extravagancias e inverosimilitudes raras de los sueños.

Fué Aurora, ella misma, con su donaire propio y su gracia peculiar, la que apareció ante mis ojos asombrados y me habló en un lenguaje tan dulce y tan suave, que había quedado vibrando en mis

oídos como el eco de una música irreal, nunca escuchada.

Ella lo sabía todo. Sabía que yo la quería en secreto, que la buscaba en las tardes cuando mis ojos miraban extraviados a lo lejos o cuando se fijaban con anhelosa añoranza en un punto lejano del horizonte; sabía que la perseguía a ella cuando levantaba la vista al cielo o cuando saludaba al sol en las mañanas; que hablaba con ella al monologar a solas y al confidenciar con las flores.

Ella lo sabía todo. Que yo no tenía pensamientos sino para ella, que no acariciaba otros recuerdos más que los suyos, que no vivía sino para ella. Todo lo sabía y no huía de mí. Me retenía a su lado, me miraba con cariño, me sonreía con una sonrisa insinuante y seductora.

Era Aurora, ella misma. Yo sentía a su lado la ternura agradecida de esos enfermos abandonados, que encuentran de pronto la vida y la esperanza en el calor de una mano blanca que le calma la fiebre que arde en su frente.

Ella lo sabía todo, nada ignoraba. Y me miraba entre sorprendida y halagada, con una expresión dulce que parecía traducir los sentimientos más íntimos de su alma.

Inclinado el espíritu a creer lo mejor, lo que ansía y lo que desea, yo creí fácilmente en mi sueño. Poco a poco me convencí que la felicidad era posible para mí y mis vacilaciones y mis dudas quedaron resueltas. Aquel sueño ejerció marcada influencia sobre mi conducta futura. Estaba decidido a dejarme llevar de mis sentimientos y a amar a Aurora.

Con esta resolución sentí que un bienestar y un alivio agradables me inundaban lentamente y

y que en mi espíritu penetraba una dulzura apacible como la que produce la posesión tranquila del bien soñado.

VIII

INDECISIÓN

Pasaron dos, tres días.

No me atrevía a presentarme ante mis amigas. Una timidez extraña, un miedo invencible me dominaba. Me sentía cobarde como un culpable. El umbral de aquella puerta que tantas veces traspusiera con confianza me producía un temor infinito. Imaginaba que a la primer mirada adivinarían, si no habían adivinado ya, mi secreto y me rechazarían sin consideración.

Varias veces, cobrando valor, me encaminé para llegar hasta allí y otras tantas torné a mi pieza vencido por mis indecisiones.

Al tercer día me atreví, por fin, a llegar. El corazón me palpitaba aceleradamente y apenas conseguía dominar mi emoción.

Ellas me acogieron ruidosamente, con la misma espontaneidad de costumbre. Me hicieron cargos por mi larga ausencia. Y yo, sin lograr dominar aún mis sentimientos, permanecía embarazado, turbado, sin conseguir ensayar siquiera una defensa. ¡Cuán cierto es que se pierde hasta el habla cuando se tiene todo un torrente contenido en el corazón!

No la había mirado aún a Aurora, no me atrevía a desafiar el brillo de sus ojos. Parecíame que, ya al cabo de mis ideas, me trataría como un culpable.

Las tres estaban muy contentas. Se miraban unas a otras, luego me miraban a mí y sonreían, como si tuviesen algo que comunicarme, con todo lo cual mi turbación crecía... Pensé que sería lo de la tarde del paseo y que estaba yo descubierto.

—Le reservamos una gran sorpresa—dijo Celina riendo.

Levanté los ojos observando sucesivamente a las tres, tratando de comprender lo que había. Estaba desconcertado, mientras ellas reían de buena gana al ver mi confusión, que atribuían sin duda a causa muy distinta de la verdadera.

Entre tanto Aurora habíase internado en las piezas interiores y reaparecía gozosa con un niño en brazos.

—¡El hijo de Marcial! —exclamé realmente sorprendido.

Era el vivo retrato de éste. Todos los rasgos de su fisonomía eran idénticos. Las tres se disputaban por el niño, cubriéndole de besos y apasionadas caricias. La criatura pasaba de la una a la otra y cada cual la examinaba a su sabor, repitiendo y renovando sus cariñosos transportes.

A las caricias sucedieron las lágrimas. El llanto, contenido hacía ya algún tiempo, renovóse al recuerdo evocado tan a lo vivo por aquel niño que era la imagen real de su padre.

Tranquilizado por mi parte ya no me preocupé durante el resto de la velada, de mis anteriores inquietudes. Y aquella noche transcurrió consagrada por entero al niño y a Marcial. Un poco de la placidez tranquila de antes había vuelto a reinar en mi alma. Solo al retirarme torné a los pensamientos que me torturaban. Sin duda alguna no sospechaban cuanto en mi espíritu pasaba.

IX

LA EMIGRACIÓN Y EL DESTIERRO

La mañana es templada, casi fresca.

Una lancha con motor a nafta, despréndese de la costa, trepidando y alborotando las aguas. Atrevida y elegante, casi levantada la afilada proa, la diminuta embarcación corta la superficie líquida, tuerce el rumbo y huye ligera a través de la apacible bahía.

Los grandes paquetes, recostados en descansada lasitud a lo largo de los muelles, la ven pasar nerviosa y coqueta, con cierto donaire que parece de mujer.

Va repleta de una carga gentil. Caras jóvenes, vivaces y alegres, juventud bulliciosa y feliz. Las risas estallan a veces, una exclamación se oye enseguida, una frase de admiración le sigue después. Las miradas de los viajeros se vuelven hacia la ciudad que abandonan, hacia los grandes barcos inmóviles que dejan atrás o hacia el fondo lejano donde pasea con su seno blanco una vela de armiño.

La lancha prosigue ligera su carrera, franquea la línea exterior de la bahía y se lanza de lleno aguas abajo, en el río Paraguay.

A la vista desfilan una ribera rocosa por un lado y una esmeralda por el opuesto, cubierta de vegetación.

Edificios, casas, chimeneas, astilleros y vapores van quedando a retaguardia.

La costa peñascosa se va afilando gradualmente. Un extremo saliente se interna, por último, en el agua, puntiagudo y alto: Itapytapunta.

La embarcación tuerce a la derecha. Junto al Paraguay se abre la desembocadura del río Negro, de cauce reducido y rápida corriente. En la confluencia las aguas se agitan y forman remolinos. La proa ágil rompe los remansos y avanza aguas arriba en el pequeño afluente.

La costa ostenta ahora a ambos lados, pintoresca exuberancia y alegres colores. Los meandros caprichosos del diminuto y bullicioso afluente se muestran enganalados como de primavera perpetua y pomposa. Naturaleza avasalladora y pródiga, con exceso de vida que asoma y estalla por todos los poros.

Las aguas pasan susurrantes, besando las ramas inclinadas de los árboles que bordean la ribera.

La lancha veloz, moradora efímera de aquellos contornos, remonta el curso del raudo afluente poniendo una nota mundana y alegre en la belleza del paisaje apacible.

Del río Negro la pequeña embarcación dobla de nuevo y desemboca en el Pilcomayo, lanzándose aguas abajo. El cauce es ahora más ancho, la naturaleza siempre rica. Una costa es paraguaya, la otra es argentina.

El viaje continúa por el Pilcomayo largo rato. Y, tras dos horas y media o tres de amable y alegre correría, la lancha se detiene al término del mismo.

Estaba en Clorinda.

* * *

Clorinda es una aldea argentina formada casi exclusivamente por la emigración paraguaya. Se ha levantado en pleno Chaco, junto al Pilcomayo, alimentada y vigorizada por los emigrados.

Va creciendo. Fué un desierto, hoy es una aldea, mañana será una ciudad. Es el centro de toda la región selvática que costea el curso accidentado del Pilcomayo.

Cada revolución paraguaya representa para Clorinda una oleada bienhechora de actividad, que puebla sus selvas desiertas y enriquece su organismo boscoso y agreste. Los emigrados la prefieren como sitio de refugio por su proximidad a la capital y por la facilidad con que pueden llegar a visitarles sus familias, además de ser allí la vida menos difícil que en los grandes centros de población.

En esas selvas desoladas, donde es más profunda la soledad y es más honda la nostalgia, donde la calma es completa y el silencio es absoluto, en esa región agobiadora que gravita sobre el alma, es donde van a buscar refugio las primeras eminencias paraguayas y la juventud de los partidos de oposición cuando son arrojadas de la tierra nativa, proscriptas por tiempo indefinido.

* * *

Como Clorinda otras poblaciones surgen en todo lo largo del litoral argentino, merced a la emigración paraguaya.

El espectáculo es desconsolador. En la ribera paraguaya, donde la naturaleza ríe con toda su soberbia esplendidez, las ciudades se despueblan, languidecen, van muriendo, mientras en la costa argentina, inclemente y estéril, van surgiendo, día a día, como creaciones milagrosas del trabajo, poblaciones nuevas y florecientes, pregonando el triunfo de la industria.

Miráis a un lado y observáis la verde selva, los campos fértiles, las vastas praderas que invitan

en vano a la vida y al trabajo; miráis al otro y véis el esfuerzo del hombre, vencedor del medio, revelando bienestar y progreso.

Ytapirú y Paso de Patria despoblados, Humaitá en ruinas, Pilar amenazada, Franca retrógrada, Alberdi absorbido, Oliva languideciente, Villeta estacionaria y Pilcomayo desierto. Todo eso en la bella costa paraguaya.

Mirad ahora en la ribera opuesta.

Poblaciones florecientes, cuajadas de trabajadores, alegre flamear de bandera, salud plena, juventud y vigor, bizarras chimeneas que ostentan como airón de victoria, la columna de humo que se escapa en lo alto. Trepidación de máquinas, nervioso correr de locomotoras, crujir de mecanismos nuevos. Todo eso en la ribera argentina, como premio milagroso otorgado al esfuerzo del hombre.

Cuando venís aguas arriba, remontando el río en uno de esos espléndidos paquetes, os inclináis a veces sobre la borda y, recostado negligentemente, observáis los accidentes de la costa.

Perdidas las miradas en una semi-inconciencia descansada todo lo dejáis pasar sin ver. En la cubierta amplia corre el viento, la toldilla se estremece sacudida con fuerza y el cordaje cimbra en una vibración continua.

Una larga pitada del barco sacude vuestro adormecimiento.

Abrís los ojos. Es un puerto. Allá de la costa argentina se desprende una falúa, ligera y elegante, que se aproxima, ganando distancia, impulsada por cuatro vigorosos tripulantes. Bien equipada y limpia, uniformados y correctos los remeros, os da la impresión del orden, del bienestar, de la dedicación más escrupulosa.

Ahora mirad en la otra ribera.

Allá, de la hermosa, de la espléndida costa paraguaya, surge una embarcación lamentable, que avanza trabajosamente venciendo a penas el raudo correr de las aguas.

Sentís como una punzada en el corazón al divisarla. Una ternura vivísima os invade y al mirar la imagen de la pobre embarcación que brega penosamente contra la corriente, os parece ver a la propia patria, débil, mal equipada, pugnando por acercarse a la civilización magnífica que pasa.

* * *

Si remontáis el Paraná observaréis el mismo espectáculo y sentiréis la misma pena.

Desierta y virgen la costa paraguaya, poblada y rica la argentina.

Encarnación frente a Posadas, estacionaria aquella, progresista ésta.

Joven, activa, vigorosa y emprendedora Posadas; caduca, amodorrada, inerte, sin iniciativas Encarnación.

En ésta encontraréis bellezas naturales, paisajes soberbios, exuberancia y esplendidez que faltan en aquella. Pero en la ciudad argentina admiraréis, en cambio, el artificio del hombre, el trabajo constante, el triunfo de la civilización, el soplo de vida moderna que corre en sus vías de urbe naciente.

Y si quereis dirigir las miradas en la frontera norte la visión es aún mas ingrata. El dolor sube de punto.

La tierra brasilera también se puebla y se enriquece a expensas de nuestra propia sangre.

En todo lo largo del Apa, lo mismo que en el sur, en una ribera se trabaja y de la otra se huye.

Legiones enteras de trabajadores emigran del territorio nacional, perseguidas por las revoluciones, acosadas por las malas autoridades, parias errantes en su propia tierra.

Una noche, mientras el Apa corre en silencio con su curso apacible y sereno, de sorpresa una embarcación se aleja de la tierra paraguaya. Va repleta. No hay sitio para uno más.

Jefe de los fugitivos, un viejo tostado al sol del trabajo honrado, curtido al viento y a la lluvia, va con la cabeza atormentada y el pecho dolorido. Abandona su tierra, huye de su hogar, en busca de paz y tranquilidad en suelo extranjero. Triste el semblante y húmedos los ojos, al alejarse definitivamente torna una vez más la mirada hacia el solar abandonado....

Ahí van con él sus hijos, robustos mocetones robados a la labor reconstructora. Va su mujer, van chiquillos apiñados.

La pobre caravana se aleja en el más profundo silencio. Los ojos se vuelven todavía con afán, hacia la tierra bien amada que cobijó un tiempo el bienestar, la juventud y los amores, donde corrió feliz la infancia, donde se trabajó con provecho un tiempo y donde queda para siempre el viejo hogar abandonado...

Y así un día y otro día. Las fronteras nacionales se despueblan. Los paisanos huyen, las familias emigran y sobre la bella campaña paraguaya cae un velo de invencible y desolada tristeza...

X

HERIDA MORTAL

Estábamos en Clorinda.

La ruidosa caravana hizo irrupción en el lugar. Escalamos en bullicioso tropel el barranco y nos encontramos bajo un hermoso naranjal.

Se festejaba el bautismo de un niño. Los preparativos eran grandiosos. Una buena y numerosa orquesta, traída especialmente de la capital, saludó con una pieza entusiasta y alegre la llegada del numeroso contingente. Bajo los naranjos se habían dispuesto largas mesas para un banquete que sería servido a los convidados.

En un extremo del naranjal se alzaba la casa, una de las más cómodas que por allí podía pretenderse. Pared de tierra y madera y techo de paja amortecida. Dos piezas amplias frente a frente, una en cada extremo, y en el centro un espacio intermedio sin paredes, por donde se discurre libremente.

Poco frecuentes las fiestas en aquellos contornos, el anuncio de ésta había atraído numerosas gentes. Algunos emigrados, internados en aquellos confines, habían acudido también a participar de ella. Conocidos jóvenes, algunos estudiantes y antiguos camaradas, periodistas de la oposición, militares y algunas personalidades espectables.

Fué aquel un día de fiesta para el triste asilo de los emigrados.

En el sitio agreste y boscoso, donde no se solía oír habitualmente más que los vagos rumores de la selva, sonaban hoy, como notas de vida y de esperanza, los acordes alegres de una buena música.

Mañana todo tornará al silencio. Volverá a reinar la quietud nemorosa de los bosques y se percibirá de nuevo en la calma absoluta, los mil rumores de la vasta selva, el canto de los pájaros, el vuelo zigzagueante de un ave asustada que huye en el oquedal sombrío.

Y entonces, como ayer y como siempre, volverá a pesar sobre aquel lugar la desolada tristeza del destierro y sobre el alma del proscripto la nostálgica añoranza de la tierra amada.

* * *

María Luisa sería madrina de la criatura. Las atenciones de los dueños de casa se dirigían, por consiguiente, principalmente a ella, y de rechazo un poco a nosotros. Allí estábamos, además de la madrina, Aurora, Celina, Eduardo Del Valle, algunas otras personas y yo. Dos personajes, o mejor dicho una pareja, conservando riguroso incógnito, discurría también por allí.

Han hecho el viaje casi clandestinamente y aún estaban con algún temor. Respetemos el misterio de que se han rodeado y no los descubramos hasta el momento necesario.

Eduardo Del Valle asistía a la fiesta invitado por Aurora. Su presencia, como era de presumirse, me había contrariado desde el primer momento, contrariedad, que a pesar de mi esfuerzo, no logré dominar. Me prometí desde aquel instante pasar un mal día.

Anteriormente tenía proyectado explorar el ánimo de Aurora, sondar sus pensamientos, si en realidad sabía o sospechaba mis secretas torturas. Pero, desde que supe que a instancias suyas se invitaba a Eduardo, perdí toda esperanza y caí en un

profundo abatimiento, que solo disimulaba a medias.

No vencido del todo, sin embargo, pretendía acercarme a ella, animado por aquel optimismo que perdura en todos los espíritus, aún en los peores momentos y, así, cuando la orquesta preludió una pieza, abandoné mi asiento con el ánimo de solicitarla de Aurora. Pero condenado esa vez y siempre a soportar mi fracaso, Eduardo, que se había adelantado, salía ya a danzar con ella.

Mi contrariedad subió de punto y me retiré a aguardar a un lado. Todas las parejas se lanzaron a bailar. Nadie quedó en su asiento. Solo yo permanecí sin compañera. Pesaroso de aquella situación me volví a buscar con la vista a alguien con quien salir y mis miradas se encontraron con las de Celina. Era la única que quedaba en su asiento. Por una extraña combinación de circunstancias nos encontrábamos, frente a frente, como destinados el uno al otro. Aquella situación me puso en el trance de no poder eludir una franca manifestación de desvío.

No me atreví a acercarme a Celina ni a bailar con ella. Mi pesadumbre era demasiado grande para ocultarla y huí de allí como un culpable.

Los bosques próximos que bordeaban el río eran hermosísimos y me interné en ellos caminando al acaso.

Me dominaban ideas tristes. No se me ocultaba que aquello no podía continuar por más tiempo. Eduardo se interponía resueltamente en mi camino y, aún sin él, mi suerte seguiría siendo incierta y dificultosa. Era, pues, inútil mi empeño y vanas mis esperanzas. Permanecí algún rato vacilando apesarado y seguí luego por entre la espesura

hasta la orilla del río, que formaba en esos lugares una pronunciada curva.

Una bandada de chiquillos armaba gran alboroto en ese lugar, intentando pezcar desde un bote amarrado a la orilla.

Acerquéme a ellos y me entretuve allí un largo instante. Preocupado por mi situación tirante y difícil, sin lograr alejar de la mente las ideas penosas y tristes, decidí regresar y me encaminé por la misma ribera del río hacia la casa, donde seguía oyéndose, de rato en rato, los alegres acordes de la orquesta.

Habría andado como cincuenta metros y me aproximaba al lugar de la fiesta, cuando llegó hasta mí rumor de palabras.

El barranco, la curva del río y el tupido follaje de los árboles, me impidieron distinguir a los que hablaban. Pero mi ignorancia no duró mucho.

Escuché. Una voz harto conocida se expresaba con acento claro:

—Usted ha sido siempre inconstante y voluble como todos los hombres y más que todos...—decía Aurora.

—Los hombres —replicó la voz de Eduardo— son inconstantes y volubles como las mujeres, hasta el momento en que encuentran lo que hasta entonces no han encontrado...

—¿Y usted podía afirmar que ha encontrado hoy lo que hasta hoy no ha encontrado?

—Sin duda alguna, Aurora. He tenido la rara fortuna de hallar en usted no sólo lo que no he hallado hasta hoy sino lo que no esperaba hallar.

Era demasiado para mí. Un dolor agudo y punzante me laceraba el corazón. Me retiré de aquel lugar tornando sobre mis pasos, renunciando a oir más.

Llevaba aquella herida mortal en el alma.

Era lo único que faltaba para dar remate a mis amarguras.

XI

UN CONTRATO SIN ESCRIBANO

Alejada del tumulto del baile, sin tomar parte en la algazara y general animación, una joven pareja había tomado sitio bajo la sombra de un naranjo. Interesante en extremo sería lo que allí se hablaba porque ni ella ni él se habían dado cuenta de lo que ocurría en torno, ni del examen minucioso de que se les hacía objeto. Eran Adelina y Claudio.

—Nunca imaginé—decía ella—que mi papá sería tan malo conmigo. Hace un año que me tiene internada en el colegio, con el pretexto de aprender labores. Y sabe él cuanto amo la libertad. Nunca me dijo el motivo real de mi reclusión, yo ignoro completamente lo que pudo haber ocurrido, solo sé que ha cambiado radicalmente y que ya no me quiere como antes...

—¿De cuando data ese cambio?—preguntó él con interés.

—Hace más de un año, desde el último golpe...

—¿Y no sabes a qué atribuirlo? ¿No te ha dicho algo?

—Nada, ni una palabra. Aquel día en que todo el mundo amaneció contento por el fin de la lucha, él amaneció sombrío y mudo. Y un mes más tarde me encerraba en el colegio, con recomendación de no dejárseme salir sino los *Domingos*.

—¿Y no sabes la causa?

—No la sé.

—¿Nunca te ha hablado de mí?

—Nunca. No sabe que existes, según creo.

—¡Quién sabe! Sospecho que no soy un desconocido para él...¿Y no te habló de un herido que una noche trajeron moribundo a tu casa?

—Papá no me habló de él, al contrario, esquivaba toda conversación al respecto. Pero yo sé que esa noche estuvo un herido en casa. Yo dormía, no pude saber nada, de mañana muy temprano vinieron a buscarlo y se lo llevaron, sin que yo le hubiese visto el rostro. La pieza quedó manchada totalmente de sangre. Desde ese día data el cambio que noté en papá. A todas mis preguntas se limitó a contestar con monosílabos. Le veía preocupado y extraño ...

—¿Y nadie te contó quien era aquel herido?

—Nadie.

—¿Y no lo presumes?

—¿Cómo voy a presumirlo?

—Yo creí que lo sabías.

—¿Y lo sabes tú?

—Es un viejo amigo tuyo.

—¿Mi amigo?

—Y algo más. Haz un esfuerzo en saberlo.

—Es inútil, no puedo sospecharlo.

—Piensa que es alguien que te interesa un poco y sobre todo que se interesa de tí mucho...

—¿Lemoine?—dijo ella sorprendida.

—¡Lemoine!—repitió él como si le hubiesen dado una estocada—¡Lemoine! Seguramente tendrás razones para pensar que «tu novio» es un valiente...

—¡Claudio! ¡Porqué hablas así! ¿Acaso no sabes mi manera de pensar? ¿Eras tú quizás aquel herido?...

Y al decir esto, como si sus ideas se hubiesen aclarado repentinamente, abrió los ojos exclamando enseguida:

—¡Ah! Ya me lo explico todo. Tú eras aquel herido y hablaste con papá ¿verdad? Y lo supo todo ¿no es así? ¿Y por qué me lo ocultaste tanto tiempo?...

—No, yo no hablé con tu papá ni él conmigo.

—¿Pero eras tú aquel herido?

—Sí, era yo.

—¡Desdichada! ¡Y como no lo sospeché siquiera! ¿Y qué es lo que te pasó?...¿Y quien te hirió?...¿Y qué te dijo mi papá?

—No hablamos ni una palabra, pero presumo lo que ha pasado. ¿Tú recuerdas de un medallón que perdiste?

—¡Mi medallón! Sí, un obsequio de papá, que perdí hace mucho tiempo.

—Pues, ese medallón lo tenía yo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Un día, al escaparte, de un modo bastante arisco por cierto, se te cayó en el suelo. Yo lo recojí y lo conservaba conmigo siempre. No sé lo que habrá ocurrido aquella noche porque perdí el sentido varias veces, pero es lo cierto que al día siguiente el medallón no se hallaba en mi bolsillo, había desaparecido.

—¡Ah!—exclamó Adelina—Papá lo habrá encontrado y adivinádolo todo.

—Pregunté a los que me acompañaban, pero nada supieron decirme. Solo pudieron informarme que don Hugo había cambiado súbitamente aquella noche, al extremo de haberse encerrado en un inexplicable mutismo. Un momento habíase acercado a preguntar quien era yo y retirádose nuevamente sin pronunciar una palabra más.

—Sí, sí, mi papá lo habrá encontrado y, sospechando quien sabe qué cosa, me ha encarcelado en el colegio. Si no fuera por Celina, a quien conocí en las clases de labor, no sé como lo hubiera pasado. Es tan monótona, tan triste, la vida en el colegio.

—¿Pero no salías los Domingos?

—Sí, para irme un momento a casa...

—A recibir una visita...

—A ver la seriedad invariable de papá...

—Y a recibir una visita.

—Bien sabes que fuera de mi voluntad.

—Pero te ibas y «lo» recibías.

—Estaba desesperada. Por respirar un momento al aire libre me resignaba a soportarlo. Sabes demasiado que es difícil contrariarle a papá...

—¿De modo que si él te impone que «lo» aceptes, le obedecerás?

—No le obedeceré, porque ese hombre no me gusta.

—¿Y si te impone que me olvides?

—Menos. Me rebelaré.

—¿Y si quiere separarte de mi lado y llevarte al extranjero?

—No iré.

—¿Y si te impone que te cases con Lemoine?

—No me casaré.

—¿Y si yo te digo que te quiero mucho, con locura y...

—Exigiré pruebas, pruebas concluyentes.

—...¿Y si me presento a don Hugo y le digo que?...

—Te arrojará de su presencia sin vacilar.

—¿Y entonces?...

—Déjame obrar. Yo le conozco a papá. Ten paciencia.

—¿Y me avisarás?

—Te avisaré. Pero por lo pronto debes hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Terminar tus estudios.

La cara del interlocutor se nubló tan por completo que hizo sonreir a Adelina. Claudio contestó.

—¿Tú quieres que estudie?

—Quiero y exijo.

—Pues...trataré de estudiar, por complacerte.

—Estudiarás, quiero tu palabra ¿me lo prometes?

—Es que tú no sabes...me siento enfermo de la cabeza....

—¿Me das tu palabra?

—Y tengo la vista algo delicada...

—¿Me das o no tu palabra?

—¡Uf!—exclamó Claudio con pavor—¡Un poco de piedad Adelina!

—Es que yo tengo mi proyecto y en él entra como parte principal la terminación de tus estudios, ¿Prometes?

—Sí—articuló, por fin, vencido el poeta—te lo prometo, pero con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Que le hagas retirar a Lemoine de tu casa.

—Concedido.

—Y que me des un beso...

Sonrió ella y luego dijo:

—Te propongo una transacción.

—Dila.

—Por cada asignatura que rindas te daré uno...

—¡Descorazonada!... Pero yo te probaré que lo merezco...

XII

ENTRE PADRE E HIJA

He aquí lo que había ocurrido.

Don Hugo resolvió aquella noche no decir una palabra sobre su inesperado descubrimiento a Adelina, pero inflexible en su tremenda indignación por lo que juzgaba una traición de su hija, la internó en un colegio de religiosas con el decidido propósito de tenerla allí hasta su matrimonio con Carlos Lemoine.

Adelina quiso protestar al principio, enseñando nublada su bella carita, pero al instante se dió cuenta que se trataba de una de aquellas resoluciones frías y meditadas de su padre, contra la que no cabía apelación.

Don Hugo había notado más de una vez el manifiesto desvío que revelaba su hija con respecto a Carlos Lemoine, cosa que aumentaba su enojo.

Una frialdad severa había sobrevenido en las relaciones de padre e hija. Don Hugo sufría horriblemente pero nadie oyó de sus labios una sola queja. Devoraba en silencio su dolor. Adelina a su vez, prisionera en aquel colegio y rebelde a su inexplicable y repentino encierro, intentó pedir a su padre alguna explicación pero en vano. Este estaba demasiado resentido con ella y si bien pudo ocultarle el motivo no pudo hacer lo mismo con su enojo.

Por fin, Adelina pensó vagamente lo que era natural pensar, aunque sin estar cierta de nada. Que don Hugo había sido informado por alguien de sus relaciones con Claudio. No le satisfizo del

todo esta explicación pero se encerró a su vez en una prudente reserva. Resolvió disimular menos que antes la aversión que le causaba «su novio» oficial y desengañarle definitivamente.

La lucha quedaba planteada entre padre e hija.

Los Domingos tenía permiso Adelina para ir a su casa, pero había concluido por renunciar a esta franquicia en vista de encontrar invariablemente a Carlos Lemoine, aguardándola en compañía de Don Hugo.

Aquella alma indómita sentía bullir en sí todos los gérmenes de la más santa rebeldía. Se creía tiranizada y oprimida por causa de aquel hombre y le cobró un odio mortal.

En el colegio trabó relaciones con Celina González, quien iba dos veces semanalmente a clase de labores. Simpatizaron una con otra y de resultas de las confidencias inevitables entre dos compañeras de colegio, apareció por allí la figura de Claudio Rivera.

Celina contó en su casa las penurias de Adelina. Yo añadí las de Rivera que conocía. Y resultado de todo ello, resolvimos mediar en el conflicto, acercándolos.

Por primera providencia Claudio escribió una larga carta a Adelina, acusándola de ingratitud y desamor, carta de la que Celina fué portadora.

Adelina contestó con otra, haciendo iguales reproches y en lo sucesivo la correspondencia fué cada día más nutrida.

Y finalmente, mediante una hábil estrategia y una combinación maestra de circunstancias, ciencia en la que descuellan las mujeres, Claudio y Adelina se vieron inesperadamente reunidos aquel día en el paseo.

Adelina había cambiado visiblemente. Ya no era la niña indómita y voluntariosa de los primeros tiempos; aquella tiranía que sufría la había cambiado mucho. Había dejado de ser la niña mimada de su casa para ser la recluída del colegio. Y lo que era peor, se sentía en su casa una víctima; cosa a la que los padres debieran temer mucho más que a todos los pretendientes sospechosos.

XIII

REVELACIÓN

Amargado, pesaroso, vacilante la esperanza, contemplaba con tristeza mi dolorosa situación.

En el flujo y reflujo de mi fe moribunda, pensaba en el amor de aquella mujer que me absorbía el corazón y el pensamiento. A ratos, la confianza ya perdida renacía repentinamente. Pensaba en la inconstancia proverbial de mi amigo Del Valle y mis esperanzas sonreían en el fondo de mi alma. El único obstáculo que me robaba el amor de Aurora era Eduardo. Yo podría, después de todo, hablarle, contarle lo que pasaba...

Pero a punto de tomar una resolución, un pensamiento súbito me asaltaba como un remordimiento anticipado. Trataba de convencerme, buscaba y encontraba razones y argumentos, me justificaba plenamente como un culpable que prepara una previa defensa... Pero algo había en el fondo del corazón, algo que no quería confesarme a mí mismo, que me gritaba con el grito de la conciencia herida, que allí había otro obstáculo interpuesto ante mis ojos y que yo no podía, no debía querer a aquella mujer.

Una sombra se levantaba en mi camino, cerrándome el paso. Y no sé por qué adivinaba en el raro mirar de aquella imagen brumosa, un reproche tan tierno, tan suave, que un enternecimiento repentino corría en todo lo más íntimo de mi ser.

Me sentía conmovido.

Pero la visión dominadora y soberana de Aurora no tardaba en recuperar su natural imperio. Sus ojos me miraban, sus labios me sonreían, sus brazos me llamaban... ¡Aurora! ¡Aurora!... Quería morir junto a ella, olvidado del mundo, de mí mismo, de todo.

No era ya posible ocultar por más tiempo las locas palpitaciones de aquel corazón, que en cada ritmo gritaba su pasión y descubría su angustia.

* * *

En mis tribulaciones pensé en mi buena y noble amiga Felisa. Estaba por volver con su anciana madre a la ciudad. Un domingo de tarde me presenté ante ellas en su residencia de campo.

Felisa me acogió con la amable cordialidad de costumbre. Yo había estado repetidas veces a visitarlas, pero así y todo la encontraba físicamente cambiada. Frescura, lozanía, salud plena, respiraba su rostro.

Hablamos primero de todas las minucias e incidencias de los últimos tiempos y no tardó en recaer la conversación sobre el espinoso tema.

—¿Cómo anda usted?—me preguntó Felisa con intención, mirándome con fijeza.

—Como siempre—contesté trasparentando alguna melancolía en mis palabras.

—¿Siempre indiferente?—siguió ella con manifiesta incredulidad,

—Siempre...

—No me engañe. Mire que yo soy capaz de penetrar sus pensamientos y descubrirle.

—Después de todo, no tengo secretos...

—¿Es capaz usted de afirmar eso? ¿No cree que yo haya podido penetrar lo que con tanto cuidado ha ocultado usted hasta aquí?

—¿Qué sabe usted Felisa?—exclamé con cierto temor, convencido de que mi amiga todo lo sabía.

—Conozco su secreto—concluyó con firmeza. Lo sospeché hace mucho tiempo.

—¿Sabe usted Felisa?...

—Sé que está enamorado de Aurora.

—¡Silencio!—le interrumpí casi asustado.

—¿Para qué callar lo que es verdad? Usted está enamorado de Aurora y es deber mío hablarle como una buena amiga, con entera franqueza.

—¿Encontraría, pues, mal que yo la quisiese a Aurora?

—Lo encuentro mal, muy mal, peligroso, criminal, culpable...

—¿Por qué Felisa, por qué?...

—Contémplese usted, mire en torno suyo y dígame si puede amar a Aurora.

—Es que la amo desgraciadamente.

—¡Desgraciadamente! Esa es la verdad, porque Aurora no podrá quererle a usted nunca.

—¿Le quiere a Eduardo?

—No sé, pero no es ese el principal obstáculo.

¡Ah! Yo sabía que no era aquel el único ni el principal obstáculo, pero callé sin atreverme a decir una palabra.

Felisa prosiguió:

—¿Ha pensado usted alguna vez en Celina?

—Muchas veces, no una.

—¿Y nada le han dicho su conducta, sus maneras? ¿No ha intentado penetrar la causa de sus silencios y de sus tristezas? ¿No ha encontrado todo eso extraño y raro?

—Acaso la muerte de Marcial...—repliqué.

—No, no esquive la cuestión, Celina es una víctima suya. Usted es un criminal que la mortifica a todas horas. Y usted lo sabe bien.

—¡Felisa!—exclamé interrumpiéndola—Yo nunca le hice daño.

—Le ha hecho y le hace. Celina le quiere, le quiere con un cariño profundo y único, que solo ella es capaz de sentir. Su desvío es un crimen contra esa pobre alma atormentada. Créame, usted no encontrará nunca una mujer que le quiera como ella. Oculte, sacrifique su amor a Aurora y acérquese a Celina. ¡Si usted supiera, si usted pudiese imaginar tan solo cuanto le quiere Celina! No vacile, acérquese a ella. No se arrepentirá nunca y será feliz a su lado.

—Felisa, eso es matarme, no es posible.

—Haga un esfuerzo, sea un héroe y sacrifique su amor en homenaje a Celina. Usted será feliz. Ella no tiene otra ilusión ni otra esperanza. Vive refugiada en ese amor y una desilusión la mataría. Fíjese en ella, estúdiela y dígame si es capaz usted de matarla.

—No puedo, Felisa, no puedo.

—Entonces—replicó ella con firmeza, cambiando de tono—retírese de esa casa y sobre todo oculte con cuidado sus sentimientos. No vuelva a pisar allí. Aléjese sin tardanza y no olvide al irse que ha matado un corazón y que jamás encontrará una mujer capaz de hacer su felicidad como Celina.

—¡Por favor, cuanto sacrificio me exije usted! Eso es decretar mi muerte, Felisa.

—Retírese cuanto antes. Yo no tendré valor jamás para decirle a Celina que es la rival de su propia hermana. Yo callaré, pero retírese sin más dilaciones.

Incliné la cabeza, vencido por la fuerza de las cosas y al despedirme de Felisa le había prometido que ahogaría aquel desdichado amor y que me alejaría para siempre.

XIV

AGONÍA

Resuelto ya a retirarme prolongaba, no obstante, aquella agonía de mis esperanzas. ¡Cuán doloroso me era tener que renunciar bruscamente a cuanto más amaba en la vida!

Aquella noche nos agrupamos, como otras tantas veces, en torno a la mesa para leer juntos un libro.

«La Mujer», de Severo Catalina, especie de breviario de mis amigas, era el señalado por Celina.

—Es un libro precioso—indicaba hojeándolo—Yo quisiera que todos los hombres lo leyesen y lo meditasen un poco.

Leyó párrafos, capítulos enteros, sentencias y sanos consejos. Nosotros la escuchábamos con religioso silencio.

—Oiga esto—me dijo Celina.

Y leyó:

«Al hablar de una mujer, preguntaban nuestros abuelos: ¿es honrada?

«Nuestros padres solían ya preguntar: ¿es hermosa?

«Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente: ¿es rica?»

Y al terminar la lectura se volvió hacia mí riendo con intención y preguntando:

—¿Qué le parece?

—Me parece que es verdad, pero...

—¿Pero qué?...

—Que yo me excluyo modestamente de la regla.

—Eso veremos—arguyó María Luisa—usted no ha llegado aún al final de su carrera.

Celina siguió leyendo. Encontró los preciosos versos de Sor Juana Inés de la Cruz y ensayó recitarlos de memoria.

«Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón
sin ver que sóis la ocasión
de lo mismo que culpáis».

.....

—El amor. ¿Le gusta?—me interrogó.

—Como no, el motivo no puede ser más interesante.

No sé si en la voz de Celina vibró una acentuación especial, pero pensé que aquel capítulo me lo tenía reservado con intención.

Celina leyó:

«El amor se siente, no se define»

.....

«Solamente los poetas, que reciben en los rayos de la luna raudales de inspiración, comprenden lo que dice al alma su melancólica palidez; ellos saben el secreto de la nubecilla que flota y ven palpitar el seno de las flores y comprenden el vago rumor de la fuente que murmura y traducen el lenguaje de los ruiseñores y el tiernísimo arrullo de las palomas»

.....

«El amor—dice Mad. Stael—que no es más que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera en la vida de las mujeres»

.....

La lectura continuaba entre la atención concentrada de todos. A veces un párrafo o una sentencia provocaban una exclamación o un ruidoso aplauso.

Celina seguía leyendo. La acompañábamos a través de las bellas frases cinceladas, llenas de una sinceridad profunda y de una dulzura reconfortante y sana.

Celina, concentrada en la lectura, dominada por la verdad a veces consoladora y a veces amarga que fluía del libro, proseguía:

«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

«¡Ay, infeliz de la que nace feal.

«Infeliz es la mujer hermosa, infeliz la mujer fea; contra la primera conspiran las acechanzas y la seducción; la segunda no conoce sino la mitad de la vida. La primera vive, respecto al hombre, en el constante flujo de los engaños. La primera suele no corresponder a los que le aman; la segunda ama ordinariamente a los que no la corresponden» .....

.....

«Vosotras, las que habéis amado a un hombre que no os correspondía, que no os miraba, que no os conocía, tal vez, decid a esa raza excéptica que ha metalizado los sentimientos más puros del alma, decidle si existen o no los verdaderos mártires del amor»

.....

En la voz casi temblorosa de Celina, vibraba tal acento de convicción y de verdad y en sus ojos de mirar piadoso había una angustia tan honda

que, turbado, anonadado, doblé la cabeza ocultando la expresión. Y sentí que me miraban, sentí que sobre mí pesaban seis ojos acusadores e inexorables.

La lectura siguió, por fin, pero en vez de devolverme la calma fué aumentando mi confusión. Celina iba cambiando gradualmente el tono de su voz. El autor hablaba de las declaraciones de amor.

.....

«.....la mejor declaración es la que no se hace».

«Y la razón es muy sencilla: Cuando el hombre siente mucho habla muy poco o no habla».

«Para una mujer delicada no hay declaración de amor más seductora que la timidez y el embarazo de un hombre de talento»

.....

«No hay nada más poético ni más grandioso que el amor de dos personas que nunca han hablado de amor»

.....

«¿Sabéis donde está la verdadera, la explícita declaración de amor? En la conducta misma del hombre que se os acerca y apenas se atreve a alzar la vista para miraros».

.....

«.....si llega hasta vosotras un hombre digno y leal que os ama sin decíroslo, que os contempla y calla, que sufre y calla, que espera y calla, fijad la vista en él, calmad su pena, corresponded a sus esperanzas»

.....

La lectura terminó en medio de un silencio casi helado y aquella noche no hubo comentarios.

Había llegado el momento decisivo. Yo debía hablar o abandonar aquella casa. El turbión se había precipitado y la borrasca soplaba con ímpetu sombrío en el horizonte de cuatro almas.

Mi tranquilidad había muerto.

XV

TINIEBLAS

Baja la frente, torturado el espíritu por mortal angustia, regresaba a pasos lentos, repitiendo mentalmente cuanto había oído en torno a la mesa en aquella noche infausta.

Mi silencio era un crimen, mi desvío timidez.

De aquel libro se habían valido para asestarme el golpe fatal. Una explicación no era posible. Felisa me había dicho: «Aurora no podrá quererle a usted nunca». Aquel libro todo lo explicaba y todo lo confundía.

«Los mártires del amor».....

«El amor de dos que nunca han hablado de amor».....

Es decir, la duda primero y la posible explicación después.

Existían allí mártires del amor y el culpable era yo. Se me interrogaba, se me increpaba y se me acusaba con aquellas frases candentes.

Seguía luego aquella extraña interpretación del silencio, en la que creían y no creían a la vez.

Yo debía hablar. Una palabra tan solo y acaso todo volvería a ser como antes.

Aguardar un día, un día hermoso, una tarde tranquila o una noche serena, cobrar aliento, vencer las indecisiones y confiar a Aurora el secreto que flotaba en mis ansias y latía en mi pecho.

Desnudarle, amorosa y rendida, aquella pobre alma enferma que bebía luz y esperanza en sus ojos. Contarle sus desvaríos, sus sueños, sus alucinaciones, todos sus anhelos..... ¡Decirle cuanto le amaba aquel corazón atormentado!....

Y todo tornaría a ser como antes. ¡Aurora! ¡Aurora!

¡Ah! Pero esa palabra... ¡esa palabra!.... ¡Imposible! Mis labios no serían capaces de modularla.

¡Torpe, iluso! ¿Pensar tan solo en ella no era un crimen inaudito, mayor que mi silencio y mayor que mi desvío? ¿Sería yo capaz de matar a aquella alma dulce y delicada, enferma también de idealismos y ternuras? Y Aurora, ¿consentiría acaso nunca en ser?.... ¡No! ¡Insensato!

¡Y pensé, seguí pensando, torturando la mente, exprimiendo el cerebro.

Recordé incidentes y detalles. Mi confusión aumentaba. Días atrás terminábamos la lectura de un libro de Pierre Lotí, «El pescador de Islandia». Llevado de una inocente simpatía, manifesté excesivo entusiasmo hacia un personaje de la novela. Un hombre rudo, enamorado ciego y loco, incapaz de levantar los ojos ante su amada, de modular una palabra o de implorar una gracia.

Sin sospechar la posible trascendencia de mi predilección, yo admiraba la nobleza del pobre enamorado, que apenas vivía entre tanto sufrir. Su amor era tan grande, su pasión tan pura que, en la turbación producídale por la presencia de su amada, ni siquiera lograba demostrarle su adoración con una mirada. Sus rodillas torpes no acertaban a doblarse ante ella en señal de rendida devoción. Tímido y cobarde huía de su amada.

Y recuerdo más aún, recuerdo que ellas censuraban la conducta del pobre tímido y yo la defendía con calor.

Coincidencia extraña fué todo aquello. Defendiendo a aquel obscuro héroe de novela yo defendía, en concepto de ellas, mi propia causa.

Celina me había escuchado con atención, me había mirado fijamente y luego sonreído un poco. Creyó, seguramente, haber penetrado mi pensamiento. ¡Y cuán lejos estaba de él!

* * *

Aquella noche solo en mi pieza, sentado frente a mi mesa, junto a la pálida lumbre compañera de mis desvelos y labores, las tinieblas caídas sobre el alma, sin fe ni ventura, escribía llorando:

«Mi amiga Felisa».

«Acaba de romperse para siempre el hilo de luz que ataba mi existencia a la vida. Y al sentirme en el vacío, sin apoyo, vuelvo los ojos angustiados en busca de un alma generosa a quien confiar mis amarguras y mis lágrimas postreras».

«Recoja, mi noble amiga, recoja piadosamente estas pobres flores muertas de la única esperanza que alimentó mi juventud y embelleció mis días; recójalas y consérvelas a la memoria del amigo sin ventura que tanto sufrió y que acaso alguna vez ha merecido ser feliz».

«Soñé con la dicha, la acaricié de cerca, la miré con afán y pugné por llegar junto a ella... ¡insensato! sin pensar que la fatalidad tenía trazada ante mis pasos una senda obscura de la que no podré separarme jamás».

«Escúcheme, mi buena amiga, y déjeme llorar a su lado. Nadie penetró mi terrible secreto, nadie sospechó mi ignorado calvario. Solo la perspicacia natural de su espíritu consiguió levantar el velo y llegar hasta lo más recóndito de mi corazón. Usted encontró allí un abismo y retrocedió espantada. Y no obstante, Felisa, era tan bella la flor que allí crecía»!

«¡Pobre y desdichado amor!.

«Oculto a las miradas profanas, tímido ante la luz del sol, germinó sin ser sospechado, alimentándose en silencio con el recuerdo de una sonrisa fugitiva, o con el calor de una mirada que, traspasando las brumas, llegaba de tarde en tarde, a encender sus aristas con el color de las rosas».

«¡Que no lo sepa ella jamás! Que un misterio inexplicable caiga sobre el incomprensible amigo de tanto tiempo y que, al alejarme abrumado bajo el peso de mis congojas, no adivine ella que he huído de su presencia para ocultarle mi insensato amor. Que Aurora no sospeche jamás que, por un extraño y cruel capricho del destino, ha llegado a ser la triunfadora de mis amores, la rival victoriosa de esa pobre hermana, tan digna, tan dulce y tan cruelmente castigada como yo!...

«Lloro, mi buena amiga, lloro sin poder contener mis lágrimas ¡Es tanto lo que sufro!»

«He tenido sueños, aspiraciones, ideales altos, todo por ella. He querido triunfos, he querido honores para ofrendarle a ella».

«Me siento solo en la vida, no tengo un alma que comprenda y comparta mis fatigas y mis luchas. Por eso, cuando alguna vez en mi vida de estudiante me sorprendía algún triunfo, acaso inmerecido, yo volvía mis ojos para mirarla a ella y me sentía feliz por que me viera triunfante.»

«Hoy, en la bancarrota irremediable de todos mis sueños, me siento más solo que nunca y más que nunca desdichado.

«Sea usted, mi noble amiga, la piadosa depositaria de las cenizas de este amor que fué tan grande, tan abnegado y tan puro como desdichado. Séalo usted, Felisa, y guarde en el más hondo misterio este doloroso secreto que tanto tiempo alimentó mis esperanzas.

«Que esa pobre alma enferma, que esa pobre Celina, ignore para siempre cuanta ha sido la crueldad de mi destino y cuánta mi incapacidad para apreciar y admirar las bellezas de su corazón.

«Guarde usted, mi buena amiga, el girón desgarrado de este corazón, las cenizas ardientes del pobre amor que alimentó mi vida.

«Así le ruega su infeliz amigo.»

«*César Miranda*»

XVI

EN EL FONDO DEL ABISMO

Muerta la última esperanza que me alentaba y me fortalecía, imposible el sueño que con tanto afán acaricié, me abandonó por completo la fuerza artificial que me sostenía, aquella energía ficticia que me había ayudado a soportar y a sobrellevar con valor los sinsabores de la vida. Caí en una desesperación tan honda, tan profunda, en un abatimiento tan doloroso, encontré mi soledad tan absoluta, tan negro mi destino, que lo miré todo con desdén, con odio, con desprecio... Y renegué de la existencia.

Pensé en la muerte, pensé en ella sin vacilaciones, sin dudas de ningún género, como la única consoladora posible de mis desdichas, como la suprema libertadora que curaría mis dolores y mis torturas y me cobijaría en el seno de una paz infinita y de una eterna tranquilidad que necesitaba mi alma.

Me acosté ya tarde, pero no dormí ni intenté dormir en toda la noche.

Miré mi vida anterior, contemplé con una mirada de honda desesperanza mi pasado. Todo negro, todo triste.

Recordé, en el doloroso desfile que evocaba, mis antiguas ilusiones, mis bellas conjeturas de la vida, cuando aún creía posibles mis sueños de veinte años. Y luego mis tormentos, mis fracasos, mis eternos tropiezos del camino, pasaron en dolorosa procesión ante mis ojos amargados y cansados.

Y de nuevo surgió en la escena la figura esplendorosa que todo lo resumía para mí. La ví a mi Aurora, a mi hermosa, a mi incomparable Aurora, la única mujer que me hizo entrever en la lumbre de sus ojos la claridad del cielo. La encontré buena, dulce y amorosa. La ví en aquellos largos diálogos confidenciales en que solía mirarme con tanta dulzura y la oí, por última vez, llamarme con un diminutivo cariñoso.

Pensé, seguí pensando con cruel obstinación, desgarrando sin piedad mi propio corazón. Y tras el recuerdo de todo aquello que tan fugaz y brevemente había alegrado mis últimos tiempos, tras los episodios adorables, las escenas íntimas y las horas amables, llegué en la rápida sucesión de mis ideas, a aquella eminencia desolada en que me agitaba... Y me encontré solo, aislado, sin esperanzas, en el fondo del abismo, rodeado de sombras, acosado de dolor...

Y no pudiendo contener por más tiempo la horrible amargura que me sofocaba, prorrumpí en sollozos.

Lloré, lloré la inutilidad desesperante de mi vida, la muerte fatal, inexorable, que caía sobre mí...

* * *

Todo el día pasé obsesionado por la idea fija que llenaba mi cerebro.

Negro, negro todo. Una soledad profunda, un infinito cansancio de la vida, la muerte de todo deseo, de todo afán para lo futuro, tales eran los sentimientos dominantes de mi espíritu.

No comí en todo el día. Estaba firmemente resuelto. Imaginé los medios y la forma de llevar a cabo mi propósito. Tenía un revólver y con él consumaría mi objeto. Escribiría dos cartas, una a Aurora, otra a Celina. Le pediría a Aurora solo un ramo de flores sobre la tumba de su pobre amigo. A Celina le rogaría que perdonase el crimen de mi muerte, el único que había cometido en mi vida. Pero ni a una ni a otra no dejaría comprender la terrible realidad que me arrastraba al sacrificio.

Me senté ante la mesa, tomé la pluma y empecé a escribir. Mis ojos estaban secos, mi expresión sombría. Daría el último paso con valor, sin mostrar debilidad alguna. No haría adivinar la tremenda desesperación de mi alma. Me expresaría con tranquilidad, serenamente.

Las horas pasaban, la tarde había transcurrido y obscurecía ya cuando unos golpes precipitados en la puerta, me sacaron de mi abstracción. Salté bruscamente de mi asiento, como sorprendido en falta, pero antes que tuviese tiempo de llegar junto a la puerta, ésta se abrió y Rafael García Carrasco se abalanzó hacia mí, abrazándome y reprochándome afectuosamente:

—Ánimo, valor, amigo mío—exclamó—Entregarse a la desesperación, además de ser inútil, es cobardía.

No intenté disimular mi estado ni la idea que me absorbía por completo.

—¿Lo sabías?—le pregunté maquinalmente.

—No lo sabía, lo supe hace un momento, casualmente, por una amiga que te quiere mucho y bien...

—¿Felisa?

—Felisa.

—¿Está aquí?

—Sí, ha vuelto hoy. ¿Conque es cierto? ¿La querías Aurora, no a Celina y ahora todo ha muerto para tí?

García Carrasco se sentó junto a mí y, examinándome fijamente, continuó:

—Estás desesperado ¿verdad? Todo lo ves negro, ya no hay sol ni hay cielo para tí ¿no es así? ¿Conque todo es cierto?

—Espantosamente cierto.

—No me he engañado, pues, he adivinado tu estado y por eso vengo. Y ahora ¿qué piensas hacer?

—Nada.

—Como nada.

—Absolutamente nada.

—Presumo que piensas hacer un disparate.

—¿Disparate? ¿Y si así fuese?

—Si así fuese estoy yo aquí para disuadirte de ello.

—Poderosas razones necesitarías.

—No me faltan. Me bastaría con preguntarte si no tienes algún objeto, algún fin en la vida.

—Y a mí me bastaría con responderte que no tengo ninguno.

—¿Ningún ideal, ninguna aspiración?

—Los tuve un tiempo.

—¿Y ahora?

—Acaban de anonadarme.

—¿Y qué ideal es ese?

—Demasiado lo sabes.

—¿El amor de Aurora? ¿Y nada más que eso? —contestóme García Carrasco con cierto desdén que me molestó en extremo.

—¿Te parece poco?

—Te respondería que me causas profunda lástima si no me espantara tu estado.

—Tú desprecias las cosas del corazón y no las comprendes ni las comprenderás nunca.

—Error tuyo. Ni las desprecio ni dejo de comprenderlas. Les concedo su justo mérito y les asigno su verdadero valor. El amor es uno de los sentimientos mas dignos del alma, más bellos y mas admirables, nadie lo niega. ¡Felices los que aman! Pero no es, no puede ser, no debe ser, el único objeto de la vida. Piensa solo un rato...

—Demasiado he pensado.

—..Reflexiona solo un rato sobre las desastrosas consecuencias que sobrevendrían si todos los jóvenes pensásemos como tú... Un amor contrariado o desdeñado—que los hay a mares, no lo dudes — y ¡un suicidio como única solución!... ¿Adónde iría a parar una sociedad, con su mejor juventud desaparecida por amores contrariados? ¿Adonde iría a terminar nuestro propio país con semejante doctrina?

—No me importa ni me preocupa...—contesté fastidiado.

—Pues...mientes, te calumnias. Yo sé que te importa, yo sé que amas a tu tierra y te preocupa sus males. Yo sé que quieres su redención, su prosperidad, su grandeza... Pero, volviendo a nuestro tema, debo insistirte en que yo nunca he desdeñado los sentimientos del corazón; estimo y admiro el amor como uno de los más respetables y grandes impulsos del alma humana, pero no debe ser el objeto, el fin único y absoluto de la existen-

cia de un hombre. Desgraciado del ser que tenga por ideal único el amor de una mujer. Muerto el amor, que es el más perecedero y frágil de los sentimientos, muerto el amor, la bancarrota, la nada, la muerte... ¡Pobre sociedad entonces!...

Yo callaba, más molestado que convencido con semejantes razones. García Carrasco continuaba con una tenacidad impertinente:

—Me dices que no tienes objeto en la vida y yo te digo que no solo tienes objeto sino que tienes deberes, deberes sagrados que cumplir. No te suicidarás ni volverás a pensar en ello, porque no tienes derecho a morir, ni tienes facultad para sustraerte a ineludibles e improrrogables compromisos que te imponen tu juventud y tu talento....

—Me río yo de mi juventud y de mi talento.

—No te burles y escúchame. Yo vengo decidido a hacer de tí un aliado y un hombre útil a nuestro país.

—¿Útil, un deshecho humano, sin aliento y sin voluntad?

—Te lo iba a decir. Yo estoy decidido a que los tengas y estoy además resuelto a combatir en tí ese peligroso predominio del corazón sobre el cerebro.

—Has llegado tarde y nada puedes hacer—repliqué en el deseo de que me dejase en paz.

—No, no te creo. Tu mal durará lo que tú quieras. Ahógalo en este mismo momento, bórralo de un heróico trazo, suprime tu excesivo sentimentalismo, mira claro en el fondo y todo se acabará hoy. En cambio, laméntate, abandónate al dolor y tu mal será eterno. Yo quiero que te cures y a ello vengo. Tú debes reaccionar, tú debes vivir...

—Estoy decidido—le contesté bruscamente, dan-

do por terminada aquella sesión fastidiosa—¿Quien puede obligarme a vivir si yo no quiero?...

—Ese viejo enfermo...

En ese momento un gemido de dolor se oyó en la pieza contigua.

—¡Mi padre!—exclamé con pena, doblando la cabeza. Y una lágrima humedeció mis ojos.

—Sí, tu padre—continuó García Carrasco—Tu padre anciano, en primer lugar, a quien no dejarás entregado a la caridad pública... Pero prescindo de él. Tú debes vivir aún por otras razones, tú debes vivir y luchar. Yo vengo a pedirte tu alianza, quiero firmar contigo aquel pacto, del cual ya hablamos alguna vez. No seremos solos...Nuestro país se debate en un caos. La inmoralidad y la corrupción todo lo minan. No hay honradez, no hay carácter. Yo te ruego, te suplico, te pido, te exijo, por ti mismo y por el amor de tu tierra, que colabores en la obra de los que vamos a levantarnos contra toda esa ignominia colectiva...

—¿Y quienes son esos?

—Tú, yo y otros muchos. ¿Estás decidido?

—Nada puedo hacer yo.

—Mucho puedes si lo quieres. Un poco de valor, amigo mío, un poco de valor. No te dejes vencer por tan nimia cosa. Consérvate para bien de tu país, únete a nosotros y coopera en la gran obra. Aún te diré más. Ahora mismo, en este momento de supremo dolor para tí, puedes realizar una buena obra...

—¿Cuál?

—Escribir.

—¿Escribir? —repliqué con desdén—¿Y qué cosa?

—Escribir un libro. Tú puedes aprovechar este estado de hiperestesia de tu espíritu para escribir una novela. No me vas a negar que el

asunto te seduce y que es novelesco cuanto ha ocurrido en tu desdichada pasión por Aurora. Allí podrás pulsar todas las cuerdas de tu corazón. Podrás llorar, gemir, maldecir y hasta te consiento que...te suicides al final, para hacer más interesante la obra. Estoy seguro que será grata ocupación para tí.

—Yo nunca he escrito nada.

—Escribe, amigo, escribe. Tu corazón está sangrando. Recoge esa sangre y con ella escribe tu libro.

—Saldrá un adefesio.

—Salga lo que saliere, escribe.

En realidad la ocupación aquella era para mí la única posible y la única aceptable en semejantes momentos.

—¿Qué me dices?—continuó García Carrasco—¿escribes el libro y firmamos el pacto?

A pesar de sentirme más contrariado que vencido, seguí callado, sin hacer objeciones.

—¿Qué me respondes?—insistió de nuevo mi amigo.

—Nada.

—Cómo, nada. Yo no me retiraré de tu lado sin llevar una contestación categórica.

—En todo caso .. después hablaremos—contesté en el deseo de terminar la conferencia que se había prolongado con exceso.

—¿Después?... ¿Me lo prometes? Por hoy no te pido más. Pero quiero llevar la seguridad de que hablaremos nuevamente. Pero no lo olvides. Dentro de algún tiempo te preguntaré si no es bello y magnífico luchar por un ideal tan noble, tan trascendental y tan grande...

Cuando se retiró García Carrasco me sentía un tanto consolado, aún cuando persistía en mi ánimo las ideas sombrías.

Volví maquinalmente los ojos buscando el revólver. El revólver había desaparecido, no estaba allí.

¡Ah!... ¡García Carrasco, noble amigo!... En su piadoso intento de conservarme la vida, cuán triste favor me hacía!

Desde entonces García Carrasco no me dejó solo sino muy raros momentos. Como un médico afectuoso, preocupado de la salud de su enfermo, llegaba sin previo anuncio, en cualquier instante, a compartir conmigo mis largas y terribles horas.

No se cansaba de alentarme, dándome esperanzas e intentando hacerla renacer en mi espíritu. Me exponía con calor y convicción todo aquel bello plan de lucha que proyectaba para el porvenir. Y yo, abandonándome al ardor y entusiasmo de sus frases, me olvidaba a menudo de mis dolores para escucharle con alguna atención.

Pero iba él y volvía a caer en el más profundo abatimiento, olvidando ideales, sueños y aspiraciones, pensando solo en la mujer que había dorado mi juventud con un fugitivo rayo de sol y de esperanza y que hoy me mataba en la soledad y el silencio.

XVII

DESVARÍOS

Felisa había vuelto a la ciudad con su anciana madre. Nunca necesitaba yo tanto como entonces un alma afectuosa a quien confiar la pena que me torturaba noche y día.

Ella no esperó que fuese a llamar a su casa. Me comunicó su vuelta y me invitó con amable insistencia que fuera a visitarla.

En una de aquellas tardes en que todo me era sombrío, triste y desolado, me encaminé, pues, a buscar un poco de reposo y de consuelo junto a ella.

Felisa me recibió con su habitual benevolencia.

—¡Pobre amigo! —me dijo tendiéndome la mano—yo sé cuanto sufre en estos momentos. Pero sea usted fuerte y no desespere. Acaso alguna vez la suerte sea más propicia para usted.

—No, ya no la busco ni la espero.

—¿Tan desencantado está?

—Tan desencantado que si me ofreciesen la desdeñaría sin vacilar.

—Es usted joven, no se aflija. Quizás algún nuevo sentimiento, algún nuevo amor...

—¿Un nuevo amor? No blasfeme, Felisa ¿Piensa usted, por ventura, que yo volveré a amar alguna vez?

—Aurora puede ser sustituída.

—No, no lo espere. Yo llevaré al morir el recuerdo intacto de ella. ¡Lo juro!

—Sus ilusiones florecerán de nuevo, no lo dude.

—Alguna ilusión quizás, pero el amor de una mujer no volverá a iluminar mi senda. Viviré por deber. Y le hablo con serenidad, créame Felisa. Mis sentimientos no volverán a animarse nunca con esa bella ilusión que alimenté hasta ayer. Es esta una catástrofe espiritual en la que ha muerto algo de mí mismo y jamás volveré a ser lo que he sido, ni a soñar lo que he soñado, ni a sentir como he sentido.

—Pero de todos modos, usted necesita fortificar su espíritu y sufrir con valor esta prueba.

—Eso sí. La sufro y la sufriré, no con resignación sino con una especie de furor tranquilo, ya que no me es posible sentir de otro modo. Viviré, yo le prometo Felisa.

—Así me gusta oirle.

—Viviré, y a menudo, si usted me lo permite, llegaré a su lado para remover todo ese pasado que adoro, aunque haga sangrar con ello mi corazón.

—Usted sabe que en mí tiene una hermana que siempre le ha querido y que tampoco ha visto sembrado de flores su camino.

—Lo sé, Felisa. Yo debo tomar ejemplo de su fortaleza y por eso le pido permiso para hermanar su dolor con el mío y para contemplar juntos el pasado, ya que el porvenir es una cruel imposición de la vida.

* * *

Desde aquel día, tarde tras tarde, marchando casi maquinalmente, llegaba a visitarla a Felisa.

Alma generosa y materaal, me recibía con afecto y me prodigaba atenciones que yo agradecía de corazón.

¡Qué consolador es encontrar en la desdicha un alma de mujer que comparta nuestros pesares!

Le contaba yo los más nimios incidentes y aprovechaba aquellas confidencias para conocer mejor los íntimos sentimientos de mis antiguas amigas.

—No sabe usted todo lo que ha perdido con Celina—me decía Felisa—ni sospecha ni imagina cuanto le ha querido y cuanto le quiere.... Yo puedo asegurarle que no encontrará usted un corazón más noble que el suyo, ni quien le quiera más, ni quien sea más digna de ser amada.

—¿Y Aurora?—interrumpí.

—¿Aurora? Aurora es también buena y sé que le aprecia mucho...

—¿Pero no sospecha?

—Acaso... es posible, no estoy segura, pero nunca lo ha hecho notar.

—¿Usted sabe algo?

—No, no tengo seguridad, no sé.

—¿Pero tiene algún indicio?

—A la verdad usted no disimulaba mucho sus sentimientos y un observador atento podría descubrirle.

—Pero ellas no.

—¡Quién sabe!

—¿Por qué se expresa así? ¿Por qué no me concede un instante de felicidad hablándome con franqueza de lo que es tan grato a mi corazón?

—Quizás interprete mal mis palabras y crea...

—No creeré nada. Háblame con sinceridad y no tema de mi parte una reincidencia imposible. Háblame por caridad, y si Aurora ha sospechado la existencia de mi cariño, tendré el consuelo de no haber pasado como una sombra a su lado...¿Lo saben ellas? ¿Lo sabe Celina?

—Celina no, estoy segura.

—¿Y María Luisa?

—María Luisa, tampoco.

—¡Entonces Aurora!...Por favor, Felisa ¿qué es lo que sabe?

—Nada de importancia, no se haga ilusiones.

—No me retiraré de aquí antes que me lo cuente.

—Un día usted trajo unas flores, dos preciosas rosas ¿recuerda?

—Perfectamente.

—Y con una de ellas la obsequió a Celina y con la otra a Aurora.

—Lo recuerdo.

—A la de Aurora le anudó usted una cintita rosa que encontró sobre la mesa.

—Es cierto—exclamé, haciendo memoria de todos aquellos detalles.

—Aurora conserva esa flor...

—¿La conserva?—interrumpí radiante de alegría—¿Y en dónde y cómo la ha visto usted?

—La encontré entre las páginas de un libro que ella había leído.

—La casualidad, nada más—dije un tanto descorazonado—La habrá abandonado allí como pudo haberla dejado en otra parte.

Expresé lo que antecede con el deseo de oír lo contrario de labios de Felisa, pero ella se limitó a responderme con una palabra que no satisfizo mi ansiedad.

—Seguramente—dijo y calló.

Después de un breve instante prosiguió:

—Una tarde...

—Una tarde ¿qué?—pregunté al verla que callaba mirándome.

—Quiero advertirle antes que son vagas conjeturas mías sin importancia.

—Ya lo sé. Nada tema—dije para instarla a que me la contase, mientras mi corazón palpitaba aceleradamente.

—Hace algún tiempo Aurora me hizo una visita en el campo. Una tarde estábamos solas. Ella se entretenía con un bordado y yo con otro. Era uno de esos momentos de intimidad y de abandono en que el alma se abre y se confía fácilmente. La tarde estaba triste. Guardábamos silencio ambas y seguíamos ocupadas en nuestra labor. Ella comenzó a tararear una bella canción. Y lo hacía con tanto sentimiento que me pareció notar en el

fondo alguna secreta melancolía.—¿Qué canción es esa?—le pregunté. Ella volvióse hacia mí y con cierta expresión de tristeza me dijo: es la canción predilecta de....—¿De quién?—insistí al ver que no terminaba la frase.—De César Miranda, dijo, como reponiéndose y con un tono de voz firme y claro que bastó para disipar cualquier sospecha.

—Conjeturas sin importancia—terminé yo, visiblemente contrariado con aquel final que desbarataba las risueñas esperanzas que había empezado a concebir.

—Ya se lo he dicho, son conjeturas nada más.

—Aurora es un enigma—concluí desconsolado.

—Y usted es un misterio, convénzase.

—Alguien, sin embargo, pudo haber descifrado el enigma y aclarado el misterio...y hecho acaso la felicidad de dos almas.

—Y la muerte de otra—concluyó Felisa—No hable usted así. Las cosas pasaron como debían de haber pasado. Nunca he tenido ni tendré el valor de insinuarle siquiera la terrible verdad; Celina se moriría y Aurora le despreciaría a usted...

XVIII

LA ÚLTIMA INJUSTICIA

María Luisa, Aurora y Celina, aprovechando la agradable temperatura de la siesta, habían resuelto hacer una visita a Felisa y, provistas cada una de alguna labor de mano para distraerse mientras conversasen, habían llegado ruidosamente a su casa causándole una verdadera sorpresa.

Hacía más de un mes que no se veían y tenían muchas cosas que contarse. Felisa notó, sin embargo, desde el primer instante, algo extraño en

sus amigas. Le hablaban con cierto embarazo y no se mostraban joviales como de costumbre, a pesar del esfuerzo que hacían para ello.

Cambiados los primeros saludos, sentáronse las cuatro en la sala y, entregadas a sus respectivas labores, entablaron una de esas conversaciones superficiales en que se habla mucho y de todo.

Notábase, no obstante, el afán de las tres visitantes por aparecer risueñas o al menos indiferentes.

Felisa empezó a sospechar el objeto verdadero de aquella visita y, a su turno, perdió la serenidad, viéndose asaltada de un vago temor.

Después de una charla más o menos insustancial concluyeron por quedar calladas las cuatro. El silencio era ya harto prolongado, cuando María Luisa dirigió a Felisa esta pregunta, en un tono que quería ser indiferente:

—¿Y Miranda? Dicen que te visita a menudo.

—Sí, algunas veces.

—Todos los días. Al menos así se nos dijo.

—No, alguna que otra vez, cuando le ataca mucho su mal.

—¿Está enfermo?

—De aburrimiento, de tedio.

—¿Y viene a buscar su curación aquí? No es extraño. Desde luego él nunca ha ocultado su predilección—contestó en tono casi agresivo María Luisa.

—Sin embargo, yo le he creído siempre un indiferente.

—Aprensiones de enamorada, quizás. Lo que es él, jamás se cuidó de ocultar sus verdaderos sentimientos. Y tú lo sabes mejor que nosotras.

—¿Por qué hablas así, María Luisa?—dijo Felisa, alarmada y cuidadosa ante el espinoso giro de la conversación.

—Porque tengo razones. Nosotras fuimos muy ingenuas en creer otra cosa y en suponerle un caballero...

—Puede ser que Miranda no sea tan culpable como lo creen.

—¡Y le defiendes! ¡Te atreves a defenderle! ¡Bien es cierto que la falsedad merece la recompensa de los cómplices!—prorrumpió con hiriente altanería María Luisa, sin poder contenerse ya.

—¡María Luisa!—exclamó con angustia Felisa.

—Es cierto. Quien no tuvo reparos en burlarse de los sentimientos de una mujer bien merece la recompensa de...

—Pero, María Luisa... Yo no le defiendo. Es una opinión, nada más—replicó alarmada, temblando, Felisa.

—Miranda ha observado en todo tiempo una conducta equívoca y falsa. Bajo la apariencia de su bondad ha llevado escondida la más baja traición. Siempre ha sido falso en todas sus manifestaciones. Ha vivido así años enteros. Ha llegado a nuestra casa cuando quiso, se le trató como un verdadero y leal amigo, se le dispensó consideraciones que no acostumbrábamos prodigar a nadie. Las puertas de nuestra casa estuvieron abiertas para él a todas horas. Le tratamos con confianza, como a un hermano...Y hoy, ahí le tenemos. Se ha retirado hace más de un mes, sin decir una sola palabra, sin buscar una excusa, un motivo cualquiera, para justificar su conducta ante personas que en mala hora tuvieron de él mejor concepto. ¡Defiéndele! ¡Tú, que eres su amiga! ¡Su confidente!

Y María Luisa quedó esperando agresivamente que Felisa le replicase. Pero ésta guardó silencio, sin atreverse a hablar, a formular una defensa que empeoraría la cuestión en cualquiera de los casos.

María Luisa prosiguió con mas energía:

—Si, el silencio es la única defensa de los culpables. Sin embargo, tú eres la única que puedes explicarnos su conducta. No ignoras lo que hace y éstás al cabo de cuanto piensa. Una amistad como la que nos une bien puede merecer de tu parte una pequeña consideración. Me explico perfectamente que un hombre sea pérfido y falso, que se burle de los más nobles sentimientos de una mujer, que sea pequeño y bajo en sus acciones, pero lo que no me explico es la falsedad de una amiga, la traición de una hermana...

—¡María Luisa! ¡Por favor! Te juro por lo más santo, por lo más sagrado, que jamás he sido ni podré ser lo que sospechas —exclamó Felisa con los ojos llenos de lágrimas.

—Explícanos entonces porqué se retiró de casa y porqué sigue viniendo aquí. Tú lo sabrás.

Felisa vaciló un rato. Luego dijo desfallecida:

—Hay una razón poderosa...

—Sí, dila, dila. Es lo que queremos saber.

—Hay una razón poderosa...pero mis labios no se atreverán a descubrirla jamás...

—¡Comedias! ¡Comedias! Nada hay que no pueda saberse, después de lo ocurrido. Estamos a cubierto de sorpresas. Dinos esa razón si existe, sea cual fuere ella, dinos cualquier cosa, que estamos ansiosas de saber como se justifican...

Felisa siguió callada. Sostenía una tremenda lucha interior. No se atrevía a descubrir la verdad que la rehabilitaría, a pesar de la despiadada acusación de que era objeto. Miraba a Celina y a

Aurora alternativamente, sobre todo a Celina y, temblorosa, ahogaba las palabras que pugnaban por saltar a sus labios.

María Luisa se levantó agitada.

—¡Felisa!—dijo con voz alterada—Tu silencio te condena hoy como tu conducta te ha condenado siempre. Desde el primer momento hemos estado al cabo de la verdad, pero jamás creímos que llegaríamos a este extremo y que descenderías al nivel de quien no ha tenido respetos ni consideraciones de ninguna clase para nuestro hogar. Siempre ha buscado tu compañía, siempre ha estado a tu lado y nunca nos hemos engañado respecto a sus verdaderos sentimientos. Pero si le creímos a él capaz de una traición no te creímos a tí lo mismo. Tú has preferido rebajarte hasta él antes que mantenerte con dignidad al lado de tus amigas, castigando su insolencia. Tú has despreciado nuestra amistad, nosotras despreciamos la tuya. ¡Todo ha terminado entre nosotras!

Felisa, con los ojos arrasados de lágrimas, se levantó, tendió los brazos hacia su amiga y respondió, con voz velada por el llanto:

—María Luisa, por la memoria de Marcial....

—¡No mezcles a estas cosas el nombre de mi hermano!—interrumpió con violencia aquella.—¡Quien no supo respetar los sentimientos de una amiga no vacilará en traicionar la memoria de un muerto! ¡No le nombres a Marcial! ¡Te lo prohibo!

En aquel instante apareció en la puerta de la sala la figura severa y magestuosa de una anciana, alta, pálida, y temblorosa de indignación. Era doña Emma. Su altivo continente imponía respeto.

—¡Basta, María Luisa!—dijo con imperio—No han sabido respetar la delicadeza de un espíritu.

¡Aquí tienen la verdad que mi hija no se atrevió a revelarles!

Y arrojó con desdén la carta que un mes antes recibiera de mí en San Lorenzo Felisa y que contenía la revelación de la verdad entera.

María Luisa precipitóse a recogerla, la desdobló con visible nerviosidad y, con los ojos llameantes, leyó en alta voz aquella carta de un desesperado.

A medida que avanzaba en su lectura, María Luisa sonreía con sonrisa irónica y despectiva, interrumpiéndose con repetidas exclamaciones.

«Que un misterio inexplicable caiga sobre el incomprensible amigo de tanto tiempo... Que Aurora no sospeche jamás que por un extraño y cruel capricho del destino ha llegado a ser la triunfadora de mis amores, la rival victoriosa de su pobre hermana»..... .

.....

Aurora callaba, pasmada de sorpresa. Celina permanecía hundida en su asiento, pálida, silenciosa, como un espectro del dolor, mientras Felisa lloraba.

Celina escuchaba la lectura de aquella carta que mataba sin piedad la única y la más cara ilusión de su vida, sin proferir una sola exclamación. Heróica hasta el martirio, mientras la realidad torturaba su corazón con el más doloroso de los suplicios, sus labios no tuvieron un solo reproche para el culpable.

Estaba pálida, casi lívida y en sus ojos brillaba la suprema angustia de su alma.

La lectura llegaba al final:

«Que esa pobre alma enferma, que esa pobre Celina ignore para siempre cuanta ha sido la cruel-

dad de mi destino y cuanta mi incapacidad para apreciar y admirar las bellezas de su corazón».

El suplicio se había prolongado demasiado.

Celina vaciló de pronto, sus ojos se nublaron, se puso mortalmente pálida y su cabeza, vencida, doblóse hacia atrás y cayó sin sentido.

Doña Emma se lanzó a socorrerla.

María Luisa terminó la lectura y, mientras se dirigía a su vez en auxilio de Celina, lanzó una carcajada y, desdeñosa e irónica, exclamó:

—¡Comediante, ridículo y falso! ¡Fraguando una novela para justificar su infamia!

EPÍLOGO

RESURREXIT

I

CÉSAR Y BRUTO

Un César prepotente ha surgido. Magnífico y arrogante, tiene la fortuna encadenada al puño de su sable y la audacia pintada en el brillo de sus ojos y en su altivo y bizarro continente—Una noche de aventuras le arrojó a la cumbre como pudo haberle arrojado al patíbulo. Creador de una situación, dueño y tutor del gobierno, limitó al principio sus ambiciones para ir acrecentándolas sucesivamente. Un día se encerró en sus cuarteles, pidió la dimisión del gobierno, separó a sus antiguos amigos y al día siguiente amaneció ungido presidente.

El optimismo de algunos espíritus cifró alguna esperanza en el advenimiento del joven y brillante mandatario.

Chispeante de inteligencia, caballeresco, valiente, lleno de juventud, de actividad y de energía, era en verdad un tipo seductor por su apariencia, capaz de inspirar entusiasmo y confianza a quienes no le conociesen íntimamente.

Aunque inmoral y libertino muchos esperaban que con las responsabilidades inherentes al alto

cargo de que se le investía en tan difíciles momentos, abandonaría sus antiguas costumbres, para trocarlas por otras más severas y conformes con su actual posición, pero muy pronto, aún los más confiados, tuvieron que renunciar a esta esperanza.

La alta investidura no le sirvió sino para aumentar y elevar la escala de su inmoralidad. Dado a los placeres y a las orgías se valió de su posición para multiplicarlos.

Pero si su bello tipo de hombre, su gallardo continente y su juventud, lograron engañar a una parte de la opinión, un respetable núcleo le rechazó y le repudió desde el primer momento y, así, desde el día de su advenimiento, se le entabló una lucha implacable, a muerte.

Soldado ante todo, enérgico y expeditivo, rindiendo muy poco o ningún acatamiento a las leyes—a pesar de ser aventajado discípulo de la Facultad de Derecho—inició su gobierno tomando violentas medidas contra los que le combatían. Desdeñó fueros y desconoció derechos, apresó, persiguió, encarceló y desterró a cuantos quiso. Una vez embarcado en este peligroso tren ya no se detuvo. Sus enemigos no le dieron un segundo de reposo. Le combatieron con las peores armas. Y era un hermoso espectáculo, en verdad, el que ofrecía aquel admirable y peligroso loco, lleno de juventud y de arrogancia, que hacía y deshacía cuanto quería, desafiaba a cara descubierta a sus enemigos, daba exámenes en la Universidad, se entregaba de lleno a sus placeres y a sus aventuras, durmiendo poco o nada y no faltando a una reunión social ni a una fiesta de teatro.

Magnífico esgrimista, que sostenía con la sonrisa en los labios, un duelo a muerte, y mientras

atacaba y se defendía, cortejaba a las reinas de los salones.

* * *

La noticia del advenimiento del nuevo prepotente nos había dejado tristes a todos.

Algunos aventuraron conjeturas optimistas que no hallaron eco en el espíritu de los más.

Callábamos pensativos.

—Días amargos aguardan a la república—expresó García Carrasco con tristeza.

Y calló de nuevo mientras cada uno nos entregábamos al curso de nuestros pensamientos.

Después de un rato de silencio, como si tomase una resolución, García Carrasco habló de nuevo.

—Hay que prepararse para grandes pruebas. La lucha será reñida y sangrienta y ha llegado la hora de los grandes sacrificios para la juventud.

Tal había dicho García Carrasco sin agregar más explicaciones.

Al día siguiente, entre la sorpresa de todos, apareció en «El Imparcial» un largo artículo, atrevido y valiente, contra el nuevo mandatario. En sus términos viriles y en sus párrafos ardientes se sentía vibrar la exaltación de un alma indignada, que llamaba a la sociedad al cumplimiento del deber, con la extirpación de aquel enfermo que había asaltado el mando supremo del país y constituía un serio peligro social.

En medio de la cobardía general aquel artículo produjo una enorme sensación.

El nombre de García Carrasco corrió de labio en labio, festejado y admirado. La juventud le acogió con entusiasmo, sintiéndose fuerte junto a aquel espíritu que se había revelado a la altura de las

circunstancias, resuelto a afrontar la lucha con el prepotente.

Rafael García Carrasco había cumplido su deber, pero había echado sobre sí un formidable enemigo y desde aquel momento debía cuidarse de la venganza oficial.

II

EL AMOR CONFINA CON EL ODIO

Haría cerca de una hora que dos personas se habían estacionado en la esquina formada por las calles Humaitá y 25 de Diciembre, cuando sonaban en el viejo reloj de la Catedral once lentas campanadas.

—Las once ya—dijo una de ellas, visiblemente nerviosa, clavando la vista fijamente hacia una casa próxima, donde según todas las apariencias se celebraba una fiesta.

—Si, las once ya, vale decir, una hora que hacemos aquí pacientemente el papel de pavos...

Algunos coches y automóviles se habían estacionado en la acera opuesta, frente a la casa, formando una larga hilera. En aquel instante un magnífico coche se detenía ruidosamente frente a la puerta de entrada.

—¡Buena gente recibe don Hugo!—exclamó con desdén el primero que había hablado y en quien es forzoso reconocer a nuestro amigo Claudio Rivera.

—¿Quién es?—preguntó el otro que no podía menos de ser Aristóbulo Carreras.

—¿No le ves? El presidente.

—¡Democrático país! ¡Y pensar que la colonia belga creerá honrada su fiesta con la presencia de este salteador!

—¡Ironías de las cosas! ¡El opresor de un pueblo concurriendo a festejar la libertad de otro!

—Con tal que no resulten complicaciones de mayor monta.

—¿Por qué?

—Porque Adelina es harto bella para dejar de llamar su atención.

—¡Que no se ponga en mi camino!

—Que no te encuentre en el suyo, digo yo.

—Le aplastaré.

—O te aplastará él. Y por lo pronto ya te lleva ventaja. Él ha marchado a encontrarse con ella mientras tú haces aquí un papel ridículo.

—¿Ridículo yo?

—Ridículo consumado, pues ni siquiera te han invitado.

—Es decir...

—No te han invitado, tú me lo has dicho.

—No me han invitado oficialmente, pero sí privadamente.

—Peor.

—Cómo peor, mejor.

—Peor, porque si te invitan a la sordina quiere decir que presumen de ti, que no te aceptan a la luz del día, que entre sus relaciones vales menos que cero, que no te llevan el apunte....En cambio yo sé de otras personas que han sido invitadas oficialmente, no privadamente, y que a estas horas quizás...

—¿Quizás qué cosa?

—Quizás estén modulando las más armoniosas palabras del diccionario francés a los oídos de ciertas personitas...

—¡Miserable!

—Sí, miserable. Así son todas las mujeres, pérfidas y falsas.

—Los hombres—rectificó Claudio.

—¡Cómo los hombres!

—Sí, él.

—¡Lemoine, no Adelina! ¡Y la defiendes! ¡Pobre ceguera humana!

—Ella no le quiere.

—Sin embargo...

—Yo tengo pruebas. No le quiere, me lo ha dicho y me lo ha jurado.

—Fíate en juramento de mujeres.

—Le ha echado de su casa.

—Y no obstante llega.

—Le ha dicho que le odia.

—Y le sigue haciendo la corte.

—Le ha rechazado.

—Y cuando quiere llega a su casa y la ve y le habla, mientras que tú sigues desempeñando románticamente tu magnífico papel de ganso..... ...Y si quieres convencerte, de una vez por todas ¡mira! ¡ella y él! ¡Ciego!

Y Aristóbulo, sonriendo burlona y triunfalmente, señaló el balcón de la casa de don Hugo, donde asomaba en ese momento una pareja.

Claudio, que había ido acalorándose, poco a poco, penetrado de los celos, al divisar aquel cuadro pegó un salto, prorrumpiendo en una maldición.

Aristóbulo le asió del brazo, deteniéndole.

—Déjala—le dijo—es una mujer indigna de tu cariño. Vámonos de aquí, te ha traicionado.

—¡Antes la mataré!

Y al decir esto Rivera desprendióse de su compañero y precipitóse hacia la casa. La pareja estaba de espaldas hacia la calle y dialogaba al parecer muy animadamente.

Cuando ciertas cosas, aún siendo absurdas, se afirma con insistencia es porque encierran verdades fundamentales. Suele decirse y es fama que las mujeres ven por la espalda. Pues, ni más ni menos. Esta historia no hace mas que corroborar la verdad. Cuando Claudio, indignado, ciego y loco se acercaba a la pareja con el intento de hacer algún solemne y sonado disparate, la mano blanca y diminuta de aquella dama que aún no se había dignado echar una sola mirada sobre la calle y a quien, razonablemente, había que suponer ignorante de la existencia de nuestro indignado amigo, la mano blanca y diminuta apareció hacia atrás, arrojando a escondidas una preciosa rosa, que cayó a los pies del celoso poeta, a la vez que hacía a éste disimuladamente señas para que se acercase.

La indignación de Claudio se calmó como por encanto. Recogió la flor, sonrió con aire satisfecho mirando a su compañero, y acercóse, aparentando la más completa indiferencia, deteniéndose a alguna distancia del balcón, dispuesto a no perder una sola palabra de lo que hablasen.

—Le ruego Lemoine—decía ella—que no vuelva a hablarme de estas cosas.

—Es que yo la amo—insistió el caballero con suplicante voz.

—Miserable—murmuró sordamente alguien en la acera.

—Yo la quiero—continuó aquel—la he querido siempre y no puede usted reprocharme una sola incorrección. Además no ignora que su señor padre. .

—Silba, serpiente—intercaló de nuevo alguien hacia la calle.

Al mismo tiempo Adelina decía;

—Cállese, Lemoine, cállese y no vuelva a repetirme esa frase. Mi padre no tiene derecho a disponer de mi corazón...

—Adelina—suplicó él—no sea cruel, yo se lo imploro. Si usted no me ama ahora me amará después...

—Ya le he dicho que no...y terminemos de una vez—concluyó con energía ella, al mismo tiempo que se volvía a mirar hacia la calle y con una suprema naturalidad, capaz de engañar a cualquier observador, se sorprendió muchísimo al encontrar apostado allí cerca a Rivera y a su amigo.

—¡Claudio!—exclamó sonriente—¡Qué hace que no entran!

Y abandonó a su compañero para dirigirse al vestíbulo a recibir a ambos jóvenes.

—¡Adelina!—le llamó Lemoine, con voz ronca.

Adelina volvióse hacia él.

—¿Es su última palabra?—preguntó aquel con tono severo y grave.

—Es la última.

—¿Irrevocable?

—Como todas mis resoluciones.

Lemoine se había puesto pálido y sus ojos brillaron con fiereza.

—¡Que no le pese ésta alguna vez!—murmuró con rabia mal comprimida, alejándose.

—¿Me amenaza usted?—preguntó con desdén Adelina, clavándole los ojos.

Lemoine no contestó. Pero si alguien hubiese podido traducir su pensamiento se hubiera espantado ante una amenaza que sus labios no se atrevieron a expresar. Su amor desdeñado, despreciadas sus atenciones, herido en el único y más puro sentimiento que alumbrara la monotonía de su existencia, Carlos Lemoine acababa de concebir

un odio profundo hacia la mujer que tanto había amado y se prometió que aquel desprecio no quedaría impune.

Ratos más tarde pudo observarse que Lemoine sostenía una conversación con el joven autócrata, a cuya llegada asistimos al comienzo de este capítulo. Éste sonreía mientras que Lemoine estaba sombrío.

—Convenido—dijo finalmente aquel y dirijióse, siempre sonriente, a solicitar una pieza de Adelina.

III

EL COMIENZO DE UN DRAMA

Esa noche teníamos reunión en casa de García Carrasco. Pretendíamos adoptar en conjunto y en nuestra esfera un plan de resistencia contra el audaz militar que se había enseñoreado de los destinos del país.

Los excesos y las arbitrariedades iban subiendo de punto y provocaba serias alarmas en la sociedad.

La pieza de García Carrasco cobijaba ya a una numerosa asamblea. Se había recomendado puntualidad a todos. La hora de la cita, sin embargo, había transcurido con exceso y la asamblea se manifestaba ya impaciente con la tardanza de Claudio Rivera y Aristóbulo Carreras. Las protestas menudeaban.

El tiempo corría, sin que los aguardados diesen señales de vida.

Una hora larga transcurrió en la espera y la asamblea resistió seguir aguardando. Aunque contrariados, decidimos postergar la discusión para otra vez. Acordamos, por último, asistir a la exhibición de una cinta en el «Belvedere».

Discutiendo y charlando llegamos a este sitio.

Miguel Angel prorrumpió en una exclamación de sorpresa:

—¡Ahí están!—dijo.

Abrimos tamaños ojos. Claudio y Aristóbulo, sentados en torno a una mesa, con copas a medio vaciar, conversaban misteriosamente y examinaban con atención una tarjeta.

—Están resolviendo el problema de la gravitación universal—observó Ovando.

E hicimos irrupción en el sitio.

* * *

Una hora antes, en una esquina apartada de la avenida España, bajo la luz dudosa de un foco lejano, ocurría un inesperado encuentro.

Claudio Alejandrino Rivera acudía exacto y puntual a la cita de sus amigos. A poco de salir de su casa, y en la esquina ya aludida, chocó con Aristóbulo que marchaba calle arriba.

Claudio traía el semblante tranquilo y severo como cuadra a quien acude al cumplimiento del deber. En cambio Aristóbulo mostraba un aire entre irreverente y resuelto, como en ademán de aventuras. Sin pronunciar palabra éste detuvo bruscamente a Claudio y le arrastró junto a los árboles que bordeaban la avenida.

—Esta noche se decide, por fin, la cuestión—empezó Aristóbulo con acento que no admitía replica, enseñándole el caño de un revólver.

Rivera, preocupado con el problema a tratarse esa noche, comprendió que su amigo estaba resuelto para la peligrosa aventura y contestó:

—Yo siempre he reprobado el asesinato. Esa medida debe reservarse como recurso extremo.

—Yo estoy resuelto a matarle—replicó con energía Carreras.

—No seas bárbaro. Es un hombre valiente.

—¿Ese canalla?

—Y decidido. Es capaz de medirse con cinco.

—¿El miserable ese?

—Jamás ha temblado.

—Yo le haré temblar.

—¿Al Coronel? ¿Temblar el Coronel?

—Qué coronel....

—El presidente.

—¡Qué presidente ni qué Coronel!

—¿Pues, no hablabas de él?

—No, hombre, aquí se trata de otra cosa. Esta noche se decide la cuestión o le salto los sesos ...

—Pero ¿a quien te refieres?

—Mira—dijo Carreras enseñándole nuevamente el revólver—esto decidirá la cuestión. Hace quince días ando en pena. Un sujeto se me ha torcido en el camino, entre ella y yo...

—¿Y quien es ella?

—La morena, hombre la del hotel—replicó con impaciencia Carreras.—Un faraute se me ha metido en el camino y yo le voy a sacar de allí como pan cocido. Ella me esperaba todas las noches junto al naranjo que tú conoces...

—Ni medio

—...y no me negaba ni el calor de sus abrazos ni el fuego de sus besos. Nuestras relaciones eran cordiales y todo presagiaba dichas y venturas cuando apareció el tipo ese y lo malogró todo. La morena desapareció sin decirme una palabra. Debajo del naranjo donde me aguardaba ella, le encuentro invariablemente, apostado en actitud de amo, a ese imbécil...Pero esta noche estoy resuelto a concluir. O sale o me lo saco, porque yo no salgo.

—¿Y sabes quien es tu contrincante?

—No lo sé ni me importa. ¿Me acompañas?

—Sí, pero no hagas tonterías.

Carreras, satisfecho de su amigo, le tomó familiarmente del brazo, se levantó con fiereza la solapa del saco, se metió el sombrero hasta las cejas y emprendieron la marcha con resolución.

Ratos después se perdieron en la sombra. El sitio no era de lo mas tranquilizador. Tras un largo rodeo y después de salvar zanjones y vueltas, se encontraron finalmente a espaldas de un gran edificio. Era el hotel.

Ambos amigos iban observando con cautela. La obscuridad era completa.

—¡Allí está!—murmuró con voz sorda Carreras.

Rivera, que iba asido al brazo de su compañero, notó que éste había empezado a temblar un poco y hacía esfuerzos por dominarse.

—¡Te juro que no es de miedo!—observó Aristóbulo con energía.

—Lo comprendo, estás nervioso—asintió Claudio.

En lo más obscuro del lugar, junto al tronco de un naranjo, se perfilaba una silueta, negra y alta, inmóvil, como en atisbo.

Claudio se había desprendido del brazo de su compañero. Ya estaban cerca, ya llegaban. Unos pasos... El naranjo estaba en frente.

Un segundo más. Y habían pasado de largo...

—¡Cobarde!—murmuró Carreras mirando al soslayo a su rival, a diez pasos de distancia.

Claudio respiraba ya a pulmones plenos. Pero Aristóbulo sintió que su sangre se le agolpaba en el rostro y que toda su juventud rebelada le gritaba en las venas. Y echó pie atrás, retrocediendo bruscamente.

—¡Diga, amigo!—interpeló secamente a la sombra.

Rivera pegó un brinco. La sombra no se dió por notificada. Carreras avanzó unos pasos, increpándole con más dureza.

—¿Se puede saber qué diablos le tiene clavado allí?

—¿Y a usted que le va ni le viene en el asunto?—respondió una voz altanera y desdeñosa con pasmosa tranquilidad.

—Que yo estoy decidido a saber su objeto—replicó el interpelante avanzando.

—Pues tenga usted paciencia y espere—contestó el desconocido adelantándose, no hacia nuestro indignado enamorado, sino hacia una sombra femenina que llegaba huyendo hacia los fondos del hotel.

—¡Carlos! ¡Carlitos!—exclamaba una voz de mujer, con acento cariñoso y jovial, mientras aquel se precipitaba a su encuentro con sus brazos abiertos.

Un beso sonoro estalló en la sombra y las dos formas se juntaron en un efusivo abrazo.

Aristóbulo sintió que sus ojos se inyectaban en sangre.

—¡Traición!—gritó exasperado y, arrebatado y ciego, levantó el arma para dispararla contra su afortunado rival. El desconocido, que acaso preveía el ataque, listo y ágil, se abalanzó sobre Aristóbulo, cazándole del brazo e imposibilitando su acción. Pero en aquel instante, como si un rayo certero le dividiese el cráneo, tambaleó, intentó dar unos pasos y cayó en tierra.

Claudio le había asestado en la cabeza un feroz garrotazo.

La mujer, en el colmo del espanto, había huído, abandonando al desconocido.

—¡Te debo la vida!—exclamó agradecido Carreras al ver tendido a su adversario.

—¡Con tal que no haya muerto!—murmuró Rivera asustado de lo que había hecho.

—Vamos, huyamos—dijo Aristóbulo disponiéndose a correr.

—Al menos sepamos quién es y si está vivo o muerto—observó Claudio que ya se sentía héroe.

Y ambos amigos se aproximaron a examinar al desconocido, al pálido fulgor de una cerilla.

Respiraba de modo bastante perceptible pero la sangre le manaba abundantemente de la herida.

—¡De lo que te libraste!—exclamó Claudio al descubrir, en el cinto del desmayado tenorio, una hermosa pistola que se la arrebató guardándosela.

—¿Qué haces?—preguntó Carreras.

—Me apropio esta pistola con la que he soñado desde la infancia—contestó Rivera.—Además es arma del estado y como tal arma robada. Tiene el escudo nacional.

Y se guardó el arma.

—Sería bueno saber quién es—agregó Claudio.

—Vamos, déjale, huyamos.

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó enseguida Claudio.—Parece que el hombre tiene buenas relaciones. Aquí va una tarjeta.

Y también se la guardó. Luego echaron a correr, temerososos de que el desconocido recuperase el sentido, pues, comenzaba a moverse.

Media hora más tarde estaban en el «Belvedere» y cada uno pedía un whisky.

La espirituosa bebida enardeció las fibras ya exaltadas de los dos valientes y, entre charla y charla, surgió la cuestión de la tarjeta.

Preocupados estaban con ella cuando llegábamos nosotros.

IV

UNA CONSPIRACIÓN

—Vamos a ver—interpeló a los héroes Marrero—¿es el problema o son las copas lo que aquí les retiene?

—Cuando tenemos problemas entre manos, los resolvemos sin pedir misericordia a nadie—contestó con arrogancia Aristóbulo—Y si algo o alguien nos molesta...lo aplastamos...

—¡Atila! ¡Saludo al caballo de Atila en la persona de Aristóbulo Carreras!—terció Miguel Angel.

—Hablemos en serio—reclamó Claudio.

—Pero al menos sepamos qué fechoría han sumado esta noche a las anteriores y qué problema es el que tratan de resolver.

—Lo que hemos hecho no tiene importancia y lo haría cualquier caballero. Lo fundamental está en esta tarjeta—contestó Claudio.

—No, señor. Debe saberse previamente lo que ha pasado.

—Cuéntalo tú, Aristóbulo, callando los nombres, se entiende—dijo Claudio.

—Sin callar nada—reclamó Marrero.

—Cuéntalo tú—contestó Carreras a aquel.

Y Claudio empezó con tono misterioso:

—Aristóbulo está enamorado de una dama....

—Alguna cocinera—interrumpió Miguel Angel.

—Si interrumpen no cuento nada—replicó enfadado Rivera.

—Cuenta, cuenta—reclamaron todos.

Y Claudio continuó:

—Aristóbulo está enamorado de una dama cuyo nombre mantendré en secreto. La dama correspondía a Carreras y ha llegado en sus condescendencias amorosas a extremos tales que casi han comprometido su alta posición social. La dama es casada....

—La cuestión se simplifica. Hay editor responsable.

—La dama es casada y su marido harto celoso, pero debo advertir en honor a la santidad del vínculo que el marido no sabe absolutamente nada o, mejor dicho, lo sabe pero lo disimula con tal naturalidad que es como si no lo supiera....

—Con lo cual revela que es hombre sensato.

—Y marido ideal como hay algunos que podríamos citar.

—Pues, la complicación provino—continuó Claudio—no de la intervención del esposo, sino de la de un joven militar que se prendó igualmente de la dama...

—Favor para el marido. Prueba de que su mujer vale.

—...se prendó igualmente de la dama y ésta de él. Total que nuestro amigo Aristóbulo, rondando una noche en torno a la magnífica residencia de su bella festejada, encontróse con el militar y....

—¿Y? ¿Qué cosa?

Claudio bajó la voz y prosiguió:

—Y después de un serio altercado con él se han batido...

—¡Se han batido!—exclamamos todos sorprendidos.

—A primera sangre.

—¡A primera sangre!—repetimos.

—Sí, a pesar de ser enemigo del duelo Carreras. Y se batió como un héroe.

—Muy bien, Aristóbulo. ¡Bravo! ¡Bravo! ¿Y fué á pistola la cosa?

—A sable,

—¡A sable! ¡Y con un militar! ¿Y el resultado?

—Se le aplicó un garrotazo número uno al hijo de Marte.

—Pues, ¿no fué a sable?....

—Sí, hombre. Le aplicó Aristóbulo un formidable sablazo y le dividió el cráneo. Cayó desmayado y allí le dejamos tendido, aunque no sin antes haberle despojado de esta pistola y de esta tarjeta....

Y Claudio exhibió triunfalmente la hermosa arma arrebatada y la misteriosa tarjeta.

Todos nos inclinamos curiosos a examinar los trofeos. No cabía dudas. Aquellos elementos de convicción corroboraban la relación hecha.

—Ahora ya están al cabo de la aventura, cuya reserva me parece innecesario recomendarles, y es bueno que se enteren del problema que nos preocupa.

—En primer lugar oigan lo que dice la tarjeta.

Y Claudio leyó:

«Conseguirás a cualquier precio que «El Pabellón» esté completamente desocupado de doce a una de esta noche».

—¿La firma?

—La firma, como fácilmente se puede sospechar, es la del don Juan de nuestros tiempos.

—¿El Coronel?

—El Coronel.

—Pues, entonces el problema es complicado.

—No, señor, nuestro proyecto es el siguiente—siguió Claudio.—Esta noche, según recuerdo, debimos celebrar una reunión para adoptar un plan de resistencia contra ese libertino. Mientras ustedes se perdían en discusiones nosotros preparábamos la obra. Pero felizmente llegan a tiempo y pueden ser de la partida. Esta tarjeta o mejor dicho esta orden, significa que esta noche de doce a una habrá una orgía en «El Pabellón». Yo propongo que, como aquel que no quiere la cosa, vayamos cayendo por ahí...

—¿A la orgía?

—Antes de la orgía y con el fin de turbarla.

—¿Para tomarte a balazos con gentes que nada tienen que perder?

—No, señor, no vamos a buscar camorra. Somos doce, Aristóbulo tiene un revólver, yo tengo otro, Marrero tiene el suyo, Del Valle tiene buenos puños, a los demás no les falta un buen garrote. Todo esto para lo que pudiera acontecer. Pero no se trata de pelear. Ahora mismo, con el primer tranvía vamos a Villa Morra, llegamos a «El Pabellón», nos instalamos pacíficamente en torno a una mesa, bebemos cerveza, wisky o lo que quieran, luego nos emborrachamos o simulamos estarlo, y cuando se pretenda desalojarnos de allí, resistimos y no salimos hasta las tres de la mañana.

—¿Y qué habrás conseguido con eso?

—Hacerle pasar un pequeño mal rato al que ya nos ha hecho pasar tantos. Además será un paseo agradable en todo caso.

—El proyecto es pueril y tonto, pero como pagas el wisky y el paseo es agradable realmente, te acompañamos.

V

UN ANTIGUO AMIGO

Aquella noche se representaba en el Teatro Nacional «La Princesa del dollar».

La función iba a empezar y la concurrencia de última hora entraba a ocupar las localidades. En los palcos había pocas familias. Hacía algún tiempo que la mejor sociedad de la capital, como retraída, se abstenía de concurrir a las fiestas y a los espectáculos públicos. En cambio, los más altos dignatarios del país, vengándose de este vacío, concurrían con mayor frecuencia a ellos. Así se observaba esta noche. El palco presidencial estaba democráticamente repleto, mientras que los demás se veían desiertos casi en su totalidad.

Un soplo de licencia y loco libertinaje parecía correr en las cumbres. Los hogares sentían rondar el peligro en torno, acechar en la vecindad, y las familias, cohibidas y temerosas, se abstenían de salir.

Una corte heterogénea rodeaba al primer mandatario en su palco. Allí se mostraban ministros, oficiales, esbirros, guarda-espaldas y numerosos amigos de la situación, codeándose unos con otros en fraternal camaradería. Se hablaba animadamente, se imaginaban medios de congraciarse con el amo o para provocar la hilaridad de la corte con un chiste o una gracia.

El primer personaje del palco conversaba aparte, en la penumbra del pasillo, con un caballero extranjero, que al parecer hacía algún esfuerzo para no revelar su presencia. Hacía rato que hablaban, y de cuando en cuando, dirigían por las

portezuelas entreabiertas, miradas de observación hacia un palco, desierto hasta entonces.

—¿Pero es seguro que vendrá?—preguntó el héroe del día, sonriendo con la sonrisa amable y franca que le caracterizaba y que hacía simpática y atrayente su figura y su trato.

—Vendrá, estoy seguro—respondió con voz temblorosa el extranjero.

La función había empezado sin que ambos interlocutores demostrasen interesarse por ella. Continuaron con la mirada fija en aquel mismo palco que aún continuaba desierto.

—Mucho temo que sus noticias sean equivocadas—expresó de nuevo el que primero había hablado.

—No es posible, a menos que haya desistido de su propósito—contestó el aludido, visiblemente turbado.

En ese momento dos personas, una anciana y una bella niña, entraban en el palco referido.

—¡Ya están aquí!—exclamó con visible satisfacción aquel.

Pero su interlocutor se había puesto mortalmente pálido y no articuló una sola palabra.

—Ahora faltaría quien quisiese encargarse de la vieja ama que la acompaña—agregó el mismo.

—Eso no faltará—terció a su lado un conocido esbirro.—Déjela por mi cuenta.

—Sin violencia alguna, conste.

—Yo sé hacer las cosas bien, mi coronel, no se preocupe—concluyó con su voz de falsete aquel famoso sicario de la dictadura cuyo solo nombre provocaba una instintiva repulsión en todos los espíritus.—Yo me encargo de la vieja, no le pasará nada....

Entre tanto aquel señor extranjero que había suministrado las anteriores noticias, parecía librar consigo mismo una tremenda lucha. Retiróse a un obscuro ángulo y permaneció allí como petrificado aunque dejando adivinar la turbación de su espíritu.

Después de largo rato, como justificándose ante sí mismo y dominando al parecer sus vacilaciones, concluyó con decisión:

—Ella lo quiso... cargue con las consecuencias.

Aquel hombre era Carlos Lemoine.

* * *

En una ciudad pequeña como Asunción, nada o casi nada se oculta. Las novedades se trasmiten de labio en labio, y generalmente con la mayor reserva y con repetidas recomendaciones de no volverlas a repetir. Lo cierto es que a través de algunos días están en posesión de todos. Pero es de advertir que hay una porción de la población que vive particularmente al cabo de todas ellas. No existen aventuras clandestinas, episodios amorosos, escapadas reservadas o encuentros secretos que ignoren. Esta parte afortunada de la ciudad, de cuyos privilegios participarían con gusto muchísimas mujeres, la constituyen los conductores de vehículos, sobre todo los chofers. Lo que no conocen como actores lo saben por referencias de los compañeros. En las horas de obligado estacionamiento, a la espera de los llamados, forman animados corrillos y cambiando impresiones y hablando de todo, cada uno cuenta algo que va sumándose al acervo particular de los demás.

Aquella noche, mientras corrían las horas largas de la representación, el corrillo se había formado

en la acera opuesta a la del Teatro Nacional. La charla era pintoresca y condimentada debidamente. Los dichos picantes y los comentarios agudos eran saludados con ruidosas risas.

Un personaje que puede llamar nuestra atención formaba parte del corrillo. Nuestro viejo amigo Mingo, que se había decidido a dejar la casa de su antiguo protector, aunque no del todo, se había hecho *chofer* y estaba en el grupo.

Los informes y las noticias sucedíanse unos a otros. Alguien revelaba alguna infidelidad amorosa, otro refería una báquica orgía, un tercero añadía una aventura galante y un cuarto narraba los amores de algún viejo calavera. Los secretos andaban malparados en el seno de aquella irreverente cofradía.

—Esta noche sí que se prepara una gorda...—informó uno, bajando algo la voz.

—¿Qué hay? ¿Qué hay?—preguntaron varios acercándose.

—Creo que la cosa será sonada. Una escapada que se prepara a una preciosa rubia a quien le echó el ojo el Coronel...

—¿Quién es?

—No sé, pero es de monta.

—¿Y se la lleva el Coronel?

—Se la lleva...Que la reclame luego su gobierno porqué lo que es esta noche...

—¿A donde la lleva?

—Pst...a cualquier parte...Eso es lo de menos.

Mingo escuchaba atentamente sin hablar.

El corrillo entero guardó silencio a la aproximación de un personaje, el mismo esbirro que había terciado en la conversación del palco.

Acercóse éste y llamó aparte a dos de los del grupo y les habló en reserva largo rato. Ambos

asentían a cuanto el recién llegado decía. Dábales al parecer instrucciones.

Mingo, aparentando completa indiferencia, pasó cerca de ellos, pudiendo oir distintamente estas palabras: avenida Colombia, «El Pabellón».

No le cupo ya dudas. Aquel odiado personaje, autor de la muerte de su protector, preparaba esa noche una de sus tantas fechorías. Pensó que acaso podría hacer una buena obra desbaratándola, pero no se atrevió a tomar resolución alguna por cuanto no sabía de qué gentes se trataba ni en definitiva que era lo que se fraguaba. Sin embargo, púsose a la espectativa y aguardó.

* * *

La función terminó a media noche y el público asaltaba en tumulto las puertas de salida para abandonar el teatro.

Los vehículos se retiraban alborotadamente y el ruído y el estrépito de los mismos aturdían la calle.

Adelina Vanderegen, acompañada de su vieja ama, salía a su turno y aguardaba hacía rato a su chofer que no aparecía por ningún lado. Buscábale con la vista entre los numerosos vehículos, ya extrañada de su tardanza, cuando se le aproximó un desconocido diciendo ser empleado de policía y, con las maneras más amables y correctas, informóle que el chofer del *auto* número 52, chapa azul—el suyo—había sufrido un repentino accidente siendo conducido a la Asistencia Pública, y que si ella lo consentía podría proporcionarle un sustituto competente hasta dejarla en su domicilio.

Adelina averiguó cuanto se refería al conductor de su coche, dió algunas recomendaciones al respecto y aceptó el amable ofrecimiento del funcionario policial,

Entre tanto el público habíase ya retirado en su mayor parte y la calle iba quedando desierta. Solo se veían, aparte del de Adelina, dos o tres vehículos que también se disponían a marchar.

Adelina y su vieja ama tomaron asiento en el *auto*, un desconocido tomó la dirección del mismo, maniobró ruidosamente y partió remontando la calle 25 de Diciembre.

Otro *auto* se largó detrás.

* * *

Mingo, a la espectativa de los hechos, había observado atentamente cuanto ocurría y, si bien al principio no estaba decidido a mezclarse de rondón en una aventura cuyos protagonistas solo conocía a medias y donde sin duda correría peligros, al reconocer con estupor que Adelina Vanderegen, la preciosa rubia, amiga de Celina, era la víctima elegida, un santo horror se apoderó de él, meneó con rabia la cabeza, todavía asombrado e incrédulo, y juró salvarla, aún cuando fuese preciso para ello poner en peligro su propia vida.

Dióse exacta cuenta de la ignominia que se pensaba echar sobre ella y la vil indignidad de aquel acto provocó en su alma una ira sagrada. Conocía la casa de Adelina e iría sencillamente a comunicar a su padre el terrible peligro que corría. Su viaje perdido esa noche no podría representarle un perjuicio considerable y de cualquier modo sería recompensado con creces por aquel acto.

Observó con gran sorpresa que el primer *auto* seguía la calle 25 de Diciembre, esto es, en dirección a la casa de la víctima presunta, en vez de torcer hacia la avenida Colombia, como él lo esperaba. Entonces empezó a dudar, quizás se

había equivocado. La terrible y sensacional trajedia cuya trama creyó haber sorprendido iba a terminar con un chistoso y pacífico desenlace, correspondiéndole el papel menos airoso de la comedia. Arrastrado por su odio al personaje a quien imputaba la muerte de su protector, habíase perjudicado esa noche tonta e inútilmente.

El primer vehículo seguía remontando la calle 25 de Diciembre. Mingo estaba desorientado y próximo a abandonar la persecución sin objeto.

Notó luego que la velocidad de aquel aumentaba, lo cual le reanimó un tanto, haciendo él igual cosa.

Al llegar a la calle Coronel Martínez, vió que dos individuos abordaban los estribos del primer vehículo y que, luego, éste torcía a la izquierda marchando a una velocidad peligrosa.

Mingo respiró, al mismo tiempo que sentía un vuelco en el corazón. Metido ya en la aventura, le pesaba salir chasqueado y ahora, al afirmarse en su resolución de salvar a la víctima, se daba exacta cuenta de los riesgos que tendría que correr.

Creyó percibir gritos y presintió una lucha en el interior del *auto* en marcha.

Mingo pensó haber adivinado el juego de los raptores. Sin duda alguna, para no alarmar a las víctimas en la proximidad de los sitios concurridos, no habían vacilado en seguir aquella calle, con el objeto de no inspirarles sospechas, alejándolas del centro. Al alcanzar la calle Coronel Martínez, solitaria y sombría a aquella hora, no era ya difícil, con la incorporación de los dos sujetos, arrebatarlas en una carrera vertiginosa en la obscuridad, sin correr el peligro de que llamasen la atención sus gritos o pretendiesen arrojarse de aquella prisión en fuga.

Mingo apresuró la marcha, subió por la calle Humaitá y a media cuadra se detuvo a golpear desaforadamente en una puerta.

Era la casa de don Hugo Vanderegen.

El antiguo soldado juraba y maldecía de la lentitud del anciano.

VI

EL PABELLÓN

El propietario de «El Pabellón» se vió en un grave y serio aprieto esa noche. Una docena de locos furiosos se habían estacionado alrededor de una mesa y, alborotados y semi-ébrios, lanzaban maldiciones y juraban acabar con el mundo.

A las once y media se acercó el dueño de casa a pedir que se desocupase el local en vista de que era tarde e iba a cerrar el negocio.

—Pues, si no tiene otras razones que exponernos, puede usted guardarse esta para otra oportunidad y servir ahora una docena de wisky—contestó con altanería Claudio.

—Ya no puedo servir, señor—replicó aquel.—Tengan la bondad de dejarme libre la casa.

—Usted debe saber que nosotros no aceptamos dictaduras ni aquí ni en ninguna parte. Para eso pagamos. Y para demostrarle que nuestra voluntad es soberana le participamos que estamos resueltos a amanecer alrededor de esta mesa. Si tiene otras razones mejores expóngalas.

El dueño de casa, aunque mal de su grado, tuvo que someterse. Refirió que tenía prometido el local para la media noche y suplicó que se aceptase una pieza reservada en el interior, pero que «los señores se sirviesen no hacer barullo».

Aquella tribu salvaje se calmó ante la mansedumbre del dueño de casa y aceptó la propuesta. Pasamos en ruidoso tumulto a ocupar la pieza ofrecida. Allí nos ubicamos. Ya no tardarían en venir. Eran las doce. Estábamos nerviosos y algunos expresaban la necesidad de retirarnos. Aquello era una niñada.

Media hora habrían transcurrido cuando oímos, a la distancia, ruidos de automóviles que se aproximaban.

—¡Ya vienen!—exclamamos, mirándonos inquietos unos a otros.

Un momento más tarde el rumor se detuvo frente al local.

—Viene un solo *auto*—expresó alguien—Pero trae mucha gente.

Escuchamos con atención, resueltos a no perder los menores incidentes de aquella expedición nocturna. Nuestra nerviosidad subía de punto. De repente oímos un grito penetrante de mujer, después otro, enérgico, de rabia y luego rumores raros como de lucha y resistencia. Suspendimos casi el aliento.

—Pero aquí vienen gentes forzadas—observó con voz sorda Marrero.

Empezábamos a alarmarnos. La cuestión se ponía seria y grave.

Seguimos con el oído atento el curso de lo que ocurría, guardando el más absoluto silencio. No podíamos comprender lo que pasaba. Si era una orgía preparada no se explicaban esas violencias.

—¿Y si fuera un rapto?—exclamó Casares—¿Si fuera un rapto?...

Quedamos consternados.

—¡Impediremos que se consuma el crimen en presencia nuestra!—dijo con decisión Rivera.

Comprendimos que del vehículo eran arrastradas violentamente algunas personas hacia el interior de la casa. Nuevos gritos y nuevas protestas hirieron nuestros oídos. Percibimos, por el tumulto de las voces, que una mujer era arrastrada hacia los aposentos del fondo.

—¡Pero qué hacemos todavía aquí!—expresó agitado Carreras—¡Como podemos tolerar esta infamia!

A punto de lanzarnos todos al patio, otro tumulto análogo nos clavó en nuestros sitios. Por la galería posterior se alejaba creciente rumor de voces y de reñida lucha. Enseguida oímos que se abría con recio empujón la puerta del departamento contiguo al nuestro y percibimos claramente que una mujer era arrojada allí con violencia.

—¡Miserable!—rugió una voz femenina, clara y vibrante.

Al sonido de aquella voz todos nos estremecimos. Era el acento de una niña. Claudio se irguió arrojando llamas por los ojos y se lanzó contra la puerta que unía ambos aposentos, resuelto a derribarla.

—¡Un momento! No te precipites. Escuchemos un momento—expresó García Carrasco, deteniéndole del brazo.

Una voz harto odiada, que reconocimos en el acto, se dejó oír en la estancia vecina:

—No se enfade, señorita—dijo con acento amable—No se violente. Yo no le haré ningún daño...

—¡No es el Coronel!—dijo en voz baja Carreras.

—Es su alcahuete... ese esbirro canalla, lo cual es lo mismo. Es presa para él...

La misma voz prosiguió, tratando de amansar a la víctima.

—Cualquiera en su lugar bendeciría su suerte, señorita. Usted será tratada con todo respeto. Se la llenará de honores... Yo no hago más que cumplir órdenes que he recibido...

—¡De quién!—gritó con indignación la niña.

—De quien la hará feliz y la colmará de cariños. Aquí tiene usted una carta que le explicará todo. Cálmese señorita, no se irrite, tranquilícese y lea esta esquela...

Entendimos que la niña tomaba el papel y se lo arrojaba al rostro de su interlocutor.

—Señorita ¡por favor! No se violente—expresó con amabilidad servil el esbirro.—Oiga, yo se la leeré...

—¡Cállese¡ ¡Cállese, infame¡—prorrumpió con furor la mujer.

El esbirro sin hacer caso a sus gritos, leyó tranquilamente con acento meloso:

—«Sus encantos me han cautivado. Está en mi poder y toda resistencia es inútil!..

—¡Cállese, miserable!—exclamó de nuevo la niña, arrojándose hacia el esbirro con el intento de reducir a pedazos aquel vil papel.

El victimario rompió en una risa irónica y mordaz:

—Oiga bella niña—díjola—Conformese con su suerte. No le irá mal...

Y siguió leyendo:

—«No quiero abusar de su situación y le concedo una hora para que reflexione a solas y con tranquilidad. Piénselo bien. No se arrepentirá de haberme brindado su cariño».

—¿Y quien es el infame—prorrumpió la niña.

—Uno que no suele ser ingrato con las personas a quienes quiere bien...

—¿Y que quiere de mí?...

—Su amor, señorita, su cariño. Yo le aconsejo, no resista...

—¡Cobarde!—exclamó con furor la niña y se precipitó contra el sujeto que le cerraba el paso, resuelta a ganar la puerta y huir.

Se trabó una tremenda lucha y un grito de desesperación y de angustia nos estremeció a todos:

—¡Socorro!—gritó la niña.

Nos abalanzamos contra la puerta que unía ambas piezas, arrancamos con violencia las cerraduras, e invadimos en tumulto la estancia. Mudos de espanto y de sorpresa, nos detuvimos como paralizados en medio del cuarto, al reconocer en la víctima a Adelina Vanderegen, la preciosa niña, en lucha con aquel ruín sujeto.

Claudio, el primero, revólver en mano, se había lanzado en el aposento, profiriendo un grito de inmensa ternura, de horror, de rabia inexplicable, ante el crimen tan cobarde como vil, con que se pretendía manchar a la virgen elegida de su corazón.

—¡Adelina! ¡Adelina!

El esbirro, sorprendido en el instante en que cerraba el paso a su víctima, aprisionándola por los brazos, vaciló perplejo un momento, intentó volverse contra nosotros, pero como una bestia acobardada, viéndose solo y débil contra tantos, abandonó su presa y salió huyendo.

Nadie pensó perseguirle.

Adelina, más sorprendida que su victimario, se volvió hacia nosotros, una inefable sonrisa iluminó su semblante, reconoció a su salvador y, lanzándose en sus brazos, exclamó como enagenada:

—¡Claudio! ¡Tú! ¡Tú, aquí!

Claudio la recibió sobre su pecho y la retuvo largo rato, abrazada con profunda ternura.

Todos nos volvimos a otro lado. Estábamos conmovidos. Y las lágrimas humedecían nuestros ojos.

En ese instante surgió en la puerta un anciano, casi un espectro, desfigurado el rostro, lívido, tembloroso, llameantes los ojos y, al contemplar a los dos enamorados estrechamente abrazados:

—¡Cobardes!—gritó con extraño furor y, empuñando un revólver, apuntó a la pareja e hizo fuego.

Un grito casi sobrehumano siguió a la detonación, dominando el estupor general.

—¡Papá! ¡Qué haces, papá!—exclamó Adelina—¡Es mi salvador!...

Y se precipitó al cuello de su padre con el intento de abrazarle. Pero don Hugo, ciego de ira, la arrojó con desprecio lejos de sí.

—¡Sal de mi lado, perdida!—rugió, dándole un fuerte empellón.

Adelina, impulsada por el recio golpe, dió algunos traspies y hubiera caído en tierra si no la hubieran sostenido los brazos de Claudio.

Don Hugo, convencido de no haber dado en el blanco y ante aquel nuevo espectáculo que le ofrecía el desconocido, seductor de su hija a su juicio, reteniendo abrazada por segunda vez a Adelina, en presencia suya, levantó el arma resuelto a ultimar a ambos. Pero previendo su actitud, nos abalanzamos todos sobre él, con rápido movimiento, impidiéndole que consumase su intento. Le rodeamos en círculo, reteniéndole y aprisionándole estrechamente.

—¡Miserables!—prorrumpió el anciano resistiendo y forcejeando para desasirse de nuestros brazos.

VII

EL ATENTADO

«El Imparcial», uno de los diarios que con más violencia hacía la oposición al gobierno, se decidió a publicar la relación del monstruoso atentado. Preparó, a este efecto, una edición especial, en que con lujo de detalles y pormenores se daba cuenta del inaudito hecho.

La prensa opositora vivía amenazada de muerte hacía mucho tiempo. Algunos órganos habían desaparecido ya y los restantes subsistían merced al valor y a la tenacidad de algunos espíritus irreductibles que continuaban arrostrando la cólera del prepotente.

En «El Imparcial» se trabajaba aquel día con actividad febril en el deseo de anticipar en algunas horas la aparición del número. Los empleados de mayor confianza trabajaban con toda prisa y reserva en la confección de la hoja. No se dejaba de tener algún cuidado y nadie se atrevía a asegurar que al día siguiente volvería a aparecer «El Imparcial».

A las dos de la tarde entraba en prensa y se imprimían algunos números. En la primera página aparecían fotograbadas las dos esquelas de puño y letra del autor de la hazaña.

A las dos y media sonaron violentos golpes en la puerta de calle. El personal se precipitó hacia allá. Un piquete del batallón de Guardias Cárceles ocupaba el local. Toda resistencia era inútil. El oficial que comandaba la fuerza intimó orden de arresto a todos los empleados, se adelantó hacia la pieza de máquinas secuestrando la edi-

ción. Hizo salir a la calle a cuanta gente encontró, echó llaves a las puertas, dejó algunos soldados armados frente al edificio y tornó a la policía con sus numerosos arrestados y las hojas confiscadas.

* * *

La noticia del atentado contra «El Imparcial» y la del crimen frustrado de la noche última, cayeron en el seno de la juventud de los colegios provocando una explosión.

Los comentarios revelaban una gran indignación en los espíritus. El patio de la Universidad Nacional y el del Colegio, que formaban entonces un solo cuerpo, cobijaban a una muchedumbre próxima a la rebelión.

Ninguno de los profesores consiguió que sus alumnos entrasen en clase. Ratos después aparecía el director recomendando moderación y calma, pero no consiguió que se le atendiese.

—¡Abajo el tirano!—gritaban ya algunas voces.

Allá, en un extremo del patio, alguien subía a arengar a la multitud. Todos corrimos hacia él.

Era Rafael García Carrasco.

Incitaba a la juventud a levantarse contra el déspota que había lanzado un reto más a la sociedad, con el doble crimen cometido contra la libertad de la prensa y el honor de una niña. Pedía un levantamiento en masa y el sacrificio en caso necesario para salvar el honor ultrajado de la república.

—¡A la calle! ¡A la calle¡—prorrumpieron cien voces a la vez.

—¡Abajo el tirano!

—¡Fuera el libertino!

Y la muchedumbre se precipitó como una marejada irritada, ganando las puertas de salida y, lanzándose a la calle, se encaminó hacia el Palacio de Gobierno profiriendo hostiles clamores.

—¡Viva la libertad!

—¡Viva «El Imparcial»!

—¡Abajo el déspota!

Tales eran los gritos que se repetían de extremo a extremo, en el seno de aquella multitud alborotada que se lanzaba a desafiar al temible mandatario, enrostrándole la ignominia de su crimen.

La muchedumbre corrió por las calles produciendo una profunda conmoción. Nuevos contingentes se le incorporaba a su paso y la irritación aumentaba por segundos, como si la protesta individual de los que se agregaban a las filas, aumentase la indignación colectiva. Al doblar en la calle Convención los clamores subieron de punto y al desembocar, finalmente, frente al Palacio de Gobierno adquirieron acentos de furor. Los brazos se agitaron amenazadores, los puños, cerrados, se alzaron contra aquel edificio que cobijaba al usurpador.

Los vivas, abajos y mueras se producían sin cesar. Y mil gargantas, ya roncas, coreaban los gritos. Los dicterios cruzaban el aire.

—¡Dictador! ¡Abajo el dictador!

—¡Libertino y déspota!

—¡Tirano!

—¡Asesino!—vociferaba la muchedumbre.

El clamor sostenido de aquella protesta colectiva denunciaba, al parecer, la cólera de un pueblo resuelto a acabar con quien había hollado los más sagrados derechos del hombre.

En realidad, sin embargo, allí no había más que la suprema audacia y el coraje temerario de una muchachada viril. Nada más,

La reducida guardia de palacio se había puesto sobre las armas pero no intentó ninguna demostración contra la multitud. Esta se creyó respetada y, triunfante y orgullosa de sí misma, redobló sus gritos de protesta, despreciando a la pequeña fuerza cuya vacilación observaba.

Cuando los gritos se hubieron agotado y las gargantas se sintieron ya inhabilitadas para seguir gritando, la muchedumbre siguió adelante y dobló en una calle próxima intentando retornar al centro de la ciudad. Pero no había andado dos cuadras cuando un numeroso piquete de soldados Guardias Cárceles—los obscuros héroes de aquellos días de luto—aparecía en una boca-calle, cerrándole el paso.

Las dos columnas se detuvieron frente a frente. Hubo como un sacudimiento en las filas. La soldadesca se desplegó en línea, hincó la rodilla en en tierra y, a una voz de mando, levantó el arma y apuntó a la multitud...

Todo grito cesó. La columna heróica, resuelta al sacrificio, guardó silencio y permaneció firme. La muerte, trágica y solemne, se levantaba ante ella.

La soldadesca pareció vacilar. Sin duda no se quería cargar con la tremenda responsabilidad de una matanza y la voz de mando gritó contraorden. Las armas bajaron.

Y la multitud prorrumpió en un clamor sarcástico.

Los soldados desnudaron sus sables y se lanzaron a disolverla, repartiendo golpes a diestra y siniestra. Se produjo el desbande general. La

muchedumbre se fraccionó en mil pedazos. Pero cada uno de sus componentes llevaba la consigna de volver a reunirse en otro lugar. Y cuando el piquete victorioso entraba en sus cuarteles, otro grupo, aunque más reducido, continuaba los gritos hostiles por las calles.

La juventud había salvado el honor de la sociedad y los tiranos sabían ya que en lo sucesivo debían contar con ella.

VIII

CRIMINAL Y VERDUGO

Aquella noche temblábamos al pensar en las consecuencias que tendría el acto de suprema audacia de la juventud. Aquel soldado prepotente y poderoso no perdonaría nunca a los que se habían atrevido a insultarle en forma tan temeraria. Y a fe que no eran infundados nuestros temores.

Los miembros de las comisiones directivas de los centros estudiantiles habían sido arrestados y guardaban prisión en el Departamento de Policía.

El primer detenido era Rafael García Carrasco.

Todos ellos permanecían encerrados e invisibles y cuantas personas llegaron con el intento de verles obtuvieron la más rotunda negativa.

La noche llegó sin que ninguno de los presos hubiese recuperado su libertad y la población se recogió cuidadosa de lo que podría ocurrirles.

El déspota tenía preparada la más humillante y vil de las venganzas.

A media noche fueron sacados de sus celdas, uno por uno, para ser sometidos a una cruel flagelación. Un verdugo, provisto de un látigo de tri-

ple cuerda trenzada, aguardaba a los presos en el centro del patio del cuartel de Guardias Cárceles.

La noche era fría.

García Carrasco fué la primera víctima. Le condujeron maniatado y le dejaron frente al verdugo. Éste le ordenó que se despojase de sus ropas exteriores, arrancándole previamente sus ligaduras, pero ante la resistencia del reo, levantó el látigo y le cruzó la espalda con un primer golpe.

García Carrasco intentó lanzarse contra su cobarde agresor, pero dos robustos auxiliares de éste le detuvieron con violencia y ejecutaron la orden anterior arrancándole sus ropas. Luego le ataron de nuevo las manos.

El verdugo comenzó su inhumana tarea, azotando al preso indefenso e inerme. Con aquel látigo trenzado rajaba sus carnes. Negros moretones iba cubriendo el cuerpo de la víctima. Después empezó a saltar la sangre y pronto aquello no fué más que una llaga viva.

Los golpes arrancaron a la víctima algunos gritos de dolor, pero a cada exclamación y a cada queja redoblaban los golpes con mayor fuerza. Llegó, luego, un momento en que la víctima, vencida por el sufrimiento, cayó en tierra. El verdugo le ordenó que se levantase, pero ante su inmovilidad completa se aproximaron nuevamente los auxiliares para ayudarle a ponerse de pie. El inhumano flagelador recomenzó su infame función repitiendo sus golpes hasta que García Carrasco volvió a caer. Le levantaron por segunda vez y continuaron azotándole. Por último cayó desmayado sin proferir una queja.

Allí le dejaron abandonado, mientras el verdugo se alejaba para continuar por turno su indigna tarea en los demás presos.

Todos fueron azotados sin piedad, pero ninguno, sin embargo, lo fué tanto como García Carrasco. Uno tras otro fueron sometidos a la humillante tortura, sin que los quejidos y los ayes que desgarraban hasta el corazón de los más insensibles, tuviesen eco en el alma del despiadado e infame sujeto que dempeñaba la baja e indigna función de azotador.

Cuando terminó con los últimos, volvió junto a García Carrasco, que se había reanimado y vuelto a incorporarse. Traía salmuera en un recipiente. Acercóse el verdugo anunciándose con un latigazo.

—¡Échese en tierra! —ordenó groseramente a García Carrasco.

Éste hizo un esfuerzo desesperado para soltar sus ligaduras e irguióse con ciega indignación ante su victimario. El verdugo le rechazó con un fuerte empellón.

—¡Cobarde!—profirió aquel en su impotencia.

Los dos ayudantes tendieron en tierra a García Carrasco. Tenía el cuerpo cubierto de sangre. Los golpes le habían hecho saltar la carne y las ropas interiores que le dejaron estaban adheridas a los miembros.

El verdugo arrancóle aquellas últimas prendas, dejándole desnuda la caja del cuerpo. Las espaldas eran una masa magullada y sangrienta. Recogió, luego, el recipiente que traía y virtió su contenido sobre las heridas abiertas de su víctima.

Un grito sobrehumano, de supremo, de infinito dolor, se escapó de aquel pobre organismo exangüe que cayó pesadamente en tierra.

Un estremecimiento de horror sacudió a todos los que oyeron aquel grito. Los demás presos aguardaron con angustia su turno. Pero, sin duda

alguna, el verdugo tenía su predilección bien definida, porque sin preocuparse de los demás agregó algunos golpes al infortunado García Carrasco y se alejó de allí abandonándole sin sentido en el suelo, como un inerte montón de carne viva, bañado en sangre.

El déspota se había vengado con cruel ensañamiento.

IX

LOS TIRANOS NO PERDURAN DONDE EXISTE UN PUEBLO QUE SE ESTIMA

Al día siguiente y a primera hora se sabía la inhumana tortura a que habían sido sometidos los estudiantes.

La indignación pública fué inmensa. Y la efervescencia popular se manifestaba con todos los caracteres de una rebelión. Las calles estaban, desde las primeras horas, llenas de gentes. En las aceras se formaban corrillos y se comentaban los sucesos en términos acres y violentos. Sin acuerdo previo, la enorme muchedumbre que se había congregado en las calles, se encaminó a la casa de Justicia reclamando a gritos la libertad de los presos y el castigo de los verdugos.

Los miembros de la Suprema Corte ordenaron la inmediata comparescencia de los detenidos. Se aguardó con visible impaciencia la hora señalada para la audiencia. El público, agitado y rebelde, se reunió frente a los tribunales esperando. Pero los presos no comparecieron. La Policía desacataba las órdenes del Poder Judicial y decíase que el jefe de esta institución había renunciado.

Las Cámaras intentaron sesionar para promover una interpelación al Poder Ejecutivo, pero algunos de sus miembros fueron llamados al Departamento de Policía y no habían vuelto a salir.

El déspota había perdido la cabeza.

La multitud aumentaba por instantes. Las fuerzas del batallón de Guardias Cárceles se diseminaban por las calles disolviendo grupos.

A las once de la mañana corrió una noticia inesperada. El presidente estaba preso.

Un grito de inmenso júbilo brotó del seno de aquella multitud, a pesar de lo inverosímil del hecho. Y, como si se viese acometida de un repentino delirio, se lanzó a correr por las calles.

En el cuartel de Artillería se confirmó la noticia. El temible personaje estaba preso. Le había llegado su turno. Sus propios amigos, viéndole insostenible, habían consumado su ruina.

Los estudiantes estaban ya en libertad y en sus respectivas casas.

Nunca la Asunción ofreció un espectáculo igual. Las calles, las plazas, los balcones, las azoteas, todo estaba lleno de gentes. Las caras sonreían con satisfacción, los pechos respiraban libremente. La ciudad estaba de fiesta.

La enorme muchedumbre, delirante, vitoreó los nombres de las víctimas, que corrían de boca en boca, y se encaminó hacia sus casas, deseosa de verlas y aclamarlas.

García Carrasco, dada la gravedad de su estado, fué conducido en una camilla. Guardaba una completa inmovilidad, pues cada movimiento producíale grandes dolores. Rodeábamos su lecho un grupo de amigos. Los médicos habían declarado lo delicado de su estado y temían que sobreviniesen complicaciones.

García Carrasco era de una constitución débil y enfermiza y había resistido a sus pesadas labores intelectuales solo merced a un riguroso régimen que le prescribía un tratamiento médico. Era de suponerse, por consiguiente, los efectos de la inhumana tortura en aquel cuerpo endeble y raquítico.

A la distancia oímos el rumor de la muchedumbre que se aproximaba por instantes. Segundos después llegó frente a su casa y los gritos reclamaron con insistencia la presencia de García Carrasco. Alguien tuvo que salir a comunicar el estado del enfermo para que cesasen aquellas demandas.

—¡Lo queremos ver!—insistieron algunas voces.

—Que se le traiga en su lecho—reclamaron otras.

—¡Muera el tirano!

—¡Muera el verdugo!—vociferó la multitud.

Los gritos persistieron un rato más, pero ante la imposibilidad de verse complacida aquella masa humana remolineó un instante, como desorientada, hasta que alguien se levantó a proponer que se visitase a los demás estudiantes azotados.

Y allá se dirigió la muchedumbre.

Los gritos se repitieron al ponerse en marcha, y al desaparecer en las calles vecinas, todavía se oían aclamaciones para el nombre de García Carrasco.

X

MIENTRAS HAYAN APÓSTOLES Y MÁRTIRES LA CAUSA DE UN PUEBLO NO ESTÁ PERDIDA

García Carrasco estaba con una fiebre persistente. Los médicos aseguraban que había sufrido

lesiones internas y que se había declarado una congestión pulmonar.

Su estado era grave.

La casa era una romería por la cantidad de gentes que entraba y salía. Todos los cuidados y las atenciones que el cariño podía prodigar los tuvo con creces García Carrasco.

Los médicos se turnaban a la cabecera de su lecho. Los ofrecimientos de todas clases llovían. Nada faltó al enfermo, todo se le brindaba con manifiesta buena voluntad. Las gentes de la vecindad, esas buenas gentes de nuestro pueblo, tan serviciales y tan caritativas, se multiplicaban en los diversos servicios para que nada faltase.

Todo ello nos llenaba de una ternura agradecida, porque veíamos el estado de aquel amigo a quien acaso íbamos a perder para siempre y estábamos conmovidos por aquellas muestras de afecto desinteresado.

Una vez más se pudo comprobar que García Carrasco vivía en el corazón de aquella sociedad por la que tanto había hecho. El cariño popular aureolaba su nombre y rodeaba de atenciones su lecho de dolor.

En un rincón apartado de la casa, silenciosos y tristes, estábamos agrupados todos los que éramos compañeros del gran espíritu. Los médicos desesperaban. Aquel endeble organismo no podía resistir. Una cruel opresión sentíamos en el corazón y las lágrimas humedecían nuestros ojos.

Aquel hermano mayor nuestro, mayor por el talento, por la experiencia y por la profundidad de sus conocimientos, aquel hermano que en todos los momentos difíciles de la vida, era el primero en acudir para prestar un apoyo necesario o un auxilio indispensable, se moría en presencia nues-

tra, sin que pudiésemos hacer nada para conservar tan preciosa existencia.

Allí estábamos agrupados como un rebaño asustado, bajo la torturante presión del fatal desenlace temido.

Los espíritus suelen esperimentar una grata sensación al sentirse dirigidos en la vida por un guía seguro. Y se abandonan sin esfuerzo y abdican fácilmente, cuando se encuentran bajo la dirección de un alma cuya superioridad es incontestable. García Carrasco fué para nosotros esa alma. Nos abandonamos y nos acostumbramos a su dirección y hoy, en presencia de lo irremediable, vacilábamos, sintiéndonos débiles ante la vida y sus exigencias, para marchar por nuestras propias fuerzas.

A ratos volvíamos a tener alguna esperanza. El paciente se reanimaba, se sentía mejor...Pero enseguida volvían las crisis, la depresión creciente. Y la última confianza desapareció, sumiéndonos en una profunda amargura.

García Carrasco se dió perfecta cuenta de la gravedad de su estado y no lo disimuló ni trató de engañarse a sí mismo. Alma heróica y superior, mantuvo su serenidad ante el terrible trance, ofreciéndonos hasta el último momento un ejemplo de valor y de admirable estoicismo.

Hubo un momento, sin embargo, en que, al vernos agrupados a todos alrededor de su lecho, con las lágrimas que pugnaban por saltar de nuestros ojos, dirigiónos una larga mirada impregnada de honda tristeza y dijo:

—¡Solo siento al morir el bien que no pude hacer!...

Sus párpados se humedecieron y volvióse a otro lado para ocultar dos lágrimas.

Fué su única debilidad.

Un nudo nos oprimía la garganta y hacíamos esfuerzos para contener el llanto.

En lo sucesivo ya no volvió a hablar. Fué en vano que le dirigiésemos la palabra.

Y, cuatro horas más tarde, Rafael García Carrasco expiraba en nuestros brazos.

Un llanto desgarrador e incontenible se desbordó en la triste estancia.

Había cumplido su palabra. Había llegado al sacrificio para salvar el honor ultrajado de la República.

Sobre el cadáver del amigo muerto dejamos caer las lágrimas más amargas que jamás hayan vertido nuestros ojos. Y el eco de nuestros sollozos ha quedado vagando en la soledad de la pieza desierta, como un doloroso lamento de ultratumba.

XI

UNA JUVENTUD QUE CUMPLE SU DEBER ES UN GRAN PORVENIR QUE SE EDIFICA

La sombra del desaparecido flotaba entre nosotros. Aquella noche nos congregamos sin objetivo determinado y allí estábamos, sin que nadie se atreviese a romper la obstinación de la idea fija. Nadie había pronunciado su nombre pero todos pensábamos en él. No podíamos ocultarnos cuan grande era el lugar que aquel noble espíritu ocupaba en nuestros corazones.

El desaliento nos minaba. Un decaimiento de ánimos nos abatía a todos por igual. Aquella muerte nos desmoralizaba y nos quitaba hasta el deseo de la lucha.

Éramos muchos aún. Pero la falta de García Carrasco producía un desequilibrio tan grande que nos resentíamos de ella profundamente.

Almas gemelas en un propósito y en un ideal común, pero caracteres y temperamentos diversos, aunque afines, nos complementábamos tan admirablemente que la falta de uno producía el efecto de una catástrofe moral en la vida del grupo.

Cada uno era el complemento necesario del otro.

La exaltación apasionada de Rivera, los ímpetus caballerescos, irrefrenables, de Marrero, el frío temperamento calculador de Casares, la sensatez tranquila y la serena cordura de Ovando y de Melián, el profundo conocimiento de la vida y la rigidez inflexible de carácter de Armando de la Barra, la discresión y la prudencia del culto y fino del Valle, y por sobre todo eso, la clarovidencia serena y exacta, la preparación profunda, el prestigio sólido y firme, del que fuera su director espiritual, Rafael García Carrasco, hacían del grupo un todo compacto, homogéneo y privilegiado.

La exaltación y la impetuosidad del uno, tenían su correctivo en la serenidad y en la calma analizadora del otro. La excesiva confianza o el optimismo utópico de algunos, se neutralizaban con la visión práctica y recelosa de los demás.

El sentimiento de una separación próxima e inevitable llenaba nuestros espíritus de tristeza. Cada uno marcharíamos por nuestro lado, acaso siendo siempre amigos, pero ya los sueños que alimentamos un día juntos, no serían los vínculos que nos mantuviesen unidos en lo sucesivo.

En todos los que allí nos agrupamos flotaba ese temor y todos por igual sentíamos oprimido el

corazón. Con visible desaliento hablamos de nuestras antiguas esperanzas, recordamos al muerto y sus grandes ideales.

Y de lo más hondo de aquel abatimiento colectivo surgió la idea salvadora. Conservar la vida del cenáculo y la de aquellos propósitos forjados en común.

Alguien invocó la figura de García Carrasco y propuso que sobre la tumba del compañero desaparecido, como el mejor homenaje rendido a su memoria, prestáramos el juramento de permanecer unidos y de luchar en conjunto por aquellos ideales de amor, de paz, de justicia y de trabajo, que con tanta fe alimentara el querido muerto.

Aquella idea salvadora encontró un eco simpático en todos los corazones. El espíritu de García Carrasco presidía la sesión y su recuerdo nos vinculaba en el presente y nos mantendría unidos en el porvenir.

* * *

Días más tarde firmábamos la declaración que nos consagraba en forma solemne hermanos en los ideales y en las luchas futuras de nuestro país.

El documento contenía esta declaración preliminar:

«Los que suscriben, concientes del deber que a todos los hombres corresponde, de emplear su actividad y su energía en favor de la sociedad en que viven y, estimando las ventajas que aportan la unión y el valer personal para la obtención de resultados sensibles y fecundos en esfuerzos de este género, convienen en formar un CENÁCULO, que tendrá como principal fin, el desarrollo de una labor colectiva y uniforme por el aumento constante del bienestar y la cultura de la sociedad pa-

raguaya, y por el triunfo definitivo de los más elevados principios de la Libertad, del Derecho y la Justicia».

«Prometen, solemne e irrevocablemente, empeñar cuanto puedan y cuanto valgan en la consecución de este ideal superior».

«Todos los fines de orden distinto o secundario, ya sean de interés individual de los asociados o colectivo de la agrupación, cualquiera que sea su importancia relativa, serán inexorablemente subordinados a aquel principio capital, que constituye la suprema razón de ser del cenáculo».

«Será de atención preferente del mismo todo lo que pueda contribuir al perfeccionamiento de la personalidad individual de cada uno de sus miembros, como un medio de facilitar los fines que persigue».

«La agrupación se organiza, pues, teniendo como fin la *justicia*, la *libertad* y el *derecho;* como guía la *idea;* como norma el *desinterés;* y como regla de conducta: respecto de sus miembros la *cordialidad* y la *disciplina;* respecto de los demás la *tolerancia* y respecto de la patria la *paz*, salvo los casos en que el despotismo imponga la reivindicación armada de los derechos cardinales de la democracia».

.....

Tal era la declaración preliminar del acta.

Uno tras otro nos acercamos a suscribirla, embargados de una honda emoción. Un ligero temblor se advertía en el pulso de los que sucesivamente iban agregando sus nombres al pie de aquel documento que nos vinculaba en el presente y en el futuro.

Nuestro destino estaba resuelto.

Terminado aquel acto nos abrazamos con calor. Un sentimiento de dulce fraternidad llenaba nuestros corazones. Nos sentíamos más unidos, más hermanos, más cerca los unos de los otros. Y aquella noche al separarnos, llevábamos cada uno en el alma, un cúmulo de sueños y esperanzas que iluminaban con un extraño fulgor nuestras miradas y la convicción firme y serena de que no pasaríamos inadvertidos por el mundo y que acaso reríamos útiles a la sociedad que inspiraba nuestros propósitos.

El porvenir dirá si una razón eminente y patriótica presidía aquella sesión memorable y si aquel pacto de fraternidad y de alianza, firmado y jurado por corazones vírgenes, tendría alguna eficacia en la arena tormentosa de nuestras luchas y si un eco respondería a la distancia, en el futuro, como una resonancia triunfal de aquellos gritos de juventud y de esperanza.

XII

PERSEVERAR ES TRIUNFAR

Don Hugo Vanderegen se oponía tenazmente a los amores de su hija con Claudio Rivera. Pero tanto hicieron, tanto insistieron y tan obstinadamente le persiguieron los dos enamorados, que no tuvo más remedio que ir acostumbrándose a la idea de que su hija sería alguna vez la esposa de Claudio. Don Hugo no podía olvidar que Rivera había salvado a Adelina y que merecía especiales consideraciones de su parte. Nunca acababa de arrepentirse, aunque sin confesarlo, de haber estado próximo a asesinar al salvador de su hija.

Día a día, Adelina que veía flaquear la fortaleza, acosaba con mayor insistencia a su padre.

—Es un joven excelente, papá—le decía—Tú no le conoces. Es serio, de buenos sentimientos, no le falta nada.

Don Hugo objetaba débilmente:

—Pero no tiene medios de vida, mi hija.

—Tiene talento, papá, lo tiene de sobra. Y eso basta. Con el talento se hace prodigios hoy día. .

—Es pobre, es insolvente, no tiene nada. .

—Tiene una imaginación riquísima y muy buenas ideas. Es capaz de cualquier cosa.

—No trabaja, no hace nada.

—Hace preciosos versos y escribe admirablemente. Tengo un montón aquí...¿lo quieres ver?...

—Es un hombre sin porvenir, sin carrera.

—Le espera honores y gloria. Y eso es suficiente, papá.

—No podrá ampararte, ni ayudarte siquiera.

—Es valiente como ninguno. Me salvó dos veces la vida ¿recuerdas?

—Sufrirás a su lado, padecerás...

—¡Es tan bueno, papá!...¡Si le conocieras bien!...

—¿Y como viviréis?

—Trabajaremos juntos. Yo trabajaré con él.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y qué haréis?

—Levantaremos un gran palacio. Tendremos un parque con grandes y hermosos jardines y un lago donde habrá cisnes. Yo cuidaré de las flores. Y él hará todo lo que sea necesario.

Don Hugo sonrió paternalmente ante aquella desmesurada esplendidez de su hija, que contrastaba

con la insolvencia de su pretendiente y convencido de la chifladura de su hija.

—¿Y eres capaz de todo eso?—le preguntó risueño.

—De eso y mucho más—contestó con decisión Adelina—Si es necesario sufrir, sufriré, si es preciso el sacrificio, llegaré al sacrificio.

—¿Tanto le quieres?

—¡Le adoro!

—¿Y a qué se dedica actualmente?

—Todo entero a mí, papá. No tiene otra preocupación.

—¿No estudia siquiera?

—¡Como no! Estudia. Ha rendido doce asignaturas en un año.

—¿Y como lo sabes tan bien?

—Es que las he contado una por una...

Y se sonrojó un poco al recordar que las pagó puntualmente y con crecidos intereses.

—Sospecho que has contado mal, hija.

—No es posible. El mismo me lo aseguró. Y no es capaz de una mentira...

—Mucho fías en él.

—Es que es un perfecto caballero, papá.

—A juzgar por el aspecto no lo parece, sin embargo.

—¡Qué! ¿Te parece feo?

—Y bastante....

—Es que no le observaste bien. Tiene facciones muy correctas. Y es tan insinuante y tan simpático... Y sabe hablar tanto.

Don Hugo volvió a sonreir. Comprendía la santa locura de su hija y ya no tenía fuerzas para resistir por más tiempo.

—¿Me permites que trate de quererle, papá?—preguntó Adelina después de un rato.

—Mucho esfuerzo tendrás que hacer. ¿Y Lemoine?

—Lemoine... puede ser nuestro mayordomo.

—¡Tu mayordomo!

—¿Y que más quiere? A Claudio le puedes dar la gerencia del banco.

—¡La gerencia del banco! ¡Basta, hija!—exclamó don Hugo oprimiéndose la cabeza con ambas manos.

Su hija había perdido el casco.

—¿Me das tu permiso, papá?—preguntó luego.

—Si sigue estudiando y termina su carrera, sí.

—Ya le dije igual cosa. Dentro de dos años concluye.

—Pues, cuando concluya—terminó accediendo don Hugo.

Y Adelina, satisfecha y feliz con el consentimiento de su padre, se echó sobre él, cubriéndole de cariños.

—¡Cómo le vas a querer, papá!—le decía abrazándole—¡cómo le vas a querer cuando le conozcas bien!

* * *

Claudio obtuvo permiso para visitar a Adelina dos veces por semana. El matrimonio se celebraría después de dos años, al terminar aquel su carrera.

Ambos no cabían en sí de gozo y se consideraban en posesión del paraíso. Nada ambicionaban ya. Eran felices.

Pero al cabo de quince días se desesperaban los dos al no poder verse más a menudo y se presentaban ante don Hugo suplicándole que le permitiese a Claudio llegar tres veces por semana. Don Hugo accedió.

El tiempo había sufrido una visible transformación. Los días se habían acortado mucho y las ho-

ras corrían más a prisa. Y Adelina y Claudio resolvieron verse todos los días, prescindiendo ya de la opinión de don Hugo.

Después de dos meses el pobre anciano sufría un nuevo apremio. El plazo de dos años era demasiado largo y le pedían que fuese reducido a uno. Claudio hacía el formal compromiso de terminar para entonces su carrera. Don Hugo resistió un poco, pero accedió al fin.

Entre tanto Adelina y Claudio se veían ya tres veces al día. ¡Y el tiempo se empeñaba en ser tan fugaz!

Al fin de los cuatro meses otro asalto. No podían resistir más. Estaban locos. Un día más no era posible la existencia en esa forma. Estaban enfermos y ya no podían separarse ni un solo minuto. Claudio venía de mañana y, de paso, se detenía junto al balcón, donde le aguardaba Adelina. Allí conversaban varias horas. A las tres estaba de nuevo de visita, se retiraba al obscurecer y volvía enseguida para no retirarse hasta las doce de la noche

Don Hugo se alarmó seriamente. Temió que cualquier día se le ocurriese a Claudio quedarse a dormir tranquilamente en la casa. Se dió por vencido y el matrimonio se celebró a los seis meses justos.

Adelina y Claudio anotaron en su haber diez y ocho meses de anticipo y no se arrepintieron nunca.

Tal fué el fin de Claudio Alejandrino Rivera.

Don Hugo les regaló una hermosa residencia y, por último, a instancias de Claudio, el anciano fué a vivir definitivamente con ellos.

Este afortunado poeta resolvió así el problema capital y actualmente se ríe de los animales de su especie...

Pero jamás terminó sus estudios.

XIII

RESURREXIT

Sin ser fatalista, forzoso es reconocer que, a menudo, los acontecimientos se encadenan de tal modo en torno a una existencia, que el espíritu se siente inclinado a creer que una sombría fatalidad preside su marcha por el mundo.

Después del desenlace de aquel amor desdichado, que mató para siempre una esperanza, todo se allanó en aquel camino escabroso. Los entusiasmos de Eduardo se enfriaron y aquella hermosa Aurora, disputada en los salones, ya no fué tan festejada como antes.

Pero César Miranda, aquel corazón sin ventura, empujado de largo por la impiedad de su destino, ya no podía retornar a vivir el pasado, y, en la inmensa tristeza de su vida, al sentirse cada vez más lejos, sin afectos, sin ternuras, llenó el desolado vacío de su alma con un nuevo amor, grande y poderoso, que nadie podrá disputarle jamás: el amor a su tierra.

Perdida para siempre en las brumas lejanas del pasado aquella Aurora, la que alumbró su senda en las felices horas tristes de su adolescencia atormentada, sobre su frente pensativa, agitada por el ardor del pensamiento y la fiebre de anhelos superiores, se proyectó de lo alto una nueva luz extraña que puso una visión esplendorosa de porvenir en sus miradas.

Y apasionado de una nueva Aurora, la que va subiendo por el lejano oriente, sobre las eminencias floridas de su rica tierra, canta las glorias

de su nueva amada y predice el porvenir radioso que asigna el destino a este nido de amor.

Caerán esos troncos carcomidos y reacios, las viejas columnas agrietadas y vencidas rendiránse también, pero esa savia inmortal y fecunda que palpita en lo hondo de las cosas y los seres, subirá de nuevo como la liana grácil en busca de sol. Y en una mañana bella de primavera, mientras las ruinas duerman su eterno reposo, allá en lo alto, resurrección divina, luminoso mensaje que envía esa Aurora, sobre la blanca corola de una flor del aire, bajará del cielo una nueva esperanza, por la escala milagrosa de un rayo de luz...

FIN

ÍNDICE

I PARTE

DOLOR DE MADRE

		PÁGS.
I.	El último baluarte	5
II.	El clarín de guerra	9
III.	La última palabra	13
IV.	La noche fatal	20
V.	El buque fantasma	27
VI.	El fantasma del buque	32
VII.	El conflicto de los espíritus	36
VIII.	La apoteósis	43
IX.	Llamas	47
X.	El salvador	52
XI.	Un carácter	55

II PARTE

AURORA

I.	Vacaciones	61
II.	Amores y amoríos	64
III.	Aurora	70
IV.	Celina	73
V.	Un veraneo afortunado	78
VI.	Lysis	79
VII.	El aguijón de una avispa	85
VIII.	Sueños	88
IX.	Felisa	91
X.	Las ventajas de conocer varios idiomas.	94
XI.	Fracasado pero no vencido	97

PÁGS.

XII. ¡El tiempo lo dirá!..... 100
XIII. El azar es cómplice de los que perseveran..... 103
XIV. Cenizas..... 107

III PARTE

DOLOR Y AMOR

I. Una catástrofe..... 111
II. Casa de Orates..... 113
III. La historia de un sombrero..... 115
IV. Un gran espíritu y un gran propósito.. 119
V. La melena de un poeta..... 125
VI. Presentimientos..... 127
VII. Una sesión en plena revolución..... 134
VIII. Humanidad y altruísmo..... 140
IX. Los héroes..... 143
X. La oportunidad hace al hombre..... 147
XI. Más vale maña que fuerza..... 155
XII. Botín de guerra..... 158
XIII. Ruinas..... 165
XIV. Una espada de honor se rompe pero no se mancha... 169
XV. Los cuadros de la tragedia..... 172
XVI. El medallón..... 174
XVII. Dianas..... 181
XVIII. Caer con honor es ascender..... 183
XIX. La voz de la patria: Paz y trabajo..... 186

IV PARTE

LA HISTORIA DE UN CORAZÓN

I. Neurastenia..... 195
II. Un rayo de luz».. 198
III. Bálsamo y mal 200

PÁGS.

IV. Noches plácidas 206
V. Nubes 211
VI. El áspid 215
VII. La influencia de un sueño 220
VIII. Indecisión 224
IX. La emigración y el destierro 226
X. Herida mortal 232
XI. Un contrato sin escribano 236
XII. Entre padre e hija 241
XIII. Revelación 243
XIV. Agonía 247
XV. Tinieblas 251
XVI. En el fondo del abismo 255
XVII. Desvaríos 263
XVIII. La última injusticia 268

EPÍLOGO

RESURREXIT

I. César y Bruto 275
II. El amor confina con el odio 278
III. El comienzo de un drama 283
IV. Una conspiración 289
V. Un antiguo amigo 293
VI. El Pabellón 300
VII. El atentado 306
VIII. Criminal y verdugo 310
IX. Los tiranos no perduran donde existe un pueblo que se estima 313
X. Mientras hayan apóstoles y mártires la causa de un pueblo no está perdida ... 315
XI. Una juventud que cumple su deber es un gran porvenir que se edifica 318
XII. Perseverar es triunfar 322
XIII. Resurrexit 327

La
Biblioteca Paraguaya del Centro
Estudiantes de Derecho

Publicará obras de los siguientes autores nacionales:

Ruidíaz de Guzmán, Mariano A. Molas, Natalicio Talavera, José de la C. Ayala, Dr. Blas Garay, Coronel Juan C. Centurión, Gregorio Benítez, Dr. Manuel Domínguez, Dr. Cecilio Báez, Juan Silvano Godoi, Fulgencio R. Moreno, José Segundo Decoud, Manuel Gondra, Dr. Ovidio Rebaudi, Dr. Antolín Irala, Leonardo S. Torrents, Dr. Eligio Ayala, Dr. Alejandro Audibert, P. Fidel Maiz, Dr. Eusebio Ayala, Juan E'Olcari, Dr. Ignacio A. Pane, Dr. Diógenes Decoud, Eloy Fariña Núñez, Arsenio López Decoud, Dr. Gualberto Cardus Huerta, Alejandro Guanes, Dr. Teodosio González, Silvano Mosqueira, Juan R. Dahlquist, Dr. Juan José Soler, Marcelino Pérez Martínez, Angel I. González, Daniel Giménez Espinoza, Nareiso R. Colmán, Rufino Villalba, Teresa L. de Rodríguez Alcalá, Modesto Guggiari, Gómez Freire Esteves, Dr. Adolfo Aponte, Dr. Venancio B. Galeano, Delfín Chamorro

ESCRITORES JÓVENES

J. Natalicio González, Juan Vicente Ramírez, Leopoldo Centurión, Pedro Pérez, Manuel Riquelme, Pablo Max Insfrán, Dr. Luis D'Gásperi, Dr. Adriano Irala, Benjamín Velilla, Dr. Enrique Pordenave, Mayor Roque Samaniego, Celestino Noguera, Francisco Martín Barrios, M. Ortiz Guerrero, Nestor Eduardo Rivero, Justo P. Benitez, Facundo Recalde, I. Ramos Giménez, Luís Ruffinelli, R. Capece Faraone, Policarpo Artaza, Francisco L. Fernández, Pedro P. Samaniego, Eusebio A. Lugo, Manuel Gamarra, G. Antoliano Garcete, Anselmo Jover Peralta, Juan S. Chaparro, José D. Miranda, Fausto Giménez Pecci, Genaro Romero, Juan Stefanich y Federico García.

VOLÚMENES PUBLICADOS POR LA

Biblioteca Paraguaya del Centro Estudiantes de Derecho

o o

1.	EL ALMA DE LA RAZA ::	Dr. Manuel Domínguez
2.	NUESTRA EPOPEYA: ::	Juan E. O'Leary ::
3.	RODÓ :: :: :: :: :: :: ::	Colección de artículos y discursos ::
4.	LA CUESTIÓN SOCIAL ::	Juan Vicente Ramírez ::
5.	LA CAUSA NACIONAL ::	Justo Pastor Benítez ::
6.	VISIONES URUGUAYAS	Juan Vicente Ramírez ::
7.	ALBERDI, LA ARGENTINA Y EL PARAGUAY ::	Juan Stefanich ::
8.	LETRAS PARAGUAYAS::	J. Natalicio González ::
9.	AURORA :: :: :: :: :: ::	Juan Stefanich ::

EN PRENSA

10.	LITERATURA :: :: :: ::	Dr. Ignacio A. Pane
11.	EL COMUNISMO EN LAS MISIONES :: :: :: :: ::	Dr. Blas Garay ::
12.	MIGRACIONES PARAGUAYAS :: :: :: :: :: ::	Dr. Eligio Ayala ::
13.	AL PASAR (poesías) :: ::	Pablo Max Ynsfran ::

o o o

Seguirán volúmenes de Eloy Fariña Núñez y de los Dres. Eusebio Ayala y Juan José Soler

o o

Se acepta canje con publicaciones análogas. Los autores que remitan obras a la Biblioteca recibirán las que ésta publique

o

Director: JUAN STEFANICH

Casilla de Correos 281

ASUNCIÓN — Paraguay